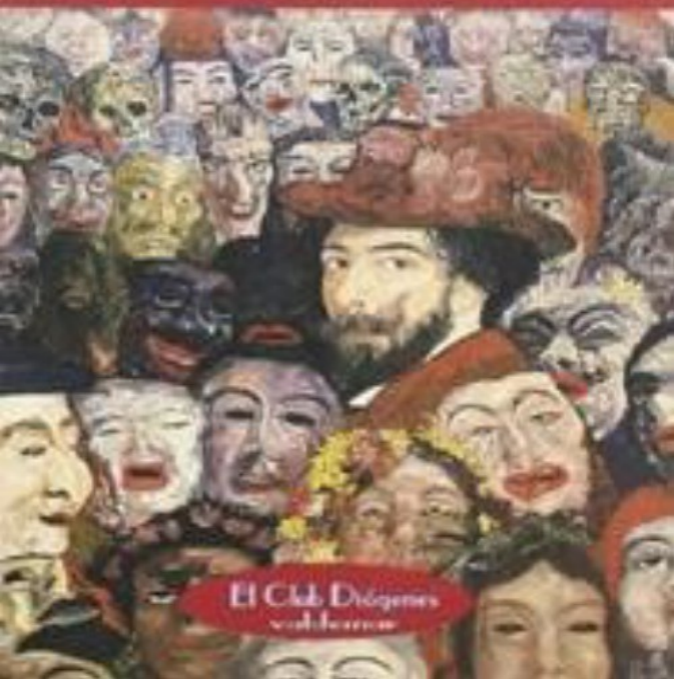


G.K. CHESTERTON

El poeta y los lunáticos



El Club Dógenes
valdebarros

EL POETA Y LOS LUNATICOS

Gilbert Keith Chesterton (1874-1936), creador del inmortal detective Padre Brown, dedicó parte de su prolífica carrera literaria al relato policial, con narraciones en las que, según Borges, no se encontraba una sola página que no contuviera una felicidad. La colección de bolsillo El

Club Diógenes reúne buena parte de estos relatos policiacos en dos volúmenes: Las paradojas de Mr. Pond (CD 101) y El hombre que sabía demasiado (CD 111). El poeta y los lunáticos (1929), aunque se presenta como una novela, en realidad está concebida como una sucesión de episodios que se entrelazan, en los que un loco, el poeta y pintor Gabriel Gale, pone a prueba su increíble capacidad para captar la importancia de detalles que permanecen ocultos o apenas visibles a los ojos de los demás. Las técnicas deductivas que emplea el excéntrico Gale para resolver un crimen o anticiparse al delito

sorprenderán al lector por la originalidad de sus planteamientos policiales, y también por el sentido del humor que pone en ellos la acerada pluma de Chesterton. En algunos pasajes de El poeta y los lunáticos, Chesterton hace evidentes referencias y críticas mordaces, apenas disimuladas, a políticos e intelectuales de su tiempo, contraponiendo, en una más de sus queridas paradojas, la locura clarividente y genial de Gabriel Gale a la supuesta cordura de personajes públicos, que en muchas ocasiones se confunde con la estupidez.

Traductor: JOSÉ LUIS MORENO

RUIZ

©1929, Chesterton, Gilbert Keith

ISBN: 9788477024620

Generado con: QualityEbook v0.35

El Poeta y Los Lunáticos

Gilbert Keith Chesterton

DIRECCIÓN LITERARIA:

Rafael Díaz Santander

Juan Luis González Caballero

DISEÑO DE LA COLECCIÓN:

Cristina Belmonte Paccini &

Valdemar ©

1ª EDICIÓN: ENERO DE 2004

© DE LA TRADUCCIÓN: JOSÉ

LUIS MORENO RUIZ

© DE ESTA EDICIÓN:

VALDEMAR [ENOKIA S.L.]

c/ GRAN VÍA 69 28013 MADRID

WWW.VALDEMAR.COM

ISBN: 84-7702-462-6 DEPÓSITO

LEGAL: M-687-2004

PRINTED IN SPAIN

*Digitalización y corrección por
Antiguo.*

I

LOS AMIGOS FANTÁSTICOS

La posada tenía por nombre *El Sol Naciente* aunque su apariencia hubiera justificado que se llamase *El Sol Poniente*. Estaba justo en medio de un jardín triangular no tan verde como gris, un jardín de setos arruinados por la invasión de los hierbajos de las riberas del río; tenía el jardín, además, unas glorietas de techos y bancos igualmente arruinados, y una fuente renegrida y seca, coronada por una ninfa de la que

únicamente eran destacables sus manchas de humedad y los desconchones.

La posada en sí parecía más devorada que ornada por la hiedra y daba la impresión de que su antiguo almacén de ladrillos oscuros había sido corroído despaciosamente por las garras de los dragones que moraban en lo que en sí mismo era un gran parásito. Por su parte trasera, la posada daba a un camino estrecho y por lo general desierto, que a través de la colina conducía hasta un vado, hoy fuera de uso tras la reciente construcción de un puente, un buen trecho río abajo. Junto a la puerta de entrada había un banco y

una mesa; sobre ésta, en un tablero, el nombre del hostel, con un sol que en tiempos fue de oro y ahora pardo, dibujado en el centro.

De pie, en el umbral, contemplando tristemente el camino, pues no miraba la belleza de la puesta del sol, se hallaba el posadero, un hombre de cabello negro y lacio, de rostro congestionado y purpúreo, no obstante lo cual mostraba los rasgos inequívocos de la melancolía. Pero había también una persona que demostraba cierta vitalidad: justo quien se iba en ese momento. El primer y único cliente en muchos meses. Una especie de solitaria golondrina que no había hecho verano y que ahora

continuaba su peregrinar.

Era un médico de vacaciones; un hombre aún joven, menudo y bastante feo, pero de fealdad no del todo desagradable; un hombre de rostro demacrado mas con una sempiterna expresión de ironía, que tenía los cabellos rojos. La cualidad felina de sus movimientos contrastaba vivamente con la inerte ruindad, o con el evidente estancamiento, de la posada. Justo en ese preciso momento terminaba el joven médico de apretar las correas de su maleta sobre la mesa de la entrada, bajo el rótulo con el nombre del hostel. Ni el hostelero que lo miraba ahora apenas a un metro de distancia, ni la criada que

iba de un lado a otro en el interior, en la penumbra del hostel, la única criada de la casa, se ofrecieron a echarle una mano, bien fuera por pereza o por falta de costumbre, bien fuese por despiste.

Dos secos restallidos rompieron pronto el silencio, del cual también sería difícil decir si era un silencio activo o un silencio aletargado. Primero fue la rotura abrupta de la correa de la maleta que el médico apretaba justo en ese instante. Después fue la violenta aunque jovial maldición que brotó de sus labios mientras contemplaba la correa rota.

—Vaya, esto era lo único que me faltaba —dijo casi de inmediato el joven médico, que tenía por apellido el

de Garth—; no tendré otro remedio que hacer un nudo como sea... ¿Tendría usted una cuerda, un cordel... cualquier cosa?

El posadero de expresión melancólica dio una media vuelta muy despaciosa y entró en la casa sin decir palabra, para salir no mucho rato después con un trozo de cuerda lleno de polvo, que debió de ser parte, en otro tiempo, del ronzal quizás de un asno, quizás de una ternera.

—Es todo lo que he podido encontrar —dijo el posadero—. Hace tanto tiempo que no ato nada...

—Parece usted un poco deprimido, señor —observó el joven doctor Garth—; acaso le viniera bien un tónico...

Mire, quizás se me haya roto esta correa del botiquín para proporcionárselo, veamos...

—Acido prúsico, eso es lo que necesito yo —dijo el propietario del hostel *El Sol Naciente*.

—Nunca lo receto —respondió sonriente el médico—. Puede que el primer trago resulte grato, pero no estoy yo muy seguro de sus efectos secundarios... Sí, caballero; lo veo a usted muy preocupado... Ni siquiera ha mudado el semblante por otro más alegre cuando le he pagado la cuenta sin rechistar.

—Se lo agradezco mucho, caballero —gruñó el posadero—, pero comprenda

que necesitaría que me pagaran muchas cuentas más como la suya, para conseguir que este viejo barracón no se caiga cualquier día, de una vez por todas. Hace tiempo fue un buen negocio, cuando este camino era de paso obligado para todo el mundo, el camino más recto, cuando todos habían de pasar forzosamente por el vado... Pero, ya sabe... Primero, el último propietario de tierras que hubo por aquí cerró el camino... Y poco después, aprovechándose de eso, construyeron el puente una milla más abajo. Ya nadie cruza por aquí... Y no sé, la verdad, qué se le ha podido perder a usted por estos pagos, dicho sea con el mayor de los

respetos, señor...

—He oído decir que el nuevo propietario está en la más completa ruina —observó el doctor Garth—. Ya ve usted cómo es la vida, siempre se toma la conveniente venganza... Es un tal Westermaine, ¿no? He oído decir, igualmente, que vive con una hermana allá arriba, en la gran casa que tuvo el último gran terrateniente al que aludió usted, pero que lo hacen ambos en la más absoluta miseria... Al parecer todo por aquí es miserable... Esta región es una auténtica ruina, sí, eso he oído decir... No obstante, no creo que sea justo sostener lo que usted sostiene, eso de que nadie se deja caer por aquí —

añadió acrecentando su sonrisa—, porque veo ahora mismo que dos hombres vienen colina abajo, en esta dirección.

El camino se adentraba en el valle, en dirección al río, trazando ángulos perfectamente rectos; del otro lado del vado se veía el atajo que tan transitado estuvo en otro tiempo, y que ahora se difuminaba a medida que subía la loma en cuya cima destacaba la ruinosa portalada de piedra de Westermaine Abbey, sombría bajo nubes de una palidez tétrica que presagiaban tormenta. Del otro lado del valle, sin embargo, el cielo estaba despejado y aquellas primeras horas de la tarde

parecían, por su luz espléndida, las primeras de la mañana. Precisamente por este lado, por donde la blanca cinta del camino serpenteaba en dirección a la colina, bajaban dos figuras que, aun siendo por el momento nada más que dos puntos negros y lejanos, mostraban su condición inequívocamente humana.

En tanto se iban aproximando a la posada aumentaba el contraste, acentuado por aquella especie de mística familiaridad que nimbaba a las figuras, pues iban del brazo. Una era pequeña y gruesa; la otra, muy alta y delgada.

Se trataba de dos hombres rubios pero con diferente peinado. El más bajo

llevaba el cabello muy liso y partido por la raya al medio; el alto lo llevaba largo y ensortijado, revuelto, con unos bucles enormes que le daban un aspecto decididamente fantástico. El bajito tenía el rostro cuadrado y la nariz muy larga y puntiaguda; sus ojos pequeños y muy brillantes, como los de un pájaro, aumentaban esa sensación primera de que su nariz no era tal, sino un pico de ave. La verdad es que parecía un gorrión, aunque de ciudad, no de campo. Vestía vulgarmente, pero iba limpio como un funcionario y llevaba bajo el brazo un portafolios como los de los hombres de negocios de la *City*. Su compañero, el alto, cargaba a la espalda

una mochila, en la que iban sus cosas de pintor. Poseía este tipo una cara larga y cadavérica; su mirada era ausente, si no soñadora, pero la barbilla avanzaba tanto y tan pugnaz hacia el frente, que parecía el hombre haber adoptado una decisión firme de la que sus ojos aún no habían tenido noticia. Eran dos hombres jóvenes y no se tocaban con cualquier prenda de cabeza, a buen seguro que por causa del calor que hacía; uno de ellos llevaba un sombrero de paja en la mano y el otro uno de fieltro atado a la mochila.

Llegaron finalmente ante la puerta de entrada a la posada y el bajito dijo con voz alegre a su compañero:

—Bien, aquí tienes por fin algo en lo que emplearte.

Pidieron con mucha corrección dos jarras de cerveza al posadero, y en cuanto el melancólico personaje desapareció para ir en busca de lo que le habían solicitado, el más bajo de aquellos dos hombres se dirigió al doctor Garth con la misma cordialidad, no exenta de locuacidad.

—Mi amigo —dijo— es pintor, pero un pintor muy especial, no crea usted que se trata de un pintor cualquiera, no... Podría usted llamarlo, si quisiera, pintor de casas y hasta de paredes, pero no entendiendo por tal lo que el vulgo considera un pintor de brocha gorda.

Aunque pueda sorprenderle, mi amigo forma parte de la Academia, si bien tampoco sea, ciertamente, el tipo de pintor que puede sugerir la pertenencia a dicha institución... Es en realidad uno de los primeros entre los más principales genios pictóricos, por lo que expone con frecuencia en las galerías de esos chiflados... No obstante, caballero, su aspiración máxima, que supone la gloria de sus días presentes, no es otra que la de ir restaurando por aquí y por allá los vetustos rótulos de los no menos vetustos y diferentes establecimientos que encuentra a su paso... Ya ve usted que no es frecuente toparse con un genio tal... Bueno, ¿cómo se llama esta

posada? ¿O es una taberna? A ver... —y se acercó de puntillas, alzando la cabeza hacia el rótulo, con gran interés—. *El Sol Naciente* —dijo volviéndose hacia su amigo, que permanecía en silencio—. Bien, amigo mío; después de lo que manifestabas esta misma mañana, a propósito de tu pretensión de dar vida a las viejas hosterías de Inglaterra, esto parece el mejor de los augurios, ¿o no?. Mi amigo —prosiguió volviéndose de nuevo hacia el doctor Garth— es un hombre de gran sensibilidad poética y dice siempre que quiere que el sol bañe con sus rayos toda Inglaterra.

—Claro, hay quien sostiene que el sol jamás se pone sobre el Imperio

Británico —acotó el joven médico con una sonrisa burlona.

—A mí me importa un bledo el Imperio —intervino entonces el pintor como si se limitase a pensar en voz alta—. La verdad es que, en el fondo, resulta difícil imaginarse una hostería tradicional inglesa en la cumbre del Everest o en las márgenes del Canal de Suez... Pero estoy dispuesto a ofrendar mi vida, si fuera preciso, con tal de insuflar nueva vida a las mortecinas hosterías inglesas y cristianas de nuestra campiña. Sí, me gustaría dedicarme sólo a esto en lo que me reste de vida.

—Claro que sí —dijo el bajito, dirigiéndose de nuevo al joven doctor

Garth—, puede dedicarse sólo a esto perfectamente, pues una de sus pinturas en el rótulo de cualquier fachada le da fama en muchas millas a la redonda.

—¿De verdad que emplea usted sus talentos en restaurar los rótulos de los establecimientos públicos? —preguntó el médico al pintor.

—¿Puede haber algo más hermoso? ¿Algún otro tema mejor de inspiración? —preguntó a su vez el pintor, con gran entusiasmo, feliz de que alguien sacara a la palestra lo que suponía su tema favorito de conversación, el que desataba en aquel hombre la locuacidad más extraordinaria y lo alejaba rápidamente de su abstracción

silenciosa—. ¿Es acaso más digno hacer el retrato académico de algún noble pagado de sí mismo, con su grueso collar de oro al cuello, o el de la rechoncha esposa de un millonario, tocada con su diadema de brillante, que las cabezas nobilísimas de los grandes almirantes ingleses, para después brindar por ellas alzando una jarra de cerveza? ¿Es mejor pintar a cualquier viejo imbécil y presuntuoso con su cruz de San Jorge al pecho, que pintar al propio San Jorge matando al dragón? Caballero, tengo el honor de haber pintado seis viejos emblemas de San Jorge y el dragón, e incluso al dragón solo más de una vez, por ejemplo en el

rótulo de una vieja taberna que se llama *El Dragón Verde*, nombre hartamente sugestivo para quien, como yo, posea un poco de... imaginación... Ahí puede uno convertir al dragón en una especie de espíritu terrorífico de las selvas tropicales. También me inspira mucho el nombre *El Jabalí Azul*. A un rótulo así le pondría algún motivo de aventura, con algunas estrellas. *La Osa Mayor* también me inspira, sí, es un buen nombre... Le pintaría un jabalí monstruoso para sugerir el caos y la noche eterna de la mitología céltica.

Y sin decir más tomó entre sus manos la jarra de cerveza que le ofrecía el posadero y puso manos a la obra de

bebérsela, completamente ajeno al resto.

—Es tan poeta como pintor, ¿lo ve?
—siguió diciendo entonces el bajito al médico, sin quitar la vista del pintor, como si fuese su propietario, como si exhibiera a una fiera feroz—. Seguro que ha oído hablar usted alguna vez de los poemas de Gabriel Gale ilustrados por él mismo, ¿a que sí? Si lo desea, le consigo un ejemplar. Yo soy su agente, su hombre de confianza... Me llamo Hurrel, James Hurrel... La gente se ríe de nosotros y nos llama los Gemelos Celestiales porque somos inseparables. Nunca lo pierdo de vista. No tengo más remedio que vigilarlo estrechamente... Ya sabe usted, esas excentricidades que

a veces hacen los genios...

El poeta sacó literalmente la cara de la jarra de cerveza, pero mostraba ahora una expresión de disconformidad, de aprestarse a una controversia en nada exenta de belicismo.

—¡Un genio no tiene por qué ser necesariamente un excéntrico! —clamó exaltado—. Un genio ha de ser por fuerza *céntrico*. Por eso yo me sitúo en el corazón del cosmos, no en sus giratorias márgenes. La gente cree de común que para un genio supone el mayor de los elogios acusarlo de salirse de los cauces vulgares y habla entonces de la excentricidad de los genios... ¿Qué se pensaría de mí si dijera que sólo

deseo que Dios me haya concedido de verdad la *centricidad* apropiada del genio verdadero?

—Me temo que en ese caso pensaría la gente que fue precisamente su certidumbre lo que confundió sus polisílabos —aventuró el doctor Garth—. Bien, puede que su idea de insuflar nueva vida a las viejas hosterías inglesas sea puro romanticismo, o romanticismo puro... En fin, eso del romanticismo no es algo de lo que pueda yo presumir que soy una autoridad...

Mr. Hurrell, el agente del poeta, intervino entonces con bastante ardor:

—No es sólo una idea romántica, caballero, es una idea también práctica,

incluso utilitarista. Yo soy un hombre de negocios y créame, por ello, si le digo que lo que hace mi representado es una propuesta claramente comercial, y no sólo para nuestros intereses, también lo es para los intereses comerciales de los dueños de las posadas, de los terratenientes... ¡Para todo el mundo en general! Contemple usted esta pobre posada que se cae sin remisión. Si todos los interesados hiciéramos con ella lo que es debido, dentro de un año bulliría de gente como una feliz colmena... Y si el propietario de estas tierras reabriera el antiguo camino y permitiese a las gentes de la región cursar visita a las ruinas, construyendo además un puente

próximo a esta posada, y colgando en el puente un rótulo pintado por Gabriel Gale, acudirían también a visitar estos parajes hoy deprimentes todos los viajeros cultos de Europa. No dude que harían un alto en esta posada para disfrutar del almuerzo.

—¡Vaya! Pues mire usted, parece que ya viene alguien a almorzar —dijo el doctor—. Quizás tenga razón; quizás el pesimista propietario de esta posada hablaba como si su negocio no fuese más que una ruina en mitad del desierto, cuando la verdad es que tiene una clientela digna del Savoy.

Habían estado de espaldas a la carretera mientras hablaban, sin dejar de

mirar la fachada cochambrosa de la posada; no obstante, incluso antes de que el doctor Garth hubiera dicho una palabra, el pintor y poeta Gabriel Gale ya se había percatado de que aumentaba la concurrencia. Quizás ocurrió tal fenómeno porque la sombra alargada de un caballo y dos personas se había detenido poco antes sobre la carretera soleada. El caso es que Gabriel Gale volvió la cabeza y se quedó contemplando aquel prodigio.

Un cabriolé de ruedas grandes había llegado, en efecto, del otro lado de la carretera. Las enguantadas manos de una dama sujetaban las riendas; era una mujer morena y joven que vestía un traje

de buen corte, azul oscuro, muy sobrio aunque no muy nuevo; iba junto a ella un hombre acaso diez años mayor que ella, aunque aparentaba más edad pues tenía el rostro desencajado, una expresión fatigada, el aire propio de un enfermo, esa ansiedad que se veía en sus ojos, grises y grandes.

Se hizo un silencio y la voz de la mujer pareció el eco de lo que había proclamado un momento antes el doctor Garth.

—Creo que podremos almorzar aquí —dijo saltando ágilmente del coche para detenerse junto a la cabeza del caballo, mientras su acompañante se bajaba también, aunque no con agilidad

semejante.

Aquel hombre vestía traje claro de mezclilla, un traje informal y juvenil que en nada casaba con su aspecto enfermizo y agotado. Se dirigió a Hurrel sonriendo nerviosamente:

—Confío en que no me tome por un hombre que tiene la fea costumbre de escuchar tras las puertas conversaciones ajenas, caballero; sucede que no hablaban ustedes precisamente como si se confiaran algún secreto...

Hurrel, en eso tenía toda la razón aquel caballero, se expresaba como un charlatán de feria que pretende imponer su voz sobre el tumulto. Dijo amablemente, con una sonrisa cortés:

—Sólo expresaba mi convencimiento de que cualquiera es capaz de hacer lo que sabe que debe hacerse con unas tierras como estas en la que nos hallamos, señor... De cualquier forma, me trae sin cuidado que alguien haya escuchado lo que decía.

—Pues fíjese usted, me interesa —dijo el hombre del traje de mezclilla—. Se da la circunstancia de que me interesa lo que usted decía, porque soy el propietario, si es que aún pueden quedar propietarios en estos tiempos.

—Le pido disculpas pública y muy sinceramente, señor —respondió el representante del poeta sin dejar de sonreír—; si tiene usted la intención de

ser una especie de Harun al Raschid¹...

—¡Oh, no, no me siento ofendido, caballero! Si quiere saber lo que pienso de verdad, le diré que no hago más que preguntarme si no tendrá usted razón. Gabriel Gale había estado mirando mientras tanto a la joven dama que acompañaba a aquel hombre; lo había hecho con una insistencia más allá de lo que se considera cortés y elegante, pero todos sabemos bien que los pintores son gente por lo general distraída, por decirlo así, por lo que había que disculparle. Su amigo, guardián y representante, hubiera hecho que se enfureciese como nunca, de haber tomado aquello como una más de las

excentricidades propias del genio, pero la verdad es que opinaba que era muy discutible considerar una excentricidad esa insistencia de su representado en mirar a la joven.

Lady Diana Westermaine hubiera podido brillar espléndidamente en una hostería tradicional inglesa, ante una barrica llena del mejor vino, e incluso en una academia de pintores; su infortunada familia, no obstante, llevaba ya mucho tiempo sin brillar en nada. Ella, empero, tenía el cabello castaño, de un castaño raro, poco visto, que lanzaba destello negro al tiempo que bajo la luz diurna parecía rojo; sus cejas negras delataban un temperamento

doble, por así decirlo: lo mismo sugerían buen como mal carácter; sus ojos eran más grises y aún más grandes que los de su hermano, pero no tenían la melancolía del hombre, su cansancio que puede calificarse como espiritual.

Gabriel Gale, al verla, experimentó la sensación de que su alma estaba más hambrienta y sedienta que su cuerpo. Y se le ocurrió pensar, de paso, que en realidad la gente sólo tiene apetito cuando está en posesión de una buena salud. Ideas tales, en agitada mezcla, cruzaron por su cerebro durante los breves instantes que transcurrieron antes de volver a la realidad y dirigirse al grupo, dándose media vuelta.

Ocurrió, sin embargo, que una vez hubo dejado de mirarla Gale, fue ella quien comenzó a mirarlo, aunque, la verdad sea dicha, con una mirada de fría curiosidad, una mirada analítica.

Mientras, Mr. James Hurrell hacía auténticos milagros. Más terco que una mula y elocuente como un diplomático nato, envolvía ya al propietario de aquellas tierras en una especie de red urdida de sugerencias, proyectos y propuestas directas. La verdad es que tenía algo de lo que es propio en ese hombre de negocios del que tanto hablamos y al que tan poco vemos... Hablaba, en fin, de cosas que a un caballero como Westermaine no

hubieran llamado la atención en ningún caso, salvo de haberle sido sugeridas por unos abogados en largas cartas; asuntos que hubiera podido comenzar a considerar tras una larga insistencia de esos abogados en enviarle cartas y más cartas durante meses. Hurrel parecía tener respuesta para todo. Solucionaba los problemas en unos minutos. Ya parecía tenderse un puente de madera artísticamente labrada sobre el río, para prolongar la carretera; ya parecían formar parte del paisaje pequeños y hermosos pueblos nuevos, también artísticos, claro, desparramados como coloridos brochazos por el valle; un nuevo rótulo de *El Sol Naciente*, pintado

por Gale, lo presidía todo brillando, como corresponde a una nueva era bañada por el sol renacido.

Antes de que cualquiera de los que allí estaban se percatase de lo que acontecía, el grupo entero había entrado en el jardín de la posada para sentarse en absoluta confraternización alrededor de una mesa apartada de la casa y celebrar el ansiado almuerzo. Eran como los miembros de un comité cualquiera en reunión. Hurrel, sobre la mesa de madera, dibujaba planos y más planos haciendo cálculos en papeles, alineando columnas y columnas de cifras, contestando a la vez todas y cada una de las objeciones que se le hacían,

cada vez más agitado, más nervioso y entusiasta. Para convencer a los demás de que creía de veras lo que decía, se valía de un instrumento sin duda precioso, su capacidad de persuasión y su locuacidad. El terrateniente, que jamás se había topado con un hombre así, estaba inerme. Aunque la verdad es que tampoco albergaba la menor intención de oponerse y presentar batalla.

En mitad de todo aquello, lady Diana seguía mirando a Gale, quien, sentado en el extremo opuesto de la mesa, ahora parecía absorto en sus ensoñaciones.

—¿Qué opina usted de todo esto,

Mr. Gale? —le preguntó entonces la dama.

Contestó, sin embargo, el representante de Mr. Gale, atento a cuanto se movía o se decía allí. La verdad es que solía contestar en nombre de quien fuera y a todo lo que fuese.

—Es inútil hablar de negocios con mi representado —dijo con voz estentórea—. Es uno más de la partida y hace lo que sabe, que no es sino aportar a los negocios el imprescindible elemento artístico. Es un gran pintor, por lo que únicamente queremos y esperamos de él que se limite a pintar, y que Dios me perdone, aunque no importará a mi representado que diga lo

que digo. Por lo demás, tampoco le importa mucho lo que digo, o lo que pueda decir quien sea... Suele responder a una pregunta alrededor de media hora después de que le haya sido formulada...

Pero el pintor respondió a la joven mucho antes, aunque sólo para decir lo siguiente:

—Creo que tendríamos que contar con la opinión del dueño de la posada.

—¡Naturalmente que sí! —exclamó Hurrel poniéndose en pie de un salto—. Eso es lo que voy a hacer ahora mismo, con el permiso de ustedes... Estaré de vuelta en un minuto.

Y se perdió en dirección al lúgubre interior de la posada.

—Este caballero es realmente un hombre inquieto —dijo el terrateniente entonces, sonriendo complacido—. Así es el tipo de gente emprendedora de verdad, esa gente que lleva a cabo lo que se propone... Hablo de asuntos prácticos, por supuesto.

La joven seguía observando al pintor, que estaba ahora con el ceño levemente fruncido. Parecía apiadarse lady Diana de aquella especie de eclipse en que se había sumido de nuevo, pero él la miró, sonrió y dijo:

—Sí, la verdad es que no valgo para nada práctico.

Justo cuando concluía estas palabras se dejó sentir un grito de espanto

procedente de la posada. El doctor Garth fue el primero en levantarse. También lo hizo Gale poco después, terriblemente agitado y pálido. Todos seguían ya al doctor, pero Gale, deteniéndose, obstruyendo el paso con su alta figura, dijo:

—Que no se acerque milady.

El terrateniente lograba ver ya, poniéndose de puntillas y por encima de los hombros del pintor, una imagen horrible: la negra silueta de un hombre colgado del rótulo de *El Sol Naciente*.

Fue una visión instantánea, porque raudo cortó la cuerda el doctor Garth, ayudado por Hurrel, el que había lanzado aquel primer grito de espanto.

El médico se inclinaba poco después sobre aquel cuerpo, el cuerpo del posadero. Aquélla había sido su manera, por lo que parece, de tomar el ácido prúsico.

No sin gran esfuerzo y muchos afanes previos, se produjo al fin el instante, sin embargo, en que el joven médico lanzó un suspiro de alivio y comunicó a los presentes:

—No está muerto; he conseguido sacarlo del colapso y en unos minutos estará repuesto... ¿Por qué diablos habré dejado aquí esta maldita cuerda, en vez de atar mi maleta de una vez por todas? —se preguntó en voz alta, contrariado —. La verdad es que con tanta

conversación y tanto lío se me olvidó por completo... Bueno, Mr. Hurrel; un poco más y el sol ya no hubiera vuelto a salir para este pobre hombre.

Entre Hurrel y el médico llevaron al infeliz hostelero al interior de su arruinado negocio, mientras decía Garth que en unos minutos estaría aquel hombre en condiciones de declarar sobre sus motivos, si es que había algo que declarar.

Gale paseaba de un lado a otro, fuera de la casa, aparentemente distraído, como de costumbre, pero ahora con el semblante tenso y preocupado, mirando con pavor aquel rótulo que había servido de patíbulo al

posadero, y a la mesa de la entrada, que había servido al pobre hombre de escabel que se aparta con el pie. Gale estaba ciertamente apenado, además de perplejo.

—Es un asunto muy enojoso, la verdad —dijo el terrateniente—. Tengo jurisdicción y todo eso, pero no me apetece nada causar mayores molestias a este infeliz llamando a la policía.

Fue oír hablar de la policía y Gabriel Gale salió por completo de su perplejidad, diciendo con voz dura y expresión muy tensa:

—¡Me había olvidado de la policía! Sólo faltaba que encerraran ahora a este hombre en una celda, para demostrarle

así que vale la pena vivir y que el mundo es un lugar soleado de continuo, feliz, muy agradable de habitar...

Hizo una pausa, soltó una risa irónica, frunciendo ahora el ceño muy fuertemente, y dijo taxativo, incluso secamente:

—Quisiera pedirles un favor, que seguramente les parecerá extraño... Permítanme interrogar a este hombre acerca de sus motivos, cuando vuelva en sí. Concédanme diez minutos a solas con él, nada más que eso, y les prometo que lo habré curado de su manía suicida, mucho mejor de lo que podría hacerlo el policía más experto en suicidas frustrados.

—¿Y por qué habría de hablar usted con él? —preguntó el médico, lógicamente contrariado por aquella intromisión.

—Precisamente porque no sirvo para nada práctico —respondió Gale con gran calma—. Usted, por el contrario, ha conseguido llegar mucho más allá de las cosas prácticas.

Se hizo otro largo silencio, al cabo del cual Gale volvió a hablar con aquel tono de autoridad, tan extraño y sorprendente en alguien como él.

—Aquí y ahora se precisa de un hombre poco práctico —dijo—. Un hombre poco práctico es lo que cualquiera precisaría, de verse abocado

a un trance como este por el que acaba de pasar el pobre posadero. Un hombre poco práctico es lo que necesita quien esté en una situación extrema. ¿Qué tiene que hacer ahora un hombre práctico ante un caso como el que tenemos? ¿Perder prácticamente el tiempo yendo detrás de este hombre para quitarle de las manos la cuerda más corta que coja? ¿Perder prácticamente el tiempo vigilándolo de noche y de día para que no saque de cualquier parte una navaja barbera? ¿Eso es práctico? Usted, doctor, puede evitar que muera, lo ha demostrado... Pero ¿puede convencerlo de que continúe vivo? Ya ve en qué situación estamos... Un hombre tiene que tener la

cabeza en las nubes y la imaginación flotando en ellas, o en el país de las hadas, para llegar a algo tan práctico, realmente práctico, como lo que propongo, yo que no soy nada práctico.

El asombro de quienes lo escuchaban llenaba la escena. El interés en su propuesta no decreció lo más mínimo, cuando real o aparentemente Gale llevó a cabo su propuesta, pues veinte minutos después de comenzar a hablar con el posadero salió anunciando con gran alegría que aquel hombre no volvería a colgarse jamás de una cuerda.

Dicho eso, se subió a la mesa que el otro había usado como escabel y con un trozo de yeso comenzó a hacer el boceto

de lo que pretendía pintar en aquel rótulo que anunciaba la posada *El Sol Naciente*.

Lady Diana lo miraba atentamente, aunque puede que tan interesada en lo que hacía Gale como sombría. Era más intelectual que el resto de los que allí estaban, y algo de intelecto había descubierto en las actitudes del poeta, que para los demás parecían intrascendentes, por no decir que las propias de un payaso.

Lady Diana había captado perfectamente la velada ironía con que respondió a aquella pregunta que le había hecho; había comprendido la moraleja que se escondía en su

respuesta, ante la fábula realmente bufa que se producía en aquella mesa del jardín. Los otros pensaban en la posada, pero no en el posadero. Era evidente para ella que vivía una de esas situaciones en que se hace mucho más necesaria la presencia de un poeta que la de un policía. Y a la vez, no obstante, se daba perfecta cuenta de que algo le resultaba desconcertante más allá de toda lógica; se daba cuenta de que había en él una inquietud, un malestar más profundo; algo, en fin, propio de su mirada y que contradecía la aparente ligereza de sus actitudes.

La perplejidad de Gale, no obstante, aumentó de manera increíble y hasta

luminosa cuando lady Diana dijo:

—No comprendo cómo es usted capaz de ponerse a pintar donde un hombre acaba de colgarse como si fuera Judas.

—De Judas no fue la desesperación, sino la traición, lo realmente reprobable —respondió el pintor—. Pienso en algo así para elaborar mi pintura. Para un Sol Naciente prefiero a Judas antes que a Apolo... Mire, observe esta gran cabeza envuelta en sombras, la que he esbozado en el centro —e hizo unas cuantas líneas más sobre el sol antiguo del rótulo—. Un rostro taimado oculto en sus manos, véalo... Pero con una aurora luminosa detrás, como una representación de la

gloria. Y nubes horizontales y rojas. Y un gallo igualmente rojo aquí... El mayor de los santos y el mayor de los pecadores, todo a la vez. Su reproche, el gallo; su halo de gloria, el Sol Naciente.

Como nimbado por un fulgor indescriptible trabajaba sin dejar de hablar. Pareció una coincidencia, pero para acrecentar el simbolismo de la escena, el sol de la tarde, espléndido, radiante, bañaba al pintor y bañaba su pintura incipiente mientras del otro lado del valle, más allá del vado, las nubes de la tormenta ponían un fondo oscuro a esta escena. Así visto, contra aquel siniestro magma tormentoso púrpura e índigo, Gale parecía un artesano antiguo

vestido con ropas hiladas en oro, que pintaba frescos en una capilla igualmente dorada; una impresión que crecía a medida que la cabeza y el halo de San Pedro tomaban forma gracias al movimiento certero de sus manos.

Lady Diana se sentía llamada a soñar con una época lejana de la que, empero, no sabía demasiado. Vagamente sentía hallarse envuelta, por ello, por las sagradas artes y los no menos sacros oficios del Medioevo, época que conocía un poco mejor. No le duró mucho esta sensación; lamentablemente, una sombra se interpuso de golpe entre ella y el sol, de manera tan abrupta que en nada le sugirió un encantamiento

medieval. Mr. James Hurrel, el representante del artista bañado en oro, ahora con el sombrero ladeado en su cabeza, se subió a la mesa sobre la que estaba el pintor y poeta, y allí se sentó, a corta distancia del legendario artesano, balanceando las piernas en el aire y con un cigarrillo entre los dedos, lo que daba a la escena un aire más bien agresivo, por su manera mundana de fumarlo.

—Es que tengo que vigilarlo constantemente, milady, para que no estropee su obra; a veces lo hace, ¿sabe? —se excusó el representante, consciente de que había roto un cierto encantamiento, con voz tan sonora como

alegre e impertinente; una voz que, al igual que su presencia sobre la mesa, desentonaba agriamente con la presencia del pío creador artístico.

Lady Diana Westermaine se dijo tan rápida como lúcidamente que no debía demostrar enojo, ni siquiera incomodo; pero lo cierto es que estaba muy enojada, más que eso, francamente herida por aquella grosera irrupción de Hurrel en la escena de oro. No es que su conversación con el pintor, tan breve como se ha reseñado, tuviera nada de especial; sin embargo, aquella presencia del representante, que ahora fuesen tres en vez de dos, molestaba a la joven dama de manera indecible, le suponía

una intromisión inaceptable, contra la que encima nada podía hacer toda vez que se exigía demostrar impavidez e incluso indiferencia. Pero no comprendía cómo tan aurífero artista, tan gran caballero, podía ir por el mundo de la mano de aquel tipo grosero, y lo que es más grave, encomendarle el cuidado de sus asuntos. Mr. Hurrel, para ella, no era otra cosa que un patán enano y desagradable, incapaz de ser el mejor consejero, o de hablar con propiedad de San Pedro, o de cualquier cosa medianamente interesante. Para colmo, una vez hubo tomado asiento sobre la mesa, el agente dijo a la joven dama que si lo deseaba podía sentarse también

ella, que le haría sitio... Lady Diana pensó de inmediato que si hubiera sido él quien se ahorcara, ella, desde luego, no habría acudido rauda a cortar la cuerda para salvarlo.

Así estaba, exigiéndose mantener la calma y rabiando de ira por el lamentable espectáculo que Hurrel había decidido ofrecerle, cuando una voz le susurró suavemente casi al oído:

—Perdone, milady, pero quisiera hablar con usted, será un momento...

Al volverse se encontró casi encima al doctor Garth, quien parecía dispuesto a irse de una vez por todas, pues llevaba la maleta en la mano.

—Ya me marchó —anunció el

médico—, pero he creído oportuno hablar con usted antes de hacerlo.

Se alejaron unos pasos en dirección a la carretera. Cuando consideró Garth que estaban suficientemente lejos, se volvió bruscamente, como acuciado por la prisa, y dijo:

—Los médicos nos encontramos a menudo ante situaciones difíciles, y mi sentido del deber, acaso inoportuno ahora, me lleva a decirle algo de carácter muy delicado... Prefiero hablar con usted en vez de hacerlo con su hermano, porque estoy seguro de que es usted mucho más fuerte que él... Mire, señorita... La verdad es que albergo ciertas sospechas sobre estos dos

sujetos... Eso de ir por ahí pintando rótulos...

Desde donde se encontraban, en un leve repecho de la carretera, lady Diana podía contemplar bien el rótulo que pintaba el artista legendario, un rótulo que ciertamente iba cobrando nueva vida gracias a los colores con que ya comenzaba a trabajar Gale. El pintor, desde aquella perspectiva, le pareció aún más magnífico que antes. Y el representante aún más infame que antes; no ya grosero, sino grotesco. Prefirió contemplar al creador, que daba colores purísimos para magnificar de la forma más extraordinaria lo que a la joven dama se le antojaba la inocente mañana

de un mundo nuevo.

—Me he enterado de que los llaman los Hermanos Celestiales —siguió diciendo el médico— porque siempre van juntos, son inseparables... Bueno, pues debo decirle que hay muchas clases de parejas inseparables y muchísimos motivos para que lo sean... Pero, sobre todo, hay una clase de pareja inseparable que me inquieta más que el resto, y la verdad es que lamentaría muchísimo verme mezclado en sus historias.

—No tengo la menor idea de lo que pretende decirme —se limitó a exponer lady Diana.

—¿No le sugieren esos dos algo así

como una pareja formada por un loco y su loquero?

El doctor Garth se dio media vuelta y echó a andar por la carretera, dejándola sola.

Lady Diana se sintió por un instante como si se le acabara de caer algo muy apreciado desde una torre al abismo, aunque a la vez sentía que ni la torre era tan alta ni el abismo tan hondo. Sí supo que se le debilitaba el pulso, eso lo notó perfectamente mientras su imaginaria torre parecía verse amenazada por una sacudida. Cuando comenzaba a recuperar el control de sí misma vio que llegaba hasta ella su hermano, jadeante por el esfuerzo pero con expresión feliz.

—Acabo de invitar a nuestra casa a esos dos caballeros —le dijo—, para hablar más tranquilamente de negocios. Pero será mejor que nos vayamos, porque se acerca la tormenta y si llueve mucho será difícil pasar el vado... tendríamos que cruzarlo de dos en dos en nuestro destartalado cabriolé.

Sintiéndose como si soñara, Diana se vio desatando al caballo, primero, y al poco con las riendas de nuevo entre sus manos. También como en un sueño oyó aquella voz irritante de Hurrel proclamando: «Somos los Hermanos Celestiales, ¿saben? Por eso no podemos separarnos». Y también como en un sueño oyó la voz de su hermano,

que decía: «Caballero, será sólo un minuto; luego volverá Wilson con el cabriolé, no hay sitio más que para dos, compréndalo...»

Estaban de pie, cerca del umbral de la posada, y Gabriel Gale saltó de la mesa y se acercó al cabriolé.

Entonces lady Diana sintió que le crecía en el pecho algo parecido a la impaciencia, o acaso a la desconfianza, y con un tono de altiva indiferencia dijo:

—¿Viene usted primero, Mr. Gale?

El artista, al oírla, se puso pálido como si hubiera sido abrupta y súbitamente iluminado por unos potentes reflectores. Miró atrás, por encima de su hombro, y de un salto se sentó junto a la

joven dama, casi al tiempo que el caballo, alargando el cuello todo lo que le daba de sí, comenzaba a dirigirse al vado.

La lluvia había sido abundante más arriba, toda vez que el agua cubría casi por completo las patas del caballo, y, a pesar de que sólo vadeaban el río, Diana se sintió como si cruzara el Rubicón.

Enoch Wilson, el mozo de cuadra, uno de los pocos sirvientes que aún quedaban en Westermaine Abbey, se había alejado para visitar a su padre sin sospechar el decisivo papel que iba a tener en los sombríos acontecimientos que se produjeron aquella noche. Por lo

demás, su vida privada, como la de tantos espíritus inmortales, en nada afecta al curso de esta historia... Pero baste señalar que era completamente sordo, y que, como la gran mayoría de los mozos de cuadra, se mostraba más afín a los modales y querencias de los caballos que a los modales y costumbres de los hombres.

Lady Diana, al no verlo en la cuadra, lo buscó en los establos que se alzaban más cerca del río que de la mansión, donde vivía el padre de Wilson. Una vez hubo dado con él, le habló acaso con excesiva agitación y rapidez, pidiéndole que fuese con el cabriolé a buscar a su hermano y al acompañante; le metió

prisa pues era evidente que en breve comenzaría a llover en todo el valle y el vado sería imposible de cruzar. El mozo de cuadra vadeó en efecto el río bajo la amenaza de la tormenta, y al aproximarse a la posada oyó como pueden oír los sordos unas voces que le parecieron las propias de una discusión. Ocurría que Mr. Hurrel se hallaba en plena expansión, en plena actividad de su entusiástica campaña. Pero el mozo de cuadra creyó que las palabras y ademanes del terrateniente Westermaine, su amo, le indicaban que se diera la vuelta y los dejara hablar en paz pues no quería ser molestado, y así lo hizo, cruzando Wilson de nuevo el río, pero

en sentido contrario esta vez, y llevó después al caballo a su cuadra, felicitándose de que la vuelta no les hubiera creado los problemas que a buen seguro hubiesen tenido en breve, ya que la tormenta descargaría en cosa de pocos minutos un auténtico diluvio. Después se dio a sus ocupaciones habituales, dejando hacer al destino.

Mientras, lady Diana, saliendo de las cuadras, emprendió el camino para reunirse con su huésped, que ya se había dirigido a la casa para ponerse a resguardo de la lluvia incluso antes de que comenzara a caer. Mientras subía por un sendero sembrado de malvarrosas y altas plantas, avistó una

inmensa formación de nubes cargadas de lluvia, que parecía una isla, incluso un continente con montañas y cráteres, flotando sobre el crepuscular perfil arbolado que cerraba el valle. En aquel crepúsculo que cubría con vivos colores el jardín había ya un algo espeluznante, una oscuridad amenazadora; pero en lo alto del abrupto sendero se veía una gran mancha dorada sobre la cual se destacaba la figura en cuya busca iba. La reconoció de inmediato por unas ropas oscuras que antes, cuando brilló el sol, le parecieron de hilo de oro. Agitaba los brazos como débiles ramas batidas por el viento; unos brazos que ahora parecieron a Diana inusitadamente

largos. Le pareció incluso que aquel cuerpo se desmembraba, o por lo menos se deformaba por momentos. Hasta le pareció que no tenía cabeza, algo que no pudo sino obligarla a decirse que aquello era una fantasía, un sinsentido. Pero justo entonces la pesadilla dio paso a un absurdo, porque aquel hombre describió en el aire una especie de salto mortal y cayó sobre sus pies tranquilamente, riéndose como un orate. En realidad había estado haciendo el pino, apoyado sobre la cabeza, o mejor dicho, sobre sus manos.

—Perdóneme —se excusó cuando la joven dama llegó a su altura—; suelo hacerlo porque es muy útil para un

paisajista buscar perspectivas nuevas, ver el paisaje al revés, con la cabeza a la altura del suelo... Así contempla uno las cosas tal como son en realidad; es una verdad preclara, tanto en el arte como en la filosofía —quedó pensativo, como si meditase, y prosiguió—: Lo de ir erguido está muy bien, pero si sabemos que los ángeles vienen de lo más alto es precisamente porque cuelgan cabeza abajo. En realidad son los que tienen los pies en el suelo quienes andan con la cabeza en las nubes.

A la joven dama no le dio precisamente risa la facha hilarante del artista, al contrario. Fue la suya una sensación de miedo que no disminuyó

cuando Gale bajó la voz y le hizo una pregunta:

—¿Permite que le confíe un secreto?

Sonó entonces un gran trueno, un estallido fenomenal en el cielo que pareció llenar toda la tierra, y antes de que ella pudiera darle o no su consentimiento, el artista se puso a hablar en voz baja y tono grave, incluso en susurro.

—El mundo está cabeza abajo. Todos andamos cabeza abajo y hasta con la cabeza en los pies. Somos como las moscas agarradas al techo. Si no nos caemos es porque el milagro existe.

El restallido blanco de un relámpago cegó el crepúsculo; lady Diana

experimentó una sensación aún más sobrecogedora al observar la seriedad con que se expresaba el pintor, su ceño duramente fruncido ahora. No pudo evitar que su tono de voz pareciera irritado al rebatirlo:

—Dice usted cosas de locos... — pero se detuvo presa del pánico, pues volvió a dejarse sentir un gran trueno, cuyo eco parecía repetir *loco, loco., loco*; lady Diana acababa de dar forma con sus palabras justo a la idea más horrenda, a la que por nada del mundo hubiera querido que le alumbrase el cerebro.

La lluvia había hecho que aumentara considerablemente el caudal del río,

pero en el jardín de la mansión aún no caía una gota. Diana dudaba, sin embargo, de que aquel hombre pudiera sentir la lluvia. No parecía capaz más que de seguir la ilación propia de sus ideas delirantes, y no cesaba de hablar una vez que había comenzado a hacerlo, como si en realidad lo hiciese consigo mismo... Seguía perorando sobre el andar cabeza abajo como expresión del más certero racionalismo.

—Recordará usted que San Pedro, de quien ya hemos hablado, fue crucificado cabeza abajo —dijo Gale—. Pues bien, no puedo dejar de pensar que su humildad innegable fue así premiada, con esa visión última, la más bella de su

existencia corpórea, antes de que le llegara la muerte. San Pedro pudo ver el paisaje tal como es, las estrellas cual flores, las nubes como colinas... Y los hombres colgando a merced de Dios.

Una gota de agua más bien grande cayó sobre el poeta; el efecto que provocó en él fue indescriptible; pareció que lo agujoneaba como una avispa, sumiéndole en una especie de trance: comenzó a caminar haciendo círculos a la vez que exclamaba con una voz distinta, más natural:

—¡Dios mío! ¿Dónde está Hurrel?
¿Qué demonios hace todo el mundo?
¿Por qué no estamos todos juntos de una maldita vez?

Llevada por un impulso que no es necesario analizar, lady Diana se inclinó sobre unos altos lirios y se asomó al valle, mirando en dirección a la posada. Así vio, entre los lirios, la muy crecida corriente que daba al río un aspecto infranqueable, el propio de un caudal mortífero.

Aquel río le pareció el símbolo de algo más grave aún que la evidencia de que estaba sola en la peligrosa compañía de un loco. Tenía la sensación, hiriente aunque vaga, de que la locura en sí misma no era sino una circunstancia abominable, y en la situación concreta en que se hallaba, un obstáculo insalvable entre ella y aquel

algo aún indescifrable pero que sin embargo intuía que pudo haber sido hermoso y llenar su alma. Otro río brutal que se interponía entre ella y su particular país de las hadas.

Fue entonces cuando Gabriel Gale lanzó un grito sobrecogedor, pues acababa de reparar en el caudal torrencial que corría más abajo.

—En el fondo tenía usted razón — dijo sumamente angustiado—; usted habló de Judas pero yo osé hablar de San Pedro. He cometido blasfemia, he caído en un pecado sin absolución posible. Yo soy el único traidor; yo soy el hombre que entregó a Dios — concluyó en un tono más grave y

resignado.

El agudo dolor de la realidad, tan fría, hacía que la mente de la joven fuese cobrando el sentido necesario. Había oído hablar de esos dementes que se autoinculpan de pecados terribles. Con la frialdad necesaria, y su correspondiente dolor, vio que se rearmaba, que le volvían las fuerzas y la valentía naturales siempre en ella, y se aprestó a hacer algo, aunque tampoco sabía qué era lo que debía hacer. Mientras luchaba consigo misma desechando posibilidades, una luz encendida en cierto modo por el propio loco que tenía ante sí comenzó a darle la solución, pues Gale corría cuesta abajo,

en dirección al vado ahora infranqueable.

—Tengo que cruzar el río aunque sea a nado —oyó que decía Gale—. No debo separarme de Hurrel... ¡No puedo separarme de Hurrel! ¡No sé qué podrá suceder si no está conmigo!

Diana lo siguió, sorprendida al ver que variaba el rumbo en un punto de su alocada carrera cuesta abajo, para desviarse y dirigirse a las cuadras en vez de al río. Apenas pudo preguntarse qué pretendía aquel pobre loco y ya lo vio luchando con el caballo, que se le resistía, para meterlo entre las varas del cabriolé. Curiosamente, verlo así la reconfortó; se alegró de comprobar que

aquel hombre aparentemente tan lánguido y pusilánime tenía la fuerza de un hombre de verdad, aunque fuese la fuerza de un hombre verdaderamente loco. No obstante, su serenidad, el respeto que se tenía, hicieron que no permaneciese pasiva ante lo que observaba, que no podía considerarse de otra manera que como un suicidio inminente. Por muy loco que estuviera aquel hombre, en la medida en que ansiaba a toda costa reunirse con su loquero, no hacía más que cumplir con su deber de buen demente, y no quería ella ver cómo se extinguía el que acaso fuera último destello de cordura de Gale, que luchaba en esos momentos por

abrirse paso a través del muro de las extravagancias propias de su enfermedad mental.

—Déjeme conducir al caballo, que irá mejor si lo guío yo... A ver si podemos lograrlo... —dijo entonces lady Diana con un tono inusitadamente vivo.

Ya se había puesto el sol tras las colinas y la noche se iba cerrando sin tregua, sumida en la oscuridad temprana de la tormenta. A medida que el cabriolé se acercaba a la margen del río, lady Diana comprobó la gran violencia del caudal en auténtica torrentera; el agua hacía olas, formaba crestas y cavernas; parecía el agua de un mundo subterráneo

precipitándose de manera inexorable hacia el Styx² para sumarse a sus aguas. Pero no se le ocurrió llamarlo, siquiera metafóricamente, el río de la muerte, pues se precipitaban sus aguas contra el coche y el caballo de manera que amenazaban con la muerte nada metafóricamente, haciendo que fuese vacilante el paso del bruto y obligando a sufrir duras sacudidas a los humanos que iban en el cabriolé. Los truenos se dejaban sentir de continuo. No había más luz que la de los relámpagos. Su acompañante, para colmo, tampoco cesaba en su monólogo, algunos de cuyos fragmentos resultaban a la joven dama más impresionantes que los

propios truenos. Llegó a temer, con toda la convicción, con toda la razón y con todo el sentido de la realidad que poseía, que aquel hombre incluso podía destrozarla de un momento a otro, de tan loco como estaba. Bajo todo esto, sin embargo, había algo más, contrario e increíble; algo que hundía sus raíces en la necesidad de compañía y en el heroico comportamiento del que hacía gala; algo tan profundamente arraigado estaba que incluso la hacía parecer, a la vez que miedosa, exultante, y en un trance próximo a la felicidad.

El caballo estuvo a punto de ser vencido por la corriente cuando llegaban al otro lado del vado, pero

resistió gracias a que Gale, inopinadamente, saltó del coche y lo guió del bocado aunque el agua le llegaba casi a la cintura. En medio de la tormenta oyeron por primera vez unas voces que parecían tener origen en la posada, unas voces fuertes y agudas, como si en verdad se estuviera produciendo una discusión o una conversación tan importante y necesaria como la que el sordo mozo de cuadra había supuesto. Se dejó sentir igualmente el ruido de una silla que se estrella contra el suelo. Gale llevó el caballo a tierra firme con la fuerza de un diablo, soltó después la brida y echó a correr hacia la posada. Entonces un grito

estridente pareció atravesar la noche como un cuchillo para desvanecerse lentamente como un sollozo entre las hierbas de las márgenes del río, como si las hierbas fuesen los espíritus del río Hades; incluso los truenos parecieron enmudecer para mejor oír aquel lamento. Pero antes de que los truenos dejaran sentir de nuevo su voz se vio el largo destello de un relámpago que pareció iluminarlo todo como la propia luz del día, ofreciendo a la vista con perfecta claridad las ramas y los arbustos de las alturas más frondosas, hasta los tréboles de los prados próximos al río. Con idéntica nitidez presencié la joven durante un instante

una escena en verdad abominable, aunque no pudiera considerarse extraña; algo que regresaba a ese lugar como una horrible pesadilla vuelve una y otra noche a los sueños: la negra silueta de un hombre balanceándose colgado del rótulo de *El Sol Naciente*. Pero no se trataba del mismo hombre de antes.

Diana pensó por unos instantes que también ella había enloquecido sin remedio; creía que su razón se le negaba, hundida en la excitación nerviosa; quiso que todo lo que veía no fueran más que puntos negros en el aire, a los que su imaginación, por el agotamiento de sus facultades intelectuales, daba forma. Pero resultaba

que uno de aquellos puntos negros del aire se parecía mucho a su hermano, y el otro, casi a la altura del suelo, se parecía al muy activo, enérgico y emprendedor hombre de negocios llamado Mr. James Hurrel, quien, en ese preciso instante, mostraba una energía distinta a la que había ofrecido anteriormente, pues se limitaba a bailar, a girar, a dar saltos y a mostrar toda clase de piruetas excéntricas y hasta groseras ante la silueta que se balanceaba colgada del rótulo de la posada.

Tras el relámpago volvió a hacerse la oscuridad; de inmediato oyó la voz de Gale, una voz tan fuerte y sobria como

nunca supuso que la tuviera, una voz que se impuso a la fuerza del viento y al eco del trueno que siguió al relámpago.

—Ya está bien —dijo—, ya está a salvo.

Aunque le costaba comprender lo que había visto, supo que habían llegado a tiempo mientras un escalofrío de pánico la sacudía de la cabeza a los pies.

Aún no acertaba a ver y a entender del todo cuando entró con paso inseguro, con las piernas temblorosas, en el salón de la posada, donde vio sobre la mesa una lámpara de aceite humeante alrededor de la cual se hallaban los tres personajes de la tragedia recién

frustrada. Allí estaba su hermano, que se recuperaba de un colapso, con cara de convaleciente; tenía ante sí una copa llena hasta arriba de buen coñac y parecía abatido en la butaca. Gabriel Gale seguía de pie, con la actitud propia de quien asume el mando ante una situación difícil, con el rostro blanquísimo, duro como el mejor mármol. Mr. Hurrel hablaba en tono bajo, con gran calma, mientras le señalaba con el dedo como quien da una orden a un perro.

—Lárgate allí, junto a la ventana; no debes alterarte por ningún motivo —le dijo.

Gale obedeció entonces; tomó

asiento en el otro extremo de la habitación y se puso a contemplar impávidamente la tormenta a través de los cristales, sin prestar atención a lo que sucedía.

—¿Pero qué significa todo esto? —acertó a preguntar al fin lady Diana—. Creía que usted... Pero la verdad es que ya me avisó el doctor Garth de que no eran ustedes más que un loco y un loquero...

—Así es, milady, lo somos —terció entonces Gale—. Ya ve usted que sí... Pero el loquero ha tenido un comportamiento mucho más demencial que el loco.

—Creí que el loco era usted —dijo

ella con bastante simplismo, de tan asustada.

—No —respondió Gale—. Yo sólo soy el criminal.

Estaban ahora en el umbral; hablaban con voces ahogadas por la tormenta; estaban tan solos como poco antes, mientras vadeaban el río. Diana no podía sino recordar el diálogo que habían tenido antes de que comenzara a llover; tampoco podía olvidarse del extraño monólogo que había oído en el cabriolé a Gale, quien usó de un lenguaje violento y misterioso.

—Cuando veníamos hacia aquí —habló ella—, dijo usted cosas que se me antojan más graves aún que lo que le

acabo de escuchar... ¿Por qué dice algo tan brutal contra sí mismo?

—Sí, es posible que me expresara de manera un tanto brutal —aceptó Gale—. Y es posible que no estuviese usted equivocada... Siento simpatía por los locos y por eso puedo andar con ellos. Soy el único que puede mantener bajo control a este lunático... Es una historia muy larga que quizás le cuente algún día... Resulta que este pobre muchacho me hizo una vez un gran favor, que sólo puedo devolverle cuidando de él y salvándolo de la infernal brutalidad de los loqueros... Más de una vez me han dicho que tengo un talento especial para cuidar de los locos, que tengo una

especie de gran capacidad de comprensión y de imaginación psicológica. Por lo general siempre sé qué piensan hacer; he conocido a bastantes locos, de modos y maneras muy diferentes; he conocido a maniáticos religiosos que se creían divinidades o condenados; he conocido a revolucionarios obcecados que creían por igual en la dinamita y en el nudismo; he conocido a filósofos lunáticos acerca de los cuales tendría muchas cosas que contarle, milady; he conocido a hombres que se comportaban como si en verdad vivieran en otro mundo y bajo otras estrellas... Pero de todos esos maniáticos el más loco es este hombre

de negocios, puede creerme.

Esbozó una sonrisa amarga, pero volvió a ensombrecerse con dureza su rostro muy pronto y siguió diciendo:

—En cuanto a lo que decía usted, sí, es posible que me haya expresado con excesiva dureza contra mí mismo, pero tenga por seguro que me lo merezco. ¿Acaso no abandoné a este pobre loco, convirtiéndome por ello en un traidor? ¿No hice lo que Judas, dejar a un pobre amigo a merced de la desgracia? Es verdad que nunca le había dado un ataque como éste, pero no es menos cierto que el corazón me palpitaba terriblemente para avisarme de que tras presenciar el intento de suicidio del

posadero pudiera ocurrírsele alguna idea semejante... Pero le juro que nunca supuse que llegara a intentar algo así con su hermano; créame que, si llego a imaginarlo... Bueno, no me creo con el menor derecho a excusarme. He dejado llegar las cosas a tales extremos que a punto se ha estado de causar un crimen... Yo soy quien tenía que balancearse ahora mismo colgado del rótulo, si es que la horca puede resultar castigo suficiente por lo que he hecho.

—¿Por qué...? —comenzó a preguntar lady Diana sin mucha convicción, pero se detuvo de golpe, llevada de la sensación de que se abría ante ella un mundo completamente

distinto al que hasta entonces había conocido.

—¿Por qué? —repitió Gale con la voz más alterada—. Bien sabe usted por qué... Bien sabe usted lo que tantas veces ha hecho que un centinela abandone su puesto de guardia. Bien sabe usted qué llevó a Troílo al abandono de Troya, qué fue lo que hizo que el pobre Adán tuviera que salir del Paraíso... No creo necesario decírselo. Y tampoco tengo derecho a hacerlo.

Lady Diana miraba a lo más oscuro con una sonrisa singular dibujada en los labios.

—Bien; queda aún —dijo— esa otra historia que ha prometido contarme

algún día... ¿Quizás si volvemos a encontrarnos?

Y le tendió su mano fuerte en señal de despedida.

Cuando a la mañana siguiente el sol volvió a bañar aquellos parajes los dos fantásticos y a la vez siniestros personajes ya seguían su camino. Ida la tormenta, cantaban los pájaros; nada hacía presagiar, en aquella calma, en aquel ambiente de normalidad, las cosas extrañas que aún sucederían antes de que lady Diana y Gabriel Gale volvieran a encontrarse. Tras aquella noche de espanto la joven dama hallaba ahora solaz en el reposo y la contemplación, sin dejar de recordar aquellas palabras

referidas a un mundo que estaba cabeza abajo, aunque se decía que sólo aquella noche el mundo había estado en verdad cabeza abajo, y durante más tiempo del que pudiera resultar divertido. Sin embargo, aún le era imposible analizar aquella sensación de que, a pesar de todo lo ocurrido, al fin había encontrado algo muy próximo a un equilibrio verdadero.

II

EL PÁJARO AMARILLO

Eran cinco los hombres que hicieron un alto en la cumbre de una colina sobre un valle lo suficientemente hermoso como para que se pudiera tenerlo por un paisaje espléndido, aunque un tanto agreste y abandonado como para aludir a él cual panorama idílico. Aquellos cinco hombres formaban un grupo de artistas que habían ido de excursión; sin embargo, una vez alcanzada la cumbre de la colina, ni prosiguieron su camino

hasta concluir la excursión ni se dieron a la práctica de cualesquiera artes.

Daba la impresión de que habían llegado al último confín de la tierra. Un confín del mundo, empero, que al parecer ejercía sobre ellos curiosos y variados efectos, según sus respectivas características personales, no obstante lo cual con un claro denominador común, como lo era el hecho de que todos sin excepción parecían haber alcanzado ese algo definitivo, aunque vago, difícil de precisar, que buscaban.

La bondad del lugar en donde estaban, en cualquier caso, era tan difícil de definir como única, aunque no hubiera allí nada distinto de veinte

valles cualesquiera de aquellos condados occidentales de las colinas del País de Gales. Las verdes laderas de las colinas se perdían en los bosques umbríos y hasta negros en su contraste con ese verdor, pero a los que los troncos grises de los árboles daban una luz especial al reflejarse en las aguas del río serpenteante como onduladas columnas. Algo más allá, en una de las márgenes del río, la tierra despejada de árboles formaba una especie de tablado en el que hubieran puesto huertos y jardines entre los cuales se alzaba una casa antigua de ladrillos rojos en la que destacaban los azules postigos, y a cuya fachada se aferraban plantas trepadoras

salvajes, más como el musgo se agarra a la piedra que como las flores de un parterre lo hacen a las casas. Aquella casa tenía el tejado plano, en cuyo justo medio destacaba la boca de una chimenea; un leve hilo de humo blanco subía vertical hacia el cielo, como si quisiera dar fe con su constancia inalterable de que no se trataba precisamente de una casa deshabitada. Sólo uno de aquellos cinco hombres albergaba un motivo especial para contemplar casi ensimismado la casa.

El más maduro de aquellos cinco artistas era un hombre moreno, vivaracho, de expresión que denotaba variadas ambiciones y ojos nerviosos

bajo las gafas; un poco más adelante cobraría fama como pintor, con el nombre de Luke Walton; contemplaba la casa de manera especial, a tal punto que su contemplación, llegado un momento, pareció hostigarlo tanto como una mosca, e incluso como algo peor. No hallaba nada que le gustase; no paraba de cambiar de sitio su silla plegable, como si cambiara de localidad en un teatro, ante la risa burlona de los demás.

Otro de aquellos cinco era un muchacho gordo y muy rubio que se llamaba Hutton y que contemplaba la escena con mirada de bóvido. Hutton, después de tomar unos apuntes del natural en su cuaderno, anunció con voz

casi estentórea que aquel lugar le parecía idóneo para que se entregaran definitivamente al *picnic*, por lo que él se disponía a comer, importándole poco lo que decidieran hacer los otros.

El tercero, también pintor, se mostró de acuerdo con él, aunque como tenía tanta fama de poeta como de pintor, al menos entre sus amigos, no podía hacer otra cosa que no fuese dejar a un lado el trabajo a la menor oportunidad que se le presentara. El artista en cuestión se llamaba Gabriel Gale y no parecía dispuesto a perder el tiempo entrando en éxtasis ante un paisaje más, y menos aún ponerse a pintarlo; así, después de comer su sandwich de jamón de un par

de mordiscos, y de beber un largo trago de vino rojo de la frasca que le ofreció uno de sus amigos, se echó boca arriba bajo un árbol para contemplar el crepúsculo a través de las hojas tremolantes en las ramas, haciendo creer a unos que se había dormido y a otros que ideaba versos.

El cuarto era un hombrecillo de ademanes felinos y baja estatura; se apellidaba Garth y era algo así como miembro honorario del grupo de artistas, pues en realidad mostraba mayor interés por las ciencias que por las artes, y en vez de una caja de pinturas llevaba al hombro una cámara fotográfica. Pero no sería justo decir que era incapaz de

apreciar la belleza de un paisaje; por el contrario, se dispuso a colocar el trípode de la máquina de manera que abarcara la casa y el jardín. En ésas estaba cuando el quinto hombre, que hasta entonces ni se había movido, ni dicho una palabra, hizo un gesto violento y rápido, tan rápido y violento, que más que una cámara fotográfica pareció que intentara detener el disparo de un fusil a punto de causar una muerte.

—¡No! —gritó—. Bastante triste resulta ya que alguien trate de pintarla...

—¿Qué le ocurre? —se extrañó Garth—. ¿No le gusta esa casa?

—Al contrario, me gusta demasiado... O, mejor dicho, la quiero

demasiado como para que sólo me guste, aunque sea demasiado...

Este quinto artista era el más joven de aquellos hombres, aunque había alcanzado ya algunos éxitos y gozaba por ello de cierta fama en la región, de una parte porque había consagrado su arte a los paisajes de la zona y a las leyendas de la tierra, y de otra porque pertenecía a una familia de terratenientes muy conocida y apreciada por quienes moraban entre las colinas. Era alto, con el cabello de color castaño oscuro; tenía el rostro moreno y alargado; destacaba en él su nariz aquilina, que si bien es cierto que no resultaba muy bella, no es menos verdad

que otorgaba al joven un aire la mar de aristocrático. Su mirada parecía velada de continuo por un aire de tristeza incommensurable, lo que hacía que se le echaran unos cuantos años más de los que en realidad tenía. Era el único que no había hecho el menor ademán de ponerse a trabajar, a comer, a reposar, ni a nada, en cuanto llegaron a la cumbre de la colina. Mientras Walton movía su silla plegable de un sitio a otro, mientras Hutton masticaba a dos carrillos, mientras Gale seguía tumbado bajo el árbol en su aparentemente dulce lecho de hojas caídas, él había permanecido tan inmóvil como una estatua mirando fijamente hacia la casa. Sólo cuando

Garth comenzó a montar su cámara fotográfica en el trípode decidió levantar la mano y decir lo que dijo.

Garth lo miró irónicamente, una mirada que acentuó las facciones angulosas de su rostro. El científico, acaso por ser bajito, era un hombre de admirable sentido del humor.

—Esto me hace pensar que hay una historia oculta, querido amigo —dijo—; no sé por qué, pero me parece que tiene usted ganas de hacerme alguna confidencia, ¿a que sí? Cuéntemelo, hombre; le aseguro que soy perfectamente capaz de guardar un secreto, se trate de lo que se trate... Soy médico y estoy acostumbrado a guardar

secretos. Créame, sobre todo guardo muy bien los secretos de los chiflados... Se lo digo para animarle...

El joven, llamado John Mallow, continuaba mirando hacia la casa con expresión dolorida. Algo en su rostro, sin embargo, demostró que su amigo tenía razón, que ardía en deseos de hacer una confidencia.

—No se preocupe por los demás — lo animó Garth—, que no pueden oírnos... Están muy ocupados con eso de no hacer nada. ¡Hutton! ¡Gale! —gritó—. ¿Pueden escuchar lo que decimos?

—Sí, estoy escuchando el canto de los pájaros —se dejó sentir la voz de Gale saliendo de su lecho de hojas

caídas.

—Hutton se ha dormido —dijo Garth—. Claro, con lo que come... ¿Usted no duerme, Gale?

—No duermo, pero sueño —respondió el poeta—. Si uno permanece mucho rato mirando hacia arriba, comprueba que no hay arriba ni abajo, que sólo hay algo que podríamos definir como un sueño luminoso, o todo lo más, verde. Y los pájaros parecen entonces peces. Son formas, simplemente, de distintos colores; formas que se perciben a través de las hojas de los árboles, verdes, pardas, grises... Pero ahora mismo estoy viendo un pájaro que en realidad es un pez completamente

amarillo.

—Seguro que es un pájaro carpintero —dijo Garth—. ¿Golpea la madera del árbol usando el pico como si fuera un martillo?

—No tiene pico ni nada que se parezca a un martillo —respondió Gale con voz soñolienta—. Tampoco tiene una forma especialmente extraña.

—¡Burro! —le gritó Garth con cierta aspereza—. ¿Acaso cree que se va a parecer a un empleado de una casa de subastas? Desde luego... Ustedes, los poetas, estarán muy versados en asuntos de la naturaleza, pero no tienen la menor idea de historia natural... En fin, Mallow —dijo dirigiéndose de nuevo al joven

—, ya ve que no tiene nada que temer de nuestros amigos; puede hablar tranquilamente, incluso sin bajar la voz... Dígame qué hay de su casa...

—Esa casa no es mía —respondió Mallow—. Es de una vieja amiga de mi madre, una viuda, Mistress Verney. Como puede observar, la casa parece a punto de ser devorada por la vegetación, porque los Verney han ido arruinándose poco a poco hasta no ser nada y ya no saben qué hacer, ni toman la menor iniciativa sobre su propiedad. Ya no están en el principio del fin, sino en el final más lamentable y triste. Pero le digo que he pasado en esa casa los momentos más felices de mi vida, unos

momentos de felicidad incomparables... Nunca podré disfrutar de algo que se le aproxime siquiera.

—¿Tan encantadora era Mistress Verney? —preguntó Garth con cierta cautela—. ¿O quizás deba suponer que hay una generación más joven?

—Hay, en efecto, una generación más joven, para mi desgracia —respondió Mallow—. Una generación que ha crecido de una forma... digamos revolucionada. Una generación que ha crecido hasta superar todo lo que me pueda caber en la cabeza —hizo una pausa, tras la cual preguntó a Garth—: ¿Cree usted en una mujer médico?

—No creo en ningún médico, sea

hombre o mujer. Recuerde que yo soy médico.

—Bien, en realidad no se trata de una mujer médico, sino de algo por el estilo —siguió diciendo Mallow—. Estudia Psicología y cosas así... Laura se lo ha tomado muy en serio y trabaja con psicólogos rusos.

—Digamos que su estilo narrativo me parece hartito conciso, pero creo que Laura es la hija de Mistress Verney, ¿me equivoco? —preguntó Garth—. Y supongo también que Laura tiene algo que ver con aquellos días tan felices de los que me ha hablado, los que no volverán...

—Suponga lo que le venga en gana,

ya sabe lo que quiero decir —le soltó el joven dando un respingo—. El asunto que de veras importa es que Laura tiene unas ideas radicalmente nuevas y ha logrado convencer a su madre para que se baje del caballo de la aristocracia de rancio abolengo, aunque pobre, sea al precio que sea. No quiero decir que no tenga algo de razón, dadas las circunstancias por las que pasa la casa, pero la modernidad de las ideas que profesa Laura causa algunas complicaciones, incluso enojosos desórdenes. Laura no sólo ha decidido ganarse la vida por sí misma, sino que lo hace en el laboratorio de un misterioso moscovita. Y ha obligado a

su madre a tomar un huésped de pago en la casa... Y el huésped de pago es el misterioso psicólogo moscovita, que al parecer gusta de retirarse a descansar al campo cuando sale de su laboratorio.

—Y supongo que además de moscovita y psicólogo es joven y apuesto —aventuró Garth.

—Anoche —prosiguió Mallow—, se instaló en la casa a última hora; por ese motivo los he traído a todos ustedes aquí. Les dije que se trataba de un paraje hermosísimo, y lo es, ciertamente... Pero no quiero pintarlo; ni siquiera, en el fondo, quiero visitarlo, aunque los haya arrastrado a ustedes hasta aquí. Pero no puedo negar que

tampoco me desagrada estar cerca de esa casa.

—Comprendo; como no podía librarse de nosotros, pues ya se había comprometido a participar en la excursión, nos ha traído hasta aquí... Bueno, da igual... Dígame qué sabe de ese profesor ruso.

—No sé nada de él, salvo que es un hombre de prestigio en la ciencia y en la política. He oído decir que hace años logró evadirse de Siberia, volando los muros de la cárcel en la que estaba con una bomba que él mismo hizo. De ser verdad eso, es un hombre de gran valor, sin duda. También he oído decir que ha publicado un libro titulado algo así

como *Psicología de la Libertad*, pero de lo que estoy seguro es de que Laura comparte todos sus puntos de vista, es más, de que está absolutamente subyugada por sus tesis. No lo entiendo, créame; Laura y yo nos conocemos y queremos de toda la vida, no creo que pueda tomarme por un estúpido, y por supuesto que yo mismo tengo razones para no considerarme un imbécil... Debo confesarle, sin embargo, que en los últimos tiempos, cada vez que Laura y yo nos hemos encontrado, parecíamos dos personas que van en sentido contrario y se cruzan a determinada altura del camino. Me parece que ella se aleja, va hacia el exterior, y yo me

ensimismo, voy hacia mi interior. A medida que va pasando el tiempo sé más cosas, más mundo conozco, leo más libros, soy capaz de responderme a preguntas de mayor complejidad, y no obstante todo eso me siento imperiosamente llamado a volver a los lugares donde crecí, donde fui niño, donde disfruté de los juegos, como un pájaro que regresa a su nido. Eso, desde luego, reduce mi círculo inevitablemente. Creo con absoluta convicción que un viaje no es tal si uno no regresa a su casa; es más, creo que no hay otro motivo para hacer un largo viaje que el de regresar a casa. Laura ve las cosas de manera muy diferente.

Podría comprender incluso que para ella esta casa sea la cárcel y estas colinas los muros que la circundan, pero me parece que sus tesis últimas no se deben sino a la influencia que sobre ella ejerce ese psicólogo moscovita; dice Laura que en su propio valle, en su propio jardín, los árboles crecen únicamente para asomarse al exterior, algo así como la expresión latina que habla de *echar ramas*... Según Laura, en el verbo *irradiar* radica la auténtica felicidad. Quizás tenga razón, no lo pongo en duda; pero en cualquier caso, de lo que sí puedo estar seguro es de que yo irradio hacia mi interior. Por eso pinto mis cuadros en este rincón del mundo y

sobre este rincón del mundo; y si únicamente pudiera pintar este valle, tenga por seguro que haría un cuadro tras otro del jardín de esa casa; y si sólo pudiera pintar ese jardín, me limitaría a recoger en mis cuadros las enredaderas que hay bajo la ventana de la habitación de Laura.

Hutton despertó con un bostezó sonoro y echó a andar desperezándose hasta donde el más dispuesto Walton había empezado ya a pintar, al fin, tras decirse que había encontrado una buena perspectiva. El poeta Gabriel Gale, sin embargo, continuaba echado bajo el árbol, contemplando boca arriba las hojas de los árboles para creerlas así

boca abajo. Cuando Garth le dijo algo, se dignó a responderle, si bien con bastante desgana, lo siguiente:

—Han expulsado al amarillo.

—¿Cómo? ¿A quién han expulsado?

—preguntó Mallow sin poder disimular su sobresalto.

—Los otros pájaros... Se han puesto a pegar picotazos al amarillo hasta echarlo de aquí —dijo Gale.

—Puede que lo considerasen un intruso, y hasta un indeseable, sólo eso —aventuró Garth aguantándose la risa.

—O puede que se hayan creído lo del peligro amarillo —dijo Gale a modo de conclusión, sumergiéndose de nuevo en sus ensoñaciones.

Mallow, en vista de que el poeta nada más decía, prosiguió su doliente monólogo:

—Ese psicólogo se apellida Ivanov, no sé si lo conocerá usted, al menos de nombre... Parece que se ha puesto a escribir otro libro nada más llegar aquí; Laura viene a ser su secretaria, algo así; por una cosa que me comentó la última vez que hablamos brevemente, intentan dar forma a la teoría matemática de la eliminación de los límites y...

—¡Mire! —exclamó entonces Garth—. Parece que esa especie de fortaleza con almenas y todo genera algo de vida en su interior... Alguien ha abierto una ventana...

—Me parece que no ha observado usted la casa con tanto detenimiento como yo... Es lógico... —dijo Mallow tratando de mostrarse calmado—. Esa ventana del ángulo izquierdo ha estado abierta todo el rato; en realidad siempre está abierta. Es la ventana de un pequeño gabinete contiguo al dormitorio de invitados, que Laura siempre ha utilizado como cuarto de trabajo, está lleno de cosas suyas... Pero me temo que ahora lo ocupa también el huésped.

—Bueno, si es un huésped de pago, ha de sentirse cómodo —observó Garth.

—Pero no deja de ser un huésped raro, y no sólo un extraño... Y espero que sea, en efecto, un huésped de pago,

sólo eso. Pero, mire... Ahora sí están abriendo una ventana... Fíjese en los postigos; es la del extremo de la gran biblioteca de la casa... Preferiría pensar que es ahí donde enclaustran al psicólogo para que trabaje a gusto... Es más, me gustaría que no saliera de ahí.

—Puede que el Filósofo esté tratando de aplicar una de sus teorías a las corrientes de aire —dijo Garth—. Él, o quien sea, ha abierto tres ventanas más y mire, ahora parece estar luchando con otra que se le resiste.

Se abrió una quinta ventana; vieron que, al hacerlo, una rama trepadora que subía hasta allí se tronchó y cayó al jardín; fue como si una cadena verde que

condenaba aquella estancia de la casa, que Mallow pretendía prisión para el psicólogo ruso, se rompiera para procurarle la libertad. Fue como si alguien hubiese roto el sellado de una tumba.

Mallow mostró entonces un semblante mucho más que sombrío. La presencia de aquel revolucionario idealista en la casa de Laura, en el que veía un rival, suponía para él poco menos que una agresión. Las ventanas de aquella casa seguían abriéndose una tras otra, como un Argos que despertara de un largo sueño. Mallow no podía sino extrañarse ante semejante actividad; jamás le había parecido aquella casa

una planta que se abre. Pronto se abrieron todas las ventanas a la luz clara del día. La gran biblioteca de la casa debía de estar ya bien iluminada, bien aireada. Garth había dicho algo acerca de las corrientes de aire y la filosofía; pero ahora aquello parecía ocupado por una especie de oficiante de un rito pagano que hubiese convertido la casa en la morada de los dioses de los vientos.

En aquella visión de hora matutina había algo más; no era sólo la hilera de ventanas abiertas, por mucho que de común estuviesen trancadas. El despliegue de vida que aquello suponía era en sí algo fantástico, confería a la

escena un aire nuevo, un aire fresco que en vez de entrar por las ventanas saliera de ellas. Ya estaba el sol alto, pero aún envolvía la casa la neblina matinal para hacerla brotar de la misma explosión de la aurora. Los árboles del bosque, que parecían abrirse como abanicos, daban la impresión de murmurar al mecerse las hojas de sus ramas el verbo *irradiar*, absolutamente desconocido para ellos hasta entonces. Flotando sobre sus copas, las nubes, cual despedidas por una ignota fuerza centrífuga, arrastraban los colores del amanecer como si quisieran asentarlos incluso en el mediodía.

Mallow sentía un cierto

estremecimiento ante todas aquellas cosas tan frescas, tan novedosas, en expansión inevitable, que le atraían y repelían a la vez. Todo, bajo aquel hálito, parecía maravillosamente desproporcionado, hasta en movimiento. Incluso el marco de la puerta que daba acceso al jardín, un marco relativamente destrozado, parecía balancearse dulcemente ante sus ojos.

Una exclamación de Garth lo sacó de su silenciosa contemplación, de aquel sueño en estado de vigilia que, más bien, era como una pesadilla nocturna sufrida bajo el imperio de la luz del sol.

—¡Caramba, pero si aún le quedan ventanas! Ha abierto la del tejado —

dijo el médico.

El cristal de la claraboya del tejado, bajo los rayos del sol, había lanzado un destello blanco que anunció la inmediata salida de un hombre. A la distancia en la que se hallaban poco podían ver de él, salvo que era un hombre alto y delgado, de buen porte, y que peinaba un muy rubio cabello brillante como el oro. Vestía un batín de vivos colores, que por su brillo bajo el sol no podía ser sino de seda. Ya en el tejado, se desperezó alzando los brazos lentamente, manteniéndolos así un buen rato, con evidentes muestras de satisfacción; esa satisfacción del hombre que acaba de ser arrancado dulcemente de un largo

sueño no menos dulce.

—¡Obsérvelo usted! —dijo Mallow a su amigo, haciendo una mueca extraña, indescriptible, que de inmediato se borró de su rostro—. Me parece que ha llegado el momento de que les haga una visita.

—Sí, creo que debería hacerlo... ¿Prefiere ir solo? —le preguntó Garth.

Nada más decirlo, echó Garth una ojeada al resto del grupo. Vio que Walton y Hutton conversaban a buena distancia el uno del otro, pero sin alzar por ello en exceso la voz; sólo Gale seguía donde antes, tumbado boca arriba bajo las frondosas ramas del árbol, como si no pensara hacer otra cosa el

resto de su vida que observar a los pájaros. Garth lo llamó, pero sólo al cabo de un rato Gale le contestó, diciendo:

—¿Alguna vez ha sido usted un triángulo isósceles?

—Rara vez lo he sido —le respondió Garth como si no le extrañase la pregunta—. ¿Podría preguntarle a qué se refiere?

—Estaba pensando algo... Me preguntaba —dijo el poeta mientras se incorporaba un poco, muy lentamente, hasta apoyarse sobre un codo— si no ha de ser una sensación de lo más desagradable sentirse encerrado por unas líneas rectas... También me

preguntaba, en lógica consecuencia, si no sería preferible estar encerrado en un círculo... ¿Alguno de ustedes ha estado preso alguna vez en una cárcel redonda?

—¿Pero cómo se le pueden ocurrir cosas tan absurdas? —le preguntó el doctor Garth, algo incómodo ahora.

—Me lo ha sugerido un pajarito. Por eso pienso en todo eso como en algo verdadero —respondió Gale en completa calma.

Ahora estaba de pie y avanzaba lentamente, como un sonámbulo, hasta el corte de la cumbre, mirando en dirección a la casa situada cerca del río. Sus ojos ensoñecidos se abrieron como las ventanas de la casa que contemplaba.

—Ahí hay otro pajarito —dijo señalando al hombre que seguía desperezándose en el tejado—. Debe de ser un gorrión, se le ve muy contento... Sí, es un gorrión, sin duda; son los pájaros que mejor se adaptan a este ambiente. Se amolda perfectamente.

Algo de cierto había en lo que expresaba, por muy propio de un chiflado que pueda parecer, porque el hombre del tejado estaba de pie, en el borde mismo ahora, asomándose al vacío... Y agitaba los brazos como si pretendiese volar.

Lo último que había dicho Gale no podía por menos que llamar la atención del médico.

—¿A qué se amolda? —preguntó Garth cada vez más molesto, muy seco ahora.

—Es como un pájaro amarillo —comenzó a decir Gale con mucha parsimonia—. Sí, mírele la cabeza amarilla... No, quizás no se trate de un gorrión, sino de uno de esos... ¿Cómo dijeron que los llamaban? ¿Pájaros-martillo?

—¿Pájaros-martillo? No diga tonterías, hombre, eso lo será usted, por lo que golpea con sus chifladuras —dijo Garth claramente molesto ahora—. Usted sí que parece un pájaro y no ese hombre; usted, con sus largas piernas y su pelo de paja; usted sí que es un

pájaro más amarillo que ese hombre.

Mallow, con sus ojos como de hallarse a punto de entrar en un éxtasis místico, miró primero a uno y luego al otro, al hombre del tejado y al poeta. Le pareció evidente el parecido entre aquellos dos hombres altos y rubios.

—Puede que me parezca, sí — aceptó Gale de buen grado—; quizás me parezca a ese pájaro, lo que sin duda me resultará muy beneficioso pues así tendré que esforzarme aún más en no ser como él... Podríamos ser pájaros de plumaje idéntico, pájaros de pluma amarilla los dos, sí, señores; mas les aseguro que jamás volaremos juntos... A él le gusta volar solo... En lo que se

refiere a la condición de martillo, un martillo amarillo, un martillo del color que sea, bueno, evidentemente se trata de una alegoría.

—Le aseguro que soy incapaz de ver una alegoría en cualquiera de las idioteces que dice usted, amigo mío —le soltó el doctor Garth ahora francamente enojado.

—Aunque es verdad —prosiguió Gale como si no hubiera escuchado a su amigo— que alguna vez fui un martillo, pero para romper cosas, para destrozar muchas cosas. Claro que con el tiempo he aprendido a hacer con un martillo las cosas para las que se hicieron los martillos... Alguna vez, pues, lo uso

como es debido.

—¿Debo suponer que quiere decir algo? —preguntó Garth.

—Sí; que si tengo que golpear un clavo con un martillo, lo hago. Y muy bien —dijo Gale.

Mallow, sin embargo, no bajaría a visitar la casa de Mistress Verney hasta primeras horas de la tarde. Mistress Verney tenía que dirigirse a una villa próxima, como todas las tardes, por lo que el joven se cargó de razones para decirse que debía iniciar el asedio al extraño cuando estuviese solo en la casa. O en compañía de su ayudante, mejor dicho.

Quería contar con sus amigos, para

que distrajeran al ruso mientras él abordaba a la joven y le pedía explicaciones, por lo que, no sin alguna protesta por parte de ellos, arrastró hasta el salón de la casa a Garth y a Gale. Aunque la verdad es que a Gale no lo pudo arrastrar. Era difícil arrastrar a un tipo como el, bastante distraído, entre otras cosas, por lo que de continuo se quedaba rezagado y había que esperarle. Es más, aun siendo tan alto, siempre encontraba la manera de pasar inadvertido, y hasta de perderse, cuando le venía en gana. Al final, hartos de tantas dilaciones, Mallow y Gale decidieron acelerar el paso y no esperarlo más, ignorándole como si se

hubiera echado de nuevo bajo un árbol.

No es que Gale fuese un tipo poco sociable, nada de eso; quería mucho a sus amigos, incluso prestaba atención a sus opiniones y se desvivía por hacerles el favor que fuese, si se lo pedían. Cualquiera que no le conociese bien hubiera supuesto que Gale decía aquellas cosas que decía sólo por oírse, sólo porque estaba encantado con el timbre de su voz. Sus amigos, que en el fondo estaban encantados con él, sabían que no, que había algo más que un encantamiento de Gale con su propia voz; es más, estaban seguros de que ni siquiera prestaba atención a su timbre de voz cuando hablaba.

Lo que hacía imprevisibles las reacciones de Gale era que su voz y su gesticulación se producían en muchas ocasiones por nada, por una insignificancia que a él, no obstante, le parecía algo no ya signo merecedor de atención, sino trascendental. Cualquier tontería que a un hombre normal no le causa más que una leve impresión, y hasta una levísima impresión, a Gale le causaba un gran impacto, era un auténtico incidente, mucho más que reseñable, digno de análisis profundo; el incidente del día; algo que dejaba en un segundo plano todo lo demás, incluso alguna obligación que hubiese contraído, cualquier compromiso.

Gale se conducía siempre bajo el influjo de la sugestión. Cualquier persona medianamente lógica, por ejemplo, sabe, porque lo percibe, que en un simple seto de un jardín o en una revuelta de un camino hay algo incluso tentador, de una belleza digna de admiración. Pero sigue adelante, tras admirar vagamente aquello. Gale, empero, se detenía ahí; aceptaba la invitación, la sugerencia, no se daba a las vagas admiraciones. La forma de una colina, los ángulos de una casa, suponían un gran reto para Gale, algo a descubrir. Y a descubrirlo se entregaba intensamente, hasta creer que había descubierto al menos parte del secreto

que allí se escondía; feliz, entonces, porque ya podía dar algún nombre a su fantasía. Ésas eran las aventuras de su vida. Y tales eran las razones por las que a veces se sumía en sus ideas con una obstinación propia de la paloma que se dirige a su palomar pase lo que pase. Claro está, necesitaba siempre un punto de partida, una sugerencia propia, una sugestión que ahora le faltaba.

Tras dejarlo atrás, sus amigos doblaron la esquina de la casa para pasar ante la gran ventana antigua que daba al jardín. Gale, en contra de lo que Mallow y Garth suponían, llegó pronto a esa altura de la casa. A través del cristal se veía una mesita redonda sobre la que

había una pecera con peces rojos. Gale se detuvo a mirarlos como si jamás hubiese contemplado nada parecido, aunque eran peces rojos de lo más común, esos pececillos típicos de las peceras. Hay que decir que Gale sostenía que la finalidad principal de la vida humana es la de mirar las cosas como si fuese la primera vez que se ven. Y la penumbra de aquella estancia, hasta la que apenas llegaban los rayos del sol que empezaba a ponerse, ofrecía el mejor telón de fondo para la escena que contemplaba Gale absolutamente extasiado. La pecera no era tal, sino una esfera verde a la que se le veía un corazón que ardía en llamas muy vivas.

—¿Por qué los llamarán peces de oro?³ —se preguntó en voz alta, francamente irritado—. Son de un color mucho más hermoso que el del oro; un color que sólo se asemeja al de algunas puestas de sol. El oro sugiere lo amarillo, y no el más bello de los amarillos; ni siquiera se parece al amarillo limón del pájaro que he visto hoy... El cobre... El cobre es mucho más hermoso que el oro... ¿Por qué no se considerará al cobre el más precioso de los metales? —hizo una pausa y siguió reflexionando en voz alta y pausada—: ¿Y si cuando un hombre fuese a cambiar un cheque por oro le dieran monedas de cobre en vez del oro, explicándole que

el cobre posee los ricos matices del color del crepúsculo y el oro no? ¿Por qué no se hace?

No recibió respuesta, claro, porque hizo la pregunta al aire. Sus amigos, que habían pasado ante aquella ventana un poco antes, ni siquiera repararon mínimamente en la pecera con sus peces rojos, dirigiéndose con impaciencia, por el contrario, a la puerta principal de la casa.

Gale estuvo largo rato ante la ventana, contemplando la pecera con los peces rojos. Cuando al fin dio unos pasos, no lo hizo para seguir los de Garth y Mallow, sino para adentrarse en los senderos del jardín sobre los que se

comenzaba a cerrar la oscuridad lentamente, y atravesándolos, llegar hasta el huerto. Ni que decir tiene que en su cerebro chapoteaban ideas tan incomprensibles como románticas a partir de aquella imagen, la de los peces rojos en la pecera.

Mientras, Mallow y Garth, hombres mucho más prácticos y resolutivos, habían entrado en la casa y hablaban ya con un miembro de la servidumbre. En el jardín había cosas que también hubieran podido desatar las fantasías románticas de Mallow, pero su estado de exaltación espiritual tendía ahora lamentablemente a lo sentimental. Había, por ejemplo, un viejo y

encantador trapecio en un rincón del huerto, tras el jardín; y una cancha de tenis, con la hierba alta, descuidada; y la horquilla que hacía la copa de un peral... De cada una de esas cosas hubiera podido urdir una historia, un cuadro. Pero se hallaba poseído por una extraña curiosidad, que no llegaba a ser rabia, mucho más acaparadora de sus atenciones; no podía ahora dejarse llevar por el espíritu de la evocación; por el contrario, se sentía llamado a lo que fuese con tal de desentrañar el porqué de la presencia de aquel hombre en la casa, que tantas cosas había cambiado en el viejo refugio de sus recuerdos de la infancia. Quería saber

hasta qué punto habían cambiado las cosas. Todas las cosas. Llegó a temer que hasta los viejos y confortables muebles que albergaba la vieja casa hubieran sido cambiados por otros, según iba pasando el extraño por las distintas habitaciones que había decidido ocupar, no ya visitar de vez en cuando, a saber si definitivamente.

La casualidad hizo que su paso por aquellas estancias de la casa fuese casi una persecución, pues parecieron ir en pos de algo que se les escapaba. Justo cuando entraban en la amplia biblioteca, el extraño, que se hallaba cerca de una de las ventanas, en el extremo contrario, demostraba ser un hombre amante de la

naturaleza, además de muy ágil, pues pasaba las piernas por el alféizar y saltaba al jardín sin trompicarse. No obstante, una vez abajo, pareció que no tenía la menor intención de huir de ellos, pues alzando la cabeza hacia la ventana por la que ambos se asomaban, bañado por el incipiente crepúsculo, radiante también su sonrisa, les dio la bienvenida hablando en un inglés excelente, aunque con un inevitable acento extranjero. Llevaba aquel batín luminoso que le habían visto desde la colina, de colorines entre los que primaba el amarillo limón, cosa que, junto a la vivida impresión que causaba su cabello muy rubio, había hecho que el poeta

Gale lo tomara por un pájaro.

Tenía bajo aquel cabello de oro unas muy pobladas cejas, aunque no muy elevadas, y una nariz larga y recta, una nariz propia de los bustos y de las monedas griegas; una nariz, en fin, de esas que, cuando se ven en alguien, ofrecen una sensación de poca naturalidad, seguramente a causa de su simetría, que no puede parecerse sino siniestra, por no decir claramente proterva. Empero, nada de excéntrico ni de exótico había en aquel hombre; gesticulaba con absoluta naturalidad y se expresaba con corrección y sencillez; incluso había una evidente gracia natural en todas sus maneras. Nada parecía

inculparlo de cualquier cosa, salvo, quizás, una inquietud que se le adivinaba, más que vérselo, en sus ojos brillantes y bastante saltones, a tal punto que los dos amigos tuvieron durante largo rato, hasta que se acostumbraron a ellos, la sensación de que le colgaban fuera de sus órbitas naturales, moviéndose en el aire.

Sus ojos, por cierto, se fijaron antes que nada en la cámara fotográfica que llevaba ahora colgada del cuello el doctor Garth, pues se había dejado el trípode en la colina. En cuanto concluyeron los saludos y las cortesías de rigor, el desconocido comenzó a hablar de la fotografía. Aseguró, incluso

profetizó su desarrollo en detrimento de la pintura, y rechazó con gran convencimiento las objeciones del médico, quien dijo que la pintura tenía, sobre la fotografía, la superioridad innegable del color.

—Pronto habrá fotografía en color; de hecho, ya la hay; sólo falta perfeccionarla —dijo el extranjero con vehemencia—. Bueno, puede incluso que nunca se perfeccione del todo, pero será mejor cada día... Eso es lo que opina la ciencia. Sabemos, aunque de manera aproximada, lo que puede hacerse, bueno o malo, con el lápiz del dibujante o con el pincel del pintor, o con el cincel del escultor. No se puede

ir más allá. Pero disponemos de otros instrumentos que sí van más allá, porque su propio descubrimiento nos llama a mejorarlos incesantemente. Amigos míos, el gran triunfo del telescopio es precisamente el de ser telescópico.

—Bueno, en cualquier caso esperaré a que se produzca esa revolución fotográfica que augura, ese cambio según usted inminente, antes de echar mi caballete y mi paleta de pintor a una pira —dijo Mallow, malhumorado.

—¿A qué cambios se refiere usted?
—preguntó el ruso con interés creciente.

—Pues esperaré a que una de estas cámaras eche a andar por un sendero, con su trípode y todo, en busca del

paisaje que más le plazca —dijo Mallow.

—Pues sepa usted que eso es más posible de lo que pudiera imaginarse —dijo el científico—. En este nuestro tiempo, en el que los ojos y los oídos del hombre hallan prolongación en alambres que le hacen ver y oír más allá de sus lógicos alcances, sus nervios se expanden sobre las ciudades en forma de teléfonos y telégrafos. La gran ciudad moderna se convertirá en una gran máquina, cuya palanca de mando estará en manos del hombre, para servirle. Y el hombre se convertirá así en un auténtico gigante, con todo a su alcance.

Mr. John Mallow se quedó unos

segundos observando al científico ruso con expresión de ira, pero al fin dijo calmo:

—Si tanto ama la vida en las ciudades modernas, ¿por qué se ha metido en un lugar tan apartado y campestre?

El desconocido palideció; fue perceptible su incomodo, la alteración de sus nervios; la luz crepuscular pareció blanquearlo por completo... Pero pronto volvió a sonreír como antes y habló de nuevo, aunque en un tono menos petulante:

—Aquí dispone uno de mucho más espacio, eso es innegable —dijo—. Puedo asegurarle que soy aún más

amante del espacio que de las ciudades modernas. Pero también aquí llegarán los adelantos de la ciencia, a los más remotos confines... La palabra clave es aviación, amigos míos.

Nada pudieron replicarle, porque antes de que lo hicieran ya seguía el científico hablando por los codos, con la mayor animación pintada en el rostro, con los ojos cada vez más saltones. Hizo el gesto de quien lanza una piedra al aire, en parábola.

—Arriba, en el cielo —dijo—. Por ahí hallaremos expansión, más espacio. Disponemos ahí arriba de un espacio sin ventanas; los nuevos puertos estarán en el aire, en lo más alto, mucho más allá

de nuestras cabezas, en un mar del que jamás veremos el fin, ni siquiera veremos la línea del horizonte... Todo empezará con la conquista de los planetas y con la subsiguiente colonización de las estrellas.

—A mí me parece que habrá conquistado usted la estrella más remota, en efecto, antes de conquistar este modesto y antiguo confín terráqueo —le soltó Mallow—. Este rincón posee un hechizo muy superior a cualesquiera trucos de magia. En esta tierra vivió Merlín... Y aunque es verdad que Merlín sucumbió a un hechizo, lo que sí estamos en disposición de asegurar es que no lo hizo ante el hechizo ni el sortilegio de

Marconi.

—Claro, todo el mundo sabe cuál fue el hechizo que hizo hincar la rodilla a Merlín —dijo el científico sin dejar de sonreír.

Mallow sabía bien de la capacidad de los intelectuales y científicos rusos para no sorprenderse ante tamaño conocimiento de la poesía y de la cultura occidental. Pero aquella alusión no pudo por menos que hacerle poner de nuevo los pies en la tierra, preocuparse de cosas más próximas. Quiso ver Mallow en las palabras del científico una pista de cuál podía ser el motivo de que se hubiera dirigido a aquel valle.

Laura Verney avanzaba entonces por

el jardín hasta donde se encontraban los tres, con unos papeles en la mano. Era una joven de cabello rojo y cutis sonrosado; poseía una belleza que podría denominarse como de exuberancia pagana, que no obstante contrastaba con la profunda seriedad de sus ojos claros, algo que sólo podía verse cuando se la tenía cerca. Se podría decir que era una belleza pagana con ojos puritanos. Saludó cortés pero dominadora de la situación a los dos recién llegados y ofreció al científico los papeles que llevaba en la mano, sin hacerle el menor comentario sobre ellos. Algo en su actitud, quizás el automatismo de sus gestos, pareció

turbar a Mallow, despertar aún más su impaciencia, pues tomando el sombrero que había dejado en el alféizar de una de las ventanas bajas, dijo con la voz muy clara y fuerte, muy seguro de sí mismo:

—Clara, ¿podrías indicarme el camino para salir del jardín? Es que ya no lo recuerdo.

Tuvo que pasar algún tiempo antes de que le dijera las palabras de despedida, a la sombra del muro exterior, cerca del portón de salida. Era tan amarga su actitud que parecía exagerar el carácter definitivo de aquella despedida, no sólo de ella sino de todo cuanto la rodeaba, todo aquello que no podía separar de Laura en sus

evocaciones.

—Deberías echar abajo ese trapecio, está muy viejo —le había dicho Mallow mientras atravesaban el jardín—. Hazlo y podrás instalar ahí el resorte que pueda llevar a cualquiera a la luna, un mágico resorte de acero electrificado. Dicen que se podrá ir a la luna, en breve, en diez segundos...

—Lo que sí sé es que no puedo bajar la luna hasta este jardín —dijo Laura con una dulce sonrisa—, y la verdad es que tampoco tengo la menor gana de hacer algo así.

—Te veo muy reaccionaria, Laura —observó Mallow con sorna—. La luna sólo es un viejo volcán apagado que no

sirve más que para que lo evoquen los románticos pasados de moda... Supongo que convertirás la cancha de tenis en un lugar en el que se pueda jugar a lo que sea, mecánicamente, apretando botones incluso desde muchas millas de distancia de aquí... ¿Has acabado ya tu proyecto del peral que da peras eléctricamente, apretando un botón?

—No hace falta abandonar cosas para que el mundo siga progresando —respondió Laura no sin cierto incomodo ante la actitud de Mallow—. Podemos estar seguros de que el mundo seguirá avanzando, o evolucionando, si es más propio decirlo así... Creo que estás equivocado en unas cuantas cosas... No

se trata sólo de seguir avanzando; prima el principio de expansión. Expansión, ésa es la palabra; abrirse, ensancharse, describir órbitas cada vez más amplias. Eso supone capacidad de conseguir, serenidad y paz, naturalmente; eso significa que...

Pero calló de golpe, como para escuchar una respuesta. Aunque lo hizo sólo porque la luna arrojaba una sombra sobre ella, la de alguien que se había encaramado al muro.

La luz de la luna le hacía un halo pálido y amarillento sobre la cabeza; ambos creyeron por un instante que se trataba del científico ruso, que se había subido al muro como antes se había

encaramado al tejado de la casa. Pero al fijarse más atentamente Mallow en aquella figura, no sin sobresaltarse dijo el nombre de Gale.

—Tienen que abandonar este lugar inmediatamente —fue lo que les espetó seca y gravemente el poeta—. Todo el mundo debe abandonar esta casa con urgencia, no hay tiempo para dar explicaciones.

Saltó del muro para situarse frente a ellos; Mallow, al verle de cerca el rostro, bajo la luna nueva, le notó terriblemente pálido.

—¿Qué le ocurre, amigo? ¿Ha visto un fantasma? —le preguntó.

—Sí, el fantasma de un pez —dijo el

poeta—. Mejor dicho, tres fantasmas pequeños, los fantasmas de tres pequeños peces... Hay que irse de aquí a toda prisa.

Sin volver la cabeza, Gale echó a caminar por los campos que más allá del jardín y del huerto de la casa se elevaban hasta donde el grupo de artistas había hecho alto por la mañana. Mallow y Laura le seguían, sin dejar de preguntarle un montón de cosas, lógicamente asustados. Sólo pareció concederles Gale el favor de la respuesta cuando Laura dijo, lamentándose, que su madre no tardaría en volver a casa, que quizás se hubieran cruzado con ella en el camino, sin

advertirlo.

—No, por fortuna no ha sido así — dijo Gale, tajante—. Envié a Garth en avanzadilla para que la detuviese si se dirigía hacia esa casa... Puede estar tranquila, milady; su madre se hallará a salvo, se lo garantizo.

Pero no era Laura Verney una mujer dispuesta a dejarse conducir mucho tiempo por un hombre, al que además no conocía; un tipo, encima, que se expresaba de forma autoritaria o que no se expresaba de ninguna manera. Por lo tanto, en cuanto llegaron a la cumbre de la colina y estuvieron bajo el árbol a cuyo amparo había pasado buena parte del día el poeta, entregado a sus muy

sesudas meditaciones a propósito de los pájaros, Laura se plantó con furiosa decisión.

—No daré un paso más —anunció— hasta que me convenza usted de que debemos seguirle.

Gale se volvió hacia ella, no menos furioso que la joven, muy pálido, con ojos de loco.

—De manera que me pide usted una prueba de mis razones. Pues mire, sé bien qué clase de prueba me pide... Tonterías... Huellas, la suela de unos zapatos fáciles de identificar... O la impresión digital ensangrentada que además haya sido comparada con las que tiene Scotland Yard en sus archivos.

O una cajita de fósforos que casualmente se le ha caído a alguien, ¿verdad? ¿Acaso cree usted, milady, que no he leído novelas policíacas? Mire, le diré la verdad: no puedo mostrarle la menor prueba. Una prueba de las que usted me pide, claro. Y si le hablo de mis razones, seguro que se las toma por una excentricidad, si no por una chifladura. Tiene dos opciones; o hace lo que yo quiera, y luego me da las gracias, o deja que me exprese como me venga en gana, y durante todo el tiempo que me parezca que debo hacerlo, y le da usted después gracias a los cielos por haberme seguido hasta hallarse sana y a salvo.

Mallow contemplaba la escena sin

alterarse, pues sabía de las intuiciones de Gale. Pero cuando éste hizo una pausa, lo interpeló:

—Amigo mío, será mejor, en cualquier caso, que nos haga partícipes de sus razones... Yo sé que sus razones suelen ser fundadas, pero nuestra acompañante...

La furiosa mirada de Gale se desplazó entonces del rostro inquieto de la joven al de su amigo, y acto seguido al montón de hojas sobre el que unas horas antes había estado tumbado.

—Bien... Me encontraba aquí, mirando al cielo —dijo—, o a las copas de los árboles, para ser más exacto, y nada de lo que ustedes hablaban me

llegaba porque no quería que me llegase, me complacía en mirar y oír a los pájaros... Sabrán ustedes qué ocurre cuando uno se pasa un buen rato mirando algo... Acaba viendo algo así como un dibujo fijo, como el del papel de las paredes de las casas. Yo veía un dibujo verde, gris y pardo; era como si el mundo entero tuviese aquel dibujo; era como si Dios hubiera creado un mundo de pájaros, de copas de árboles y de espacio, verde, gris y pardo.

Laura dejó escapar una risa que más bien parecía una protesta, pero Mallow dijo a su amigo:

—Siga, por favor.

—De repente —siguió diciendo

Gale— me percaté de que en mitad de ese dibujo había una mancha amarilla. Poco a poco descubrí que no era una mancha sino un pájaro, y luego me percaté del tipo de pájaro de que se trataba... Alguien habló de un pájaro carpintero, pero aunque no sea yo un experto en pájaros, supe que no, nada de eso... Era un canario.

Laura, que se había alejado unos pasos convencida de que Gale no seguiría diciendo más que tonterías, se detuvo interesada, con un brillo de expectación en los ojos.

—Me pregunté —prosiguió Gale— cómo era posible que un canario estuviese entre pájaros silvestres, y

sobre todo, me pregunté cómo y por qué habría llegado hasta aquí... Aunque vagamente, pensé en el pájaro, no en un ser humano. Pero tuve una especie de visión, contra el cielo despejado de la mañana; vi una ventana que se abría, y la puerta de una jaula, que también se abría. Entonces comprendí que los pájaros pardos trataban de matar al pájaro amarillo, lo que alentó mis reflexiones, como supongo que le hubiese ocurrido a cualquiera ante una escena tan dramática. ¿Debemos considerar siempre un acto de generosidad devolver la libertad a un pájaro? ¿Qué es la libertad? ¿Alguien puede decirlo sin la menor duda?

Convengamos en que la libertad, por encima de cualquier otra consideración, es el derecho a ser uno mismo; según ese razonamiento, y aunque atendiendo a circunstancias concretas, el pájaro amarillo era libre en su jaula. Estaba solo. Cantaba libremente. En el bosque, sus plumas le serían arrancadas por los otros pájaros, que además lo picotearían hasta dejarlo sin canto. Eso me llevó a pensar que el hecho de ser uno mismo, lo que supone ser libre, es en el fondo la limitación de uno mismo... Sí, mis queridos amigos; estamos limitados por nuestros cuerpos y por nuestras mentes; si nos evadimos de ellos, dejamos de ser nosotros mismos, incluso dejamos de

ser, sin más. Pregunté en ese instante de mi reflexión si un triángulo isósceles se sentía aprisionado y si podría haber algo que pudiéramos denominar una prisión redonda... Pero volveremos sobre este concepto, el de la prisión redonda, antes que concluya esta historia.

»Vi poco después al hombre encaramado al tejado que abría los brazos como alas y alzaba la cabeza hacia el cielo. No sabía nada de ese hombre, pero sí que era quien había otorgado al canario la libertad, arrojándolo a lo desconocido, al riesgo; después, mientras bajábamos por la falda de la colina, comprendí algo más al oír cierto comentario que aludía a la

evasión de una cárcel protagonizada por ese hombre; un hecho, me dije, que había abocado a ese hombre a unas concepciones filosóficas presididas por los conceptos de libertad y fuga. Comprendí que no podía ser de otra forma, pues aquel momento crucial, aquel momento en que saltaron los muros de la prisión para abrirle el paso de la libertad, a buen seguro fue el más determinante de su existencia. Supe así por qué daba la libertad al canario y por qué, como comentó alguien, había escrito un libro sobre la psicología de la libertad... Un poco más tarde me vi ante una ventana contemplando unos peces rojos en su pecera, sólo por el gusto de

hacerlo, me encanta ver peces rojos en las peceras; los peces rojos de las peceras colorean mis pensamientos, me los tiñen de un agradable y tranquilizador color naranja y a veces escarlata que me ayuda a tranquilizarme durante mucho tiempo. Largo tiempo, por lo demás, estuve contemplando aquella pecera con sus peces rojos; pero al cabo de tan largo tiempo me di cuenta de que la posición de los peces había cambiado, al igual que su color. Comenzaba a anochecer y a brillar la luna; mas lo que observaba en la pecera era una especie de fulgor cadavérico: los peces yacían panza arriba sobre la mesa; comprendí que la pecera estaba

rota en mil pedazos. Pero no me asusté; por el contrario, creo que adquirí entonces una comprensión definitiva del romanticismo, o al menos del romanticismo inherente al momento que vivía, porque tan fantásticos peces rojos habían sido para mí el jeroglífico de un mensaje que el dedo implacable de Dios había escrito en oro sobre un fondo blanco y rojo... Cuando miré de nuevo, sin embargo, ese dedo había escrito otro mensaje que constituía toda una lección necesaria, y además en espantosas letras de color ceniciento aunque yo quise que fueran plateadas. El mensaje decía: *«Este hombre está loco»*.

»No me parecería ilógico que

estuvieran pensando ustedes, ahora mismo, que estoy tan loco como ese hombre. Puedo asegurarles que soy a la vez como él y distinto. Soy como él porque puedo admitir el pensamiento de chifladuras como las tuyas y tengo sus mismas ansias de libertad. Pero soy diferente porque puedo, por ventura, encontrar aún el camino de regreso a mi casa. Un loco de verdad es el que pierde el camino de regreso a su casa y jamás lo encuentra. Este hombre acaba de franquear la débil línea que separa la libertad de la locura. Un hombre que abre la jaula de un pájaro es un amante de la libertad, sin duda, aunque un amante exagerado, o enloquecido, de la

libertad. Pero un hombre que rompe una pecera porque la considera una prisión para el pez ha perdido la razón, vive en un mundo de alucinaciones, vive preso del irrefrenable deseo de hallarse fuera del mundo. Otra cosa más me reveló el gris cadavérico de los peces: un estallido de la demencia abrupto, vertiginoso. Abocar a un canario a los peligros del bosque podía ser considerado, no obstante, un acto de gentileza, aunque discutible; pero condenar a la muerte a unos peces rojos supone haber desatado una furia destructiva e incontrolable.

»¿Qué más?, se preguntarán ustedes. He aludido a una prisión redonda; en

una mente que evoluciona en paralelo a ideas como las que sostiene este hombre, se da en realidad la aceptación del concepto de prisión redonda. Es el mismo cielo, preñado de estrellas; es ese arco sereno e inmarchitable al que llamamos infinito...

Pero no dijo más. Gale terminaba de pronunciar estas palabras, cuando pareció preso de una convulsión, agitó los brazos, trató de tomar aire y cayó de bruces. Casi a la par, Mallow sintió que una fuerza ignota lo arrojaba contra un árbol, mientras la joven Laura caía sobre él, abrazándose a su cuerpo de una forma que, a pesar de la violencia de aquel torbellino, contenía la tierna

respuesta a muchas de las preguntas que el muchacho se había hecho. Sólo cuando lograron rehacerse comprendieron que en el valle entero resonaba el eco de un rugido aterrador, que la oscuridad se había hecho un relámpago rojo y cegador. Un destello glorioso, como si inopinadamente el sol hubiera decidido cambiar el curso de las cosas para lucir más potente que nunca. Un mundo radiante, ésa fue la única expresión que inundó la mente de Mallow.

Mallow, bastante melancólico, quizás más que aturdido, se complació observando cómo avanzaba a ras de hierba una llamarada que se detuvo a

pocos pasos de donde estaban. Se dijo que, a despecho de la violencia de la visión, el momento era hermoso. Pero pronto comprendió que se trataba del marco de la puerta que había contemplado desde lo alto de la colina por la mañana.

Se hallaban suficientemente lejos de la casa como para saberse a salvo, lo que hizo que poco a poco fueran cobrando consciencia del momento. Mallow miró de nuevo aquel pedazo de madera azul que se retorció bajo las llamaradas auríferas. Y entonces se echó a temblar sin remedio.

Vio al poco los rostros de sus amigos Walton y Hutton, que llegaban

corriendo hasta allí; pálidos bajo las llamas, venían de una hostería cercana a la que ya se había dirigido el resto del grupo para pasar la noche y reponer fuerzas.

—¿Qué demonios ha sido eso? — preguntó Walton.

—Una explosión, parece evidente — dijo Hutton.

—Sí, una explosión —repitió Mallow, tratando de dominar sus temblores, esforzándose lastimeramente en esbozar una sonrisa.

Subía la gente a la colina, huyendo cuanto más lejos mejor de la proximidad de la casa. Gabriel Gale se volvió hacia lo que era casi una muchedumbre.

—No es nada —dijo—; ha sido el
cañón de la cárcel, la señal de alerta...
Se ha fugado un preso.

III

LA SOMBRA DEL TIBURÓN

Resulta curioso observar que el desaparecido Sherlock Holmes, mientras llevaba a cabo una de sus ingeniosas investigaciones, hacia las que jamás podremos demostrar el agradecimiento debido, sólo en dos ocasiones evita dar una explicación, por resultarle del todo imposible hacerlo.

En ambos casos, y he aquí lo más interesante, el propio y muy distinguido autor llegó a considerar posteriormente

como posibles ambas imposibilidades, e incluso a darlas por positivamente ciertas. En el primer caso, el eminente detective declara que nunca antes había tenido noticia de un crimen cometido por un ser capaz de volar. Sin embargo, desde el comienzo imparable del desarrollo de la aviación, sir Arthur Conan Doyle, un gran patriota y un excelente historiador de la guerra, fue testigo de innumerables crímenes cometidos por seres que volaban. En el segundo caso, afirma el detective que en ningún supuesto debe acusarse de un crimen, ni siquiera atribuirles el hecho que sea, a los espíritus, ni a cualquier otra criatura sobrenatural, lo que es

decir a ninguno de los agentes de los cuales, en lo que a su existencia se refiere, sir Arthur es hoy el más pugnaz y apasionado defensor.

Cabe colegir de ello que, en el estado actual de su espíritu y por ende de sus creencias, el perro de los Baskerville muy bien podría ser un perro del otro mundo, o por lo menos, si el optimismo con que suelen contemplarse las creencias que en el presente defiende sir Arthur se lo permite, que es muy posible que sí, algo parecido a un perro del Infierno. Quiero, empero, dejar constancia clara de esta coincidencia antes de iniciar la narración de un relato en el que las dos

explicaciones deben contemplarse. Los científicos demuestran un gran empeño en atribuirlo a la aviación y los espiritistas a los espíritus, aunque puede ponerse en duda más que justificadamente que ni el espíritu ni el aviador merezcan felicitaciones por su utilidad asesina, o por su utilidad en tanto que asesinos.

Se trata de un misterio que aún se sostiene entre nosotros, al menos como un recuerdo, como una referencia, como una alusión, pero que en su día resultó sensacional; hablo de la muerte de cierto caballero conocido como sir Owen Cram, un millonario excéntrico y muy conocido por su afán de mostrarse como

el más grande protector y mecenas de las ciencias y las artes. La particularidad de su caso radica en que fue hallado muerto, cosido a puñaladas, en la orilla del mar, en una franja de arena de playa en la cual no había más huellas que las de sus propios pasos. Quedó plenamente demostrado que, naturalmente, no fue él quien se causó aquellas heridas, pues resultó imposible a los investigadores determinar precisamente que hubiera podido causarse sir Owen las puñaladas. Fueron muchas las teorías expuestas, que hablaban, como ya hemos apuntado, de su fervor por la aviación hasta su no menos fervoroso estudio de los

fenómenos psíquicos, cosas en las que coincidía con sir Arthur Conan Doyle. Todo lo más, se consideró posible, e incluso hubo quien dijo que estaba absolutamente demostrado, que únicamente los reinos de la ciencia y del espiritismo pudieron tener algo que ver en aquello.

La verdadera historia de aquel hecho, no obstante, jamás se ha referido, aunque contenga elementos que, si bien no pueden considerarse plenamente sobrenaturales, resultan, cuando menos, supranormales. Mas para exponerlos en toda su mayor claridad es preciso volver atrás, a la escena con la que dio comienzo todo, la que aconteció en los

jardines de la mansión de sir Owen próxima al mar, donde el viejo *gentleman* ejercía su sapiencia desempeñándose como árbitro respetable en las contiendas intelectuales libradas por los jóvenes estudiantes de diversas materias, y por hombres versados ya en unas cuantas especialidades, sus compañeros favoritos todos ellos. Fue la escena que indujo al singular silencio y aislamiento, y en los últimos tiempos a su excéntrica aparición pública, a Mr. Amos Boon.

Mr. Amos Boon había sido misionero y seguía vistiendo como un misionero; la realidad es que no vestía

como nada más que un misionero. Su Figura, barbada y corpulenta, destacaba especialmente gracias al sombrero de ala ancha con que se tocaba y a la levita con que se cubría las espaldas; todo eso le daba a la vez un aspecto zafio y desaliñado, pero no carente de atractivo. Era de tez morena y su barba muy negra; las cejas, espesas e igualmente negras, le daban un aire de andar sumido en dolorosas introspecciones y su mirada era huidiza; para colmo, uno de sus ojos parecía más grande que el otro, cosa que ponía en su cara una expresión siniestra, aunque salvándolo con ello de la vulgaridad más despiadada.

Mr. Amos Boon había dejado de

ejercer como misionero por lo que él mismo llamaba su amplitud de ideas, aunque no fueron pocos los que decían que, más que de ideas, se trataba de una amplitud de moral propiciada por las islas de los Mares del Sur, donde había vivido largos años, islas que resultaron ser el teatro de buena parte de su emancipación ética.

Claro que esto podía tratarse de una malévolamente interpretación, por parte de algunos, de su profunda y muy humana curiosidad y de su simpatía por las costumbres de los salvajes en general y de las salvajes en particular, todo lo cual, en un hombre blanco, conduce en numerosas ocasiones a la decadencia,

una vez abandona el hombre blanco sus prejuicios. Sea como fuere, viajando solo como lo hacía, y en la sola compañía de una Biblia por todo equipaje, solía consultar aquellas páginas con bastante frecuencia, primero como si buscase el consejo de un oráculo, y después en busca de errores conceptuales y contradicciones varias, porque un detractor de la Biblia no es más que un adorador de ella, pero a la inversa. Así se consagró a la no muy dura tarea de demostrar que David y Saúl no siempre observaron un comportamiento digno del favor divino, por lo que de continuo proclamaba Mr. Amos Boon que prefería a los filisteos.

Boon y sus filisteos, por cierto, era el nombre que se habían dado algunos jóvenes levitas amigos de sir Owen, que pululaban también alrededor del misionero, y que participaban de sus tesis, nada piadosas.

Por aquel mismo tiempo presidía y moderaba un día sir Owen Cram una discusión entre un par de estudiantes, sus jóvenes amigos, sobre ciencia y poesía. Sir Owen era un hombre inquieto, de ademanes vivos, bajo de estatura; tenía una gran cabeza y lucía un bigotito gris encrespado; de la cabeza le caía una especie de flequillo igualmente gris, como la cresta desvanecida de una cacatúa. Había en su no saber estarse

quieto algo de reptante y en su caminar de pies planos y piernas cortas y torcidas algo que los alegres muchachos que lo acompañaban comparaban con la forma de desplazarse de los cangrejos; era, en fin, un hombre dispuesto siempre a volverse en cualquier dirección; un típico *amateur* entregado a una manía tras otra, no por inconsútil menos apasionado e intenso. Un buen día había decidido impulsivamente legar toda su fortuna a un museo de historia natural, para poco después entregarse frenéticamente a la tarea de pintar paisajes. Naturalmente, las gentes que lo rodeaban eran la mejor exposición de sus variadas aficiones.

En aquel momento, un joven pintor que comenzaba a inclinarse igualmente por la poesía defendía unas muy elevadas tesis poéticas contra la firme pero sonriente resistencia de un médico en ciernes, cuyo mayor objeto de estudio era la biología. Las bases del acuerdo hubieran sido imposibles, y nadie, salvo sir Owen, hubiese podido sentir por ambos la misma simpatía; mas el punto importante era ver el curioso efecto de la controversia de ambos contendientes a propósito del caso de Mr. Boon, allí presente.

—Digamos que versar sobre las flores es algo que ya no tiene sentido, pero las flores sí lo tienen —decía el

poeta—. Tennyson⁴ está en lo cierto cuando habla de la flor en el muro agrietado; pero pocos son los que contemplan una flor en ese muro; prefieren las flores del papel pintado de las paredes; y si las generalizaciones pueden ser tristes, observarlas sólo resulta impresionante, pues si hay una providencia especial que vela por las estrellas que caen ha de haber otra más importante que vele por las estrellas que se levantan; y sobre todo, si se trata de una estrella viva.

—Bien, de acuerdo —decía el hombre de ciencia, condescendiente; era un muchacho pelirrojo, con gafas, de rostro inteligente, apellidado Wilkes—.

Me parece, sin embargo, que si seguimos por ahí nos apartaremos del buen camino. Una flor no es más que una excrescencia como cualquier otra, con sus órganos y todo; su interior, al fin y al cabo, no es más bello ni más feo que el de cualquier animal; un insecto, amigos míos, es más o menos el mismo mecanismo de anillos y radios; me interesan de la misma manera que me interesa un pulpo o cualquier otro animal marino, que para usted, no obstante, puede convertirse en un monstruo.

—¿Por qué exponer las cosas de la vida de esa forma? —preguntaba el poeta—. ¿No es acaso igualmente lógico

exponerlas al revés? ¿Por qué no se puede afirmar que un pulpo es tan maravilloso como una flor, en lugar de admitir que una flor sea tan vulgar como un pulpo? ¿Por qué no decir que la jibia y el pulpo, y todos los monstruos marinos, son también flores que constituyen un jardín en el mar? Sí, las flores temibles y maravillosas del jardín crepuscular de Dios que es el mar. Estoy seguro de que Dios ama a un tiburón como yo amo a una amapola.

—En cuanto a Dios, querido Gale —empezó a decir el otro con calma, aunque de repente cambió el orden de sus ideas, y de su discurso—; bueno, mire, querido amigo, yo no soy más que

un hombre... científico, si así lo quiere, cosa que para usted tendrá una consideración inferior a la de un animal marino... Por lo que dice del tiburón, le aseguro que el único interés que despierta en mí ese animal es el de partirlo por la mitad... Siempre y cuando no me haya partido él a mí antes, claro...

—¿Ha visto usted algún tiburón? —
intervino inesperadamente Amos Boon.

—En sociedad, no, seguro —
respondió el poeta un tanto maleducadamente, mas arrepintiéndose de inmediato pues su rostro enrojeció bajo el cabello rubio.

Era un hombre alto, de piernas y brazos muy largos; se llamaba Gabriel

Gale y se le conocía más como pintor que como poeta.

—Usted los habrá visto en un acuario, pero yo los he visto en el mar— dijo Boon—. Los he visto allá en donde se enseñorean de las aguas y son adorados y temidos por los hombres, que les rinden esa pleitesía debida a los más grandes dioses... La verdad es que me daría lo mismo adorar al dios tiburón que a cualquier otro dios...

Gale, el poeta, escuchaba en silencio, porque a la vez que oía aquellas palabras su mente se llenaba de fantasías; acogía con placer toda imagen fantástica y en el acto vio los mares purpúreos y revueltos donde reinan esos

monstruos marinos.

Otro muchacho que estaba junto a él, y que hasta entonces había permanecido en silencio, intervino con suavidad, midiendo mucho sus palabras; era un estudiante de teología apellidado Simón, pues sir Owen, quizás como reminiscencia de un tiempo en el que apreciaba estos estudios, también gustaba de rodearse de algún que otro fervoroso de la teología. Simón era un joven delgado con el cabello castaño oscuro y lacio; tenía unos ojos muy vivos y una mirada penetrante, aunque mostraba cierto gesto de tensión, acaso por hallarse siempre con los labios muy prietos. Fuese por cautela, o fuese por

desprecio, había dejado el ataque al materialismo médico en manos del poeta porque Gale se mostraba siempre dispuesto a debatir sobre cualquier cosa, engarzando una discusión con otra.

—¿Sólo adoran a los tiburones? —preguntó el joven Simón—. Pues me parece una religión muy limitada, la de esas gentes...

—¡Una religión! —exclamó con desprecio Amos Boon—. ¿Qué sabe usted de la religión? Usted, querido joven, es de esos que se limitan a pasar la bandeja para que sir Owen deje caer un penique en ella y ayude a levantar así un púlpito desde el que cualquier cura podrá dirigir la palabra a una

congregación de solteronas... Aquella gente tiene algo que se parece a la religión. Hacen sacrificios y ofrendas... Ofrendan animales, niños, sus propias vidas... Estoy seguro de que se volverían usted y los suyos verdes de miedo si pudieran ver sólo una vez cómo se manifiesta el fervor de esa religión... Digamos que no es como un pez en el mar, sino como el mar alrededor del pez. El mar es la nube azul en la que se mueve, o el velo, o la cortina verde que lo envuelve, y cuyo borde se arrastra con el fragor del trueno.

Se habían vuelto todos hacia él, porque había en la atmósfera algo más

que el eco de sus palabras. Ya invadía el crepúsculo el jardín, que se extendía hasta el filo de un acantilado calizo sobre el mar. El último destello de la puesta de sol irradiaba sobre una zona de césped, dándole un tono amarillento, más que verde, y un brillo casi de oro que se destacaba sobre el último perfil del horizonte que, de un índigo oscuro y violáceo, se transformaba al aproximarse a la orilla en un verde pálido y melancólico. Una nube alargada, de perfiles dentados, parecía arrastrarse hacia los últimos rayos del sol, mientras el hombre barbudo y tocado con un sombrero de alas anchas, aquel que tanto tiempo había vivido en

los Mares del Sur, la señalaba con un dedo enérgico y decía:

—Hay un lugar en el que la forma de esa nube sería llamada por los nativos *la sombra del tiburón*. Mil hombres caerían entonces de bruces a tierra, dispuestos a ayunar, a morir o a luchar... ¿No observan ustedes la gran aleta dorsal de esa nube, negra como el pico de una montaña que se desplazara cual los semovientes? Ustedes pierden el tiempo discutiendo sobre tonterías, como podrían hacerlo sobre un golpe de golf; o todo lo más querrían pintar esto como si se tratase de un pastel de Navidad... Y alguno hasta diría que el judío Jehová puede acariciar el lomo de

esa nube como si fuera una liebre...

—¡Bah, bah, amigo mío! —exclamó entonces sir Owen, muy nervioso—; no nos gusta oírle proferir esas blasfemias.

Boon volvió hacia él sus ojos; o uno solo, el que se le agrandó hasta parecer el de un Cíclope. Su negra silueta se destacaba sobre la hierba silvestre y parecía que su barba crujiere al decir:

—¿Blasfemia? Ande usted con cuidado, no vaya a ser precisamente usted quien esté blasfemando —acusó con mucha dureza.

Apenas pudo hacer un gesto sir Owen y ya la negra silueta que se destacaba entonces contra la mancha de oro viejo del ocaso había dado media

vuelta y se alejaba de la mansión, tan impetuosamente que alguno creyó que iba a precipitarse por el acantilado. Pero halló la escalera de madera que bajaba hasta el sendero, y al poco oyeron sus pasos en dirección a la aldea de pescadores de la playa.

Sir Owen movió la cabeza hacia los lados, como si quisiera sacudirse una especie de parálisis, o un mal sueño.

—Mi viejo amigo es un poco excéntrico, caballeros; pero no se vayan aún, queridos amigos —rogó a los estudiantes—; no permitamos que arruine nuestra tertulia, aún es pronto para retirarnos.

La oscuridad creciente, y un cierto

malestar que a todos invadía, había comenzado ya a disgregar al grupo de estudiantes que poco antes estuviera sentado en el jardín, por lo que muy pronto el propietario de la mansión no estuvo más que en compañía de los siempre fieles Simón y Gale, así como el médico Wilkes, se quedaron a cenar; pronto se vieron sentados a la mesa, alrededor de una botella de Chartreuse verde, pues sir Owen, además de costosas excentricidades, se dejaba llevar igualmente por los no menos costosos convencionalismos. El poeta, aunque era hombre locuaz, permanecía en silencio observando el verde caldo de su copa como si se tratase del verde

abisal del mar.

Sir Owen se decidió por otro de sus tópicos predilectos.

—Apuesto —dijo— a que soy el más trabajador de todos ustedes; me he pasado el día entero ante mi caballete, ahí abajo, en la playa, luchando con este bendito acantilado, tratando de que parezca en verdad calizo y no de queso.

—Sí, ya lo vi a usted, pero no quise interrumpirle —dijo Wilkes—; cuando baja la marea ando por ahí buscando cosas; alguien que me vea supondrá que voy a buscar conchas, o que paseo porque así lo requiere mi posible mala salud... Pero no, busco otras cosas, con las que ya me he hecho lo que se puede

considerar un museo, más que una colección... No creo, pues, que se me pueda considerar un tipo ocioso. Gale también estaba en la playa, aunque sin hacer nada, como acostumbra... Pero lo que más me extraña es que ahora esté en silencio...

—Yo he escrito hoy varias cartas —dijo Simón—, lo que puede parecer que no supone esfuerzo, pero no siempre las cartas son triviales... Escribir algunas cartas puede dejarte realmente agotado...

Sir Owen miró entonces a Gale, que rompió el silencio dando un fuerte golpe en la mesa, como si acabara de recordar algo de suma importancia.

—¡*Dagon!* —exclamó con los ojos

en blanco.

Los otros no parecieron comprender; quizás pensaron que aquello, *Dagon*, era una manera poética y hasta educada de evitar una palabra malsonante... Pero unos segundos después los negros ojos de Simón se iluminaron y bajó lentamente la cabeza mientras decía:

—Claro; por supuesto; tiene usted toda la razón... Por eso Mr. Boon es un decidido partidario de los filisteos...

Y para dar respuesta a las miradas interrogativas de los otros, siguió diciendo el joven Simón:

—Los filisteos eran un pueblo oriundo de Creta, al parecer de origen helénico, que se asentaron en las costas

de Palestina llevando hasta allí un culto que puede haber sido el de Poseidón, pero que sus enemigos, los israelitas, calificaban como un culto de *Dagon*. Lo más importante de todo esto es que el símbolo pintado o tallado de ese dios, Dagon, parece haber sido un pez desde tiempo inmemorial.

Aquello pareció reavivar la discusión anterior entre el científico y el poeta.

—Debo confesar —dijo Wilkes— que me ha decepcionado mucho Mr. Boon. Se presenta como un racionalista, como yo, pero en realidad parece haber cursado sus estudios científicos en una academia de folklore de los Mares del

Sur. Creo, por otra parte, que ese hombre anda un tanto desequilibrado de los nervios, y para mí que se ha enojado con nosotros por algo que no es más que una especie de fetiche... Al fin y al cabo hablábamos de un pez...

—¡No, no y yo! —clamó Gale—. Es preferible reducirlo a la condición de fetiche, a ese pez, quiero decir... Es preferible ofrecerse uno en sacrificio ante el horrendo altar de ese pez... Cualquiera cosa antes que formular tan aterradora blasfemia, como lo es decir que no se trata más que de un pez... Eso es tan espantoso como decir que lo otro es sólo una flor...

—Ya, pero es que una flor es sólo

una flor —dijo Wilkes—. Y la ventaja de contemplar estas cosas bajo un punto de vista frío y racional estriba en que así puede uno...

Se detuvo y permaneció inmóvil, como si acabara de observar algo extraño, si no aterrador... No faltó entre quienes le acompañaban el que creyó ver en su pálido rostro, en su ahora más afilada nariz aquilina, mayor palidez puntiaguda de la que en realidad mostraba.

—¿No han visto nada tras esa ventana? ¿Hay alguien ahí fuera? —preguntó.

—¿Qué ocurre? ¿Ha visto usted algo extraño? —lo interrogó sir Owen, ahora

sobresaltado.

—Un rostro —dijo el científico—. Y no era un rostro humano... Salgamos a echar un vistazo.

Gabriel Gale siguió al doctor sólo unos momentos, deteniéndose cuando éste, impulsivo, apretaba el paso. No obstante su actitud de clara indolencia, el poeta se había puesto en pie, en principio, de un salto, apoyando después sus manos en el respaldo de la silla, rígido, atónito y asustado, porque también él había visto algo. En realidad lo vieron todo, cosa que demostraba la expresión demudada de sus rostros.

Contra el cristal de la ventana, si bien apenas iluminado, como surgido de

la misma oscuridad primera, se percibía una especie de rostro alargado; algo que en principio podía haberse tomado simplemente por una máscara que representase a un duende, a cualquier personaje de una pantomima. Aquello, ciertamente, no podía ser un rostro humano, bajo ningún concepto, bajo ninguna impresión; aquello tenía los ojos hundidos en una especie de grandes círculos, como los búhos... Sin embargo, desprendía un tenue resplandor merced al cual podía observarse que no estaba cubierto de plumas sino de escamas.

No tardó mucho en esfumarse. La mente del poeta, capaz de crear imágenes con una rapidez propia del

cinematógrafo hasta cuando las situaciones precisaban de una actuación urgente, ya había elaborado una buena retahíla de inspiraciones fantásticas a propósito de quién podría mostrar un rostro semejante. Pensó incluso, sin hacer un gran esfuerzo para ello, en alguna especie de pez volador monstruoso que se hubiera abierto camino hasta la ventana de la casa a través de la espuma de las olas, de la fina arena de la playa y de los tejados de las pequeñas casas del poblado de pescadores. Según otra fantasía inmediata, supuso que hasta podría ser que la casa estuviera en el mismo fondo del mar, y que por ello pudieran

acercarse a sus ventanas los grandes peces con cabeza de duende que nadaban a su alrededor, como si tomaran las ventanas de la casa por las portillas redondas de los barcos hundidos.

Pero justo en ese momento se oyó una voz, gritona y tremolante, que anunciaba:

—¡El pez tiene piernas!

En un principio, aquellas palabras parecieron aportar una monstruosidad aún mayor al trance que vivían aquellos hombres. Mas pronto volvió a ellos el sentido de lo real, del que era mejor exponente el rostro del doctor Wilkes, que lucía una amplia sonrisa en el umbral de la puerta.

—Nuestro pez tiene dos piernas, y las usa, vaya si las usa —dijo—; echó a correr como una liebre en cuanto me vio... Caballeros, he podido comprobar con absoluta claridad que se trata de un hombre, un tipo que habrá querido darnos un susto, gastarnos una broma... A eso queda reducido el fenómeno psíquico.

Miró entonces a sir Owen Cram, sin dejar de sonreír sarcásticamente, como si sospechara de algo.

—Lo que sí me parece evidente —prosiguió el doctor Wilkes— es que tiene usted un enemigo, sir Owen.

El misterio del pez humano no ocupó en lo sucesivo mucho más tiempo de las

conversaciones del grupo, toda vez que tenían sus componentes otros muchos asuntos a propósito de los que versar. Cada uno de ellos siguió exponiendo sus tesis y rebatiendo las de los otros, aferrándose a sus manías con calor y despreciando las de cada oponente; hasta el tranquilo Simón, un hombre de común bastante callado, fue interviniendo poco a poco con más ardor en las discusiones que se suscitaban, hasta demostrar a sus amigos que se hallaba en posesión de una habilidad argumental hasta cierto punto cínica.

Sir Owen continuaría pintando con el apasionamiento de un *amateur*, para

aprovechar las últimas luces del día; Gale, desdeñando la pintura, con la común *nonchalance* de un pintor; Mr. Boon seguiría tan ocupado con su Biblia y sus filisteos, y el doctor Wilkes con su museo y sus microscópicas criaturas marinas, cuando el poblado de pescadores sufrió una sacudida propia de un temblor de tierra, al caer sobre sus tejados aquella incomprensible tragedia que hizo aparecer su nombre en todos los periódicos de la región durante mucho tiempo.

Gabriel Gale escalaba la espléndida pendiente de hierba que culminaba en el alto acantilado calizo desde el que se

dominaba la playa, alentado por un humor en perfecta armonía con la aparición reciente del sol bajo la amenaza de tormenta que cubría el cielo. Las nubes parecían poner un halo al sol, y flotaban sobre su cabeza como lanzadas al aire por una rueda flamígera; así, cuando llegó Gale al borde del precipicio tuvo una de aquellas extrañas revelaciones en las que el sol parecía no ser únicamente el cuerpo más luminoso de un paisaje luminoso, sino el foco solitario y único de toda fuente de luz. Era el momento de la bajamar, por lo que las aguas no eran más que una leve franja de color turquesa sobre la que imperaba aquella increíble irradiación.

Junto a la franja de color turquesa había otra de arena anaranjada, todavía húmeda, y después de esta franja, un desierto en el que se alternaban el amarillo fuerte y los tonos parduscos, aunque todo comenzaba a parecer desleído a medida que aumentaba la luz. Cuando Gale bajó la vista hacia aquella extensión de oro pálido vio dos bultos negros en el centro; uno era un pequeño caballete, aún de pie, con un taburete a su lado; el otro era el cuerpo yacente de un hombre.

Aquella figura permanecía inmóvil, pero mientras la contemplaba desde arriba Gale se percató de que otra figura, igualmente humana, dirigiéndose

desde las sombras del acantilado, caminaba lentamente hacia el cuerpo yacente. Descubrió, aguzando la vista cuanto le fue posible, que se trataba del joven Simón. Gale no tardaría mucho en darse cuenta de que el cuerpo yacente era el de sir Owen Cram, por lo que se dirigió a toda prisa hacia las escaleras de madera del acantilado, y una vez abajo echó a correr por la arena hasta llegar a la altura de Simón. Ambos se miraron fijamente unos instantes, y ambos, a la vez, sin decir palabra, bajaron los ojos al unísono hacia el cuerpo sin vida de sir Owen. Los dos estaban ya perfectamente convencidos de que su amigo había muerto. Pero

Gale dijo:

—Tenemos que llamar a un médico...
¿Dónde está el doctor Wilkes?

—Me temo que ya no se puede hacer nada —dijo Simón levantando la vista hacia el horizonte.

—Puede que Wilkes sólo confirme nuestro temor de que esté muerto, pero puede también que nos diga algo sobre la forma en que murió —dijo Gale.

—Cierto; ahora mismo voy a buscarlo —dijo Simón y volvió hacia las sombras del acantilado, siguiendo sus propias huellas.

Eran esas huellas, por cierto, lo que Gale miraba entonces, muy intrigado; el rastro de sus pisadas era muy evidente,

así como la doble hilera de pisadas de Simón, las de su venida y ahora las de su ida; había otras huellas, más débiles, más vacilantes, se podría decir que sin duda pertenecían a sir Owen, pues conducían justo hasta el punto en que se hallaban el caballete y el taburete. Nada más. La arena estaba reblandecida, por lo que cualquier pie, aun el más liviano, hubiera dejado en ella su huella; la marea era baja y no se percibía en derredor ningún otro vestigio que indicara la presencia anterior de otro ser humano en el lugar donde se hallaba el cuerpo sin vida de sir Owen. Pese a todas estas evidencias, el cadáver mostraba un corte profundo bajo la

mandíbula. Mas no había arma de ninguna especie en el lugar, ni cualquier cosa que pudiese avivar la impresión de que se trataba de un suicidio.

Gabriel Gale, en cierto modo, o acaso en teoría, creía en el sentido común, aunque no siempre lo pusiera en práctica. No paraba de repetirse que estaba ante los indicios típicos en estos casos; la herida, el arma o la ausencia del arma, las huellas o la ausencia de éstas. Una parte de su cerebro, sin embargo, escapaba a su control y le gastaba jugarretas, a veces pesadas, grabando en su mente los detalles más insignificantes, símbolos y obsesiones que después lo atormentaban como si

fuesen misterios. Ahí no podía hacer nada, era algo superior a sus fuerzas, algo que escapaba de su albedrío; algo, en fin, más inconsciente que consciente. Pero los detalles de cuanto percibía en esa forma siempre resultaban distintos a los que observaban los demás. En aquel tétrico panorama que se le presentaba ahora ante los ojos había dos o tres detalles que comenzaron a obsesionarle entonces y que seguirían constituyendo una obsesión para él en lo sucesivo.

Sir Owen Cram yacía de espaldas y retorcido, con los pies vueltos hacia la arena, a su izquierda; y a corta distancia, también a su izquierda, había una estrella de mar; no podía decirse Gale si

era sólo el color brillante de aquella criatura marina lo que se clavaba irracionalmente en sus ojos, o una vaga fantasía que le hacía ver en aquel cuerpo humano desprovisto de vida una especie de estrella de mar con cuatro miembros en vez de cinco. Pero no trató de analizar tan extravagante concepción estética dictada por su psicología; era una parte de su mente, retenida, sofrenada, lo que seguía sugiriéndole que el misterio de la arena sin hollar resultaría fácil de entender, pero que en la estrella de mar radicaba el secreto del caso.

Alzó los ojos y vio a Simón regresar en compañía del médico, o mejor dicho,

de dos médicos, porque entre las amistades de sir Owen se contaban varios doctores. El otro era el doctor Garth, un hombre menudo, de rostro afilado y sonrisa de buen humor. Gale lo conocía de tiempo atrás, pero le dispensó un recibimiento más bien frío. Garth y su colega Wilkes procedieron a examinar el cuerpo; no había mucho más que decir, desde un punto de vista médico, salvo que estaba muerto. No procedía ya otro tipo de reconocimiento, salvo el policial. Garth, que se había acuclillado junto al cadáver de sir Owen, comenzó a hablar a su colega antes de levantar hacia él los ojos.

—En esta herida hay algo extraño —

dijo—; asciende en vertical, como si el golpe le hubiera sido asestado desde abajo... Pero sir Owen era un hombre de baja estatura y no parece probable que haya sido apuñalado por alguien aún más bajo que él...

Entonces se produjo en el subconsciente de Gale un estallido que puso en el aire una nota de acerba ironía.

—¿Acaso sugiere usted que lo ha matado la estrella de mar, dando un salto para hacerlo? —dijo.

—No, por supuesto que no —respondió Garth con su buen humor de siempre—. ¿Pero qué diablos le pasa, querido amigo, a qué viene eso?

—Nada, que debo de ser un lunático —dijo el poeta, cabizbajo, mientras comenzaba a dirigir sus pasos lentamente hacia la orilla del mar.

A medida que pasaba el tiempo crecía su convencimiento de que había formulado de la manera más acertada su tesis. La imagen comenzó a llenar incluso sus sueños, aunque no como una pesadilla recurrente y relacionada con el cadáver de sir Owen; por el contrario, aquella insignificante criatura marina cobraba mayor vida. Como al principio había visto el cuerpo desde arriba, tendido, lo imaginaba ahora de pie, apoyado contra un muro, incrustado en una pared. Algunas veces la tierra

arenosa sobre la que había caído sir Owen aparecía en sus visiones como un campo de oro viejo, como una ornamentación, como un escenario de las edades más sombrías; y la estrella de mar brillaba cual lámpara maravillosa a los pies del cadáver. Otras veces, su imaginación le ofrecía una especie de jeroglífico oriental, como la representación de un dios de piedra que bailaba; pero la estrella de mar de cinco puntas seguía a sus pies. También se le presentaba la escena acogiendo un vulgar dibujo del color de la arena rojiza, pero entonces la estrella de mar era el punto más rojo que se veía. Y si el cuerpo humano le parecía negro y seco

como el de una momia, la estrella de mar estaba llena de vida y agitaba sus flamígeros brazos como si quisiera anunciar algo. En ocasiones también se le presentaba el cadáver cabeza abajo, como deseoso de devolver a las estrellas el lugar que les es debido, que no es otro que el cielo.

«Anuncié a Wilkes que una flor es una estrella viviente —dijo para sí Gale—, pero una estrella de mar es aún una estrella más viva, incluso literalmente hablando... Pero esto es para volverse loco sin remedio... Y si hay algo a lo que me oponga con todas mis fuerzas es a volverme un lunático... ¿Cómo podría ser útil a mis dementes, a mis hermanos

lunáticos, si pierdo el equilibrio en la cuerda floja de los abismos de mi mente?»»

Estuvo largo rato con la mirada perdida, mientras trataba de elucidar por completo aquella extraña fantasía y dar así una profundidad absoluta a sus pensamientos, que comenzaban a producirse en una dirección muy concreta... Por fin brilló en sus ojos la luz de una posibilidad razonable y vio en pocos segundos que se trataba de algo muy sencillo, muy fácil de comprender; algo, incluso, en lo que hubiera debido pensar antes... Se echó a reír de una forma que resultaba inapropiada en aquellos momentos, y

dijo para sí en voz alta y tono grave, como si deseara que sólo él mismo le oyese:

—Como Boon vaya por ahí presentando en sociedad a su tiburón, y ande yo en lo mismo con mi estrella de mar, acabaremos por convertir el mundo en un acuario mayor que el que se está construyendo el doctor Wilkes... Tengo que ir al pueblo para seguir con mis investigaciones.

Cuando ya por la tarde regresó cruzando la playa a grandes zancadas, después de haber mantenido conversaciones al parecer interesantes con varios pescadores y marinos, lucía en el rostro una expresión mucho más

que satisfecha.

«Siempre me pareció —comenzó a reflexionar para sí en el mismo tono de voz de antes— que el misterio de las huellas sería lo más sencillo de este caso... Pero hay otras cosas que no resultan nada sencillas».

Alzó los ojos, y a lo lejos, destacándose sobre la arena, solitaria y negra, contra el leve y apacible resplandor de la tarde, vio la silueta del corpulento Amos Boon con su sombrero de alas anchas.

Dudó unos instantes acerca de la conveniencia de aquel encuentro, y casi de inmediato se dio media vuelta para dirigirse a la escalera de madera que

conducía a lo alto del acantilado.

Mr. Boon parecía muy entretenido trazando líneas en la arena con la punta de su viejo y sucio paraguas, como un niño que dibujara los planos de un castillo de arena, aunque sin el entusiasmo propio de los niños. Más de una vez había observado Gale con detenimiento a aquel hombre mientras parecía sumido en las más hondas reflexiones, aunque mostrando un gesto que nada indicaba y un sinfín de movimientos automáticos. Mas cuando el poeta comenzaba a subir por la escalera hasta lo más alto del acantilado, de nuevo lo asaltó la sensación irracional de un vértigo

visionario. Se dijo, como si quisiera advertirse de algo grave, que la misión de su vida no podía limitarse a un constante paseo por la cuerda floja de los funámbulos, salvo que quisiera ser devorado definitivamente por ese abismo que a tantos hombres de gran imaginación se ha tragado. Por lo tanto, bajó la vista para observar las pendientes del acantilado que ya había dejado atrás, y después hacia la arena. Y sobre la arena vio que las líneas trazadas por Boon con la punta de su paraguas cobraban forma como si fuesen una pintura mural. Muchas veces había observado que los niños suelen dibujar en la arena un cerdo muy grande, tan

grande como una casa. Pero ahora le resultó imposible rechazar su impresión anterior de haber contemplado algo antiguo, algo así como un dibujo del paleolítico, en aquello que percibía sobre la arena cada vez más oscura. Lo que había dibujado Mr. Boon no era precisamente un cerdo, sino un tiburón temible, con sus dientes aterradores, con su aleta dorsal firme y amenazante como un cuerno.

No fue Gale el único en observar tan curioso dibujo. Cuando llegó a la barandilla que ponía límite al borde del precipicio, donde concluían los peldaños de la escalera de madera, vio que había tres personas allí apoyadas,

las cuales miraban hacia abajo. Supo Gale al instante que la resolución del caso estaba próxima. Porque al ver sus siluetas destacadas contra el cielo, reconoció a los dos médicos y al inspector de policía.

—Hola, Gale —lo saludó Wilkes—. Permita que le presente al inspector de policía Davies, un hombre con muchos éxitos en su haber.

—Supongo, inspector, que hará pronto alguna detención —dijo entonces Garth.

—El inspector, de momento, va a seguir haciendo su trabajo —dijo el policía— y no a hablar de lo que piensa hacer... Voy al pueblo; ¿me acompaña

alguno de ustedes?

El doctor Wilkes echó a andar tras el inspector, y lo mismo iba a hacer el doctor Garth, pero se detuvo al sentir el tirón en la manga de la chaqueta que le daba Gale, quien ahora parecía muy nervioso.

—Garth —le dijo—, debo presentarle mis excusas; creo que andaba un tanto perdido, con la cabeza a pájaros, el otro día, cuando nos encontramos y no le saludé a usted como se debe saludar a un viejo amigo... La verdad es que nos las hemos visto juntos en más de un asunto comprometido, y quisiera hablar con usted sobre el que ahora nos ocupa... ¿Bajamos a sentarnos

para conversar?

Tomaron asiento en un banco de hierro que había un poco más abajo, en un pintoresco recodo desde el que se obtenían hermosas vistas.

—Quisiera —prosiguió Gale— que me contase usted lo que intuye; supongo que tiene alguna teoría, o que ya sabe algo; es más, estoy seguro de ello.

Garth se quedó unos instantes contemplando el mar en silencio, y dijo al fin:

—Se trata de Simón...

—Lo suponía —dijo Gale—. ¿Y qué hay?

—La investigación no ha tardado en revelar que Simón sabía de este asunto

más de lo que decía. Llegó junto al cadáver antes que usted; pero no quiso decir lo que vio antes de que usted llegara; creímos que era debido a que tenía miedo a decir la verdad, y en cierto modo así ha sido.

—Simón no es muy hablador —dijo Gale con aire pensativo—. No es un hombre que hable mucho de sí mismo, lo que quiere decir que piensa en exceso en sí mismo... Es un tipo de hombre que siempre tiene algún secreto que guardar, aunque no me refiero a que sea un criminal que pretenda ocultar sus crímenes; es más, ni siquiera creo que sea un tipo malévolo... aunque sí muy morboso, ya sabe... Es de ese tipo de

muchachos que son maltratados en el colegio y jamás protestan. Mientras tenga miedo de algo, será incapaz de abrir la boca.

—No sé cómo ha podido imaginarlo usted —dijo Garth admirado—, pero eso es precisamente lo que han descubierto las investigaciones. La policía, al principio, creyó que el silencio de Simón se debía a su culpabilidad; pero en realidad pronto descubrieron que tenía miedo de algo mucho peor que la culpa; tenía en realidad el miedo a un destino diabólico y a sus inevitables complicaciones. El caso es que, apenas hubo amanecido, Simón se acercó al acantilado antes que

usted y observó desde allí algo que impresionó fuertemente su espíritu morboso. Vio a Boon de pie, su negra silueta al borde del precipicio, resaltada por la claridad del día; Boon agitaba los brazos de una forma muy rara, como si se dispusiera a volar. Simón creyó que hablaba solo, o que incluso cantaba; poco después vio que Boon caminaba en dirección al pueblo y se perdía de su vista. Simón dio unos pasos más, y entonces, desde el mismo borde del acantilado, vio a sir Owen muerto junto a su caballete.

—Y desde entonces no ha hecho más que ver tiburones por todas partes — dijo Gale.

—Así es —ratificó Garth—. Simón ha confesado que para él una sombra en la cortina, una nube ante la luna, tienen la inconfundible forma de un pez gigantesco con la aleta dorsal amenazante. Eso, sin embargo, hay que matizarlo, pues en realidad se trata de una forma que se presta a la confusión; sabemos que cualquier objeto con una protuberancia triangular puede sugerir la misma idea a un hombre en un estado de nervios como el de Simón. Pero la verdad es que, desde que el pobre Simón creyó que Boon podía provocar la muerte de alguien a distancia, sólo con maldecirlo o hechizarlo, es prácticamente imposible hablar

razonablemente con él. No teníamos más que una posibilidad, demostrarle que Boon podía haber matado a sir Owen de manera bastante más convencional. Creo que al fin hemos podido demostrárselo.

—¿Cuál es su tesis?

—Es demasiado vaga para ser calificada de tesis —admitió el doctor Garth—, pero creo sinceramente que Boon pudo matar a sir Owen desde lo alto del acantilado, y sin acudir a ninguna forma de conjuro sobrenatural. Veamos los hechos de la siguiente manera: Boon ha estudiado muy a fondo los secretos de los salvajes, en especial los secretos de los salvajes de ese rosario de islas que se extienden a lo

largo de Australia. Sabemos, sin embargo, que esos salvajes no son precisamente ignorantes, por mucho que así se les pretenda llamar; es más, poseen habilidades tan únicas como las armas de que se valen; tienen unos tubos que matan a considerable distancia, soplando a través de ellos; y manejan el lazo y el arpón como nadie en nuestra tierra sabría hacerlo. Repare usted en ese invento de los australianos, el *boomerang*, es un artefacto que vuelve a la mano que lo lanza; y dígame, ¿acaso resultaría extraño que Boon hubiera aprendido a lanzar y a recoger después ese objeto? ¿Acaso no sería posible que Boon hubiese atacado a sir Owen con

ese proyectil? El doctor Wilkes y yo, al examinar el cadáver, vimos que la herida era realmente interesante, muy rara de ver; una herida hecha por un instrumento agudo y penetrante, ligeramente curvado, y no solamente curvado hacia arriba, sino hacia fuera, como si la curva volviese sobre sí misma. Eso, claro está, sugiere un ataque con un arma ajena a las que se utilizan en esta tierra, un arma con extrañas propiedades. Recuerde además que esta explicación aclararía otra cosa, el quid de la cuestión, por así decirlo: el asesino no dejó huellas en la playa.

Gale contemplaba el mar en silencio; pareció meditar profundamente

sobre lo que le había dicho el médico, y al fin habló:

—Su explicación es muy ingeniosa, pero yo sé bien por qué no dejó huellas de pisadas, es algo mucho más sencillo que todo eso...

Garth se lo quedó mirando y dijo con tono muy grave:

—Permita que le pregunte, entonces, cuál es su tesis.

—Mi tesis le va a dejar usted, me temo, un montón no de tesis, sino de teorías —respondió Gale—; es de esa misma materia con la que se tejen los sueños, por acudir al lugar común. La mayor parte de la gente suele caer en una contradicción, no por habitual

menos constante: abunda en teorías y jamás ve lo que en la teoría hay de vida normal, de utilitarismo, por así decirlo. La gente siempre piensa en temperamentos, en circunstancias, en accidentes y casualidades, aunque la mayoría de los hombres no son otra cosa que lo que las teorías hacen de ellos; muchos hombres llegan al crimen o al matrimonio, o al deseo de ambas circunstancias, como consecuencia de ciertas teorías sobre la existencia. Por eso me será imposible siempre exponer mis tesis de esa manera brillante, sagaz y práctica, que utilizan ustedes los médicos y también los inspectores y los detectives. Veo, en principio, la mente

de un hombre; en ocasiones hasta sin relacionarla con un hombre concreto. Podría iniciar mi exposición únicamente describiendo un estado mental, en lo que se refiere al triste caso que nos ocupa, y admito que eso pueda parecer imposible, o por lo menos inconveniente, por inconsútil. Pero nuestro asesino, o nuestro maniático, como prefiramos llamarle, está ahora muy afectado por alguna de las cosas que se le atribuyen. Su vista no ve más allá de lo que es propio en quien padece un grado al menos mediano de demencia, lo que le hace simple, y en tanto que tal, salvaje... Pero dudo mucho que pudiera trasladar el salvajismo del

objeto a los medios de que dispone. Bajo ciertos aspectos, es verdad, puede equipararse su vida a la de los bárbaros que habitan esas islas; ve a cada ser y a cada objeto en su más completa desnudez, sin comprender que lo que viste y adorna a los seres y a los objetos es a menudo lo que en realidad son, la parte más real de los seres y de los objetos. ¿No ha reparado usted en la gran verdad que se esconde en ese adagio que dice *vestido y en su sano juicio*?⁵ Un hombre no estará jamás en su sano juicio, en el uso de sus facultades mentales, si no va cubierto por los símbolos de su dignidad social; la humanidad, amigo mío, no es ni

siquiera medianamente humana cuando va desnuda; y en otro orden de cosas cabe decir que ocurre lo mismo con supuestos de menor categoría, incluso en la observación de los objetos inanimados. Recuerde usted la enorme cantidad de disparates que se han dicho respecto a las auras; pero hay una verdad detrás de todo eso: todo posee un halo; todo posee una especie de atmósfera única, una atmósfera propia de lo que significa, que es lo que lo sacraliza o confiere estatus social. Incluso los seres más insignificantes que estudiamos tienen su halo, perfectamente diferenciado. Lo que ocurre es que no podemos verlo tan fácilmente...

—¿Y qué seres insignificantes cree usted que estudia Boon? —preguntó el doctor Garth interesado por el discurso de su amigo—. ¿Acaso se refiere usted a los caníbales?

—La verdad es que no estaba pensando ahora en Boon.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el doctor cada vez más interesado en lo que exponía Gale—. ¡Pero si Boon está a punto de caer en manos de la policía!

—Boon es un buen hombre —dijo Gale con mucha calma—; un buen hombre... muy tonto... Por eso es ateo. Hay ateos inteligentes, sin embargo, como trataré de demostrar en breve; pero entre los ateos es más común el

tipo tonto, zafio; un tipo que además resulta muy simpático. Boon es un buen hombre, se lo repito; se mueve por causas nobles, pero ilusorias; al principio habló de la superioridad de los salvajes, ¿lo recuerda?, porque en realidad se tiene a sí mismo por una especie de... subproducto, más o menos. Es posible que esté bastante chiflado, y por eso se haya enredado de tal manera en toda esa historia fantástica de los tiburones... Pero lo hace sólo porque su intelecto no ha podido digerir sus viajes. Dicen que viajar amplía el horizonte de miras de la gente, pero para eso, antes de viajar, hay que tener ideas, miras... Boon tiene una mentalidad propia de

iglesia de suburbio y ante sus ojos, en sus viajes, pasó todo un desfile panorámico de la adoración de la dorada naturaleza y el purpúreo sacrificio. No sabe si anda con la cabeza sobre los hombros o con la cabeza en los pies, como tantos... No obstante, le aseguro que no me extrañaría que el cielo estuviese poblado de ateos como él, que se rascan la cabeza preguntándose dónde están... Boon es sólo un paréntesis, sólo eso. El hombre de quien hablo es mucho más sagaz y trascendente; se ocupa de cosas ajenas a los misticismos turbios, a los sacrificios humanos, a todo eso. El sacrificio humano es una debilidad

perfectamente humana; emana del asesinato y es directo, secreto; propio de una mente inhumana como el infierno... Ya me di cuenta de todo eso la primera vez que hablé con él de las amapolas y dijo que no veía nada especialmente exquisito en una flor.

—¡Pero hombre...! —inició Garth su protesta.

—No quiero decir con esto —atajó Gale— que el que un hombre haga la disección de una margarita suponga que sea carne de presidio, no... —e hizo el poeta un gesto de magnanimidad y clemencia—; pero sí afirmo que otorgar a este acto el significado que él le dio supone hallarse en el camino de la

lógica que lleva al crimen, si se le antoja seguirlo. Dios está en todo, pero este hombre querría estar fuera de todo, querría verlo todo en el vacío, flotando en la nada, de manera aislada, como lo está la muerte... Y no sólo no es lo mismo, sino que es lo más opuesto al escepticismo, en el sentido en que vive Boon o en el que se expresa el Libro de Job. Hay, amigo mío, hombres obsesionados por los misterios, pero este hombre niega la existencia de los misterios; no es, hablando en términos generales, un asunto de la teología, sino de la psicología. La mayor parte de los buenos paganos y de los panteístas puede hablar de los milagros de la

naturaleza; pero este hombre niega que haya milagros, ni aun entendiendo metafóricamente por tales las maravillas que se nos muestran a la vista. ¿No percibe usted que esta horrenda luz derramada sobre las cosas tiene al menos que marchitar los misterios morales en tanto que ilusiones, como el respeto a la edad, el respeto a la propiedad? Para él, la santidad de la vida es una superstición. Los hombres de la calle no son más que organismos con los órganos más o menos desarrollados. Y para un hombre así no subsiste ya ningún terror en el contacto de la carne humana, ni es capaz de ver a Dios observando sus actos a través de

las miradas de los demás hombres.

—Pues quizás no crea en los milagros, pero los hace —observó sarcástico el doctor Garth—. ¿O es que no resulta milagroso que pudiera matar a un hombre en la playa sin dejar la menor huella?

—Es que lo hizo mientras remaba —respondió Gale tranquilamente.

—¿En plena bajamar?

Gale dijo que sí con la cabeza.

—Eso es lo que más me intrigó —siguió diciendo—; hasta que vi algo en la arena, algo que me hizo dirigir mis pensamientos por un camino en el que no tuve más remedio que investigar, hacer preguntas... Sí, pregunté a la gente de

mar sobre las mareas... Es muy simple; la tarde anterior había pleamar y las aguas subieron incluso más que en otras mareas, a causa del viento; no tanto como para llegar hasta donde se encontraba sentado Cram, pero muy cerca; así fue como salió del agua el pez humano; así fue como el tiburón divinizado llevó a cabo realmente el sacrificio del humano... El asesino llegó remando como reman los niños que están de vacaciones, y se fue de la misma manera antes de que se produjese la bajamar.

—¿Quién? —preguntó Garth, estremeciéndose al hacerlo, temeroso de que Gale le dijera el nombre que

suponía.

—¿Quién anda por ahí en busca de criaturas marinas cada atardecer, con su redeño? ¿Quién heredará la fortuna del viejo Cram, una fortuna con la que se puede levantar un gran museo y asegurarse la más absoluta tranquilidad de una vida dedicada a la investigación científica? ¿Quién dijo en aquella conversación en el jardín de sir Owen que una orquídea no era más que un producto de la naturaleza, como el cáncer?

—Creo que sé a quién se refiere —dijo el doctor Garth con sumo pesar—. Habla usted de ese inteligente muchacho, Wilkes, ¿verdad?

—Para comprender a Wilkes hay que comprender antes muchas otras cosas —siguió diciendo Gale—. Reconstruya usted mentalmente la escena del crimen; repare en aquella larga franja oscura de mar y arena, donde la última luz del día se pone roja como la sangre, allá en donde va el científico en cada ocaso a dragar la arena, en medio de tan sangrienta penumbra, buscando criaturas marinas, tanto grandes como pequeñas; pero la criatura que pescó hace bueno ese lugar común de los pescadores, quienes dicen que *todo lo que les cae en la red pesa mucho*. Para él, su museo en construcción es una especie de cosmos;

todo lo que encuentra por ahí, desde un fósil a un pez volador, es único. Lleva gastada una gran suma de dinero contrayendo deudas, todo en aras de su museo, digamos que de una manera de lo más desinteresada... Incluso mandó hacer reproducciones ampliadas en cera o pasta de papel de peces minúsculos o de ejemplares ya extinguidos. Imagínese, cosas que ni el South Kensington puede permitirse, y que Wilkes no es capaz de sufragar al contado en modo alguno con sus ingresos como médico. Sin embargo, sabemos que había convencido a sir Owen para que legara su fortuna al museo; así, Cram no era a sus ojos otra cosa que un viejo lunático que pintaba

cuadros malísimos, cuadros que no sabía pintar, y que además hablaba de ciencias de las que nada sabía, y que, por lo tanto, no tenía en esta vida otra misión que cumplir que no fuese la de largarse de una vez por todas al otro mundo y legar su fortuna al museo.

»Bien, pues cuando cada mañana Wilkes concluía su tarea de limpiar las urnas de cristal de sus máscaras y de sus reproducciones, daba la vuelta por el filo del acantilado para buscar fósiles en la caliza con su martillito de geólogo; después lo guardaba de nuevo en su saco de lona, abría su red, u otras veces sacaba de la bolsa el redeño, bajaba y comenzaba a caminar por la orilla,

atento a todo lo que se moviese. Ahí es donde quiero fijar su atención ahora; mire esa arena de color rojo oscuro e imagine la escena; es imposible entender nada sin ver el cuadro completo. Wilkes recorre millas y millas de esta playa desolada ansioso por encontrar cualquier vestigio de vida bajo la arena; aquí, un erizo de mar; allá, una estrella de mar, un cangrejo, cualquier cosa con algo parecido a las patas... Ya le he dicho que Wilkes se halla en esa fase en la que un científico puede hasta mirar a los ángeles con ojos de ornitólogo. Así, ¿qué podía pensar de ese pobre desgraciado de sir Owen, medio enano y deforme, con sus largas y pobladas

patillas agitadas por el viento, abiertas en abanico, visto desde atrás? Pues no podía pensar Wilkes sino que se trataba de un cangrejo o de un erizo de mar. Las piernas arqueadas de Cram, sus dos pies enroscados entre las patas del taburete tenían que darle todo el aspecto, admitámoslo, de tener esos cinco miembros propios de las estrellas de mar. Tampoco debe extrañarnos; comprenda usted que así visto pudiera parecer un animal, incluso vulgar; una criatura marina más, de las muchas que se acercan a la orilla y hasta se aventuran a caminar por la arena, e incluso hasta mucho más allá... Wilkes no tenía más que hacerse con ejemplar

semejante para que todos los demás quedaran a salvo, lo que es decir al amparo de su museo. Para él, y como dicen los pescadores, todo lo que cae en la red es pescado de la mejor calidad.

»No es ocioso imaginar que, al acercarse a él, alargó la pértiga en la que sujetaba su red y cubrió con ella la cabeza del pobre sir Owen, como si le hubiera caído encima una polilla gigantesca y gris con las alas desplegadas; luego tiró violentamente hacia atrás, para hacer que Cram cayese de espaldas, pataleando en el aire con sus cortas y torcidas piernas, lo que sin duda le dio, más que en ningún otro momento o postura, el aspecto

inequívoco de un insecto, por ejemplo... El asesino avanzó tirando de la pértiga, llevando en la otra mano su martillo de geólogo; después, con la punta más afilada de la herramienta golpeó a sir Owen en un punto que, como médico que es, sabía vital. La curva que observó usted en la herida, amigo mío, fue hecha por ese agudísimo filo del martillo, que en realidad no es tal sino un pequeño pico, como sabemos... Pero la curiosa dirección de la herida y lo intrigante de cómo pudo serle causada al pobre Cram no se debía más que a la posición en que se hallaban el asesino y el asesinado en el momento de producirse el ataque. El asesino golpeó la cabeza que el pobre

tenía entonces hacia abajo y luego le seccionó el cuello bajo la mandíbula. Eso sólo hubiera sido posible en caso de que la víctima se sostuviese sobre su cabeza, cosa en verdad extraña, pues son pocas las personas que pueden esperar la llegada de su asesino en tal posición. Sin embargo, con la extensión de la red debida a la pértiga y el derribo que así hizo el criminal del asesinato, resultó factible matarlo en dicha postura; además, la red arrastró consigo una estrella de mar, que cayó a los pies de la víctima. Fue esa estrella de mar, y el que se hallara tan adentro de la playa, incluso más allá de la Pina arena, donde hay tierra, hierba y arena, lo propio de

esas pequeñas dunas de playa, mírelas, lo que encaminó mis ideas hacia la marea y la posibilidad de que el asesino hubiese llegado hasta su víctima a través del agua. Si dejó alguna huella, el oleaje de la marea acabaría por borrarla pronto. Debo admitir, no obstante, que ni por lo más remoto se me hubiese ocurrido pensar en todo eso si no llego ver a ese pequeño monstruo rojizo con sus cinco miembros, la estrella de mar.

—Así que para usted toda esa historia de la sombra del tiburón no tiene nada que ver con el asunto... —dijo Garth.

—Sí, la sombra del tiburón tiene un papel muy principal en todo este

embrollo —respondió Gale—. Digamos que el asesino anduvo oculto en la sombra del tiburón y dio el golpe desde esa misma sombra. Dudo mucho que hubiera podido hacerlo de no presentarse la oportunidad de esa fantástica aleta tras la que esconderse. Tenga en cuenta que él mismo se encargó de sobredimensionar la leyenda del pobre Boon, ese tonto, no me atrevo a llamarlo lunático... Wilkes, recuérdelo, hasta se puso a bailar ante Dagon e hizo como que lo espantaba... Me refiero al incidente de la cara en la ventana. ¿Quién sino él hubiera sido capaz de urdir una broma tan estúpida? Parecía algo realmente vivo porque se trataba de

una de las máscaras modeladas por el propio Wilkes; la había traído a casa de sir Owen en su saco de lona, dejándola presta en el vestíbulo. No le resultó difícil sembrar la alarma, salir a ver qué ocurría y ponerse la máscara para acercarse a la ventana. Luego dijo a sir Owen que tenía un enemigo: fue una manera de preparar la escena ideal para el crimen, la coartada perfecta. Quería que se atribuyese el asesinato de Cram a cualquier causa sobrenatural, a una historia mística de idólatras; quería, en suma, apartar el curso de las investigaciones de la simple lógica que pudieran demostrar los hechos... Lamentablemente, veo que se ha salido

con la suya; según usted, el pobre Boon está a punto de caer en manos de la policía.

Garth, nervioso, se puso en pie.

—¿Qué debemos hacer? —preguntó al poeta.

—Usted sabrá; usted es un hombre bueno y justo, además de práctico —respondió Gale—. Yo no soy un hombre precisamente práctico, no sé si sirvo en realidad para algo —añadió mientras se levantaba alzando los hombros como para excusarse.

Luego, desde el borde del precipicio contempló de nuevo el abismo.

IV

EL CRIMEN DE GABRIEL GALE

El doctor Butterworth, famoso médico de Londres, estaba en mangas de camisa, sentado en su residencia de verano, pues el día era muy caluroso y él había jugado al tenis hasta poco antes en la cancha sobre la que pegaba de firme el sol. Era un hombre de rostro sólido y buen porte, un hombre del que dimanaba salud y buen humor, cosas que

le ayudaban en el ejercicio de su profesión pero a las que él no concedía la menor importancia, por no decir que ni se enteraba de ellas.

No era uno de esos hombres en los que la buena salud deviene en higiene degenerada; jugaba al tenis cuando le daba la gana de hacerlo y dejaba de jugar al tenis cuando le daba la gana de dejar de hacerlo, como aquella vez en la que se retiró de la cancha para fumarse una buena pipa a la sombra. Le gustaba jugar como le gustaban las bromas; muchos interpretaban esta disposición de su ánimo como algo propio de quien no es un buen jugador; él, sin embargo, se sabía seguro de poder jugar cuando le

placiera hacerlo y contra quien fuese. Le encantaban también las cosas graciosas; incluso lo más trivial e inadvertido para los demás de cuanto pudiera salirle al paso. Ahora, precisamente, sus ojos se entretenían en un detalle sin la menor importancia, algo que a él le sugería un curioso contraste con el luminoso jardín que tenía a corta distancia. Enmarcado por la puerta de la casa, como si fuese un escenario pleno de luces, se abría un sendero que cruzaba el jardín con sus macizos alegres y sus radiantes tulipanes, los cuales tenían un algo, una dignidad propia de las orlas de las antiguas ilustraciones persas. Por el centro del sendero avanzaba una figura

ofreciendo un duro contraste, una figura casi negra, con chistera, con traje y paraguas negros; una especie de calco paródico del Tulipán Negro, como si el mito hubiera cobrado vida desprovista de encanto. Un instante después aquella fantasía se desvaneció, huyó del sueño en vigilia del médico, porque bajo la chistera acababa de reconocer una cara familiar; sin embargo, al observar que el contraste no resultaba sólo grosero, sino patético también, quedó impresionado por la grave expresión de los ojos de quien lo visitaba.

—¡Hola, Garth! —exclamó jovial como siempre—. Tome asiento, hágame el favor, y cuénteme cosas... Trae usted

pinta de venir de un entierro...

—Algo así —dijo el doctor Garth dejando caer su chistera en una silla.

Garth era un tipo tan vivaz como menudo; pelirrojo y de rostro afilado, se mostraba ahora pálido, desencajado.

—Lo siento —se excusó el doctor Butterworth rápidamente—, no quería... Parece usted muy afectado.

—En realidad no vengo de un entierro —dijo Garth con mucha tristeza—, sino que voy a una especie de entierro; o a un curioso entierro, como se prefiera, en el que deben adoptarse una serie de precauciones, si no se quiere que sea... ¿cómo lo diría? Un tanto prematuro, o apresurado, eso es...

—¿A qué se refiere? —lo interrogó su colega mirándole fijamente, con mucho interés.

—Quiero decir que debo enterrar a un hombre vivo, algo así —respondió Garth con una calma aterradora—. Se trata de un entierro que requiere dos certificados médicos en vez de uno, como es preceptivo.

El doctor Butterworth desvió los ojos hacia el soleado jardín de la casa y se le hundieron entonces las mejillas al hacer una especie de silbido inaudible, hacia adentro.

—Comprendo —dijo—. Eso siempre es muy triste, amigo mío; supongo que se trata de un asunto

personal, algo que supera su condición de médico... ¿Se trata de un amigo?

—Sí, es uno de mis mejores amigos, sin contarle a usted, desde luego; es uno de los tipos más brillantes de nuestro tiempo, además de una persona excelente. Siempre temí algo parecido, pero no supuse que resultara tan duro cuando llegase el momento —hizo una pausa, y tras reponerse añadió—: Es el pobre Gale; lo ha hecho de una vez por todas.

—¿Qué ha hecho? —se sobresaltó el doctor Butterworth.

—No será fácil explicarlo, salvo si lo conoce usted —respondió Garth—. Gale es pintor y poeta, además de unas

cuantas cosas más, extrañas todas ellas, sin duda... Y tiene una teoría muy personal acerca de cómo curar a los lunáticos. Por decirlo brevemente, Gale, un *amateur*, se erigió en médico especializado en lunáticos, pero ahora es él, el médico, quien se ha vuelto rematadamente loco. Es una tragedia... Aunque cabría decir que se lo ha buscado.

—La verdad es que no acabo de entender la historia —dijo el doctor Butterworth pacientemente.

—Ya le he dicho que Gale tiene una teoría muy personal acerca de cómo curar a los lunáticos, ¿no? Según esa teoría, la cura de un loco sólo puede

hacerse mediante lo que Gale llama empatía... Eso, al parecer, consiste en seguir al pie de la letra las propuestas e ideas de los lunáticos en cada momento, avanzando con ellos no sólo medio camino, sino hasta el final del camino si es preciso. Yo me burlaba de él, pobre tipo, y le decía siempre que si un chiflado se empeñara en decirle que estaba hecho de cristal, según su teoría debería hacer todo lo posible por sentirse transparente... Su tesis, en resumen, consiste en ver las cosas desde el punto de vista de los lunáticos y hablarles en su propia lengua, por así decirlo. Gale reconoció siempre, no obstante, que eso es peligroso, que es

como dirigirse con los ojos vendados al borde de un precipicio... Pero nunca ha dejado de hacerlo. Lo ha hecho una vez más. Mejor dicho, lo ha hecho de una vez por todas.

—Ya, comprendo —dijo el doctor Butterworth, experimentando el sentir de que toda su saludable conformación se revolvía contra lo que escuchaba—. Claro, eso es como decir que un médico tiene que cojear para obtener la curación de un cojo, o cerrar los ojos para devolver la vista a un ciego.

—Y si un ciego guía a otro ciego... —dijo Garth moviendo la cabeza con gran abatimiento—. El caso es que Gale está en el hoyo, sin remedio. Esta vez no

tiene escapatoria.

—¿Esta vez?

—Sí... Esta vez, o lo llevan al manicomio o lo meten en la cárcel — dijo Garth cada vez más apesadumbrado —. Por eso tengo que darme prisa para que lo declaren oficialmente loco cuanto antes, y bien sabe Dios cuánto me desagrada tener que hacerlo. Gale, sin embargo, ha emprendido esta vez un viaje sin retorno, un viaje por caminos que ni él mismo sospechaba que pudieran existir. Siempre fue un tipo fantasioso y excéntrico; pero siempre fue, a la vez, cuerdo, lógico. Claro que nunca se le había presentado un caso como el que acaba de trastornarlo

definitivamente. Y son varios los cargos que pueden pesar en su contra. Primero, agredió salvajemente a un hombre; la verdad es que trató de asesinarlo con una horca de las que usan los campesinos para amontonar el heno. Pero lo que más me impresiona de esta terrible historia, precisamente por conocer tan bien como conozco a Gale, es que haya intentado matar a un hombre pacífico, completamente inofensivo; a un pobre muchacho de Cambridge, que es medio cura... Algo, como le digo, absolutamente inconcebible en Gale, por muchas locuras que le hayamos visto hacer. Los hombres con los que contendía en espíritu, si no en cuerpo,

eran siempre chiflados intelectuales, o mesmeristas⁶; un tipo de hombres que necesitan, en efecto, que alguien se les enfrente, como aquel doctor Wilkes, el de los labios tan finos y fruncidos, o aquel otro lunático, el científico ruso... La única explicación para todo este asunto es que Gale no era él mismo cuando dio en hacer lo que hizo.

«Opino así por haber visto cómo desde hacía tiempo Gale se iba cargando de electricidad, lo que me llenaba de temor a que descargase la tormenta. Quiero decir que, cada vez que se aproximaba una tormenta, Gale parecía enloquecer más que nunca antes. Eso me resultaba extraño, porque hasta

no hace mucho jamás había notado que las tormentas pudieran influir en su ánimo. Es más, en mitad de una tormenta lo he visto hacer infinitas tonterías como caminar sobre las manos en un jardín; lo hacía, precisamente, para demostrar que no tenía miedo a la tormenta y que le importaba poco mojarse. Creo, sin embargo, que las últimas tormentas casi tropicales que hemos padecido han sido muy perjudiciales para él; la simple conversación sobre una tormenta inminente parecía enloquecerlo; y la tragedia, en realidad, sucedió de la manera más tonta; todo empezó hablando del tiempo.

»Ocurrió que en mitad de un *garden-*

party, hace poco, cuando se dejaba sentir una humedad excesiva en el ambiente, Lady Flamborough dijo a uno de sus invitados: "Nos ha traído usted el mal tiempo". Es una de esas cosas que se dicen por decir, pero Lady Flamborough se la soltó a Saunders, un chico extraordinariamente tímido; uno de esos muchachos con los pies muy grandes, que parecen haber crecido más que su ropa... y sus ideas; un tipo, en fin, que sería la última persona en una reunión que quisiera ser distinguida con una observación cualquiera, ni con un elogio. Saunders, pues, se quedó con la boca abierta pero sin decir palabra; la observación jocosa de la dama, no

obstante, tuvo la desgracia de exasperar los nervios de Gale... Aquella vez la cosa no pasó a mayores. Pero no mucho después Gale vio a lady Flamborough en otra reunión social, una tarde de lluvia; y vio también a Saunders; y no se le ocurrió a Gale otra cosa que señalarlo con un dedo de conspirador cómico para decir: "Sigue trayendo la lluvia".

»No pasó mucho tiempo de aquello para que se produjese una de esas coincidencias que sacan de sus casillas a los locos como ninguna otra cosa podría hacerlo. Aquel grupo volvió a reunirse en casa de los Blakeney una tarde magnífica, de mucho sol; el anciano Blakeney estaba en el jardín

mostrando sus flores a los invitados, pero poco después entrábamos todos en la casa para tomar el té en el gran salón policromado; Saunders entró el último y tomó asiento; cuando lo hizo se dejaron sentir risas ahogadas que hicieron que se le subieran los colores; la broma de que llevaba la lluvia y el mal tiempo era ya un lugar común, y todos se reían de él aunque aquella excelente tarde de sol parecía desmentir la mala fama del pobre muchacho. Tras el té, los invitados pasaron a un salón contiguo, pero Gale se dirigió a la puerta. Allí, entre dos columnas, vio una de las ventanas de un ala de la mansión y se quedó como clavado en el piso, rígido,

señalándola con el dedo. Su gesto parecía avisar de algo realmente extraordinario; miré y no pude por menos que compartir su sorpresa; las ventanas hasta entonces azules, que transparentaban un cielo límpido y azul de verano, estaban ahora pintadas de lluvia inminente, negras. Un segundo después y comenzó a caer la lluvia sobre la mansión violentamente, lamiendo las fachadas como si estuviera lloviendo desde hacía un milenio. Apenas diez minutos antes el jardín parecía de oro, el mismísimo jardín de las Hespérides; ahora no podía apartar mis ojos de Gale, que contemplaba aterrado aquella tormenta salida de la

nada. Así estuvo un buen rato, hasta que al fin, dándose media vuelta, y mirando con una expresión demencial que nunca podrá borrarse de la mente, se enfrentó a un pobre tipo que estaba unos pasos más allá... Excuso decirle que se trataba del pobre Herbert Saunders.

«Como supondrá usted, no creo ni en magos ni en brujas que rijan el curso de las cosas, y menos el curso de los elementos; pero no podía dejar de pensar que aquel fenómeno era extraño; el cielo se había ennegrecido súbitamente y la lluvia había comenzado a caer con una violencia pocas veces vista, apenas un poco después de que entrara en el salón el último de los que

allí estábamos, un tipo al que hasta entonces se había asociado en broma el mal tiempo... Una simple coincidencia, desde luego; pero lo que de verdad me inquietaba era el efecto que aquella coincidencia podría causar en mi amigo, el psicólogo excitado. Vi que Saunders y él se hallaban cerca de una ventana, el uno frente al otro, mirándose y contemplando el diluvio alternativamente, mientras la tormenta ensombrecía el jardín y las ramas de los árboles se retorcían como si una fuerza ignota las torturase. El rostro de Saunders no mostraba más que un inocente asombro ante aquel fenómeno; sonreía con su proverbial timidez, como

cuando alguien le dedicaba un cumplido; es uno de esos hombres cuyo rostro, después de recibir un elogio, parecen haber sufrido una bofetada. Seguro que el pobre no pensaba sino que le iban a gastar de nuevo la broma; quizás pensara que la climatología inglesa se aliaba pérfidamente con los otros, para permitir así que continuara la chanza... El rostro de Gabriel Gale, sin embargo, era el de un demonio. Eso me pareció, sobre todo, cuando al iluminárselo un relámpago, al que siguió un gran trueno y lluvia aún más fuerte, se lo vi enrojecido de ira. Observé entonces que comenzaba a balancearse, preso de una excitación que no podía explicarme,

aunque la intuyera desde hacía algún tiempo. Y tras el rugido de aquel trueno oí que decía en voz alta: "Esto le hace sentir a uno como un dios tronante".

»Al pie del ventanal corría un sendero estrecho hacia las márgenes de un pequeño prado contiguo al jardín, donde los Blakeney almacenaban el heno; un montón de heno que se veía desde el interior de la casa parecía una montaña que fuese menguando poco a poco ante la fuerza de la lluvia. Y sobre aquella montaña menguante, una horca de dos afiladas púas que producía un efecto realmente tétrico, como si su negro perfil hubiera captado la fantasía enloquecida de Gale, que tiende desde

siempre a sentirse influido por cualquier visión que le parezca extraña, como si fuese un presagio. Un segundo después, y allí estaban, junto a la ventana, los dueños de la casa lamentándose de la pérdida de su montaña de heno, aunque Mrs. Blakeney se mostraba preocupada, muy especialmente, por la ruina en que iban convirtiéndose las flores y unas sillas preciosas y muy lujosamente tapizadas que había alrededor de una no menos exquisita mesa, bajo el gran manzano cuyas tiernas ramas se retorcían con el castigo de la tormenta.

»Créame si le digo que Gabriel Gale, cuando está en uso de sus facultades mentales, es el hombre más

educado, gentil y caballeroso del mundo; hubiera sido capaz, en el uso de su buen juicio, de salir y mojarse sin hacer el menor aspaviento para retirar las sillas de lady Blakeney. Pero en aquel momento no era capaz sino de mirar al infeliz Saunders, que parecía por momentos más agitado, como temeroso de hacer lo que debe hacerse y a la vez de no hacerlo. Al fin, inopinadamente, abrió la puerta, salió de la casa y echó a correr bajo la lluvia; Gale avanzó unos pasos hasta la puerta y le gritó algo con tono muy desabrido; no creo que quienes estaban allí entendieran lo que decía, por el fragor de la tormenta; pero creo que, aunque

hubiesen oído lo que dijo, nadie podría haberlo entendido. Yo oí lo que soltaba Gale por su boca, y supe que había comprendido muy bien, lamentablemente, aquellas palabras. Lo que gritó Gale al pobre Saunders fue lo siguiente: "¿Por qué no llama usted a las sillas? Seguro que acuden tranquilamente a sus manos".

»Pero como si se hubiese pensado mejor aún lo que decir, añadió un segundo después: "Y también puede decirle al árbol que venga, ya verá cómo le obedece". Como es lógico, no hubo respuesta de Saunders, quien, en parte debido a su proverbial timidez, y en parte a la violencia con que seguía

descargando agua la tormenta, parecía completamente perdido, a tal punto que se desviaba a la izquierda del manzano, por un sendero empinado. Yo sólo veía entre la manta de agua que caía su silueta desgarrada, sus largos brazos agitándose torpemente... Y de súbito sucedió el incidente tan violento, causa de mi pesar. Había sobre otro pequeño montón de heno una soga a medio recoger, y Gale, saliendo de la casa en estampida se abalanzó sobre dicha soga, la tomó y vi que la manipulaba rápidamente. Un segundo después, y con no menos rapidez, observé que la agitaba en el aire dibujando ondulantes curvas de lazo; no pasó ni otro segundo

cuando Gale lanzó aquel lazo y vi la torpe silueta de Saunders que parecía aún más torpe, dando pasos vacilantes, retrocediendo como si se hubiera topado con un obstáculo imposible de franquear, o mejor dicho, retrocediendo porque una fuerza superior a la suya tiraba de él... Al tiempo pude percatarme de que la cuerda se tensaba. La cosa estaba clara. Gale lo había cazado a lazo y tiraba de él.

»Miré a mi alrededor implorando ayuda, pero me asusté al verme solo; los dueños de la casa y el resto de los invitados se habían ido al salón contiguo, mientras requerían a la servidumbre para que asegurase las

ventanas y recogiera otros objetos que había fuera de la casa, susceptibles de estropearse con el agua. Yo era, pues, el único testigo de lo que pasaba en el prado, de aquella tragedia tan estúpida como incomprensible que comenzaba a suceder. Vi a Gale arrastrar a Saunders como si fuera un fardo atado al extremo de la cuerda; los vi pasar así a través de la hilera de ventanas de la planta baja y desaparecer tras un esquinazo de la mansión... Pero eso no fue todo... No puedo expresarle el pánico helador que sentí cuando poco después vi reaparecer a Gale en aquella tétrica escena y se dirigió hacia el montón de heno, tomó la horca entre sus manos y volvió a

perderse raudo tras el esquinazo, blandiendo triunfante la horca como si fuese la del mismísimo demonio. No pude esperar más. Salí de la casa para correr hasta ellos, pero apenas apreté el paso y resbalé sobre el empedrado mojado que hay al final de los escalones de entrada. Me lastimé un pie y no pude hacer otra cosa que seguir cojeando, muy despacio; la tormenta parecía haberse tragado al lunático y a su víctima; pasó un buen rato hasta que los criados de la casa descubrieron lo que había ocurrido: encontraron a Saunders atado a un árbol de la parte trasera de la casa, vivo y hasta ileso, pero con todo el aspecto de haber estado a punto de ser

asesinado, por el terror que había en su mirada. Las dos púas de la horca estaban clavadas en el árbol, con una fuerza increíble, a cada lado de su cuello, manteniéndole sujeto al tronco como si le hubieran puesto un dogal de hierro. De Gabriel Gale no tuvimos noticia hasta el día siguiente, cuando ya había pasado la tormenta y brillaba de nuevo un sol esplendoroso. Gale paseaba tranquilamente por un prado vecino al de la mansión, soplando muy delicadamente una amapola que llevaba en la mano... La verdad es que nunca antes le había visto tan tranquilo, tan apaciguado.

Se hizo un corto silencio, que

rompió el doctor Butterworth:

—¿Y cómo se encuentra el pobre Saunders? —preguntó—. Supongo que nada bien.

—Sufrió una fuerte impresión, naturalmente; aún está muy nervioso, pero por lo que sé su estado general es bueno, ha pasado unos días de reposo... Por otra parte, imagino que una persona tan pacífica como él, un muchacho que no hace mal a nadie, no puede albergar el menor sentimiento cálido hacia quien estuvo a punto de liquidarlo, ni siquiera un mínimo de compasión... Creo, pues, que van a acusar a mi amigo de intento de asesinato, salvo si logro demostrar que está chiflado.

—Bueno —dijo el reputado médico londinense, levantándose y abrochándose lentamente la chaqueta que había tomado de una silla contigua—. Creo que debemos ir a visitarlo e intentar resolver el caso antes de que sea tarde.

La entrevista entre el lunático y los médicos tuvo lugar en un hotel cercano; pero fue tan breve y extraordinaria, por insólita, que Garth y Butterworth salieron de allí con sus equilibradas mentes dándoles vueltas como las aspas de un molino. Gale no invocó siquiera la atenuante de veleidad infantiloide, y por lo tanto inocente, en el asunto de la

amapola, lo que es decir acerca de su despreocupación tras agredir a Saunders. Se limitó a escuchar paciente y benévolo a los médicos, como si éstos, mayores que él, fueran mucho más jóvenes y debiera él condescender con sus tonterías pueriles. Cuando Garth comenzó a insinuarle con mucho tacto que una temporada de reposo le resultaría de gran beneficio, Gale se echó a reír cortándole en seco las perífrasis.

—No se ponga nervioso, viejo amigo —dijo—; usted lo que me quiere decir es que debería estar en un manicomio. Pero tranquilícese, que sé que lo hace con la mejor intención.

—Ya sabe que soy su amigo —dijo Garth con bastante dulzura—, y estoy seguro de que el resto de sus amigos le dirían lo mismo que yo...

—Sí, lo sé —respondió Gale devolviéndole la sonrisa—. Bueno, si tal es la opinión de mis amigos, quizás me resulte beneficioso conocer igualmente la opinión de mis enemigos...

—¿Qué quiere decir con eso de sus enemigos?

—¿Quizás deba hablar de mi enemigo, en vez de hacerlo de mis enemigos? —preguntó a su vez Gale—. Más que nada, por el hombre contra el que cometí tan intolerable ultraje... Bien, realmente, lo único que pido es que

antes de que me encierren le pregunte usted a Saunders qué piensa de sí mismo.

—¿Quiere usted decir —intervino entonces el doctor Butterworth con vehemente extrañeza— que debemos preguntarle si le resultó grato, o al menos divertido, verse medio estrangulado con una horca? ¿O quizás debiéramos preguntarle si hubiese preferido sufrir un empalamiento?

—Sí, quiero que le pregunten si le gustó verse medio estrangulado por una horca —dijo Gale y añadió frunciendo el entrecejo como si al tiempo que hablaba meditase—: Y también si hubiese preferido ser empalado. Es más,

voy a enviarle una nota, probablemente un telegrama... Quiero preguntarle algo así como qué le parecen las horcas... O cualquier otra cosa igual de simpática. Aunque... ¿por qué no le escriben ustedes?

—También le podemos llamar por teléfono, ya puestos —dijo Garth.

El poeta negó con la cabeza.

—No —dijo—; los hombres como él se sienten más cómodos leyendo y escribiendo que hablando por teléfono. Por teléfono no hablaría, sólo tartamudearía; y no tartamudearía para decir algo de lo que usted supone, aunque sí es seguro que tartamudearía, no lo dude... Pero escribiendo en una de

esas cabinas de la oficina de telégrafos para responder al telegrama, se sentirá tan libre como en un confesionario.

Cuando los médicos se fueron, asombrados, por no decir que enloquecidos por el lunático, pero aceptando la proposición de éste como si fuese una tregua, para ganar tiempo, no perdieron ni un minuto de tiempo en cumplir la condición requerida. Enviaron ellos mismos el telegrama a Saunders, cuidadosamente redactado; el agredido, que acababa de regresar a casa de su madre, con la que vivía, leyó aquello que le preguntaban sobre sus impresiones y puntos de vista acerca del proceder de Gabriel Gale. La respuesta

llegó con una rapidez impensable. Garth corrió al encuentro de Butterworth con el telegrama en las manos, atónito. El texto decía así, exactamente así:

«Nunca podré agradecer a Gale suficientemente la amabilidad de su acto, con el que contribuyó a algo mucho mejor que salvarme la vida».

Los médicos se miraron en silencio. Y así, en silencio, subieron al automóvil para cruzar de nuevo las colinas y dirigirse a la mansión de los Blakeney, lugar al que había ido a alojarse Gale tras la entrevista con ellos. Hubieron de recorrer, para hacerlo, la región

montañosa y bajar después por un mal trazado a la profunda hondonada en medio de la que estaba la mansión de aquellas gentes tan respetables que habían decidido aceptar la solicitud de asilo que les cursara tan peligroso sujeto, Gabriel Gale. Garth no pudo por menos que reírse imaginando una escena tan llamativa: el lunático bondadoso entre aquellas gentes. Butterworth también hizo algunos comentarios irónicos al respecto.

La finca de los Blakeney se extendía hasta muy cerca del río; la mansión era una de esas construcciones llamativas precisamente por su estilo anticuado, aunque no sean antiguas. La mansión no

era lo suficientemente antigua como para ser bella, aunque poseía ese aire inequívoco que hace evocar, a quienes tienen edad suficiente, las mansiones antiguas, las de abolengo, las de la primera época victoriana, las que fueron tan admiradas hasta la mitad del reinado de la soberana. Pero la verdad es que las altas columnas parecían desvaídas y las ventanas se asomaban al exterior de manera poco armónica, como si se hubiesen descolgado de los altos techos; las cortinas que había entre las columnas no eran más que trapos rojos y un tanto descoloridos, desprovistos de majestuosidad y gracia. Butterworth, con su buen humor y capacidad para la

burla, decía según se aproximaban que seguro que aquellos trapos lucían, no obstante, borlas inadecuadas, más grandes de lo que es de recibo para resultar elegantes. Una casa extraña, en fin, un escenario equívoco, en suma, para haber albergado una representación tan enloquecida como la que allí se había vivido.

Claro que no se puede ocultar un hecho aún más extraño, como lo es el que fuese también aquella casa el escenario donde se produjo un acto de piedad inconcebible. Rodeaban la mansión jardines bien trazados, bien cuidados; más allá, los prados, unos perfectamente segados y otros con la

hierba alta, los que lindaban con el río. Entre los prados, hileras de árboles frutales y auténticas avenidas de arbustos maravillosamente armónicos, que habían resistido de milagro el feroz ataque de la tormenta de la noche anterior, preñada de relámpagos y vientos que azotaban desde todos los puntos cardinales. El paisaje parecía yacer ahora apaciblemente, bajo el dorado calor del verano; el cielo se mostraba tan azul y quieto que hasta el leve zumbido del más modesto de los insectos semejaba el canto de una calandria. Así relucían ahora, sólidas y objetivas, las características escénicas de la terrible farsa que aquella finca y

aquella mansión habían acogido. Ahora contemplaba Garth, como si fuese imposible que hubiera ocurrido lo que ocurrió, las ventanas horas antes bañadas por la lluvia, amenazados sus cristales por la furia del vendaval, mientras él veía impotente la danza macabra del lunático y su víctima. Una sensación igual de extraña lo invadió al contemplar el árbol en el que Gale había clavado a Saunders, en cuyo tronco podían verse bien los dos agujeros de las púas de la horca. Esos dos agujeros eran como los ojos de una calavera, lo que daba al árbol el aspecto de un duende al que le hubieran salido en la cabeza múltiples cuernos. En el prado

seguía el heno amontonado, un algo deshechos aún los montones; un poco más lejos, el alto muro de piedra, cubierto de verdín, del prado contiguo, el que tenía la hierba alta. De lo más espeso de esta pequeña jungla domada se elevaba en busca del cielo una columna de humo muy delgada, quizás el humo de algunas briznas de hierba seca quemándose. Era el único vestigio humano, la única señal de la presencia humana que se percibía en aquel paisaje estival y cálido. Garth, empero, comprendió de inmediato el significado de aquel humo. Y lanzó un grito a través del paisaje, preguntando:

—¿Anda usted por ahí, Gale?

Dos pies de calzado puntiagudo se elevaron hacia el cielo y dos largas piernas brotaron verticalmente de la hierba, junto a la débil columna de humo, agitándose como si fueran brazos, como si respondieran a un código de señales. Luego las piernas parecieron pegar un salto y zambullirse en la hierba, para que de inmediato apareciese su propietario irguiéndose lentamente, mirándoles con una expresión de humildad y benevolencia. Fumaba un cigarro largo y muy fino. De ahí salía en realidad aquel humo.

Recibió la visita de los médicos y las nuevas sorprendentes que le daban sin el menor aire de triunfo. Tampoco

pareció extrañarse lo más mínimo. Caminó con ellos hasta las sillas que había bajo el manzano, aquellas sillas que tuvieron también su papel en la farsa representada la noche anterior, y se limitó a sonreír mientras devolvía a Garth el telegrama remitido por Saunders.

—¿Y bien? ¿Sigue usted opinando que estoy loco? —preguntó.

—Realmente —intervino Butterworth—, lo que hay que preguntarse es si no estará loco ese Saunders...

Gale se inclinó hacia delante en su silla, como para hacerles una confidencia.

—No está loco —dijo—, nada de eso... Aunque ha estado a punto de volverse loco.

De nuevo se echó hacia atrás, contra el respaldo, y volvió la cabeza para mirar una margarita, aunque con aire distraído, como si ya no reparase en la presencia de los médicos. Poco después, sin embargo, habló de nuevo, pero de manera neutra, como quien dicta una conferencia, sin el menor apasionamiento.

—Hay muchos jóvenes —comenzó a decir— que están a punto de volverse locos, pero nada más, suelen recobrar la razón pronto... Se podría decir que es normal pasar por algún periodo que se

aproxima a la locura; es algo que se da cuando hay un desequilibrio entre las fuerzas internas y las externas; muchos de esos chicos aparentemente sanos, esos colegiales tan vehementes que sólo se interesan por el criquet y lo que hay en las pastelerías, se ahogan interiormente, secretamente, porque están hinchados de sentimientos morbosos de las que no pueden liberarse. Pero nuestro amigo, el bueno de Saunders, expresaba todo eso claramente, nada secretamente, si bien de manera simbólica... Incluso lo expresaba con su aspecto, menos simbólicamente, la verdad. Era como si hubiese crecido demasiado aprisa para

las ropas que llevaba, o como si usara unos zapatos más pequeños que sus pies. Las fuerzas de su interior, su morbosidad interna, derrotaban paulatinamente a las fuerzas de su exterior. No sabía cómo relacionar una cosa con la otra, y lógicamente no lo hacía. En cierto modo, su mente, su interior más íntimo, y su manera de ser, de mostrarse en su exterior, no se correspondían; el interior era colosal, cósmico; el exterior, pequeño y ruin, distante y temeroso. Dicho de otra manera: el exterior, el mundo, se les hace demasiado grande a estos jóvenes, y ocultan sus pensamientos, su interior, por considerarlos frágiles, vulnerables.

Son innumerables, créanme, los casos que se dan de esta desproporción terrible. Todos sabemos de los insólitos abusos a los que se dan muchachos de estas características, muchachos que permanecen silenciosos y sumisos hasta que un mal día explotan... Sea cierto o no, solemos decir que las chicas son incapaces de guardar un secreto... Pues bien, la desgracia de estos chicos radica en todo lo contrario, en su insólita capacidad, por así decirlo, para guardar un secreto, el suyo propio.

»Sin embargo, en esa época tan terrible hay un momento en que el peligro es máximo: cuando se produce la primera desconexión entre lo

subjetivo y lo objetivo, el paso por el primer puente del ser; ahí, al tiempo que el muchacho confirma la conciencia de ser, la conciencia de sí mismo, confirma también como algo ineluctable su decepción. Saunders siempre había pasado inadvertido hasta que lady Flamborough decidió hacerlo responsable de la lluvia y el mal tiempo; eso, para colmo, sucedió justo en el momento en que sus sentidos de la proporción y de las posibilidades entraban en abierto combate. Lo primero que me hizo sospechar de su estado fue... Pero —se interrumpió bruscamente Gale—, dígame primero ¿qué fue lo que le hizo suponer a usted que yo me había

vuelto loco?

—Creo —comenzó a decir Garth seguro pero lentamente— que lo pensé por primera vez cuando le vi contemplar la tormenta a través de los cristales de la ventana.

—¿La tormenta? —pareció extrañarse Gale—. ¿Es que hubo una tormenta? Ah, sí, bueno, ahora lo recuerdo... ¿Es verdad que hubo una gran tormenta!

—¡Por todos los diablos! —exclamó Garth—. ¿Qué miraba usted por la ventana, si no era la tormenta?

—Es que yo no miraba por la ventana.

—La verdad sea dicha, querido

amigo...

—Yo me limitaba a mirar la ventana, sin más —dijo el poeta con gran tranquilidad—. Suelo mirar las ventanas. Hay muy poca gente que lo haga, salvo si en vez de cristales comunes tienen vitrales. Pero el simple cristal es algo suficientemente hermoso, digno de ser contemplado y admirado en su transparente pureza. El cristal es como un diamante; la transparencia es el color más trascendente... Además, había otra cosa; había algo mucho más horrible y aterrador que una tormenta, por fuerte que sea.

—¿Algo más horrible y aterrador, dice usted? ¿Qué era?

—Dos gotas de agua que resbalaban por el cristal —respondió Gale—. Justo lo que estaba mirando Saunders en aquel momento.

Observó el poeta que los médicos lo miraban atónitos, sin saber qué decir, y prosiguió:

—Sí, señores, les digo la verdad... Como dice el poeta...

Y comenzó a recitar con su voz más grave:

*Pequeñas gotas de agua
pequeños granos de arena;
estremecen el alma
y ni las estrellas pueden soportarlo*

—¿No les he dicho mil veces — prosiguió Gale ahora muy expresivo y animado— que siempre contemplo con el mayor interés las cosas más pequeñas, bien una piedra, una estrella de mar, lo que sea, y que éste es el único camino por el que puedo acceder al entendimiento de algo? Bien, pues cuando vi que los ojos de Saunders estaban clavados en el mismo punto del cristal que los míos, una tremenda sacudida me recorrió todo el cuerpo... Había adivinado; mejor dicho, había comprendido al fin su caso... Observé en las facciones de Saunders algo así como una sonrisa de indiferencia.

«Sabrán, supongo, que hay jugadores

que hasta hacen apuestas sobre dos gotas de agua; es una apuesta, un deporte, si se quiere, que tiene algo especial, sin embargo: es abstracto y equitativo, incluso imparcial, o al menos ésa es la sensación que procura. Si usted apuesta en el canódromo, puede ocurrir que simpatice más con un *scotch terrier* que con un *irish terrier*, o al revés, y eso le condiciona; a uno puede gustarle la pinta de un jugador de billar o los colores de la vestimenta de *un jockey*, pero el resultado de esas preferencias es a menudo radicalmente contrario a los intereses que se albergan, lo que arroja luces terribles sobre la limitación de nuestras facultades intelectivas. Pero

dos leves esferas transparentes sobre una superficie igual de transparente ofrecen una sensación de equidad plena, una cierta esperanza, no obstante ser abstracta, en la justicia; uno tiene la impresión, en cualquier caso, de que la gota vencedora es la que uno mismo ha elegido. Incluso puede uno, llevado de una cierta megalomanía, convencerse de que vencerá la que ha elegido, antes de que comiencen a deslizarse, pues la ve exactamente igual a la otra. Es fácil suponer que poseemos el control sobre cosas que penden de manera tan igualada... Ahí fue cuando le dije, para comprobar si seguía correctamente su orden de ideas aquello de «le hace

sentirse a uno como un dios». ¿Pero de veras creyó usted que me refería a la tormenta? ¡La tormenta! ¡Qué tontería! ¿Y por qué una tormenta habría de hacer que alguien se sintiese como un dios? Al contrario; ante una tormenta, alguien con un mínimo de sentido común, por muy extraviado que tenga el juicio, sabrá que no puede sentirse precisamente como un dios. Pero yo sabía bien que Saunders pasaba en aquellos momentos por una grave crisis, por una situación peligrosa; un estado, en suma, en el que corría el peligro de creerse un dios; trataba entonces de convencerse de que podía cambiar hasta el clima, alentado por un juego, por su apuesta, por su

contemplación de las dos gotas de agua que comenzaban a deslizarse lentamente por el cristal. Saunders, eso lo percibí claramente, comenzaba a sentirse omnipotente por primera vez en toda su vida. Es más, creía que contemplaba dos estrellas fugaces a su servicio, en vez de dos simples gotas de lluvia; en pocos segundos creyó que su mera presencia era providencial e insuperable para algo tan modesto como esas dos gotas de agua.

«Ustedes, en su condición de médicos, saben que en los estados morbosos puede haber algo doblemente intencionado; el sentido de esa frase popular que asegura que *un loco está*

fuera de sí mismo expresa claramente.

Al estar fuera de sí, el loco tiene una parte de su ser que lo induce a volverse loco y otra que no cree en la locura, en que lo que pueda hacer sea demencial... Un hombre en esas circunstancias puede deleitarse lo mismo con su locura que con la contemplación de dos gotas de agua en un cristal. Un hombre así, como es lógico, evitará subconscientemente someterse a pruebas decisivas. También evitará el deseo de algo imposible, como que baile un árbol; lo hará en parte por miedo a que el árbol se ponga a bailar y en parte también por el miedo a que el árbol siga quieto. De repente, viendo a Saunders, sentí con una rapidez

y furia indecibles, con la mayor fuerza de todas las células de mi cerebro, que debía detenerlo de inmediato, violentamente, incluso, con tal de impedir que dijera al árbol que bailase, para evitarle al pobre muchacho la terrible decepción de que viera al árbol quedarse como estaba.

»Por eso, amigos míos, le grité cuando abrió la puerta que ordenase a las sillas y al árbol que vinieran. Estaba seguro de que si no aceptaba sus humanas limitaciones, de forma brutal e instantánea, algo tan inhumano como imposible de calibrar en sus más terribles alcances acabaría apoderándose de él irremisiblemente.

No me hizo caso; salió precipitadamente de la casa; una vez en el jardín, se olvidó del prado, de las sillas, del árbol... Iba por ahí pegando brincos como una cabra ciega... Estaba claro que había perdido todo sentido de la realidad, que estaba fuera del mundo; era un hombre a merced de los espacios; la tormenta, en realidad, estaba en sí mismo; cuando regresara de aquel vagabundaje no podría volver a ser él mismo; seguiría saltando y cantando y bailando por los caminos, como el ser más feliz y enajenado de la tierra, nada lo detendría. Y yo me dije que algo tenía que detenerlo, hacerle volver a la realidad. Tenía que ser algo rápido,

definitivo; algo que le revelase los límites del mundo de la realidad; tenía que hacerle padecer una impresión brutal ante la que se quedara sin respuesta. Vi aquella cuerda y le lancé el lazo como si fuese un caballo salvaje. Lo hice con la imagen en mi mente del centauro pagano que retrocede, sometido, para seguir el camino del cielo; no en vano sabemos que el centauro, como todo en el paganismo, es a la vez un ser natural y sobrenatural; un monstruo y una exaltación de la naturaleza digna de ser adorada.

»Bien, seguí adelante con mi idea, que puede parecerles extravagante, y que incluso resultó una grave injuria

para el pobre muchacho, a primera vista, pero animado por la certeza de que obraba como es debido. Ya han comprobado que el propio Saunders está seguro de que obré bien... Nadie más que yo sabía hasta qué punto ese pobre chico se dirigía al camino erróneo; y también sabía yo que la única manera de hacerlo volver a la realidad era el descubrimiento brusco y doloroso de que no podía ni mover los árboles ni insuflar vida a las horcas de los campesinos; quería demostrarle que por mucho que luchara por soltarse de una dura cuerda y de las púas de una horca, no lo conseguiría.

»Era, desde luego, una dura

medicina, una solución desesperada. Admito que, en mi defensa, sólo puede decirse que se trató de eso, de una dura medicina, de una solución desesperada y hasta poco elegante, si se quiere. Creía entonces, y lo sigo creyendo, que no había más alternativas. Cualquier otro remedio, que hubiese podido calmarlo temporalmente, sólo habría acrecentado al cabo su reserva, su introversión, su miedo. Burlarse de él, por otra parte, hubiera sido horrible; es lo peor que puede hacerse con alguien tan introvertido que es incapaz de un mínimo sentido del humor. Este muchacho había comenzado a creer en unas posibilidades que no tenía. Había

que demostrarle su error.

—¿Cree usted—preguntó entonces el doctor Butterworth como si meditase, un tanto ceñudo ahora— que en algún sentido razonaba sobre esa suerte de imaginería teológica que según usted se había formado en sus pensamientos? ¿Le parece a usted que realmente llegó a creerse capaz de hacer que lloviera y tronase, porque era un dios, incluso el mismo Dios Todopoderoso? Lo cierto es que hay muchos casos de delirio religioso que se presentan así...

—Recuerde usted —respondió Gale — que Saunders estudia teología; incluso aspira al sacerdocio, por lo cual pudo pensar mucho, y durante bastante

tiempo, en la duda, en la inspiración, en las profecías... Eso ayudó a que sus ideas se desviaran del buen camino. Lo peor se halla tantas veces cerca de lo mejor... Hay algo mucho más grave y doloroso que el ateísmo, y no es otra cosa que el satanismo, también conocido como la aspiración *de ser Dios*. Pero como materia susceptible de especulación filosófica, no ya teológica, todo esto se encuentra más próximo al nervio vital del pensamiento universal de lo que pudiera imaginarse... Por eso me resultó tentador, un auténtico reto, detenerlo a tiempo. A eso me refiero cuando le digo que actué impulsado por una gran simpatía hacia ese pobre y

joven chiflado. Lo suyo no fue más que un error bastante comprensible.

—Mi querido Gale —protestó educadamente Garth—, creo que se ha aficionado usted en exceso a las paradojas. Un aprendiz de cura se mete a golpes en su cabezota la idea de que puede remover cielos y tierra y hacer que llueva y truene, y lo llama usted un error bastante comprensible...

—¿Alguna vez se ha tumbado usted de espaldas, sobre la hierba, agitando las piernas en alto? —preguntó el poeta al médico.

—Pues la verdad es que no, al menos pública y profesionalmente hablando —respondió Garth—. No me

parece, por lo demás, la mejor manera de acostarse... Pero supongo que para usted sí lo es.

—Si echado de esa forma se entrega usted a la reflexión —siguió diciendo el poeta— sobre las cosas más importantes, que son las más primitivas, acabará preguntándose por qué hay problemas que uno puede controlar y otros que se nos escapan por completo. Le aseguro que nuestras piernas parecen mucho más largas cuando las agitamos en el aire, tumbados de espaldas en el suelo. Claro está, uno puede agitar sus piernas en el aire, pero no los árboles. Aunque no estoy muy seguro de que resulte extraño o anormal, hablando en

abstracto, por supuesto, que un hombre imagine que todo lo material forma parte de su propio cuerpo, a la vez que tiene la impresión de que todo está fuera de su mente.

—Lamento no tener mayor interés por estos asuntos puramente metafísicos —intervino entonces el doctor Butterworth—, pero la verdad es que no los entiendo. Sé lo que quiere expresar usted cuando habla de un hombre que está fuera de su juicio, en el sentido de estar fuera de su juicio, y nada más... Y me parece que está usted en lo cierto cuando dice que Saunders se hallaba en un estado morboso que lo hacía estar fuera de su sano juicio. En cuanto a lo

de estar fuera de su cuerpo, como las cosas están fuera de la mente, no puedo entenderlo más que de una manera: pegarse un tiro en la cabeza y caer muerto. Pero, para serle sincero, creo que estuvo usted a punto de sacarlo de su cuerpo tal y como lo he dicho, mediante esa cura así de radical que le hizo... Quiero decir que, para hacerle volver a su sano juicio, estuvo usted a punto de sacarlo de su propio cuerpo, o es más, estuvo usted a punto de eliminar su propio cuerpo... Fue, ciertamente, una medicina desesperada; y aun cuando admito que los resultados fueron excelentes, la verdad es que no me gustaría comparecer en calidad de

testigo ante un tribunal para defender sus métodos curativos. Acepto en este caso, porque he podido comprobarla, la bondad de su método... Pero cuando empieza usted con sus místicas explicaciones, cuando habla del infierno que representa tenerlo todo en el cerebro, y ver las cosas que hay fuera de la mente, todo eso... pues, con absoluta franqueza, renuncio a tratar de seguir su razonamiento, querido Gale... Me temo que pensará usted que soy excesivamente materialista.

—¡Ah, vaya, usted *teme!*, —gritó Gale indignado—. ¡*Teme* ser materialista, caramba! Me parece que no tiene usted mucha idea de lo que en

verdad significa *temer*... En mi opinión, sin embargo, los materialistas tienen razón; por lo menos están suficientemente cerca del cielo para aceptar la tierra y no imaginarse que la han hecho ellos... No son precisamente las dudas de los materialistas las más temibles; lo son, por el contrario, las de los idealistas, las dudas mortales, las dudas infernales...

—Siempre lo he tenido a usted por un idealista —terció Garth.

—Bueno —dijo Gale—, yo empleo el término idealista en un sentido Filosófico. Y al hacerlo hablo de los verdaderos escépticos, que son los que dudan de la materia, de la mente de los

demás y de todo en general, menos de su ego personal. Yo también he pasado por eso, como he pasado por casi todas las formas de la imbecilidad más infernal. Y acaso sea ésta la única utilidad que tengo en el mundo: que he pertenecido a todas las especies de la imbecilidad. No obstante, créame cuando le digo que la más miserable y despreciable especie de idiota es la del que cree haberlo creado todo y contenerlo todo. Amigo mío, el hombre es un ser viviente; toda su felicidad consiste en esto, tan simple: convertirse en un chiquillo, como la manda la Voz Suprema. Todo su goce consiste en recibir un regalo que él, en su condición de chiquillo ilusionado,

valora en la mayor de las medidas porque es una *sorpresa*. Pero una sorpresa impropia, en tanto que procede de nuestro exterior y es digna de gratitud por cuanto nos llega de alguien ajeno a nosotros mismos.

»Yo llegué a soñar que había soñado toda la creación. Sentí que me habían sido regaladas las estrellas y me entregué por ello al sol y a la luna. Soñé que había estado detrás de todo, al principio de todas las cosas, y que sin mí nada de lo que había sido creado podía haber existido. Quien se ha sentido en el centro del cosmos sabe que es como hallarse en el infierno. Eso sólo se cura de una manera. Ya sé que han

sidio muchos los que han escrito desde la más remota antigüedad acerca del origen del mal y del dolor en el mundo, pero Dios nos prohíbe abundar en esa cháchara de jaula de monos tan propia de los moralistas. Hay que buscar la verdad auténtica, objetiva y experimentalmente comprobada. No hay más cura para estas pesadillas humanas de omnisciencia que la confrontación con el dolor; eso es lo que el hombre realmente no domina; el hombre ha de encontrarse en algún lugar del que no pueda escapar para darse cuenta de que todas las cosas no vienen en realidad de sí mismo. Éste es el significado de la comedia que ha visto usted representada

aquí, en esta casa, como una alegoría. Dudo que ninguna de nuestras acciones sea otra cosa distinta de una alegoría; dudo que pueda proclamarse cualquier verdad, salvo en forma, no ya de alegoría, sino de parábola. Hubo un hombre que se veía sentado en el cielo, y los ángeles, sus servidores, iban vestidos de colores luminosos, rodeados de nubes y de llamas y de toda la pompa y esplendor de las estaciones del año. Pero aquel hombre estaba por encima de todo y su expresión parecía llenar los cielos. Bien, pues yo lo clavé a un árbol, y que Dios me perdone la blasfemia.

»Estaba de pie, mostrando una excitación reprimida y tensa; su rostro

era muy pálido; hablaba en parábola; aquello en lo que pensaba estaba lejos, muy lejos del jardín e incluso del trance que vivía; en su recuerdo se mezclaban sus pensamientos en increíble y turbia agitación; en realidad se hallaba en otro jardín, en medio de otra tormenta. El ruinoso arco de una abadía se destacaba espectral sobre la luz fantasmagórica; más allá del río caudaloso se veía la hostería desolada; todo aquel paraje gris era para Saunders un trozo purpúreo del Paraíso... Del Paraíso Perdido.

»Repetía que no le quedaba otra opción, que sólo tenía un camino; que no podía dar otra respuesta a su herejía, cuando en verdad había querido ser sólo

un místico. Eso, amigos míos, es poco menos que admitir que la mente lo es todo; eso es destrozarse el corazón. Demos gracias a Dios por las duras piedras de los caminos; demos gracias a Dios por la severidad con la que se muestran ante nosotros los hechos de la vida real; demos gracias a Dios por los espinos y las rocas, por los desiertos y por la sucesión de los años. En cuanto a mí, al menos sé bien ahora que no soy ni el mejor de los hombres ni el más fuerte. Al menos sé bien que no lo he soñado todo.

—Lo noto a usted muy raro —dijo Garth.

—Es que al fin he comprendido algo

—respondió Gale—. Alguien se haría aquí presente si pudiera conseguirlo con un sueño.

Y se hizo ese profundo silencio en el que se hubiera podido oír el vuelo de una mosca. Cuando tomó de nuevo Gale la palabra, aunque lo hizo en el mismo tono meditabundo, reflexivo, con que había expresado lo anterior, los médicos tuvieron una intuición indescriptible, la sensación de que se abría en sus respectivos cerebros una puerta ignota, durante unos segundos, que se acababa de cerrar para siempre, empero, con un fuerte golpe.

—Todos estamos atados —siguió diciendo Gale— a los árboles, todos

estamos clavados a un árbol con una horca. Y mientras estemos así de fuertemente amarrados sabremos que las estrellas seguirán en el cielo y que las colinas de la tierra no se derrumbarán sobre nuestro mundo. ¿Pueden ustedes imaginarse el alivio enorme, caudaloso su agradecimiento, que brotó de ese hombre amarrado al árbol, un agradecimiento que era como un canto a la naturaleza, cuando después de haberse debatido hasta el alba recibió al fin la revelación que ansiaba, la nueva definitiva de que no era otra cosa que un hombre, sólo eso?

El doctor Butterworth miraba a Gale con una mezcla de perplejidad y burla;

los ojos del poeta brillaban como dos lámparas encendidas; sus palabras no eran las comunes en un hombre común.

—Si no fuera porque atesoro una larga experiencia en el conocimiento de los hombres —dijo Butterworth poniéndose en pie—, creería que usted, en el fondo, sigue siendo un tipo sospechoso.

Gabriel Gale le dirigió una mirada penetrante y a la vez un tanto despectiva, por encima del hombro; su tono de voz cambió entonces.

—No diga eso —replicó secamente—; en realidad no corro ningún otro peligro, más que éste.

—No le comprendo —confesó

Butterworth—. ¿Se refiere usted al peligro de que certifiquemos su locura?

—Pueden certificar ustedes lo que les apetezca, siempre y cuando el cielo continúe siendo azul —dijo Gale con desdén—. ¿Cree de veras que me preocupa eso? ¿Cree usted que no podría ser suficientemente feliz encerrado en un manicomio, mientras pudiera ver brillar el arco iris o cómo se mueven las sombras en un muro? ¿Cree usted que no podría seguir dando gracias a Dios por la forma delicada de la nariz de uno de mis guardianes o por cualquier otro detalle, quizás insignificante, capaz de producir un gran placer a una mente analítica? Me parece,

sinceramente, que un manicomio puede ser un lugar ideal para un cuerdo. Cien veces preferiría vivir en una casa llena de lunáticos, una casa tranquila, apacible, antes que verme en uno de esos clubes de intelectuales llenos de gente inintelectual que no hace más que decir estupideces sobre el último libro de filosofía. Cien veces preferiría formar parte de una de esas solícitas y atestadas instituciones para locos, que le obligan a uno a prestar ayuda a los demás. No me preocupa en qué lugar acabaré mis días, con tal de que mis pensamientos no divaguen más de lo necesario ni sigan un camino erróneo. Pero usted ha hablado de un peligro

real... Ha aludido usted a lo mismo que Garth cuando dice que yo, al querer curar a los locos, puedo acabar convirtiéndome en uno de ellos. Si alguien me dijera que realmente no entiende lo que quiero expresar; si alguien me dijera que no puede comprender una verdad tan simple como la de que lo mejor para un hombre es ser sólo un hombre, y que es muy peligroso concederse a sí mismo honores divinos; si alguien me dijera, en fin, que no entiende con claridad mis palabras, sino que ve en ellas algo al menos próximo al misticismo propio de una mente alucinada, entonces sí estaría realmente en peligro. Porque también estaré en el

peligro de considerar, así, que no soy un hombre sino Dios Omnipotente.

—Sigo sin comprender lo que quiere decir —señaló el amable doctor Butterworth, sonriendo y moviendo la cabeza.

—Creo que soy el único hombre cuerdo —dijo Gabriel Gale.

Aquello tuvo una suerte de secuela, que llegó a oídos del doctor Garth tiempo después. Fue una especie de epílogo a la comedia absurda de la horca y el manzano.

Garth se diferenciaba de Gale, entre otras muchas cosas, por tener una propensión clara hacia lo racional, o

cuando menos hacia el racionalismo. Con gran frecuencia debatía con escépticos de diversos clubes y grupos de científicos, considerándolos una especie de cierto valor, pero a menudo auténticamente duros de mollera, si no con el cerebro de madera.

En cierto lugar cuyo nombre no viene al caso por carecer de importancia, el título de ateo oficial del pueblo había quedado vacante, tras la perversidad lamentable del zapatero remendón de aquel sitio, que se empeñó en hacerse congregante, tras convertirse. Sus funciones pasaron a ser desempeñadas por un sombrerero, un hombre acomodado llamado Pond y con

fama de excelente jugador de críquet. En el campo de críquet rivalizaba habitualmente con otro buen jugador, el vicario de la parroquia, con el que en realidad se enfrentaba más en el críquet que en los asuntos concernientes a la especulación espiritual. El vicario era uno de esos hombres, en realidad, que gozan más con su fama como jugador que con cualquier otra cosa, y en este caso concreto, más que con su capacidad argumental. Era uno de esos vicarios de los que todo el mundo dice elogiosamente que no tienen nada de vicarios. Era, además, fuerte, sonrosado, con la cara de un buey y de maneras enérgicas y decididas. Joven aún, tenía

un montón de hijos que componían una turbulenta tribu de niños; el mismo vicario era, en cierto modo, también un chiquillo, algo más grande.

Pero como es natural, algunos ratos de charla a los que no podemos calificar como controvertidos, se producían a veces entre el vicario y el ateo del pueblo. No es preciso compadecer al religioso por los aguijonazos que le daba el científico materialista, porque a un paquidermo no le duelen los aguijonazos. El vicario era uno de esos hombres que parecen haber sido rociados con capas y más capas de una sustancia capaz de resistirlo todo menos la renuncia a su personal y muy gozoso

sentido de la vida. Pero hubo un episodio interesante, que se fijó en la memoria de Pond, quien se lo contó a Garth en ese tono misterioso con que un racionalista refiere una historia de fantasmas.

Los dos jugadores de críquet habían estado conversando en el tono amistoso de siempre, sin atreverse a mayores honduras intelectuales. El vicario era, por supuesto, un cristiano sincero; aunque también, simplemente, un cristiano musculoso. Pero no supone desdoro para él decir que le gustaba señalar que una cosa no era críquet, en vez de afirmar, sin más, que no era cristiana. La mayor parte de las veces se

regocijaba haciendo rabiar a su oponente con bromas un tanto simplonas, o solventaba una pregunta del sombrerero preguntándole cuántos trucos era capaz de hacer con un sombrero. Quizás la repetición de esta pregunta acabó molestando al acaudalado librepensador, o quizás fuese el tono más profundo y categórico que empleó el vicario para tratar de algún asunto de mayor trascendencia lo que produjo el mismo efecto en el otro, pero lo cierto es que el vicario empleó en aquella ocasión una forma de expresarse más enérgica que de costumbre para reafirmar su filosofía de la existencia.

—Dios quiere que juegue usted — dijo—. Eso es todo lo que quiere Dios, gente que tome parte en el juego.

—¿Y cómo lo sabe usted? — preguntó Mr. Pond irritado como era raro en él—. ¿Cómo sabe usted qué quiere Dios? Porque usted, ni es Dios ni lo ha sido jamás, ¿no?

Se hizo entonces un silencio y el ateo se quedó mirando al vicario con una expresión de rabia insólita.

—Sí —dijo el vicario con una voz grave, extraña—. En cierta y lamentable ocasión fui Dios, al menos durante unas catorce horas... Pero renuncié a seguir siéndolo. Me pareció un esfuerzo excesivo para mí.

Y tras decir aquellas palabras, el reverendo Herbert Saunders se dirigió lentamente al campo de cricket, donde se reunió con un grupo de *boys scouts* y varias muchachas del pueblo, demostrando de nuevo alegría y ganas de bromear.

Mr. Pond, el ateo, permaneció largo tiempo sentado, sin embargo, con la vista fija, como quien acaba de presenciar un milagro. Más tarde confió a Garth que por unos instantes los ojos de Saunders le dieron la impresión de haber abandonado el rostro coloradote y sano del vicario, como si se escaparan de una máscara. Un recuerdo que asociaba, mezclándose, a algo

instantáneo, horrendo, impresionante y a la vez vacío; algo que sólo pudo expresar vagamente pensando a modo de ejemplo en una fachada recién encalada, con unas ventanas vacías que daban a un callejón sin salida. Y asomado a una de esas ventanas, mirando como sin ver en realidad nada, el rostro de un imbécil muy pálido.

V

EL DEDO DE PIEDRA

Tres jóvenes excursionistas hicieron un alto a las afueras de la villa de Carillón, en el sur de Francia, villa de la cual hallaremos a buen seguro una cumplida descripción en las guías, por cuanto goza de gran fama por su antiguo monasterio bizantino, sede en el presente de la Universidad, y por haber sido escenario de las hazañas de Boyg. Seguro que al lector se le despierta el interés por este nombre, o se le aviva,

pues forzosamente habrá de haberlo leído en innumerables publicaciones periódicas así como en no pocas novelas.

Boyg y la Biblia se reconcilian periódicamente, por lo demás, en las conferencias religiosas; Boyg ensancha y asombra ligeramente las mentes de innumerables héroes protagonistas de largas historias de carácter psicológico, cuyas hazañas comienzan en los parvularios y concluyen de común en los manicomios. El periodista, al redactar a toda velocidad sus referencias a los tratamientos a que fueron sometidos precursores de la ciencia como Galileo, se detiene, haciendo un esfuerzo por

recordar otro ejemplo, y termina siempre su trabajo aludiendo a Giordano Bruno y a Boyg. Pero también los ortodoxos, u ortodoxos a medias, se sienten fascinados y hasta experimentan que les cubre una ola de agnosticismo merced a la cual afirman que desde los descubrimientos de Boyg, la doctrina del *homoousian*, o de la conciencia humana, no ocupa el lugar que ocupaba, fuese el tal lugar el que fuera.

Sería inútil decir que Boyg fue un gran descubridor, porque la gente siente por él un profundo respeto desde hace muchos años, y también una extraordinaria gratitud. Por lo demás, resulta igualmente inútil decir qué

descubrió, porque la gente no demostrará el menor interés por ello. La vaga creencia general señala ese descubrimiento con algo referido a los fósiles y al largo periodo que es necesario para la fosilización o petrificación, lo que implica, en general, un estudio de las anónimas y anárquicas y hasta caprichosas fuerzas de la evolución que se consideran hostiles a la religión. Pero a buen seguro que ninguno de los descubrimientos que hizo Boyg durante su vida fue tan sensacional, desde un punto de vista periodístico, como el que se hizo respecto a su persona después de muerto. Tal aspecto, tan íntimo, es lo que

aquí nos ocupa y concierne.

Los tres viajeros acordaron separarse durante una hora y reunirse después para almorzar en un pequeño café. Las distintas formas en que empleó cada uno ese tiempo para dar satisfacción a sus gustos y expectativas servirán para revelarnos convenientemente sus personalidades.

Arthur Armitage era un muchacho moreno y serio, que se hallaba en posesión de una fortuna más que excelente, con lo cual le resultaba fácil ampliar día a día su cultura, sobre todo en lo que a las artes, y en especial a la arquitectura, se refiere. Apenas llegó a la villa de Carillón, pues, pudo vérselo

enfilando el camino hacia el antiguo monasterio bizantino llevando por proa su aquilina nariz; se había preparado concienzudamente para cursar dicha visita, más aún que si fuese a enfrentarse a un examen. Quien iba a su lado, aun tratándose de un artista, no daba semejantes muestras de interés, ni mucho menos. Era un pintor que gustaba de perder el tiempo ejerciendo como poeta; Armitage, sin embargo, acaso por querer verse rodeado en todo momento de genios, se había convertido en algo así como su protector. El artista en cuestión tenía por nombre Gabriel Gale y era un tipo joven y alto, muy enteco y desgarrado, de cabellos ensortijados y

rubios, o amarillos, aunque a veces también parecían rojizos; un hombre, además, que aun dejándose proteger no permitía verse avasallado de ninguna de las maneras posibles, ni siquiera las más sutiles, por su mecenas.

Quiere decir lo anterior que Gabriel Gale siempre hacía lo que le venía en gana, yendo a su antojo, a veces de manera un tanto abstracta, la verdad; y quiere decirse con esto que en el fondo lo único que de veras le gustaba era no hacer nada. En aquella ocasión, sin embargo, aceptó acaso de manera lamentable, dadas sus proclamas en aras de su libre albedrío, reunirse con los otros en el café a la hora convenida,

pero quizás llevado de una cierta curiosidad se metió en dicho café para tomarse un par de vasos de vino, antes de seguir los dictados de su libre albedrío. Después se dirigió a los límites de la villa, trepando por la árida cuesta que dominaba Carillón hacia las faldas de la colina, con la mirada inquieta y vivaz puesta en las nubes y hablando consigo mismo, acaso a la espera de encontrarse con alguien a quien decirle más o menos lo mismo que se iba diciendo. Eso vino a ocurrirle casi apenas iniciado su paseo, cuando metió el pie en el techo de cristal de un estudio que había pegado a la cuesta. Pero como era el estudio de un artista, la

discusión que se produjo quedó muy pronto en nada; y no sólo eso, sino que dio paso a una disquisición filosófica la mar de grata para ambos, acerca del futuro de las artes, y en concreto acerca del futuro del realismo en la pintura y en la escultura. Cuando llegó la hora del almuerzo y Gale se dirigió al café en donde ya había entrado antes para tomarse un par de vasos de vino glandes, aquello era cuanto atesoraba tras su paseo por la hermosa e histórica villa de Carillón.

El tercero de aquellos jóvenes turistas se llamaba Garth, un tipo menudo y feo, algo mayor que los otros y con mucha más vida que ellos, lo cual

se le reflejaba en la mirada sagaz, en la afilada decisión de su rostro; en realidad podía ser el preceptor de sus amigos. Caminaba con paso rápido; era médico de reconocida pericia y se mostraba inclinado a la experimentación científica más que a las disquisiciones filosóficas o a las teorizaciones artísticas. Para él, la ciudad y su Universidad, el antiguo monasterio y el café, no eran más que los templos en que imperaba el genio de Boyg. No obstante, por esta vez su instinto, su propensión a lo práctico pareció conducirlo de la manera más conveniente, pues descubrió cosas mucho más interesantes que todo lo que su amigo adorador de las artes

pudiera ver en unos arcos románicos, o lo que su amigo el poeta pudiese hallar en las nubes movedizas. Por ello, el argumento de esta historia gira forzosamente, pero no forzadamente, alrededor de las aventuras que vivió Garth en esa hora.

Las mesas del café de la villa estaban dispuestas bajo una hilera de árboles que se alzaban majestuosos frente a una puerta redonda del muro, a través del cual podía contemplarse el blanco resplandor de la carretera por la que habían llegado. Sin embargo, las altas colinas que rodeaban la villa eran eso, tan altas, que sobresalían muy por encima del muro para levantar una

especie de paredón formado por agresivas formaciones rocosas sin otra vegetación que la de algún que otro matorral y unos cuantos cactus entre los pedruscos. No había otra grieta que el lecho pedregoso de un arroyo. Abajo, donde el arroyo serpenteaba por el valle, se alzaban las cúpulas del antiguo monasterio y arrancaba una empinada escalera labrada entre las rocas, que seguía hasta cierta altura el curso del arroyo para detenerse al pie de una pequeña y solitaria construcción igualmente de piedra, que no era sino la cabaña de un pastor. Algo más arriba, el resplandor del techo de cristal del estudio en el que Gale había metido la

pata, marcaba el último vestigio de hábitat humano en toda aquella rocosa extensión que circundaba la villa de Carillón.

Armitage y Gale ya estaban sentados a una mesa cuando llegó el doctor Garth con su paso vivo de siempre y tomó asiento junto a ellos dejándose caer en una silla.

—¿Han oído las últimas noticias? — preguntó.

Hizo la pregunta abruptamente, porque le molestó la actitud del poeta y del amante de las artes, sumidos ambos en una especie de ensoñación... digamos artística; como si pensarán en traer a cuento de un momento a otro cualquier

conversación sobre algo absolutamente inútil. Es más, Garth preguntó lo anterior tras haber oído el siguiente diálogo, o perorata, entre los otros dos:

—Sí, creo que por fin he contemplado hoy las últimas esculturas que quedan de aquella edad oscura... Y no son tan rígidas como las bizantinas, curiosamente; tienen, por el contrario, ese aire grotesco tan propio del gótico —había dicho Armitage.

—Pues yo he visto hoy las últimas creaciones escultóricas de la edad más moderna —había dicho Gale—. Pero me parece que, al tiempo, podían ser obras pertenecientes por igual a esa edad oscura sobre la que habla usted... Le

aseguro que en el estudio de ese artista al que he conocido hay cosas ciertamente grotescas.

—Díganme, ¿han oído la noticia? — repitió el doctor Garth—. Boyg ha muerto.

Gale hizo una pausa en la disquisición que pretendía iniciar sobre el gótico y su pervivencia en la contemporaneidad, y muy serio, con una compungida reverencia, dijo:

—*Resquiescat in pace...* ¿Quién era Boyg?

—¡Bueno, esto es increíble! —se indignó Garth—. Creía que hasta los niños sabían quién era Boyg.

—Puede, pero yo apostaría lo que

fuese a que no ha oído usted hablar de Paradou —dijo Gale—. En realidad, todos vivimos en nuestro pequeño universo, con nuestras clases y nuestros valores. Seguro que usted no ha oído hablar del escultor más radicalmente nuevo de nuestro tiempo, ni del mejor jugador de fútbol, ni del último campeón de ajedrez.

Solía ocurrir que, mientras Gale disertaba sobre lo que fuese, no importaba cuan abstracto resultara el tema de su discurso y su manera de hacerlo, hasta agotar su exposición, Armitage tenía la facultad de experimentar una urgencia por saber que lo hacía sumirse en el silencio más

completo y escuchar atentamente. Sin embargo, en aquel momento consultaba su cuaderno de notas, y al oír el nombre del moderno escultor no pudo más que levantarse de su asiento, entusiasmado, para preguntar a Gale:

—¿Quién es Paradou?

—El artista con el que he conversado antes de acudir a nuestra cita —respondió Gale—. Hace un tipo de escultura muy avanzado; es un hombre excesivo; pueden creerme si les digo que habla más que yo... Y piensa... Para mí que podría hacer cualquier cosa, incluso en vez de esculpir. Tiene ideas muy novedosas sobre la escultura... Su concepto del realismo...

—Quizás haríamos mejor olvidando el realismo para preocuparnos de la realidad —dijo Garth bastante malhumorado—. Sepan que Boyg ha muerto... Y eso, con todo, no es lo más grave...

Armitage alzó la vista, mostrando en su expresión algo de ese estar en las nubes tan propio de su protegido, el poeta.

—Si no recuerdo mal —dijo—, Boyg descubrió algunas cosas sobre los fósiles, ¿no?

—El principal descubrimiento del profesor Boyg —comenzó a decir secamente el médico— establece el período para la petrificación como

distinto al de la fosilización, relegando, con ello, los orígenes biológicos a una etapa que permite asentar la cronología necesaria para convertir la hipótesis de la selección natural de las especies en demostración taxativa y empírica. Quizás les parezca exagerado a ustedes hablar de un descubrimiento aclamado por el mundo entero, pero les aseguro que la sociedad científica, la única, por cierto, con capacidad y conocimientos para juzgar acerca de estos problemas, quedó realmente emocionada y agradecida a Boyg, tanto como admirada y sorprendida ante su hallazgo.

—En resumen, la sociedad científica quedó petrificada al saber que no podía

ser petrificada —dijo el poeta.

—No puedo perder el tiempo jugando con usted a decir cosas ingeniosas, pero sin sustancia —dijo Garth—. Sólo puedo pensar en ese hecho trascendental.

Armitage hizo un gesto de condescendencia, como si fuera el presidente de la mesa donde se celebrara un debate.

—Dejemos que hable Garth —dijo—. Veamos, doctor... ¿De qué se trata? Explíquese usted comenzando por el principio...

—Muy bien —dijo el doctor disponiéndose a expresarse con su voz más campanuda—. Comenzaré por el

principio, como dice usted. Llegué a esta ciudad con una carta de presentación para el profesor Boyg, y como tenía gran interés en visitar su museo geológico, que es el mejor legado suyo para esta ciudad, me dirigí a él antes que ir a cualquier otra parte. Bien, pues allí estaba el museo del profesor Boyg con todas las ventanas rotas; las piedras lanzadas por esos energúmenos llenaban todo el interior, a corta distancia de las vitrinas, varias de las cuales estaban igualmente destrozadas.

—Bueno, quizás fueran sus donativos para el museo geológico —observó Gale—. Un mecenas pasa ante el museo y le lanza su óbolo a través de

la ventana, o lo enriquece con una piedra perfectamente petrificada... No veo por qué no han de admitirse actitudes semejantes en lo que llama usted el mundo de la ciencia; en el mundo del arte esas cosas son bastante comunes... Los bustos y los bajorrelieves de Paradou no son hoy más que grandes piedras escarnecidas por el público y...

—Paradou puede irse al... Paraíso, digámoslo así —le cortó Garth con más que lógica impaciencia—. ¿Es que no hay manera de hacerle comprender a usted algo ajeno a sus doctrinas y a sus ideas? No fue sólo el museo de Boyg... Pasé ante su casa, en la que muy

merecidamente hay una lápida, que ahora está cubierta de barro. Crucé la plaza del mercado, donde acababan de dedicarle un monumento aprovechando el pedestal del centro, y las coronas de laurel que depositaron a sus pies alumnos y admiradores están destrozadas... Y la estatua de Boyg tiene la cabeza abollada.

—Puede que la estatua sea de Paradou... No me extraña que la apedrearan... —observó Gale.

—No creo —dijo el doctor con el mismo tono—. Seguro que no fue porque la estatua es de Paradou, sino porque representa a Boyg. Lo mismo que el museo y la lápida conmemorativa. Por

algún motivo que ignoro, aquí, caballeros, ha ocurrido en poco tiempo algo que evoca ciertos pasajes de la Revolución Francesa... Así son los franceses, amigos míos... Recuerden aquellos disturbios en la villa bretona donde nació Renán, porque decidieron erigirle una estatua. Sabrán ustedes, o si no se lo digo yo, que Boyg era noruego de nacimiento, y que se instaló en Francia, y más concretamente en esta hermosa villa de Carillón, por atraerle la formación rocosa de la zona y las propiedades minerales de las aguas del arroyo. Se instaló aquí, en fin, llevado de su afán de investigar en beneficio del género humano. Bueno, pues dejando a

un lado los furiosos ataques del párroco contra sus teorías en general, parece que Boyg se topó también con una antigua superstición según la cual ese arroyo es sagrado y en sus aguas las serpientes se convierten en pura amonita, así, por las buenas... Un mito, por lo demás, común a muchas otras tierras y a muchos otros países... Recuerden que lo mismo se dice que hace Santa Hilda en Whity... Aquí, sin embargo, se dan ciertas condiciones especiales, que aportan mayor calor propio de la tierra al mito. Los estudiantes de teología y los de medicina se enfrentan a menudo, unos en el nombre de Roma y los otros en el nombre de la Razón. Dicen que hay una

especie de loco furioso, algo así como un Pedro el Ermitaño, que vive en una ermita de lo alto de la colina, y que de vez en cuando baja a la villa agitando los brazos y pegando fuego a todo lo que le sale al paso, incluidas algunas casas.

—Sí, algo de eso he oído —dijo Armitage—. El cura que me acompañó en mi visita al monasterio, el superior, creo, un hombre muy parlanchín y amable, me habló de un santo varón que vive en la colina y al que muchos quieren canonizar, aun sin haber muerto...

—Será que siente el deseo de que lo martiricen —dijo Garth con gesto sombrío—. Pero el verdadero martirio

es otro... Permitan que siga narrándoles los hechos por estricto orden. Crucé la plaza del mercado en busca de la residencia particular de Boyg, que está en una de las esquinas de dicha plaza. Todo estaba cerrado y la casa, según me pareció, vacía; sin embargo, empujé una puerta y entré; allí vi a un viejo criado, que al principio se negó a responder a mis preguntas... En realidad, no era el único que negaba la respuesta, y hasta el saludo, a un extranjero. Pero cuando logré hacer ver a aquel hombre cuál era el objeto de mi visita, habló... Me dijo que su señor había muerto.

El médico hizo una pausa y los otros dos respetaron su silencio. Al cabo de

unos segundos, sin embargo, Gale, que al fin parecía interesado por la historia, incluso impresionado por el relato de Garth, preguntó de acuerdo con sus maneras un tanto abstractas:

—¿Dónde está la tumba de ese hombre? Ha hecho usted un relato de un dramatismo aterrador, amigo mío, por lo que tiene que haber terminado en una tumba. Una peregrinación como la de ese hombre ha de concluir por fuerza en un magnífico mausoleo de mármol y oro, como la tumba de Napoleón.

—No tiene tumba —dijo Garth tristemente—, aunque seguro que de aquí a no mucho tiempo le erigirán más monumentos. Espero llegar a ver el día

en que haya una estatua de Boyg en cada ciudad del mundo, aun cuando en el presente se le mancilla... Pero jamás podrá tener una tumba.

—¿Por qué no? —preguntó Armitage levantando la vista de nuevo y alzando las cejas.

—Parece tarea imposible que pueda hallarse el cuerpo de Boyg —dijo el médico, tan triste como antes—. No hay el menor rastro de su cadáver —hizo otra pausa Garth, y repuesto, con la voz más firme, prosiguió—: Estoy convencido de que no ha muerto por causas naturales; estoy convencido de que lo han asesinado.

Armitage cerró de golpe su cuaderno

de notas y se quedó mirando fijamente la mesa.

—Continúe, por favor —fue cuanto pudo decir.

—El viejo criado de Boyg — prosiguió Garth—, un hombre muy tranquilo, silencioso, de rostro amarillento, muy educado, me habló del ayudante de Boyg, del que me pareció por su tono que tenía celos... El ayudante científico del profesor, su mano derecha, por así decirlo, se apellida Bertrand y al parecer es un hombre muy capaz, un hombre, por ello, digno de la confianza del sabio, además de un devoto seguidor de su causa. Continúa la obra de Boyg ahora mismo en lo que es capaz de

hacerlo; sobre su muerte o desaparición sabe más bien poco, aunque sus conjeturas son perfectamente lógicas, Pero cuando al fin di con Bertrand en su pequeña casa repleta de libros e instrumentos de trabajo de Boyg, una casita situada en la cumbre de la colina, fuera de la villa, empecé a comprender algunas cosas relacionadas con este trágico y siniestro caso.

Bertrand es un buen hombre, muy tranquilo y bondadoso, aunque hay en él algo de esa vanidad común en quienes trabajan a la sombra de un gran hombre. Es una vanidad disculpable, sin embargo; incluso creo que cabe preguntarse si el descubrimiento que

haga un gran hombre no es en parte, también, de su ayudante. Una vanidad, en fin, que no me parece censurable, porque demuestra en estos hombres un afán de superación, una perseverancia en el trabajo, un intento de alcanzar las cotas de sus maestros. Creo que Bertrand está interesado en saber qué se ha hecho del cuerpo de Boyg, pero también en algo más. Creo que está investigando en la dirección correcta, lo vi en sus ojos negros y brillantes, en su expresión de gran inteligencia. No me parece ya, a estas alturas, un simple científico ayudante, alguien que quiere aprender de su maestro. Me parece que se ha convertido en una especie de

detective amateur.

»La propensión hacia lo artístico que tienen ustedes, amigos míos, supongo que les será de gran utilidad a la hora de descubrir a un poeta o a un escultor, pero discúlpennme por decirles que una propensión hacia la ciencia es de mayor utilidad llegado el caso de descubrir a un criminal. Bertrand, estoy seguro, se ha puesto a la tarea de hacerlo con una fe irrevocable; estoy en condiciones de adelantarles a ustedes algunas de sus hipótesis, por no decir de sus descubrimientos. Bertrand vio por última vez a Boyg cuando bajaba éste por la orilla del arroyo en dirección a la casa del escultor al que ha conocido

usted hoy, Gale... Allí solía posar diariamente durante una hora. Pero seré preciso en este punto, más en interés analítico por la lógica del método que por necesidad lógica del argumento; sé que el escultor jamás tuvo la menor discusión con Boyg, sino todo lo contrario; al parecer es un gran devoto del científico, al que admiraba sobre todo por sus ideas revolucionarias.

—Ya lo sé —dijo Gale como si bajara la cabeza de las nubes—. Según Paradou, el arte realista debe fundarse en la energía moderna, en los últimos descubrimientos científicos. Pero esto supone una falacia, en tanto que...

—Permita que acabe mi relación de

los hechos; después podrá usted refugiarse en sus tesis —dijo el doctor Garth con gran firmeza—. Bertrand vio a Boyg tomar asiento en el reseco piso de la colina, en un momento dado, y fumar un cigarro; observen cuan árida es esa vertiente... Un hombre caminando por ahí sería tan invisible como una mosca en un techo ennegrecido por el humo. Bertrand afirma que hubo de regresar al laboratorio para seguir con la preparación de un experimento y echó a andar; unos pocos pasos, se volvió y ya no vio a su maestro. Y no ha vuelto a saber de él desde ese preciso instante.

»Al pie de la colina, en el extremo inferior del tramo de escalones labrados

en la piedra que trepa hacia la ermita, están los accesos principales al monasterio; ahí lo tienen, en las mismas afueras, en los límites de la villa... Vean que lo primero con que uno tropieza es ese gran cuadrilátero que componen los claustros, y las celdillas de los frailes y de los novicios. Prefiero no abrumarles con los orígenes del compromiso político por el cual esta parte de la institución ha permanecido religiosa, mientras la parte científica y otras situadas más allá son laicas, dedicadas sólo al estudio. Pero me parece importante que presten atención al hecho de que la parte monástica de la Universidad está en el límite mismo de

la población, lo que es decir el monasterio, mientras la otra cierra el camino hacia el interior de la villa. A Boyg le hubiera sido del todo imposible franquear vivo o muerto, créanlo, esta barrera laica, sin pasar bajo las miradas de la muchedumbre para la cual era él, y sólo él, el principal culpable de los enfrentamientos y motines que se vivían en la villa. La población entera se mostraba claramente alterada por causa del buen Boyg, ya fuese a favor, ya fuese en contra. Creo que hubo de ocurrir algo en la cumbre de la colina, o por lo menos antes de que llegase a la barrera inferior. El detective *amateur* Bertrand comenzó por examinar la vertiente de la

colina, o la parte de la misma de mayor interés en lo que al caso se refiere; un trabajo ímprobo que hizo, en cualquier caso, con la misma minuciosidad con que procede con el microscopio. Bien, amigos míos; cuando examinó detenidamente aquella zona rocosa y árida la encontró tal y como se contempla desde abajo; no hay ni cuevas ni hoyos; no hay una sola grieta ni falla en toda la superficie de esa roca negra... Una rata no podría esconderse entre esas matas que apenas levantan un palmo del suelo. En suma, Bertrand no halló el menor escondrijo, pero sí un indicio: un trozo de papel descolorido y húmedo, junto al arroyo; con trazo apresurado y

débil pero perfectamente legible, con la letra de Boyg, estaba escrito «mañana iré a su casa para informarle de algo importante que debe usted saber». Nada más.

»Mi amigo Bertrand se sentó y comenzó a pensar en lo que había encontrado. La nota, evidentemente, había caído al agua del arroyo; eso significa que no había sido tirada al cauce en la villa, por la simple razón de que el agua no corre hacia arriba... Sólo quedaban, pues, el estudio del escultor y la ermita, en la parte alta. Pero Boyg no hubiera escrito al escultor para avisarlo de que iría a verlo al día siguiente, puesto que se dirigía allí. Lo más

probable es que la persona a la que quería ir a visitar era el ermitaño, por lo que no es vana conjetura suponer lo que tendría que decirle... Bertrand sabía mejor que nadie que Boyg acababa de completar su gran descubrimiento hasta un punto asombroso, con nuevos hechos y ratificaciones incontestables; me parece bastante plausible, pues, que deseara anunciarlo a su más fanático adversario; era una manera elegante de sugerirle que abandonase su empeñamiento y su encono contra él.

Gale, que contemplaba entonces el cielo con la vista fija en un pájaro, intervino con bastante brusquedad:

—De todos esos ataques contra

Boyg—dijo—, ¿puede decirse que alguno lo fuera contra su persona, no contra sus teorías?

—No, ni siquiera estos fanáticos se atrevían a tanto —dijo Garth también bruscamente—; era un buen hombre, un escandinavo prototípico, sencillo e inocente; para mí que era como un niño grande, de tan entusiasta... Pero creo, sin embargo, que precisamente por eso le odiaban... Fue a decir la verdad, a proclamar el hallazgo de la luz en medio de las tinieblas... Y no se le volvió a ver bajo la luz del sol.

Armitage miraba con los ojos entornados hacia la ermita de la vertiente de la colina.

—¿Quiere usted decir —preguntó— que ese hombre de quien hablan todos como de un santo, el amigo de mi amigo el abate, o lo que sea, no es más que un asesino?

—Usted, en realidad, y hasta donde nos ha contado, habló con su amigo el abate del Románico —dijo Garth—. Si hubiese hablado usted con él de fósiles, quizás habría visto otra faceta de su carácter, menos idílica... Estos religiosos latinos se presentan a menudo... digamos que muy cuidadosamente bruñidos. Pero sepa usted que también tienen espinas, y pinchan... En cuanto al santón de la colina, bien, está autorizado por los superiores del

monasterio a llevar esa vida de eremita; y está autorizado, igualmente, para otras muchas cosas; por ejemplo, para hacer lo que le venga en gana. En las grandes celebraciones baja a la villa y predica; y puedo asegurarle que cuando lo hace es un Bedlam⁷ desencadenado. Claro que puedo excusar a este hombre de sus desmanes, pues al fin y al cabo no es más que un lunático... Pero tampoco tengo por qué dudar de que no sea un maniático asesino...

—¿Ha tomado su amigo Bertrand alguna medida legal, al amparo de sus sospechas o intuiciones? —preguntó Armitage.

—¡Bien, amigos míos! Aquí es

donde comienza el misterio —dijo el médico.

Se hizo un silencio, durante el cual los tres fruncieron gravemente el ceño. Garth prosiguió al cabo de un rato:

—Sí; Bertrand hizo una denuncia formal ante la policía; el juez de instrucción de la villa, después de tomar declaración a varias personas, decidió que no podía ser admitida a trámite la denuncia, que no había lugar a la misma... Su providencia se basaba en que no disponían del cadáver; algo, por cierto, que suele entrañar la dificultad mayor con la que se topan los detectives cuando investigan un posible asesinato. El eremita, cuyo nombre creo que es

Hyacinth, también fue llamado a declarar, pero no tuvo dificultad alguna en demostrar que su ermita está tan desnuda y es tan árida como la colina misma. Allí no puede ocultarse un cadáver, eso es cierto; tampoco es fácil cavar una tumba en un suelo rocoso... Después prestó declaración el abate, como lo llama usted, o Padre Bernard, del monasterio y Colegio católico universitario. Convenció al juez de que tampoco en las celdas del monasterio podía esconderse un cuerpo. Las celdas del monasterio tienen poco mobiliario, apenas el camastro y una mesa y una silla, por la sencilla razón de que en alguno de los motines habidos se

utilizaron para avivar el fuego de los enfrentamientos incendiarios que aquí se han producido. Eso fue lo que dijo Bernard para defenderse, y estoy seguro de que lo hizo muy bien, pues se trata de un hombre muy capaz que sabe unas cuantas cosas, además de lo que concierne al Románico. Hyacinth, por su parte, aunque sea un loco fanatizado, es hombre elocuente y capaz de estarse predicando durante horas. Ambos, en fin, son mucho más elocuentes y astutos que el juez instructor... Pero estoy seguro de que Bertrand no hace sino dejar que pase el tiempo, acumular evidencias y reabrir así el caso más adelante... Esas dificultades claras para

ocultar un cuerpo... ¡Vaya, pero si lo tenemos aquí!

Garth interrumpió su relato al percatarse de la presencia de un hombre joven que llegaba apresuradamente, se detenía unos instantes y luego se acercaba a la mesa en la que estaban los tres. Iba rigurosamente vestido de luto, con sombrero negro de fieltro, un traje muy severo de cuello alto y su barba igualmente negra y en punta. Tenía todo el aspecto de uno de esos personajes, siempre anticuados, de Gaboriau⁸. Es más, era como ese personaje de Gaboriau llamado Lecoq; sus ojos negros, en aquel pálido rostro, eran los ojos de alguien a quien podría

considerarse un detective nato; y su rostro pálido lo era más que nunca debido a la excitación.

Se detuvo junto a la silla del doctor Garth, se inclinó un poco hacia él y le dijo en voz baja:

—Ya lo he encontrado.

El doctor Garth dio un brinco y se puso en pie, con los ojos brillantes de curiosidad; pero casi de inmediato volvió a su actitud ponderada de siempre, incluso ceremoniosa, y presentó a Monsieur Bertrand a sus amigos.

—Puede hablar con absoluta libertad —lo animó acto seguido—; tanto mis amigos como yo no tenemos

otro interés que el de que se descubra la verdad del caso.

—Pues he descubierto la verdad — dijo el francés con

(8)

los labios fruncidos, casi sin abrir la boca—. Sé bien qué han hecho esos frailes asesinos con el cadáver de Boyg.

—¿Nos concede el derecho a enterarnos? —preguntó Armitage.

—Lo sabrá todo el mundo dentro de tres días —dijo el francés, muy pálido—; como las autoridades se niegan a reabrir el caso, tengo pensado convocar una asamblea pública en la plaza del mercado para pedir que lo hagan. Allí acudirán también los asesinos, por

supuesto; los denunciaré, y no sólo eso; formularé la necesaria acusación ante su propia cara. Acuda también usted, monsieur, el jueves a las dos y media; así sabrá cómo uno de los más grandes hombres de nuestro mundo halló la muerte a manos de sus enemigos. Pero en principio no le puedo decir más que una palabra. Como dijo el gran Edgar Poe en su propia lengua, caballero, «la verdad no siempre cae a un pozo». Pero me parece que a veces, de tan obvia, pasa inadvertida.

Gabriel Gale, que parecía dormitar, se mostró por el contrario muy despierto.

—Eso es cierto —dijo—, y lo es en

casi todos los casos.

Armitage se volvió hacia él con expresión de interés supremo.

—Supongo que no pensará usted dedicarse a investigar como si fuera un detective, Gale —dijo—. No me lo imagino emergiendo del mar de los sueños para ponerse en adelante al servicio de Scotland Yard.

—A lo mejor cree nuestro amigo Gale que puede hallar el cuerpo de Boyg —dijo Garth echándose a reír.

Gale se levantó pesadamente de su silla, y con su acostumbrado tono de indiferencia dijo:

—Pues sí, caballeros; en cierto modo, sí... Estoy completamente seguro

de poder hallar el cadáver. La verdad es que ya lo he encontrado...

Quienes conozcan íntimamente a Mr. Arthur Armitage no necesitarán que les diga que en todos sus viajes al extranjero lleva un diario en el que anota sus impresiones con gran colorido, sabiendo encontrar en cada momento *le mot juste*. Pero la pluma se le cayó de las manos en aquella ocasión, por así decirlo, o al menos se deslizaba alocadamente por la página en blanco entonces, sin precisar nada, cuando trató de describir el populoso mitin convocado por Bertrand; aunque en realidad habría que decir que fueron dos las reuniones que allí se celebraron, en

la pintoresca plaza del mercado de la villa, por la que apenas dos días atrás había caminado extasiándose ante la belleza arquitectónica que la circundaba. Siempre había leído sobre la democracia, y es más, siempre había escrito sobre los valores de la democracia; ahora, en contacto acaso por primera vez en su vida con una clara manifestación de democracia, ésta se lo tragó como si la tierra se hubiese desgarrado por un terremoto.

Había una diferencia clara, y además sorprendente, entre aquella muchedumbre francesa convocada en la plaza de un mercado y las muchedumbres inglesas que había visto

en Hyde Parle o en Trafalgar Square. Los franceses no habían acudido a liberar sus sentimientos, sino a liberarse de sus enemigos. Algo distinto, forzosamente, había de salir de aquella concentración; algo, quizás hasta un crimen, pero algo; la cosa no podía quedar en nada. Le llamaba la atención que con tanta ferocidad como contenía aquella muchedumbre, había en la masa una especie de disciplina militar. Los grupos de voluntarios se desplegaban en sucesivos cordones, y de manera un tanto rudimentaria pero eficaz seguían las instrucciones de sus respectivos jefes. El padre Bernard estaba allí, con su rostro de bronce, como la máscara de

un emperador romano; obedecido sumisamente en aquella suerte de cruzada a la que parecían dispuestos sus fieles, tras él podía verse, mirándolo todo con ojos feroces, a Hyacinth; a pesar de su mirada parecía éste un cadáver al que acabaran de exhumar; tenía un rostro huesudo y unas órbitas tan oscuras y hondas que podían ocultarle los ojos apenas lo quisiera.

Del otro lado estaban la tétrica palidez de Bertrand y la actividad ratonil del doctor Garth, que no paraba de moverse aunque sin despegarse mucho del científico; la muchedumbre anticlerical rugía tras ellos y los ojos de Garth brillaban triunfantes. Antes de que

Armitage pudiese reaccionar, y tomar así al fin alguna nota de lo que veía, Bertrand se había encaramado a una silla, junto al pedestal de la estatua, para anunciar con un hilo de voz, mas reafirmando lo que decía con gestos dramáticos, que estaba allí para vengar a su maestro.

Le salieron entonces las palabras, y lo hicieron a borbotones, pero elocuentes, terribles; Armitage, sin embargo, las oía como en un sueño del que sólo despertó cuando comenzaron a contar lo que había esperado, pues eran unas palabras que hubiesen despertado a cualquier soñador. Fue cuando Bertrand habló de su maestro como en un poema

en prosa, como si le dedicara un cántico elegíaco, aunque no hacía más que referir cuanto suponía había sido la tragedia de Boyg, el héroe. Y oyó también las palabras de Bertrand aludiendo a lo que habían dicho los otros a propósito de la imposibilidad de ocultar un cadáver. En ese punto, tanto Armitage como la muchedumbre, escucharon, sin embargo, algo que no habían oído aún; o quizás fue algo que sabían, o al menos sospechaban, pero no lograban explicarse, cosa que frecuentemente ocurre en los momentos más críticos de una situación aún más crítica.

—Dicen que sus celdas están vacías

y alardean de su frugalidad, de la sencillez de sus vidas —decía Bertrand—, y es cierto que estos esclavos de la superstición se apartan voluntariamente de aquello que más placentero resulta a los hombres... Pero no supongáis que no se dan al placer, no... Creedme, hacen sus celebraciones; si no pueden regocijarse en el amor, se regocijan en el odio; todo el mundo parece haberse olvidado de que el mismo día en que desapareció mi maestro los estudiantes de teología quemaron su casa y golpearon su estatua recién erigida.

Un estremecimiento que no llegó a ser siquiera un susurro, pero que se dejaba sentir más que un aullido,

recorrió a las gentes allí congregadas; la muchedumbre había comprendido bien cuál era el sentido que Bertrand daba a sus palabras. Pero aún fue mayor el estremecimiento cuando oyeron lo que siguió:

—¿Acaso quemaron la estatua de Bruno? ¿Acaso quemaron la estatua de Dolet⁹? —decía Bertrand con su pálido rostro fanatizado—. Estos mártires de la verdad acabaron en la hoguera en nombre de la Iglesia y la gloria de su Dios... Claro, el progreso inherente al paso del tiempo ha hecho que no sean tan brutales, y no quemaron a Boyg vivo, porque... ¡Lo quemaron muerto! Así borraron las huellas de su crimen. Sí, la

verdad no siempre cae a un pozo, a veces brilla en las altas torres; mientras yo me debatía en mi búsqueda de los huesos de mi maestro, entre cactus, matojos y grietas, en público, a cielo abierto, ante una multitud vociferante reunida frente a la basílica, su cuerpo desaparecía de tal modo que no pudiera ser visto por nadie.

Cuando el último rugido de furor y los últimos vítores de aquel infierno de exaltación se hubieron apagado, el padre Bernard consiguió hacer oír su voz.

—Baste decir en respuesta a esta acusación propia de un demente que los ateos que la levantan contra nosotros no han conseguido convencer siquiera a su

ateo gobierno para que los apoye. Pero como la acusación no se hace sino contra el piadoso Hyacinth, más que contra mí, que sea él quien responda.

De nuevo el encono de los bandos allí reunidos levantó un ciclón de gritos apenas abrió la boca el ermitaño. Su tono de voz, empero, poseía una cualidad penetrante y apaciguadora; en aquella voz que salía de un rostro que semejaba una calavera, que evocaba unas tibias, había una delicia musical conmovedora, la misma que cautivaba a los peregrinos. Además, en un momento tan crítico como el que vivía, poseía una fuerza de convicción y de veracidad que estaba más allá de todas las

posibilidades de las artes de la oratoria.

Antes de que el tumulto se desvaneciese del todo, Armitage, movido por un impulso, por una especie de instinto nervioso, se volvió a Garth para preguntarle:

—¿Dónde está Gale? Creí que vendría... ¿No dijo no sé qué tontería, a propósito de que tenía el cadáver?

Garth se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—Supongo que andará por ahí, por la cumbre de la colina, contándole cualquier idiotez al primero con que se haya topado —dijo el médico—. No podemos exigir a los poetas que recuerden las tonterías que dicen.

—Amigos míos —iba diciendo Hyacinth en el mismo tono apacible y penetrante—, no tengo respuesta que dar a la acusación que se me hace. No puedo refutarla con pruebas. Si un hombre puede ir a la guillotina por lo que aquí se ha dicho, sin más, iré. ¿Acaso creéis que ignoro que han sido muchos los inocentes guillotinado? Monsieur Bertrand ha hablado de que Bruno fue quemado en la hoguera, como si sólo se hubiese hecho eso con los enemigos de la Iglesia. ¿No sabemos bien los franceses que Juana de Arco también fue quemada viva? ¿Alguien puede decir que fue culpable de algo? Los primeros cristianos fueron torturados por

caníbales, acusación tan verosímil como la que se hace contra mí. ¿Imagináis acaso que pues ahora matáis hombres con la maquinaria de guerra moderna y con las modernas leyes, no sabemos que estáis dispuestos a matarlos igual e injustamente como lo hicieron Nerón y Heliogábalo? ¿Creéis que no sabemos que los poderosos de este mundo son lo que siempre han sido y que vuestros abogados, que oprimen a los pobres por su mezquindad, capaces son de hacer que corra la sangre a cambio de un poco de oro? Si me viese obligado a adoptar la oratoria de un abogado, podría utilizarla contra vosotros de manera más razonable que la vuestra contra mí. ¿Qué

pensáis que puede haberme hecho poner en peligro la salvación de mi alma, para cometer un crimen monstruoso? ¿Por una teoría contra otra teoría, por una hipótesis contra otra hipótesis, por un leve y fantástico temor de que un descubrimiento acerca de los fósiles pudiera amenazar la verdad imperecedera? Yo podría alzar mi dedo y señalar a otros que tienen razones más poderosas que éstas. Puedo señalar a un hombre que, gracias a la muerte de Boyg, ha heredado todo su poder y su posición; sí, puedo señalar a uno que con el crimen se ha convertido en su heredero, el único a quien realmente beneficia el asesinato de Boyg; un

hombre que ha sido, no tanto el ayudante de Boyg como su rival. Sólo él ha dicho que Boyg fue visto en la colina el día del crimen. Sólo él hereda del muerto algo verdaderamente cuantificable, desde las más vastas ambiciones del mundo científico hasta la última lupa de su colección, pues con todo se ha quedado. Este hombre vive, está entre nosotros y me bastaría con extender una de mis manos para tocarle.

Cientos de rostros se volvieron hacia Bertrand con expresión de humana ferocidad; el cariz que adquiría la confrontación era demasiado dramático como para que se dejara sentir ahora un grito. Bertrand estaba pálido, con los

labios amoratados, pero fue capaz de sonreír mientras decía estas palabras:

—¿Y qué se supone que he hecho con el cadáver?

—Dios le conceda no haber hecho nada con él, ni muerto ni vivo —respondió el ermitaño—. No le acuso a usted; pero si alguna vez recibe una acusación injusta, como la que contra mí ha formulado, hará bien en pedir ayuda a Dios... Dios siempre atestigua a favor de los inocentes. Si me guillotinaran dos veces, dos veces atestiguaría Dios en mi favor, permitiéndome caminar con la cabeza en las manos por estas calles, como san Dionisio... No tengo pruebas, ya lo he dicho. No puedo llamar a otros

que testifiquen en mi favor. Sólo cuento con Dios. Él puede liberarme, si considera que lo merezco.

Se hizo entre la muchedumbre un silencio muy profundo y largo, más que una pausa. Casi se oyó la voz de Armitage, con tono irritado, comentando a Garth:

—¡Vaya, al fin se ha dignado venir usted, Gale! ¿Ha caído del cielo?

Gale estaba cerca de la estatua, con aire incómodo, con un aire de quien acaba de llegar a su casa y la encuentra llena de gente. Bertrand, al verlo también, aprovechó aquella suerte de anticlímax.

—Aquí —dijo— hay un caballero

que cree poder encontrar el cadáver de Boyg... ¿Lo ha traído consigo, monsieur?

La historia del poeta y detective recién llegado a la villa era conocida ya por muchos de sus habitantes, por lo que las palabras de Bertrand provocaron aplausos y risas.

—¡Lo lleva en el bolsillo! —se oyó una voz estridente.

—¡Sí, lo lleva en el bolsillo del chaleco! —se oyó otra voz, profunda y sepulcral.

Mr. Gale, en efecto, tenía las manos en los bolsillos. Respondió con su acostumbrada indiferencia:

—Bueno, no llevo el cadáver en mis bolsillos, en el sentido en que ustedes lo

dicen. Pero puede que sí —dijo mirando a Bertrand.

De inmediato, sorprendiendo a sus amigos por su inusitada viveza, se subió a una silla para dirigirse a la muchedumbre con voz clara y en muy buen francés:

—Amigos míos —dijo—, lo primero que tengo que hacer es adherirme a cuanto ha dicho mi honorable amigo, si me permite llamarlo así, acerca de los méritos y cualidades morales del difunto profesor Boyg. Si algo hay dudoso, si sobre algo disentimos, debemos en todo caso saludar en él esta investigación de la verdad, que es el más desinteresado de

todos nuestros deberes con Dios. Estoy de acuerdo con el doctor Garth en que Boyg merece una estatua, no sólo en esta villa, sino en todas las ciudades del mundo.

Los anticlericales comenzaron a aplaudir con fervor, mientras sus adversarios aguardaban en silencio, preguntándose hasta dónde se alargaría aquella excéntrica exposición del no menos excéntrico personaje que les dirigía la palabra. El poeta pareció percatarse de aquello, sonrió y siguió diciendo:

—Puede que se pregunten ustedes por qué digo todo esto, y con tanto énfasis, además... Bueno, supongo que

todos tienen sus buenas razones para reconocer en el profesor un auténtico amor a la verdad. Pero yo sé algo que ustedes ignoran, lo que me hace estar más convencido de su honestidad.

—¿De qué se trata? —preguntó el padre Bernard aprovechando la pausa que hizo Gale.

—Boyg —dijo Gale— se dirigía a visitar al padre Hyacinth para confesarle su error.

Bertrand hizo un rápido movimiento hacia delante, que pareció un intento de agresión. Garth lo detuvo y Gale prosiguió, sin prestar atención, al menos aparentemente, a Bertrand.

—El profesor Boyg había

descubierto que su tesis era errónea. Tal era el sensacional descubrimiento que había hecho en sus últimos días, con sus últimos y sensacionales experimentos científicos —dijo Gale—. Lo sospeché comparando la versión general y su fama de hombre sencillo y bondadoso. No creí en ningún momento que pudiera dirigirse a su adversario para restregarle por la cara su triunfo; era más probable, por el contrario, que considerase una cuestión de honor darle cuenta de su fracaso. Porque, aun sin pretenderme una autoridad en esta materia, estoy seguro de que Boyg estaba en un error... Las cosas no necesitan, después de todo, miles de

años para petrificarse de una forma determinada. En ciertas condiciones que los químicos pueden explicar mejor que yo, no precisan de un tiempo superior a un año, o incluso a un día. Hay algo en las propiedades del agua de esta villa, aplicadas o intensificadas por métodos especiales, algo que puede transformar en pocas horas un organismo animal en un fósil. El experimento científico ha sido hecho y la prueba la tienen ustedes ante sus ojos —hizo un gesto vago con la mano, y acaso algo más excitado siguió diciendo—: Monsieur Bertrand está en lo cierto al decir que la verdad no ha caído a un pozo sino que brilla en lo alto de una torre. Yo digo más: la

verdad está en un pedestal y llevan ustedes un buen rato contemplándola, aunque sin saberlo... He ahí el cuerpo del profesor Boyg.

Señaló entonces la estatua del centro de la plaza, que estaba como siempre, con la mirada baja en dirección a la calzada por donde pasaban indiferentes los naturales de la villa, mas coronada de laurel chamuscado y con la cabeza y el rostro abollados, al parecer a golpes y pedradas.

—Alguien ha dicho —continuó Gale satisfecho por el mar de rostros atónitos que tenía ante sí— que tenía yo el cadáver de Boyg en el bolsillo, lo que es decir su estatua... Bien, pues no es del

todo cierto, porque sólo llevo una parte —y sacó lentamente de uno de sus bolsillos algo pequeño, algo que, visto desde lejos, parecía un trozo de yeso grisáceo—. Vean, damas y caballeros; he aquí uno de los dedos de la estatua de Boyg, roto probablemente de una pedrada, o de un palo. Ahí estaba, en el pedestal. No tuve más que agacharme y cogerlo... Alguien que sepa lo justo de estas materias sobre las que ya hemos tratado, podrá comprobar que la consistencia de este dedo es la misma de los admirados fósiles del museo geológico.

Alargó el dedo hacia la muchedumbre, que siguió atónita, como

si se hubieran convertido todos en estatuas de piedra.

—Es posible que me tomen por un loco —dijo riéndose Gale—. Bueno, lamento llevarles la contraria, pero la verdad es que no he enloquecido del todo, al menos de momento, aunque sí es cierto que tengo gran afinidad con los lunáticos, porque puedo entenderme con ellos mucho mejor que con la mayoría de los cuerdos dado que soy capaz de comprenderlos y aun de participar de la manera extravagante con que funcionan las ideas de los locos. Y comprendo al loco que hizo esto, con quien he pasado unas cuantas horas en el día de hoy; sé por ello que éste es el tipo de cosas que

puede hacer un loco como él. Cuando oí hablar por vez primera de conchas fosilizadas, de insectos petrificados y de otras historias semejantes, hice lo que un loco como él hubiera hecho, que no es sino exagerar la idea con una especie de visión enloquecida; una visión de selvas fósiles, de ganado fósil, de elefantes y de camellos fósiles; así llegué a un sistema de ideas diferentes, a una coincidencia de términos que no pudo por menos que sorprenderme, dejándome petrificado, si no helado... Era el hombre fósil.

»Miré a la estatua y comprendí que no es una estatua. Es un cadáver petrificado por la curiosa e interesante

acción química del agua del arroyo. Lo llamo fósil, por expresarlo de una manera fácil de entender por todos, incluso por mí mismo, aunque sé lo justo de geología como para tener plena conciencia de que no es así como debe designarse científicamente. Pero la verdad es que, una vez hecho mi descubrimiento, lo que menos me preocupaba era la geología. En todo caso me preocupaba lo que podríamos llamar criminología, o crimen, sin más, que es como quiero llamar al caso que nos ocupa. Si este monumento era un cadáver, ¿quién era y dónde estaba el criminal? ¿Quién era el infame asesino que había puesto a su víctima a la vista

de todos, haciéndolo a la vez visible e invisible a plena luz del día? Todos los habitantes de esta villa saben y hablan y discuten de la corriente del arroyo y de cierto pedazo de papel; todo el mundo, desde que se suscitó el asunto del pedazo de papel, todo el mundo, digo, estuvo de acuerdo en afirmar que el secreto se ocultaba en esa oscura colina, en la que no hay nada, salvo el estudio con el techo de cristal de la cuesta que lleva a la colina y la solitaria ermita, más arriba. Precisamente la ermita concitaba buena parte de las sospechas... El escultor no, por ser un admirador y buen amigo del profesor Boyg... Pero recuerden qué fue lo que en

realidad descubrió el profesor Boyg...
Obtuvo uno de esos descubrimientos que hacen más daño a los amigos que a los enemigos. Un hombre con el valor necesario como para admitir que se ha equivocado se ve abocado al odio más feroz de quienes antes lo ensalzaban. El descubrimiento final de Boyg, como el descubrimiento que aquí desvelo, invierte la relación entre las dos casas de la colina, el estudio del escultor, en el inicio, y la ermita casi en la cumbre. Aunque el padre Hyacinth fuera un demonio en vez de un santo, no hubiera podido impedir a su adversario una retractación pública. Fue un *boygista* quien lo hizo; fue un seguidor de Boyg

quien se convirtió en su más acerbo perseguidor, quien descargó sobre el profesor toda la violencia de su furiosa irracionalidad. Fue Paradou, el escultor, quien armado de un cincel asesinó a su maestro y filósofo tras una discusión sobre las teorías de Boyg, que éste daba por erróneas y el otro consideraba la fuente de su más ardiente inspiración vital y artística, sin importarle lo más mínimo si estaba en lo cierto o si se precipitaba por las pendientes de la falacia. Es posible que no quisiera matar a Boyg, al menos eso quiero creer. En cualquier caso, y aun convencido como lo estoy de que Paradou está loco, su proceder responde a una lógica

concreta... Aquí radica, en fin, el punto lógico más interesante y digno de estudio de todo este asunto.

»Esta misma mañana estuve con Paradou, a quien conocí pues tuve la ventura de meter la pata en el techo de cristal de su estudio... Es un hombre que gusta de la controversia y la discusión; cuando lo vi esta mañana, por cierto, su humor era el más combativo de los posibles. Tuve con él una larga discusión acerca del realismo en el arte, y en especial en la escultura... Es común decir que de las discusiones se saca poco en claro. Pero yo afirmo que de las discusiones siempre se obtienen beneficios; de cualquier modo, si

quieren ustedes saber qué obtuve de mi discusión con Paradou, es preciso que sepan primero, precisamente, algo de esa discusión que mantuvimos... Todo el mundo se burla de Paradou, todo el mundo se ríe de sus esculturas, todos dicen que convierte a los hombres en monstruos; más aún, he oído decir a muchos naturales de esta villa que Paradou hace figuras con la cabeza aplastada, como las serpientes, las rodillas arrugadas como los elefantes, y chepas que les hacen parecer un híbrido entre el hombre y el camello. Él os contestaba que veía en vuestras caras "ojos de gusano ciego, asquerosos", y os llamaba brutos, ignorantes, payasos, y os

decía que sois feos y repugnantes aunque os hayan hecho creer que parecéis gracias y dioses helénicos... Así empezó la discusión, sobre estos aspectos, teniendo Paradou en sus manos un martillo y unas tenazas... ¡Menos mal que no tenía un cincel! En cualquier caso, aún no se le había ocurrido la idea. Le vino después, tras cometer su crimen. Al contemplar el cadáver brotó de él una furia criminal, aunque ignota, nacida de lo más profundo de su decepción. Comenzó a proyectar una farsa tan gigantesca como la Gran Pirámide. Decidió erigir en la plaza del mercado aquella lúgubre masa de granito para mofarse íntimamente de sus

críticos y de sus detractores, que sois casi todos vosotros. Poco antes, el muerto en persona, lo que es decir el profesor Boyg todavía con vida, le había estado explicando el proceso mediante el cual el agua del arroyo petrifica rápidamente la materia orgánica. Las notas y documentos referidos a este fenómeno, que daba al traste con las teorías del profesor Boyg, se hallaban tiradas en el suelo del estudio. Era cosa de aplicar el descubrimiento de Boyg en el propio cuerpo del infortunado científico. Si levantaba el cadáver, si lo solidificaba en la corriente, si lo ponía después en el pedestal, habría realizado al fin aquel anhelo sobre el que

amargamente había discutido conmigo: un hombre real, convertido en estatua, para escarnio del resto de los hombres.

»Este genio demente se había prometido disfrutar en su fuero interno de los aspectos más jocosos del caso y de su pretendida superioridad sobre el resto de los habitantes de esta villa. Ya se veía al pie de la estatua, oyendo los comentarios sobre su creación de artista lunático. Ya veía los grupos riéndose y señalando lo que para ellos jamás podría ser la representación de un hombre. Ya se veía riéndose de vosotros. Ni siquiera tuvo que ocultar el cadáver. Mandó que se lo bajaran del estudio, incluso con pompa y ceremonia,

escoltado por los admiradores del científico. Pero Boyg era más que un hombre que acababa de hacer un descubrimiento primordial. Y este monumento terrible al pecado contiene a la vez una rara y extraña virtud. Bien haréis, pues, admirándolo como un verdadero hito de la ciencia. Esta es la estatua de Boyg más verdadera; esta fría quimera de la roca no es únicamente el engendro de una horrible transformación química; es, sin más, el resultado de un noble experimento, que da fe para siempre del honor y la probidad de la ciencia.

Podéis alabarlo como hombre de ciencia; porque Boyg, en efecto, obró

como un hombre de bien. Podéis erigirle monumentos como héroe de la ciencia, porque fue héroe más por equivocado que hallándose en lo cierto. Y aun cuando las estrellas no vieron jamás brotar de los suelos ni la sustancia de nuestra estrella natal una monstruosidad cual lo es un hombre de carne y hueso convertido en piedra no deja impasibles a los cielos, que lo contemplarán siempre en su sola condición de hombre. Y nosotros, pertenecientes a todas las escuelas y a todas las filosofías, podremos pasar en lo sucesivo ante esta estatua como un cortejo fúnebre ante una tumba ilustre. Y saludarlo como soldados, rindiéndole así honores.

VI

LA CASA DEL PAVO REAL

Ocurrió hace algunos años, en una calle desierta y soleada de los suburbios, entre villas y jardines; por allí caminaba un muchacho que vestía de manera estrafalaria, de tan pueblerina, y se tocaba con un sombrero prehistórico, recién llegado a Londres desde un remoto pueblo adormilado del oeste del país. Nada en él era digno de destacarse, salvo lo que le sucedió, algo en verdad extraordinario, aunque quizás

quepa decir, sin embargo, lamentable.

Calle abajo y a la carrera venía un hombre ya de cierta edad, sin resuello, con la cabeza al aire, pero vestido con ropas de gala; este hombre, precipitándose sobre el pueblerino, lo agarró de las solapas de su vieja y anticuada chaqueta y lo invitó a cenar, sin más. Podría decirse, en realidad, que le rogó que cenara con él; mas como el pobre pueblerino nada sabía ni de aquel hombre ni de nadie en muchas leguas a la redonda, aquello le pareció ciertamente singular; así, tomándolo por una costumbre rara, pero costumbre de Londres al fin y al cabo, ciudad peculiar por lo que siempre había oído contar,

ciudad donde, había oído decir también, las calles estaban pavimentadas de oro, aceptó. Acudió con el desconocido a su hospitalaria casa, que se alzaba un poco más abajo. Y nunca volvió a ser visto entre los vivos.

Ninguna de las explicaciones más lógicas en estos casos serviría para resolver siquiera aproximadamente el suceso. Aquellos dos hombres no se conocían de nada. El pueblerino no llevaba consigo documento alguno de importancia, ni una cantidad de dinero que mereciese la pena; su aspecto, por lo demás, a nadie hubiera hecho suponer que fuese rico. Sin embargo, el hombre que lo invitó a cenar ostentaba casi de

manera insultante todos los signos de la prosperidad; las solapas de su chaqué eran de satén; sus gemelos y los botones de la camisa lucían piedras preciosas y el cigarro que fumaba perfumó deliciosamente la calle. No era cosa, pues, de suponerle movido por el afán de robo, ni por la necesidad de timar a un pueblerino. La verdad es que el móvil que le llevó a hacer lo que hizo es realmente extraño. Cualquiera, antes de imaginarlo remotamente, hubiese hecho otras mil conjeturas.

Es posible que nadie hubiese podido averiguar qué ocurrió realmente, de no ser por la excentricidad de otro joven que acertó a pasar por la misma calle

unas dos horas más tarde, atraído por la bondad de aquel sol que todo lo bañaba. Esto no quiere decir que aportase a la investigación las sutilezas propias de un detective, y mucho menos de un detective novelesco, uno de esos que resuelven los casos que se les presentan analizando minuciosamente los más mínimos detalles, los cuales disparan su ya de por sí vertiginosa agilidad mental. Más bien, digamos que resolvía los problemas que se le planteaban, y en los que se inmiscuía, gracias precisamente a un cierto grado de ausencia mental. Cualquier objeto, el que fuese, en el que fijara la vista, quedaba impreso en su mente con la fuerza de un talismán; y

clavando allí sus ojos, en una suerte de visión interna de ese objeto que se le hubiese fijado en la mente, y hasta mirándolo directamente antes de perderlo de vista, conseguía que el objeto de marras le hablara, no ya como un talismán, sino como un oráculo. Podía ser una piedra, una estrella de mar, un canario. Cosas así, en fin, habían atraído su mirada, tanto externa como interna, dándole al fin la respuesta a las muchas preguntas que se hacía.

En este caso el objeto resultó ser menos trivial, menos ordinario; y hubo de transcurrir bastante tiempo hasta que el punto de vista de este hombre joven fuera ordinario, o el debido. El caso es

que iba bajando tranquilamente por la soleada calle, disfrutando de la placentera ensoñación de ver los codesos dibujar líneas doradas sobre el verde y los espinos rojos y blancos destacarse en los rincones en sombra, en aquella hora cercana a la puesta de sol. No obstante, en lo que más se deleitaba fue en la contemplación de los semicírculos verdes que se repetían en los jardines sucesivos como un dibujo de lunas verdes.

No era un hombre para el que la repetición supusiera monotonía; sólo en una ocasión, al mirar la puerta de acceso al jardín de una casa tuvo la sensación, muy agradable, por lo demás, o acaso

fuera una casi sensación pero no por ello menos agradable, de que una nueva nota de color se destacaba sobre el verde. Una cosa de un verde que más parecía azul; un objeto que se movía; o no era un objeto... Algo, en cualquier caso, que se movía ágilmente haciendo girar una diminuta cabeza, o cosa parecida, en lo alto de un largo cuello, o cosa parecida. Era un pavo real. Al fin se percató de ello. El luminoso azul del plumaje del cuello del pavo real le sugirió un fuego azul. Y el fuego azul evocó en él una extraña fantasía sobre los demonios azules. Antes, claro, de que se diese cuenta por completo de que lo que miraba era un pavo real. Pero

pensó en mil cosas antes de caer en la más obvia. La cola, que el pavo real arrastraba como una especie de manto con ojos, llevó sus erráticas fantasías hacia aquellos divinos y sombríos monstruos del Apocalipsis, cuyos ojos se multiplican como sus alas, antes de que pudiera decirse que un pavo real, incluso en el campo de la lógica más utilitarista, era un bicho raro de ver en un ambiente de tan apacible vulgaridad como el que lo rodeaba.

Gabriel Gale, así se llamaba el joven, era un poeta menor y un pintor mayor; en su condición de pintor, y acaso por su amor a los paisajes, más de una vez había sido invitado a las fincas

y jardines de las casas en que moraba la muy acomodada aristocracia, jardines en los que, sin embargo, es común ver pavos reales a los que tratan como si fuesen animales domésticos. La evocación de aquellas casas de los aristócratas despertó en él la imagen de una de ellas, abandonada y lamentablemente comparada por todos con las demás mansiones, una casa que no obstante tenía para Gale la belleza inefable de un paraíso perdido. Por un instante le pareció ver de pie en la hierba una figura aún más espléndida y majestuosa que la de un pavo real, cuyas ropas, de un azul luminoso, irradiaban una viva tristeza que podía simbolizar

perfectamente a un demonio azul. Pero cuando todas sus fantasías intelectuales y sus emotivos recuerdos se desvanecieron, sólo quedó en él una perplejidad, algo bastante más racional. Al fin y al cabo, un pavo real no es algo que se vea en el modesto jardín de una casa modesta de los suburbios, por muy soleada y tranquila que sea la calle en la que se alce... Sería un bicho muy grande en un jardín tan pequeño. Si abriera la cola parecería ir a derribar los arbustos. Era como si al ir a visitar a una vieja solterona se encontrara con que, en vez de un pájaro, tenía en la casa un avestruz.

Tan prácticas y lógicas reflexiones

pasaron por su cabeza antes de llegar a la más utilitarista de todas: desde hacía cinco minutos estaba apoyado en la puerta de acceso al jardín de una casa desconocida, con todo el aire de autoridad e indolencia de un propietario rural apoyado en la puerta de acceso a su granja. Alguien que lo hubiese visto podría haber sospechado de él. Pero ni salió nadie de aquella casa ni pasó nadie por la calle. O sí, pero no porque saliera de la casa, sino porque entró... Al ver al pavo real girar de nuevo su pequeña corona e irse despaciosamente arrastrando la cola ya plegada en dirección a la casa, abrió con calma el poeta la puerta del jardín y avanzó sobre

la hierba siguiendo el rastro del pavo real. El crepúsculo, que comenzaba a oscurecerlo todo maravillosamente, muy lentamente, enriquecía el jardín con macizos de rojo espino, aunque la casa tomaba entonces un aspecto más vulgar. Parecía hallarse aún en construcción, o quizás fuese que se estuviera haciendo en ella un remozamiento, porque apoyada contra la pared había una escalera por la que se podía subir al primer piso. Era evidente, además, que habían cortado unos cuantos arbustos algo más allá, como si se proyectara la construcción de otra casita adyacente. Mientras contemplaba todo eso al pie de la escalera de mano, con aire de

inequívoca perplejidad, su mirada fue adquiriendo una mayor capacidad escrutadora. Había un claro contraste entre la casa, la escalera de obra, el jardín con el pavo real. Era como si tan aristocrática ave y los arbustos hubiesen estado allí antes de que los obreros instalaran el mortero y los vulgares ladrillos.

La inocencia de Gale a veces podía confundirse con la mayor impudicia. Como tantos seres humanos, podía obrar mal a sabiendas de que lo hacía y avergonzarse y arrepentirse de ello poco después. Sin embargo, si no albergaba la intención de hacer algo mal hecho, era imposible que se le ocurriese pensar que

hubiera algo de lo que arrepentirse. Bajo su punto de vista, entrar en una casa ajena sin permiso significaba sospecha de robo inminente. Pero la invitación que le hacía aquella escalera apoyada en la pared de la casa era muy tentadora, ni siquiera podía considerarse una aventura. Comenzó a trepar como si subiese por la escalera principal de un gran hotel. Al llegar a los travesaños medianos se detuvo, frunciendo el ceño. Aceleró y se metió de una vez por todas en la casa, a través de la ventana.

El salón en el que entró, más que en la penumbra, se hallaba en la oscuridad; pasaron unos segundos hasta que la luz exterior, reflejada en un espejo ovalado,

le permitiese darse cuenta de los detalles del interior. Todo estaba polvoriento, todo poseía un aire de fatal abandono; las cortinas de un verde azulado mostraban el dibujo de un pavo real, como si quisieran reproducir decorativamente lo que se veía en el jardín, aunque con un fondo de colores muertos. Cuando miró por segunda vez el espejo vio que el cristal estaba rajado. A pesar de todo aquello, parecía como si el salón hubiera sido dispuesto para celebrar algo, ya que en el centro había una mesa preparada para una cena de gala. Con los platos, copas para los distintos vinos; los platos diferentes y los jarrones azules que adornaban la

mesa y la chimenea mostraban el dibujo de las mismas flores rojas y blancas del jardín. La mesa procuraba la impresión, en cualquier caso, de albergar algo extraño, quizás sólo un aire... Lo primero que se le pasó a Gale por la cabeza fue que se había producido allí una pelea, durante la cual un salero voló por el aire para estrellarse contra el cristal del espejo. Luego se fijó en los cuchillos y un resplandor de comprensión comenzó a iluminarle los ojos un tanto desorbitados cuando se abrió la puerta y entró un hombre grueso con los cabellos grises.

La aparición de aquel hombre le devolvió el sentido de la realidad, como

si lo recobrará un hombre caído por la borda de un barco al sentir la frialdad de las aguas. Recordó de golpe dónde estaba y cómo había llegado a aquel salón. Era propio de Gale que, al percatarse de algo esencial, aunque habitualmente tarde, viese el momento con gran lucidez y se dispusiera a proceder de la manera más lógica, sabedor de cuáles podrían ser las consecuencias de no hacerlo. Era difícil justificar su presencia. Hubiera necesitado de una conferencia, con una larga introducción poética o filosófica, para explicar por qué había subido por la escalera de obra, y por qué había entrado antes en el jardín de la casa.

Hasta reparó en un detalle tan sospechoso como que tenía un cuchillo en la mano, de plata, como todos los demás... Así, tras unos instantes de vacilación, dejó lentamente el cuchillo sobre la mesa y se quitó el sombrero.

—Bueno —dijo con una ironía acaso poco oportuna—; si yo fuera usted, no gritaría... Aunque supongo que lo hará usted, y llamará además a la policía...

Aquel hombre, el dueño de la casa, según parecía, se mostró profundamente anonadado. Sobresaltado, abrió la boca como si fuese a gritar, pero la cerró de nuevo, como si en realidad no quisiera decir palabra. Era un hombre de gesto

adusto, aunque no del todo vulgar, incluso resultaba bien parecido; tenía, sin embargo, unos ojos saltones que parecían en perpetua protesta ante todo lo que veían. Por alguna razón difícil de explicar, sin embargo, no era en los acusadores ojos de aquel hombre en lo que se fijaba ahora el poeta temeroso de ser tomado por un ladrón.

Aquella extravagancia por la que su mirada solía detenerse en lo más trivial le llevaba ahora a contemplar el botón de la pechera del caballero, que no era sino un ópalo de tamaño más grande de lo habitual en estos casos.

—¿Es usted un ladrón? —preguntó por fin a Gale el dueño de la casa.

—Para poner las cosas en claro — respondió el poeta—, debo decir que no lo soy... Pero si me pregunta usted qué soy, le diré que no lo sé.

El hombre dio rápidamente la vuelta a la mesa, dirigiéndose a él primero con intención de tenderle una mano, y luego las dos.

—No, no... Estoy seguro de que es usted un ladrón, pero no me importa — dijo—. ¿Quiere cenar conmigo? —y añadió tras una pausa, en la que respiraba con ansiedad—: Vamos, acepte mi invitación; vea que tiene un cubierto dispuesto.

Gale echó un vistazo a la mesa, también algo polvorienta, y contó el

número de cubiertos preparados. Eso confirmó sus sospechas de que aquel hombre era un excéntrico. Eso le hizo saber por qué llevaba un ópalo en la pechera, por qué estaba roto el espejo, por qué había sal derramada en la mesa y en el suelo, por qué los cuchillos de plata estaban dispuestos en cruz sobre la mesa, por qué había espino rojo en el jardín y en las macetas del alféizar de la ventana por la que había entrado al salón comedor, por qué el pavo real lo presidía todo como elemento decorativo, por qué tenía un pavo real vivo en el jardín... Supo Gale, igualmente, que la escalera de obra no estaba apoyada en la pared de la casa

para que cualquiera se subiese a la ventana, sino para que tuviera que pasar forzosamente bajo ella quien se dirigiera a la puerta de la casa. Y supo Gale, de paso, que era el invitado número trece que se sentaría a la mesa.

—Nos servirán en seguida —le dijo el hombre del ópalo en la pechera con gran afectuosidad—. Aguarde un momento, que voy a buscar al resto de mis invitados, seguro que le parecen la mejor compañía posible, ya lo verá... No son gente que guste de las tonterías, de lo trivial; son gente aguda, que no cree en la superstición. Mi nombre, por cierto, es Crundle, Humphrey Crundle, y soy muy conocido, y espero que

estimado, en el mundo de los negocios. Comprenda que tenía que presentarme ante usted, antes de presentarle a los demás...

Gale tuvo la vaga sensación de haber fijado más de una vez su mirada por lo general distraída en este hombre, al que asociaba, de manera no menos vaga, a una marca de jabones, a unos comprimidos no sabía para qué y a una pluma estilográfica. No obstante tratarse Gale de un hombre poco ducho en tales productos, comprendió al poco que el hombre que anunciaba todo eso, aunque residiera en aquella modesta villa, podía permitirse el lujo de tener un pavo real en el jardín, y a saber si alguno más

picoteando por ahí, y servir cinco clases de vino en la cena. Pero había más cosas bulléndole en la cabeza; se asomó al balcón con aire sombrío, o quizás sólo meditabundo, mientras el sol parecía morir sobre el césped.

Cuando llegaron los miembros del Club de los Trece, subiendo en tropel la escalera, parecieron realmente dispuestos a dar cuenta de una buena cena. Parecían muy animados en general; algunos, incluso, resultaban groseros de tan animados; los pocos jóvenes que allí se contaban, probablemente funcionarios, o probablemente empleados de oficina, se mostraban un tanto nerviosos, si no alterados, como si

se dispusieran a hacer algo realmente osado. De entre los miembros del Club destacaban dos, por su porte excepcionalmente distinguido; uno era un anciano enjuto, cuyo rostro constituía un laberinto de arrugas en lo alto de las cuales llevaba una peluca de color castaño. Fue presentado a Gale como sir Daniel Creed, que en tiempos, por lo que parece, fue un abogado de gran notoriedad. El otro, que le fue presentado simplemente como Mr. Noel, parecía aún más interesante; era alto, fuerte, de una edad difícil de calcular, de rostro inteligente y de ojos no menos valiosos. Tenía unas facciones hermosas, aunque su corpulencia las

distorsionaba; los hoyos de sus sienas y las órbitas de sus ojos hundidos le daban un aspecto fatigado, como de hallarse sumido en constantes reflexiones mentalmente agotadoras, lo que contrastaba con su fortaleza física. La intuición de Gale, tan sutil, le dijo que la apariencia de aquel hombre no era engañosa; que el tal Mr. Noel había asistido a muchas cenas como aquélla, y acaso a cenas más extrañas que aquélla, en las que probablemente buscase algo aún más extraño. Algo que aún no había encontrado.

Sin embargo, debido a la locuacidad del anfitrión hubo de pasar mucho rato hasta que los invitados comenzaran a dar

muestras de lo que de verdad eran. Mr. Crundle, como presidente del Club de los Trece, debió de considerar su deber pronunciar trece docenas de palabras; así, habló por todos durante un buen rato, agitándose en su silla presidencial de la mesa, muy satisfecho, como quien acaba de alcanzar al fin la más extravagante intuición de la felicidad. En la alegría verbosa de aquel comerciante de cabellos grises había algo casi anormal; en realidad parecía alimentado por una fuerza interior que nada tenía que ver con la celebración de la cena que presidía. Algunas observaciones, con las que fustigó a varios de sus invitados, fueron de lo más

inconveniente, aunque él mismo las celebraba a carcajadas. Gale no dejaba de preguntarse qué haría aquel hombre cuando vaciase las cinco copas de vinos diferentes que tenía ante sí... Tuvo Gale la suerte de que se mostrara en más de un aspecto, extraños todos, antes de vaciar las copas.

El anciano Creed no osó tomar la palabra hasta que oyó afirmar al anfitrión que todas esas cosas que dice la gente, todo eso de la mala suerte, no es más que una tontería; una imbecilidad. Creed, con su voz aguda y temblorosa, le dio así réplica:

—Mi querido Crundle, en esto me parece que hay que ser más preciso —

dijo como correspondía a un abogado—. Es cierto que algunas supersticiones son tonterías, pero no lo es menos que no todas son del mismo género tonto. A la luz de lo que demuestra la investigación histórica, me veo obligado a disentir de una forma, permítamelo, en cierto modo singular. El origen de algunas supersticiones es obvio, y el de otras resulta en verdad intrincado... La superstición del viernes y trece tiene probablemente un argumento de raíz religiosa, ¿pero cuál puede ser el origen de esa superstición según la cual se cree que las plumas de pavo real traen mala suerte?

Crundle se rió de nuevo a carcajadas

y dijo que seguro que se trataba de una tontería cualquiera; Gale, que había tomado asiento al lado de Mr. Noel, intervino entonces en tono divertido.

—Creo poder aportar algo —dijo—. Me parece haber encontrado rastro de ello en los viejos manuscritos iluminados de los siglos IX y X; hay una ilustración muy interesante, una ilustración propia de la rigidez bizantina, pero suficientemente expresiva; en ella se representa a los dos ejércitos celestiales dispuestos a combatir para hacerse con el cielo... Pero así como san Miguel entrega lanzas a los ángeles fieles, Satán arma a los ángeles rebeldes con plumas de pavo

real.

Noel volvió sus ojos hundidos hacia quien así había hablado.

—Eso que dice es muy interesante, amigo mío —señaló—. ¿Cree usted que se esconde en ello una alegoría de la antigua creencia teológica acerca de la perversidad del orgullo?

—En el jardín —terció Crundle entre carcajadas— tienen ustedes un pavo real entero... Desplúmenlo, si gustan... Y luego vayan a luchar contra los ángeles...

—No serían armas muy eficaces —dijo Gale muy serio ahora—. Supongo que eso precisamente, que las plumas de pavo real no son un arma eficaz, fue lo

que quisieron explicar aquellos artistas... A mí, sin embargo, me parece que la alegoría esconde otra intención; el bando legitimista se arma para una batalla real y aún no consumada, mientras el bando rebelde no hace sino exhibir sus particulares y muy llamativas palmas de la victoria, trocadas en plumas de pavo real... Y es imposible vencer a alguien con una palma de la victoria.

Crundle daba muestras de inquietud y a la vez de curiosidad ante lo que decía Gale; su alegría fue entonces menos explosiva; sus ojos penetrantes parecían pedir una respuesta al resto de sus invitados; cerraba y abría la boca,

tamborileaba con los dedos en la mesa. Y estalló nada más concluir Gale su exposición.

—¿Qué quiere decir todo eso? Veo en ustedes, amigos míos, unas caras muy largas —dijo—. ¿Es que alguien se va a creer toda esa sarta de tonterías?

—Perdóneme usted —dijo el viejo abogado, deseoso de insistir en la lógica de la historia—; yo he hablado de causas, no de justificaciones; he dicho que la causa de la leyenda que habla acerca de la mala suerte que traen las plumas de pavo real es más oscura que la de la leyenda del viernes trece.

—¿Cree usted que el viernes es un día aciago? —preguntó Crundle como si

estuviese acorralado, dirigiéndose a Gale.

—No, a mí me parece un día muy propicio —respondió el poeta—. Todos los cristianos, y no importa cuáles sean sus supersticiones, creen que el viernes es un día feliz... De lo contrario no se hubiera ensalzado el Viernes Santo.

—¡Ah, los cristianos! —exclamó Mr. Crundle acalorado, pero fue interrumpido por la voz de Noel, que también pareció molesto.

—Yo no soy cristiano —dijo Noel con una voz de pedernal—. Sería inútil discutir ahora sobre si me gustaría o no serio, pero creo que lo que dice Mr. Gale es perfectamente lógico; una

religión como la cristiana tiene que contradecir forzosamente una superstición como la que aquí se ha expuesto; creo además que la verdad puede hallarse aún más lejos; si yo creyese en Dios, no lo haría en un dios que hace que la felicidad dependa de un salero o de una pluma de pavo real. Eso me lleva a suponer que el Dios de los cristianos no estaba precisamente loco.

Gale asentía con la cabeza, pensativo, y tomó la palabra como si sólo hablara a Noel en medio del desierto:

—Bajo ese punto de vista —dijo—, tiene usted toda la razón. Pero creo que hay algo más que decir sobre eso...

Como ya lo he expresado, creo que la mayoría de la gente se toma estas supersticiones a la ligera, quizás más a la ligera incluso que usted mismo, que no es creyente... Y me parece que en nuestro mundo de fortuitas circunstancias en el que piensan las gentes, un mundo en realidad más próximo a los duendes que a los ángeles, hablan de unos demonios... digamos de poco fuste... Después de todo, sin embargo, los cristianos admiten que hay más de un tipo de ángeles, y admiten así la existencia de los ángeles caídos, en los que creen como otros creen, y también muchos de ellos, en el poder de las plumas de pavo real. Pero de la

misma manera que los espíritus menores gastan bromas moviendo mesitas y haciendo sonar tambores, también pueden hacerlo lanzando saleros y blandiendo cuchillos. Es una verdad incontestable que nuestras almas no dependen de un espejo roto, aunque nada le gustaría tanto a un espíritu inferior como hacernos creer eso; que lo consiga o no dependerá del estado de espíritu con que lo rompamos; me es muy fácil imaginar que romper un espejo en un cierto estado de espíritu moral, como, por ejemplo, un estado de espíritu de desprecio e inhumanidad, puede poner a un hombre en contacto con influencias inferiores. Puedo imaginar sin esfuerzo

que sobre la casa donde se haya realizado este acto se cierne una nube y que los espíritus del mal se agrupan en ella.

Se hizo un extraño silencio; tuvo Gale la sensación de que aquel silencio se expandía por el jardín y hasta por las calles próximas. Nadie tomaba la palabra; sólo un grito estridente del pavo real lo rompió al cabo de un rato.

Fue entonces cuando Humphrey Crundle pareció querer asombrar a sus invitados. Hasta entonces había permanecido quieto, mirando a Gale con los ojos cada vez más saltones; pero cuando pareció recobrar la voz habló de manera tan cortante y acerada, que su

tono fue apenas un poco más humano que el del grito del pavo real... Vacilaba, tartamudeaba, se atropellaba, rabiaba; sólo el final de su discurso fue inteligible.

—... venir aquí a decir asquerosas tonterías, vacuidades... Y beberse mi borgoña como un marqués... Y hablar así contra... contra lo primero que... ¿Por qué no nos pellizcan también la nariz, eh? ¿Por qué diablos no nos pellizcan también la nariz?

—¡Bah, bah! —intervino Noel conciliador pero tajante—. Sea usted razonable, Crundle; hasta donde sé, este caballero está aquí porque lo ha invitado usted mismo, para que sustituya

a otro de nuestros amigos.

—En efecto —dijo el viejo abogado tratando de precisar, como siempre—, Arthur Bailey envió un telegrama diciendo que no podía venir. Mr. Gale, pues, ha ocupado su sitio.

—Sí —dijo secamente Crundle—, le pedí que tomase asiento ahí para que ocupara la silla número trece... Pero considerando cómo llegó hasta aquí, creo que en realidad sólo le interesa beber buen vino y cenar hasta hartarse.

Noel intervino de nuevo para pedir tranquilidad al anfitrión, pero Gale ya se había puesto en pie. No parecía contrariado, sino distraído; se dirigió a Noel y a Creed, como si no reparase en

su muy enojado anfitrión.

—Les agradezco mucho, caballeros, su amabilidad conmigo —dijo—, pero me parece que debo irme... Es cierto que he sido invitado a cenar, pero no a visitar esta casa... En fin, no puedo evitar llevarme una extraña sensación de todo esto...

Jugueteó por un momento con los cuchillos cruzados sobre la mesa, y mirando al jardín añadió:

—Debo confesar que no tengo tanta seguridad de que quien debía figurar aquí como el invitado número trece haya tenido tanta suerte como yo, señores... En cualquier caso...

—¿Qué quiere decir usted? —

preguntó con inusitada violencia el dueño de la casa—. ¿Acaso sería capaz de ir diciendo por ahí que no le he dado de cenar bien? ¡Si será capaz de decir que lo he envenenado!

Gale seguía mirando a través de la ventana, y sin mover ni siquiera los músculos de la cara, dijo:

—Yo en realidad soy el invitado que hace el número catorce... Y no he pasado bajo la escalera...

Era propio del viejo Creed seguir un argumento lógico sólo de manera literal, por lo que se le escapó completamente el simbolismo y la metáfora espiritual que se contenían en las palabras de Gale. El más sutil Noel, sin embargo, le

comprendió perfectamente; por primera vez, el viejo abogado con peluca parecía en verdad un hombre senil. Guiñó el ojo a Gale y le dijo con ánimo divertido:

—¿De veras observa usted lo de la escalera y otras tonterías semejantes?

—No sé —respondió Gale— si me tomaría la molestia, en algún momento, de observar esas cosas, pero sí sé que no me tomaría la molestia de infringir las leyes que establecen esas tonterías... Cuando uno infringe algo así, la verdad es que está infringiendo otras cosas... Hay cosas que se rompen tan fácilmente como un espejo —hizo una pausa, ante las atentas miradas de todos, y siguió

como si se excusara—: Ahí están los Diez Mandamientos, ya sabe...

De nuevo se hizo un silencio, si cabe más impresionante que el anterior, durante el cual observó Noel, sorprendido, que escuchaba con cierta tensión, con una irracional rigidez, la fea voz de la hermosa ave del jardín. Pero calló su aprensión. Albergaba la subconsciente e inexplicable sensación de que el pavo real acababa de ser estrangulado en la oscuridad.

Entonces volvió el poeta, por vez primera, sus ojos hacia Humphrey Crundle.

—Los pavos reales —dijo Gale— pueden no traer la mala suerte, pero

simbolizan el orgullo, el pavoneo. Y así fue, con orgullo, arrogancia y desprecio, como comenzó usted a pisotear las tradiciones o locuras, tanto da, de gentes humildes; y así ha llegado usted a pisotear finalmente algo aún más sagrado... Los espejos rotos pueden no traer la mala suerte, pero los cerebros rotos sí; y se ha vuelto usted loco a fuerza de pretenderse razonable, a fuerza de querer presentarse ante los demás como un hombre con un gran sentido común. Pero no es más que un criminal; probablemente, el criminal más lunático de cuantos podríamos encontrarnos en nuestros días... El color rojo puede no traer la mala suerte, pero hay algo más

rojo y señalador de una mayor mala suerte, y hay manchas de ello en el alféizar de la ventana y en los travesaños de la escalera de obra... Yo mismo creí en un principio que eran pétalos rojos.

Por primera vez el anfitrión estaba absolutamente inmóvil. Algo en su pétrea inmovilidad pareció animar al resto de los allí reunidos, pues se pusieron en pie al unísono en medio de un confuso rumor de protestas y de una gran perplejidad que se mascaba en el ambiente. Únicamente Mr. Noel parecía conservar la cabeza sobre los hombros.

—Mr. Gale —dijo con voz firme—, ha dicho usted algo, pero no sé si se ha

excedido o si se ha quedado corto... Para algunos habrá estado usted diciendo una sarta de tonterías, pero tengo la ligera impresión de que lo que suele usted afirmar no siempre carece de tanto sentido como pudiera parecer... No obstante, que deje usted las cosas en este punto, en fin... creo que sería imperdonable, una auténtica calumnia. Por decirlo con mayor claridad, creo haber entendido que, según usted, aquí se ha cometido un crimen... ¿A quién acusa? ¿O quizás sugiere que somos todos culpables? ¿O acaso debemos acusarnos los unos a los otros sin más?

—No lo acuso a usted, por supuesto —dijo Gale—; por el contrario, lo

invito a que investigue y decida si tengo o no razón. Sir Daniel Creed es abogado y puede prestarle ayuda... Vaya usted y vea atentamente esas manchas a las que he aludido en los travesaños de la escalera... Encontrará también un rastro semejante en la hierba, que conduce hasta el recipiente para la basura que hay al fondo del jardín... Le sugiero, por lo demás, que abra usted dicho recipiente, un cajón suficientemente grande... Creo que ahí concluirá su investigación.

El viejo Crundle continuaba sentado, sin moverse; parecía un monumento funerario. Los demás invitados tuvieron la impresión de que sus ojos saltones se

le habían vuelto para mirar a su interior; era como si estuviese concentrado en la resolución de un enigma que además de cegar lo aturdió, como si aquella extravagante escena que se desarrollaba en el salón comedor de su casa no contara para él... Creed y Noel salieron de allí y se oyeron perfectamente sus pasos en dirección hacia la planta baja; luego oyeron todos sus voces, ya en el jardín; unas voces que se alejaron en dirección al cajón de la basura, mientras arriba el anfitrión seguía inmóvil y en silencio, con el aspecto de un ídolo oriental de piedra con un ópalo clavado en el pecho. Pero de pronto pareció ensancharse y brillar como si una

lámpara gigantesca acabara de encenderse en su interior. Se puso de pie, alzó su copa como para iniciar un brindis, pero la bajó con tal fuerza que se rompió; el vino, al derramarse, dibujó sobre el mantel una roja estrella que parecía de sangre.

—¡Ya lo tengo, estaba en lo cierto! —exclamó con algo parecido a la exultación—. ¿Acaso no lo ven? Aquel hombre no era el número trece, sino el catorce; y este nuevo amigo hace el quince. Arthur Bailey es el auténtico número trece, aunque no se halle entre nosotros... ¿Pero qué importa? ¿Por qué ha de importarnos? Es el socio número trece de nuestro club y con eso basta; no

puede haber otro número trece, ¿verdad? Lo demás me trae sin cuidado; ni me importa lo que piensen ustedes de mí ni lo que hagan... Y repito que todas estas tonterías poéticas que ha dicho este nuevo invitado no tienen el menor valor ni suponen cosa digna de ser tenida en cuenta. El hombre que hay en la basura no es el número trece, y reto a cualquiera a...

Acababan de hacerse presentes de nuevo en el salón Noel y Creed. Tenían una expresión grave. El dueño de la casa continuaba expresándose con su aterradora y silente volubilidad de lunático. Cuando en una de éstas se atragantó, abriendo la boca como para

dar mejor cabida al torrente de sus propias palabras, aprovechó Noel para decir con una voz que sonó, no ya metálica, sino como el acero:

—Siento tener que decir que estaba usted en lo cierto, Mr. Gale.

—Ha sido lo más horrible que he visto en toda mi vida —dijo el anciano Creed, desplomándose sobre una silla y llenando de brandy una copa con mano temblorosa.

—El cuerpo de un pobre infeliz, con la garganta seccionada... Está ahí, en el cajón de la basura—siguió diciendo Noel con una voz apagada, como sin vida—. Por sus ropas, bastante anticuadas para un hombre joven,

aventuro que es natural de Store-under-Ham, en Somerset.

—¿Cómo es? —preguntó Gale con mucho interés.

—Un hombre alto y delgado —respondió Noel mirándole con curiosidad—. ¿Por qué lo pregunta?

—He supuesto que se parecería un poco a mí —dijo el poeta.

Crundle se había vuelto a aplastar en su asiento, tras aquella extraña explosión de poco antes. No hizo tentativa alguna de huir, ni de explicarse. Continuaba moviendo los labios como si hablase consigo mismo, como si quisiera exponer a su propia comprensión de la forma más lúcida que

aquel hombre al que había asesinado no era de ninguna manera el número trece, porque simplemente no tenía derecho a serlo. Sir Daniel Creed, por otra parte, estaba aturdido e impresionado, pero fue el primero en romper el silencio expectante que se había producido en el salón. Levantó su abovedada y ridícula cabeza culminada en peluca y dijo:

—Esa sangre derramada clama justicia. Soy viejo, pero la vengaría incluso en la persona de mi hermano, si hubiera lugar.

—Voy a telefonar a la policía — dijo Noel pausadamente—. No veo el menor motivo para no hacerlo.

Su corpulencia y sus facciones

parecieron entonces menos pesadas y en sus ojos hundidos había un resplandor de rabia. Un hombre muy vivaracho, apellidado Bull, un tipo con pintas de viajante de comercio, pasó a ocupar la escena como si fuese el presidente de un jurado; era típico en él; era uno de esos hombres que siempre aguardan a que otros tomen la iniciativa para pasar de inmediato a la acción y erigirse en el ponente principal.

—No hay ningún motivo de vacilación, no caben aquí los sentimentalismos —anunció con una voz que parecía el barrito de un elefante—. Se trata de un suceso muy doloroso, por supuesto; un socio de nuestro club, todo

eso... Pero no caben los sentimentalismos, repito. Un hombre capaz de asesinar tan fríamente merece la horca. Todos sabemos quién ha sido, no nos caben ya dudas; se lo hemos oído confesar hace un momento...

—Siempre pensé que era un mal hombre —dijo uno de los funcionarios, con aire de tener alguna cuenta pendiente que saldar con el anfitrión.

—Sí, creo que debemos proceder con la mayor celeridad —dijo Noel tratando de insuflarse ánimo—. ¿Dónde está el teléfono?

Gabriel Gale se acercó al aplastado Crundle y se volvió para enfrentarse al grupo, que avanzaba hacia él.

—¡Deténganse! —les gritó con energía—. Permítanme que tome la palabra.

—¿Qué ocurre? —preguntó Noel.

—No me gustaría que me tomaran ustedes por jactancioso —comenzó a decir Gale—, pero, por desgracia, la discusión no puede sino hacer que lo parezca, me temo... Soy un sentimental, como diría Mr. Bull; soy por naturaleza un sentimental, caballeros, un simple y menesteroso escritor de cánticos sentimentales. Ustedes, por el contrario, son gente sensata, racional, fuerte, más o menos bien situada, que se ríe de las supersticiones; son, en suma, un grupo de caballeros con un sentido práctico de

la vida y con un gran sentido común, por ello... Pero acepten que no ha sido precisamente su sentido común lo que ha descubierto el crimen cometido. Sin mí, se hubieran limitado ustedes a cenar y a fumarse tranquilamente un cigarro al tiempo que saboreaban una copa de grog. Después se hubieran ido a sus casas tan tranquilos, sin echar un vistazo siquiera desde lejos al cajón de la basura. Han sido ustedes, además, incapaces de suponer a lo que puede llegar un hombre que se desliza por la senda del más acerbo racionalismo, del más descarnado escepticismo. Bien, pues aquí tienen a un pobre desgraciado que así se ha conducido; ahí tienen a

este idiota, ahí, inmóvil en su silla; yo, un sentimental, uno de los que se pasan la vida en la luna, lo he descubierto... Y seguramente lo he hecho porque soy sólo un sentimental. Y acaso también porque, aun siendo un sentimental, quizás algún rayo de la luna me haya tocado, incluso uno de esos mismos rayos de la luna que han herido para su mal a este hombre. Por eso pude intuir cuáles eran sus pasos descarriados; y ahora, en mi condición de sentimental relativamente feliz, permítaseme que diga un par de cosas en defensa de este pobre hombre.

—¿Llama usted pobre hombre a quien no es más que un asesino? — preguntó Creed con la voz quebrada por

la irritación.

—Sí... Yo he descubierto su crimen, yo lo he acusado como el asesino que es, y por eso me arrogo también el derecho a defenderlo.

—¿Es capaz de defender a un criminal? —preguntó Bull con no menos irritación en su voz.

—Algunos criminales —comenzó a decir Gale con mucha calma—, sólo algunos, son dignos de compasión y defensa... Nuestro amigo es un tipo único de asesino. La verdad es que no estoy muy seguro de que sea un asesino... Quizás todo fue un accidente. Quizás se debió todo a una acción mecánica en la que este pobre hombre

actuó como un autómata...

Creed, que pareció recobrar los bríos de cuando ejerció como abogado, quizás excitado por el caso que tenía ante sí, recuperó el mejor y más profesional tono de voz, la pausa precisa para llevar a cabo un interrogatorio, y hasta los ojos se le iluminaron, como ido su cansancio, o como ida su senilidad.

—¿Pretende usted —comenzó a decir a Gale— que Crundle recibió un telegrama de Bailey, se dio cuenta por ello de que habría un cubierto libre en la mesa, salió a la calle, invitó a cenar al primer pobre diablo con que se encontró, lo trajo aquí, tomó una navaja

o cualquier otro elemento punzante, lo degolló, bajó el cadáver aún caliente por la escalera de obra y lo tiró a la basura, y pretende usted, además, que todo eso lo hizo de manera accidental, sin premeditación, produciéndose de forma tan automática como irreflexiva?

—Muy bien dicho, sir Daniel — aplaudió Gale al viejo abogado—, pero permita que le formule una pregunta igualmente lógica... En su jerga legal, ¿cuál es el móvil del crimen? Dice usted que no se puede asesinar a un desconocido por accidente, pero, ¿por qué asesinaría Crundle a un desconocido sin motivo? ¿Cuál sería el móvil? Matar a ese hombre no sólo no le sería útil

para ninguno de sus negocios o proyectos futuros, sino que podría destruir su hasta ahora exitosa carrera. ¿Por qué cree usted que hizo de la ausencia del miembro número trece del club un monumento al crimen más chapucero? El crimen, por lo demás, siempre ha sido un supuesto contrario al credo, o a la duda demente, o a la negación, como queramos llamarlo, de que siempre ha hecho gala Crundle.

—Sí, eso es cierto —intervino Noel—. ¿Pero qué significa todo este debate?

—Creo que sólo yo puedo darle una respuesta precisa —dijo Gale—. ¿No se han dado ustedes cuenta de lo muy llena de extravagancias que está la vida

misma? Con tantas actitudes extravagantes como podemos observar a diario hasta pueden tomarse fotografías asaz diferentes las unas de las otras... Las nuevas y muy feas escuelas dedicadas al arte moderno nos lo demuestran constantemente; vemos por doquier figuras rígidas y contrahechas que se sostienen sobre un solo pie y que apoyan sus manos sobre los más incongruentes objetos... A eso lo llaman pintura y escultura modernas... En realidad no es más que la exposición de las extrañas posiciones. Bueno, puedo comprenderlo porque yo mismo, esta tarde, me he encontrado en una extraña posición.

»Acababa de subir a esa ventana por mera curiosidad, y estaba de pie al lado de esta mesa tratando de colocar unos cuchillos en su posición normal, habitual, convencional... Aún llevaba puesto mi sombrero, pero en cuanto entró Crundle hice un gesto para destocarme, con el cuchillo en la mano; rápidamente, sin embargo, enmendé mi gesto y dejé primero el cuchillo sobre la mesa, para quitarme el sombrero después y presentar mis respetos al hombre que me había sorprendido en su casa... Bueno, supongo que todos ustedes habrán tenido alguna experiencia inconveniente con sus gestos instintivos. Crundle, al verme de súbito,

inesperadamente, y antes de acercarse a mí, se estremeció como si fuera yo el mismísimo Dios Todopoderoso, o como si fuera el verdugo que venía ya a buscarlo a su propia casa para ejecutar cuanto antes la sentencia por su crimen. Creo saber por qué se estremeció de espanto como lo hizo. También yo soy alto y delgado, también yo tengo unos cabellos que a veces parecen de estropajo; y me hallaba contra la luz de la ventana, en la misma situación en la que había estado antes la víctima. Creo que Crundle tuvo la impresión de que el cadáver de su víctima acababa de salir del cajón de la basura y trepado por la escalera. Mi gesto de irresolución con el

cuchillo a medio levantar en dirección a mi sombrero fue lo que me hizo atisbar qué había pasado realmente.

«Cuando ese pobre diablo de Somerset entró en este salón comedor, a buen seguro se sorprendió como ninguno de nosotros lo haría. Venía de un lugar apartado; era uno de esos hombres del campo que creen en los presagios. Acababa de coger uno de los cuchillos para ponerlo recto, cuando su mirada vio además que había sal derramada sobre el mantel. Quizás pensó que él mismo la había derramado al tratar de poner el cuchillo en su posición habitual. Pero en ese preciso instante, crucial para el pobre diablo pueblerino,

Crundle entró en el salón, haciendo con ello que aumentara la confusión, si no la turbación, de su invitado, y obligando con ello a que éste acelerase su gesto de hacer a la vez las dos cosas que su superstición le pedía. El pobre hombre, con el mango del cuchillo aún en la mano, tomó un poco de sal y trató de echarla hacia atrás, por encima de su hombro. Pero el fanático victimario, veloz como un rayo, saltó como una pantera sobre el pueblerino y le agarró la muñeca que tenía en alto.

»Fue un momento en el que todo el universo que sostiene a Crundle se tambaleó... Ustedes hablan de superstición, sin tener en cuenta que toda

esta casa está llena de sortilegios. ¿No saben ustedes de los hechizos mágicos, de los rituales que hay aquí, sólo que dispuestos en sentido contrario al que de común se les otorga, igual que las brujas dicen al revés la Oración del Señor? ¿Son ustedes capaces de imaginar la reacción de una bruja si dos palabras de esa oración les salieran causalmente por orden? Crundle se dio cuenta de que el pueblerino contravenía con su acción todos los sortilegios de magia negra en los que creía. Si el pobre infeliz conseguía arrojar la sal por encima de su hombro, su obra podría quedar invalidada, contrarrestada... Con toda su fuerza, la que pidió a los infiernos,

agarró aquella mano que sostenía el cuchillo, sin otra intención, en verdad, que la de impedir que ese incauto pueblerino echara la sal por encima de su hombro.

»Sólo Dios sabe si fue un accidente, y no lo digo por decir; sólo soy un hombre, como Crundle, y jamás llevaré a un hombre al patíbulo, si puedo evitarlo, por un acto que quizás haya sido automático, por un acto accidental que incluso, habida cuenta de las creencias de Crundle, podría tomarse por un acto de defensa propia. Fue una lucha entre dos formas de superstición, que acabó trágicamente, como consecuencia de algún movimiento

brusco inducido por la obsesión, por la necesidad de Crundle de evitar que triunfase sobre la suya la superstición del pueblerino de Somerset.

Crundle, aplastado en su silla, ya no concitaba la atención de nadie, paradójicamente; era como un elemento más del mobiliario del salón. Noel, sin embargo, se dio cuenta de ello, se volvió hacia él tras meditar profundamente en lo expuesto por Gale, y fría y pacientemente, como si se dirigiese a un niño díscolo, le preguntó:

—¿Todo eso es cierto?

Crundle logró ponerse de pie de un salto, con los labios temblorosos, con boqueras de saliva en las comisuras.

—Lo que me gustaría saber... — comenzó a decir con la voz fuerte, pero las palabras se le secaron en la garganta de inmediato, y tras tambalearse cayó de bruces sobre la mesa, entre los trozos de cristal de la copa rota y el vino antes derramado.

—Quizás más que a la policía debemos llamar ahora a un médico — dijo Noel.

—Para lo que se puede hacer ya por él, mejor que vengan dos médicos — dijo Gale dirigiéndose a la ventana por la que había entrado.

Noel fue con Gale hasta la puerta del jardín, pasando ambos junto al pavo

real. El césped, bajo el brillo de la luna, parecía tan azul como el propio pavo. Una vez estuvo el poeta del otro lado de la puerta, se dirigió a quien lo había acompañado:

—Es usted Norman Noel, el gran viajero, supongo... Si es así, me interesa usted mucho más que ese monomaniaco, por lo que me gustaría hacerle una pregunta. Perdone si hago alguna suposición inconveniente sobre usted, pero es una mala costumbre que tengo y no puedo evitar... Ha estudiado usted supersticiones por todo el mundo, y ha visto cosas comparadas con las cuales toda esta tontería de la sal derramada y el cuchillo no es más que un juego de

niños y de viejas solteronas... Ha hollado usted sombrías selvas en las cuales el vampiro parece más grande y poderoso que el dragón, y montañas en las que según dicen moran los licántropos; ha estado usted, en fin, allá donde los hombres dicen que en el rostro de la esposa o del amigo pueden ver la expresión de un animal sanguinario, y ha conocido a gente que tiene supersticiones verdaderas, negras, enormes, terribles, por las que se rigen sus días... Quiero hacerle una pregunta acerca de todo eso...

—Por lo visto sabe usted varias cosas sobre la superstición —le interrumpió Noel—, pero contestaré con

mucho gusto las preguntas que me haga.

—¿Esa gente es más feliz que usted?
—preguntó al fin Gale, y tras una pausa prosiguió—: ¿No cantan más canciones, no bailan más danzas y no beben más vino que usted, y con mayor y más sincera alegría? ¿Verdad que sí lo hacen? Es así porque creen en el mal. En los hechizos temibles, en la mala suerte, en el mal de ojo, cosas que representan bajo la más estúpida simbología, no obstante muy eficaz... Pero se trata de supuestos contra los que hay que luchar; esa gente, al menos, ve las cosas en blanco y negro; esa gente ve la vida, en suma, como el campo de batalla que en realidad es... Sin embargo, usted es

desgraciado porque no cree en el mal y le parece una filosofía razonable contemplarlo todo bajo el mismo tono grisáceo... Se lo digo a las claras porque sé que usted, esta noche, ha despertado a la realidad. Ha visto usted al fin algo merecedor de odio y se ha sentido feliz por ello. Un simple asesinato, sin más, un asesinato cometido bajo el influjo de cualquier móvil comprensible, no lo hubiera conmovido a usted, no le hubiera hecho vibrar los nervios... Comprendo sus emociones, amigo mío; ha visto usted algo vergonzoso e infame hasta lo indecible en la muerte de ese pobre pueblerino.

Noel asintió con la cabeza.

—Creo que ha sido la forma de los faldones de su chaqueta, de tan pueblerina, lo que más me ha hecho reflexionar después de ver ese cadáver —dijo.

—Estoy seguro —respondió Gale—. Bien, pues he ahí el camino hacia la realidad... Buenas noches.

Y siguió andando por aquella carretera apartada que bajo la luz de la luna adquiría un tono herboso. Pero no vio Gale más pavos reales. Puede darse por cierto que seguramente no tenía el menor interés por verlos.

VII

LA JOYA PÚRPURA

Gabriel Gale era pintor y poeta; y la última persona a la que se le hubiera ocurrido actuar, ni siquiera en privado y de manera intrascendente, como detective. Pero había resuelto varios casos intrincados, realmente misteriosos, aunque cabría hablar de casos misteriosos y atractivos para un místico, más que para un policía, precisamente por el misterio en que aparecían envueltos. No obstante, en

alguna ocasión se había visto obligado a bajar de las nubes de su misticismo para pisar la atmósfera más asfixiante del crimen. Así, alguna vez tuvo que probar que un aparente suicidio no había sido más que un crimen; otras, que un aparente asesinato había sido un suicidio; y en la mayor parte de las ocasiones hubo de vérselas con supuestos más leves, como falsificaciones o estafas. Por lo general, sin embargo, llegaba a la resolución de dichos casos gracias a una serie de coincidencias difíciles de explicar; algo relacionado más que con la lógica deductiva con su imaginativo interés por los extraños motivos que mueven a los

hombres, y por las a veces aún más extrañas actitudes que demuestran en acciones que les hacen cruzar la raya fronteriza de la legalidad. A menudo conseguía demostrar Gale, así, que los móviles de los ladrones y de los asesinos son perfectamente cuerdos e incluso convencionales.

—Yo no valgo para hacer un trabajo tan delicado —solía decir—. La policía podría hacerme parecer, sin el menor esfuerzo, como un imbécil; bastaría ponerme ante un caso de inspiración práctica o utilitarista, como esos que se narran en las novelas de detectives. ¿De qué sirve que mida las huellas dejadas por unos pies para demostrar que uno u

otro anduvo por allí? Pero si se me muestran las huellas de unas manos en el suelo, puedo decir que se trata de alguien que camina cabeza abajo, y también por qué lo hace. ¿Que cómo lo sé? Es muy fácil. Ocurre, simplemente, que estoy loco. Y porque lo estoy, también yo camino así de vez en cuando.

Esa capacidad para comprender a los chiflados fue lo que, probablemente, le llevó a desentrañar el desconcertante y misterioso caso de la desaparición de Phineas Salt, el famoso dramaturgo. Quizás quienes estuvieron relacionados con el caso hicieron bien en ponerlo en manos de un poeta, pues poeta era el desaparecido, como quien pone en

manos de un ladrón experto la resolución de un caso de robo. Además, el caso parecía encerrar, según todos los indicios, los poéticos móviles que sólo podría tener un poeta, y hasta los partidarios de las actuaciones policiales más prácticas y ortodoxas convinieron en la necesidad de que interviniese un poeta, por hallarse más próximo a la comprensión de ciertos móviles que el más experto detective.

Phineas Salt era un hombre de vida privada que en realidad lo era pública, como la de Byron o D'Annunzio. Era, por otra parte, un hombre excepcional. Quizás más excepcional que respetable. Había mucho que admirar en él, sin

embargo, aunque mucha gente le admiraba precisamente lo menos admirable. Los pesimistas lo tenían por el mayor de los pesimistas, consideración por la que su caso, en un principio, se tuvo por suicidio. Los optimistas, por su parte, sostenían casi con obstinación que era el mayor de los optimistas, el Verdadero Optimista (signifique este supuesto lo que sea), por lo que, en su acérrima pero consecuente tendencia al optimismo, defendían la tesis de que Salt había sido asesinado.

Su obra parecía a los ojos de Europa de un romanticismo tan exaltado que pocos eran los que mantenían la calma necesaria para reflexionar sobre lo

ocurrido, o los que hacían acopio del valor necesario, en aquel ambiente, para insinuar que nada hay en la naturaleza, ni principio alguno formulado, que impidiera a un poeta caerse a un pozo, por ejemplo, o sufrir un calambre mientras nadaba. Tanto sus admiradores como los que ejercían profesionalmente el periodismo preferían ofrecer más sublimes soluciones al enigma.

Phineas Salt no tenía más familia, desde un punto de vista legal, que un hermano, pequeño comerciante en las Midlands. Sin embargo, eran muchas las personas con las que el poeta había mantenido una estrecha relación espiritual y comercial. Por ejemplo,

había un editor, cuyas emociones ante la noticia de la desaparición del poeta fueron una mezcla de dolor, ante la evidencia de que ya no podría contar más con su obra, y de esperanza al comprobar que la gran relevancia del caso iba aumentando las ventas de la ya publicada. Este editor era un hombre de mucha notoriedad y relevancia social, al menos según se conciben en nuestros días la notoriedad y la relevancia social. Sir Walter Drummond, que así se llamaba, era dueño de una casa editora reputada; y él, en sí mismo, era un digno representante de cierta clase de prósperos escoceses que contradicen la común leyenda sobre éstos añadiendo a

sus buenas artes para el comercio una radiante bonhomía.

Otro de los afectados por la desaparición del poeta fue cierto empresario teatral que ya se disponía a llevar a la escena la tragedia poética sobre Alejandro y los persas firmada por Phineas Salt. Era este empresario un judío muy vinculado a lo artístico pero capaz de amoldarse a lo que fuese, llamado Isidore Marx; un hombre que se balanceaba igualmente entre las ventajas y los inconvenientes del inevitable silencio que seguiría, tras el estreno, a los gritos que pidieran la presencia del autor. Y también dejó el poeta en el más absoluto de los vacíos, con su

desaparición, a una actriz más que detestable y de pésimo carácter que debía conquistar nuevos laureles en su interpretación de la Princesa persa; una mujer, por otra parte, a la que se asociaba el nombre del autor, y no sólo en las tablas. Y dejó igualmente Phineas Salt una buena cantidad de amistades literarias; entre éstas había algunos que eran en verdad literatos, pero se puede decir que, en realidad, ninguno era su amigo. La carrera de Phineas Salt había sido tan sorprendente, sin embargo, por parecida a un drama sensacionalista, que no resultó menos sorprendente ver lo poco que sabía la gente del autor cuando todos sin excepción comenzaron a hacer

conjeturas a propósito de su suerte o de su simple paradero. En resumen, que la falta de indicios hacía que las circunstancias de su desaparición parecieran tan sensacionales y revolucionarias como lo había sido su aparición en cualquiera de aquellos foros.

Gabriel Gale, que participaba de esos mismos ambiente literarios, conocía bien todo lo relacionado con Phineas Salt; además había tenido tratos de carácter editorial con sir Walter Drummond y otros de carácter escénico con Isidore Marx. Por lo demás, había evitado cuidadosamente que se le relacionara con Miss Hertha Hathaway,

la afamada y detestable actriz intérprete de Shakespeare, pero la conocía bien porque frecuentaba un mundo en el que es fácil conocer a todo el mundo. No obstante hallarse tan próximo a los bulliciosos ambientes en los que se pavoneaba Phineas Salt, Gabriel Gale no pudo por menos que experimentar una irónica sensación cuando supo de la mucho más pedestre intimidad del poeta.

Su relación con este caso fue debida, no al conocimiento que de esos ambientes literarios y artísticos tenía, sino a la casualidad de que su amigo, el doctor Garth, fuese el médico de cabecera de Salt. Y no pudo evitar sentir regocijo y ganas de reír cuando asistió a

una especie de consejo de familia y vio cuán insignificante e incluso grotesco era el abogado que presidía aquella sesión. No le quedó más remedio que decirse que en el fondo es natural que los asuntos privados de cada uno sean privados, y que hubiera sido absurdo suponer que un poeta de exaltado romanticismo tuviera que poner sus asuntos en manos de un abogado igualmente romántico y exaltado, o acudir a la consulta de un dentista sólo si era éste también romántico y exaltado. En definitiva, el doctor Garth, aun joven pero vestido de negro riguroso, cual lo exigía la respetabilidad de su profesión, parecía un médico, como el abogado

parecía también un abogado. Era un hombrecillo de rostro cuadrado y cabello plateado, apellidado Gunter; parecía imposible que sus bien ordenados expedientes y sus cajas de caudales contuviesen documentos relacionados con un caso como el de la escandalosa desaparición de Phineas Salt. Joseph Salt, el hermano de Phineas, que acababa de llegar de sus lares provincianos, era eso, un provinciano; parecía imposible que aquel modesto y apocado comerciante, con el cabello del color de la arena y su pobre indumentaria, fuese el último exponente vivo de un apellido tan glorioso. Completaba el grupo quien había sido

durante muchos años secretario de Phineas Salt, un tipo desconcertantemente secretarial por no decir servil; a muchos hubiera parecido imposible que alguien así ejerciera como hombre de confianza de un ser de romanticismo tan exaltado como lo fue Phineas Salt. Gale, al observarlo, tuvo que admitir que incluso los poetas pueden volverse locos en situaciones en las cuales mucha gente relacionada con ellos permanece cuerda. Pensó, llevado de sus reflexiones, que Byron necesitó de un mayordomo, que por lo demás fue un buen mayordomo, a pesar de sus ínfulas artísticas¹⁰; y cruzó su mente, de igual manera, el disparatado

pensamiento de que probablemente Shelley hubo de visitar alguna vez la consulta de un dentista, que sería uno más, un dentista como los demás dentistas.

Sin embargo, no perdió el sentido del contraste al entrar con los otros en aquella íntima cámara, ni le tembló el pulso al saberse en la necesidad de adoptar en breve responsabilidades inapelables, de carácter terriblemente práctico, por mucho que ese sentido del contraste le hiciera sentir ridículo en algún momento de la reunión. No se consideraba capaz como consejero legal, ni creía poder ofrecer soluciones prácticas al asunto del que trataban,

habida cuenta de que, para intentarlo al menos, habría de tratar en profundidad con el abogado y con el secretario de Phineas Salt. El doctor Garth le había rogado que lo acompañase, y allí estaba, en silencio, mirando a Garth. Gunter, el abogado, exponía así la situación:

—Según nos ha referido Mr. Hatt —dijo el abogado dirigiendo una mirada al secretario—, vio por última vez a Mr. Phineas Salt en su casa, dos horas antes del almuerzo, el viernes pasado... Hasta hace apenas una hora, hubiera supuesto que esta entrevista, al parecer muy breve por lo que nos ha dicho Mr. Hatt, supuso la última ocasión en la que el desaparecido vio a alguien, pero cierta

persona totalmente desconocida para mí me ha confiado que estuvo con Mr. Salt seis o siete horas después de que éste hablara con Mr. Hatt, y además en su propia casa... Esa persona me ha prometido acudir ante nosotros, en cuanto le sea posible, para dar cuenta de los pormenores de aquel encuentro. En fin, caballeros, si consideramos dignas de crédito las palabras de mi comunicante, podremos seguir al menos el curso de las cosas de lo sucedido, a través del cual acaso hallemos algún indicio acerca de la suerte, o el mero paradero, de Mr. Salt. No creo que podamos hacer más, salvo esperar que llegue esa persona.

—Creo que ya está aquí —dijo el doctor Garth—; he oído que abren la puerta, y oigo ahora mismo que unos pasos suben la empinada escalera que conduce a este recinto donde mora la legalidad, en el que nos encontramos.

La reunión se celebraba en el despacho del abogado, en el Lincolns Inn.

En efecto, apenas unos segundos después se hacía presente un hombre delgado. Se deslizó, más que entrar, en el despacho. El recién llegado tenía un aspecto discreto, era un hombre de maneras suaves y vestía un traje gris ajado y con muchos brillos, de tan resobado, pero que conservaba todavía

un destello último de elegancia. El otro único detalle digno de mención en aquel hombre era que no sólo tenía el cabello muy largo y negro, partido por la raya al medio, sino que su rostro del color de las olivas aparecía enmarcado por una fina barba negra bien cuidada. Dejó sobre una silla su sombrero negro, de alas anchas y con poco apresto, de copa muy baja, que evocaba los cafés y la iluminación de las calles de París.

—Me llamo James Florence —dijo en un tono de voz que revelaba su distinción—. Yo era muy amigo de Phineas Salt y en nuestros mejores días viajamos juntos por Europa... Creo, en fin, que hicimos juntos su último viaje.

—Su último viaje —intervino el abogado mirándole con fijeza y con el ceño fruncido—. ¿Quiere usted decir que Mr. Salt está muerto, o asegura eso para poner un tono melodramático a esta reunión?

—Creo que... o Mr. Salt está muerto... o algo aún más sensacional, más increíble... —respondió Mr. James Florence.

—¿Qué significa eso? —preguntó el abogado, incómodo—. ¿De veras cree que podría darse una noticia más sensacional que la de su muerte?

El hombrecillo lo miró fijamente, con expresión grave, y respondió con tono bajo y voz pausada:

—No, no puedo imaginar nada más sensacional.

Pero como vio en el abogado un gesto de impaciencia o de hartazgo, como si creyera que le estaba haciendo víctima de una broma macabra, el extraño añadió en el mismo tono de antes:

—Aún trato de imaginarlo...

—Bien —cortó Gunter—, quizás sea mejor que nos cuente usted su historia, a ver si así logramos llevar esta reunión por los cauces debidos, aquellos para la que ha sido convocada..., Como bien sabe, soy el consejero legal de Mr. Salt; este caballero aquí presente es su hermano, Mr. Joseph Salt, también mi

cliente; y este otro caballero es el doctor Garth, médico de cabecera de Mr. Phineas Salt... Y este señor es Mr. Gabriel Gale.

El recién llegado fue haciendo inclinaciones de cabeza a medida que el otro le presentaba a los allí reunidos. Después, con pausa, pero con soltura y confianza, acercó una silla al grupo y tomó asiento entre sus componentes.

—Fui a casa de mi amigo Phineas el viernes pasado, cerca de las cinco de la tarde... Creo haber visto salir a este caballero de la casa justo cuando llegaba yo.

Miró al secretario, Mr. Hatt, hombre de rostro duro y mirada reticente, que a

fuer de pretenderse discreto ocultaba su nombre americano, Hiram; pero no podía ocultar del todo su agudeza americana, concentrada en la reticencia de sus ojos, como no podía ocultar ni sus gafas ni su mentón prominente. Mr. Hatt miró a Mr. Florence sin que se le alterase un solo músculo de su cara de palo, y siguió en silencio, como acostumbraba.

—Cuando entré en la casa vi a Phineas en un estado de gran excitación y violencia, como nunca lo había visto. Parecía como si alguien se hubiera entretenido en destrozar el mobiliario; habían derribado una estatuilla de su pedestal; habían roto en mil pedazos un

caro jarrón lleno de lirios... Phineas iba de un lado a otro como un león en su jaula, con la cabellera encrespada y la barba que parecía arder... Pensé en un principio que se trataba de una de sus poses artísticas, de una de sus transfiguraciones, de una intención poética... Pero de inmediato me dijo que había tenido una conversación con una dama, Miss Hertha Hathaway, que acababa de irse.

—Perdone —intervino el abogado—; parece que Mr. Hatt acababa de irse también, por lo que nos ha dicho usted —y dirigiéndose a Mr. Hatt—: No recuerdo haberle oído contar nada de esa dama, Mr. Hatt...

—Hay reglas de elemental prudencia —dijo el inmutable Hiram—; tampoco me han preguntado ustedes por ella... Me limité a irme una vez finalizado mi trabajo.

—Pero puede tratarse de algo importante —dijo Gunter como si meditase—. Si Mr. Salt y la actriz se arrojaron jarrones y estatuillas a la cabeza, me parece que no sería aventurado suponer que había entre ellos alguna divergencia, algún contraste de opiniones...

—Hubo más —dijo Florence con gran resolución—. Phineas me confesó que estaba harto de todo aquello, y por lo que creí comprender, de todo en

general...

Estaba furioso. Creo que ya había bebido un poco; pero se dio media vuelta y extrajo de un mueble una polvorienta botella de absenta, diciendo que debíamos beber a nuestra salud y en recuerdo de los felices días de París... Dijo también que sería la última vez, o el último día, o la última ocasión, algo así, en que pudiéramos hacerlo... Yo, caballeros, llevaba mucho tiempo sin beber un trago de absenta, pero conozco esa bebida lo suficiente como para saber que no puede tomarse como si fuera vino o brandy; es una bebida que puede abocar a un hombre a la locura, de tan extraordinariamente como procura las

visiones; es una bebida que otorga, en cierto modo, una claridad como la del hachís... No obstante, bebí con él... Bien, el caso fue que Phineas salió de la casa, poco después, como un huracán; sacó su automóvil, lo arrancó sin problemas, con esa lucidez veloz que da la absenta... Pero es una lucidez tóxica... Phineas fue aumentando paulatinamente la velocidad del auto hacia Old Kent Road; llegamos así al campo, en dirección sudeste. Yo iba, en realidad, arrastrado por él, poseído de no sé qué hipnótico poder, preso de una animación que sólo después pude asociar a la absenta. A pesar de eso me sentía inquieto, asustado mientras vagábamos

por aquellas carreteras y caminos mientras se hacía la oscuridad. Varias veces estuvimos a punto de estrellarnos con el coche; pero no creo que Phineas tuviera la intención de morir en un vulgar accidente de automóvil; no dejaba de proclamar enfáticamente que quería llegar a los más altos e inaccesibles lugares del mundo, y si eran éstos peligrosos, mejor; eso sí, dijo también que desde alguna de esas alturas, una cima, una torre, un pico, un precipicio, o bien remontaría el vuelo como las águilas, o bien caería a peso, como una piedra. Todo aquello sonaba un poco grotesco, tanto más porque recorríamos una de las regiones más

llanas de Inglaterra, en la que es imposible encontrar alguna altura como esas con las que soñaba Salt con tanto entusiasmo. No sé cuántas horas después le oí gritar algo distinto, una expresión de júbilo; y sobre la última franja gris del cielo y la tierra llana que se extendía hacia el este vi las torres de Canterbury.

—Me pregunto —dijo Gabriel Gale como quien se despereza tras un sueño —, cómo derribarían esa estatuilla... Si alguien la tiró por las buenas, seguro que fue la mujer... No creo que Mr. Salt hubiese sido capaz de hacer algo así, ni siquiera borracho.

Volvió la cabeza lentamente, mirando casi sin expresión a la

igualmente inexpresiva cara de Mr. Hatt. Pero nada más dijo. Tras un corto y espeso silencio, Florence siguió su relato:

—No sé si tomó aquel último camino, y la pequeña carretera que lo seguía, a fin de llegar a la catedral, o si fue una simple coincidencia; lo que sí me parece es que en esa región nada había que pudiera atraerlo tanto, dado su estado en aquellos momentos, y sobre todo, tras haberle oído hablar de las alturas. Fue divisar las altas torres de Canterbury y comenzó de nuevo con sus enloquecidas parábolas; hablaba de trepar hasta las gárgolas y cabalgarlas como si fueran caballos diabólicos, o de

cazarlas como si fuesen perros infernales amenazantes en los vientos del cielo. Era tarde cuando llegamos a la catedral; a pesar de alzarse en medio de la ciudad, como saben, y de levantarse desde un hoyo mucho más profundo que cualquiera desde los que se alzan otras catedrales, no parecía haber vida, todas las casas circunvecinas estaban cerradas y silenciosas. Nos metimos entonces en los soportales de un edificio anejo que tenía aspecto de albergar una comunidad de clausura; todo parecía oculto en las sombras que arrojaba la catedral, pero percibí en Salt un resplandor formidable, una especie de aura sobre su

alborotado cabello, que me sugirió un fuego escarlata y siniestro. No puedo decir que su aspecto, así visto, tuviese algo de sagrado; recuerdo todo esto muy vivamente porque de repente se puso a entonar alabanzas a la luz de la luna, y en especial al efecto que hacían sus rayos al filtrarse por los vitrales, remedando así los versos de Keats. Manifestó con furia su deseo de entrar en la catedral y admirar sus vitrales, jurando a voz en grito que era lo único, digamos religioso, que le gustaría hacer, y que de conseguirlo sería lo único religioso que había hecho en toda su vida. Pero cuando comprobó que no había acceso posible a la catedral, pues

todas sus puertas estaban cerradas, tuvo una reacción violenta, de mucha rabia y desprecio, que lo llevó a proferir insultos contra el deán, el capítulo y cuantos se le venían a la mente. Hubo en su delirio una cierta reminiscencia histórica. Tomó una piedra y comenzó a golpear con ella la puerta principal, gritando: «¡Somos los hombres del rey! ¿Dónde está el traidor? ¡Hemos venido a matar al arzobispo!» Y se reía enloquecido, añadiendo después: «No deja de ser gracioso que quisieran matar al doctor Randall Davidson, pues el que sí merecía la muerte era Becket¹¹... ¡Había vivido! Había sabido sacar el mejor provecho de ambos mundos, en un

sentido más amplio del que suele atribuirse a este concepto. No los había vivido a la vez, ni mucho menos mansamente, como hacen los snobs... Vivió los dos mundos de uno en uno, alternativamente, en toda su amplitud, hasta los límites de cada uno de ellos. Vestía de rojo y oro y se tocaba con laurel, venciendo así a innumerables caballeros en las justas; y de repente se hizo santo, dio a los pobres todos sus bienes y riquezas, se entregó al ayuno y murió como un mártir... ¡Sí, señor, eso es vida! ¡Así es como se vive bien una doble vida! No me extraña que su tumba haga milagros».

«Entonces —prosiguió Florence—

arrojó la piedra lejos de sí y de golpe toda aquella evocación jocosa anterior pareció dejarlo sumido en el abatimiento y en la melancolía, petrificado como una de esas grandes cabezas de piedra esculpidas sobre las puertas de las catedrales góticas. "Esta noche he de hacer un milagro —me dijo muy serio—, en cuanto me haya muerto".

»Claro está, le pregunté a qué se refería. Pero no me respondió una palabra. Un poco después, sin embargo, comenzó a hablarme suavemente, dándome las gracias por hacerle compañía, añadiendo que había llegado el momento de que nos separásemos pues le había llegado su hora... Y

cuando le pregunté qué hora, y adonde pretendía dirigirse, se limitó a señalar con el dedo hacia arriba, pero no me quedó claro si quería decir metafóricamente que subiría al cielo o si pretendía escalar una de aquellas altas torres. En cualquier caso, la única escalera de acceso a las torres, como saben, es interior, y no imaginaba cómo podría subir, estando cerrada la catedral, a la torre más alta. Se lo dije y me respondió: "No se preocupe, que ascenderé... Me subirán... Pero mi tumba, lamentablemente, no hará milagros. Jamás podrá hallarse mi cuerpo".

«Entonces, antes de que pudiera yo

hacer algo, dio un salto, se agarró a una piedra saliente y un segundo después estaba a horcajadas sobre la misma. Vi que se ponía de pie, aún sin poder reaccionar yo, comenzaba a escalar y poco después se me perdía de la vista, amparado en las sombras que arrojaba la torre principal. Sólo oía su voz, cada más lejana, diciendo: "¡Ascenderé, claro que ascenderé!" Luego imperó el mayor de los silencios. No puedo afirmar, sin embargo, que no volviese a bajar.

—¿Quiere usted decir que no lo ha vuelto a ver desde ese momento? —preguntó Gunter con mucha gravedad.

—Lo que quiero decir —respondió Florence con gravedad no menor— es

que dudo de que alguien lo haya vuelto a ver desde entonces.

—¿No hizo usted alguna averiguación posterior en el lugar? — volvió a preguntar el abogado.

Florence se echó a reír tristemente.

—La verdad es que sí —respondió —; llamé a las casas vecinas y hasta acudí a la policía, pero nadie me hizo caso, todos se reían de lo que les contaba, que fue lo que acabo de referirles a ustedes. Me decían que seguramente había bebido más de la cuenta, lo cual, por lo demás, era cierto; supongo que imaginaban que mi visión en aquellos momentos era doble y que me sentía perseguido por mi propia

sombra, cualquier cosa... Pero ahora que se ha producido el escándalo y los periódicos vienen repletos de noticias acerca de la desaparición de Salt, supongo que nadie más me tomará por un borracho... Cansado, tomé al fin el tren y regresé a Londres.

—¿Y el automóvil de Salt? — preguntó el doctor Garth tajante.

El rostro de Florence mostró una evidente consternación.

—¡Es cierto, el automóvil! — exclamó echándose las manos a la cabeza—. Me había olvidado por completo del coche... Salt lo dejó entre dos casas, cerca de la catedral.

Gunter se levantó para dirigirse a

una sala contigua, desde donde telefoneó sin que pudiera oírse bien lo que hablaba. Volvió justo cuando Mr. Florence recogía su sombrero, y rehecho, con su natural desenvoltura de siempre, anunció que se marchaba porque nada más tenía que añadir. Gunter lo vio alejarse con una expresión de interés en el rostro, como si dudase de la veracidad de lo que aquel hombrecillo les había contado. Luego se volvió a los demás y dijo:

—Un tipo curioso, señores... Un tipo realmente curioso. Pero hay otra cosa no menos curiosa, que debo comunicarles; algo que quizás esté relacionado con él. O quizás no...

Pareció reparar entonces por primera vez en la presencia de Mr. Joseph Salt.

—¿Podría decirnos usted, Mr. Salt, en qué situación económica se encontraba su hermano? —preguntó el abogado al más allegado a Phineas Salt de cuantos allí estaban.

—No —respondió el provinciano como si aquella pregunta le produjese repulsión—. Como podrán comprender, estoy aquí para hacer cuanto pueda por el buen nombre de mi familia. Como podrán comprender, igualmente, Phineas y yo nunca hemos tenido muchas cosas en común; es más, muchas de las cosas que traen los periódicos no me

benefician, incluso me duelen... La gente puede admirar a un poeta porque bebe fuego verde o trata de volar desde la torre de una catedral, pero en donde yo vivo serán pocos los que, por eso que causa admiración a otros, acudan a mí para encargarme provisiones para un almuerzo... Quizás teman que les haya puesto fuego verde en la cerveza. Acabo de abrir un establecimiento en Croydon, justo en estos momentos; estoy prometido y mi futura esposa es una mujer que siempre anda metida por la iglesia... No, todo este asunto no me beneficia en nada, al contrario...

Garth no pudo reprimir una sonrisa de malicia al pensar en las vidas tan

distintas de los dos hermanos, pero se dijo al tiempo que en el fondo había mayor sentido común en la actitud aparentemente más mediocre de aquel provinciano que en los delirios poéticos del otro.

—Sí—dijo el médico—; lo comprendo perfectamente, pero no se puede evitar la curiosidad pública, tratándose además de un hombre tan famoso y respetado como su hermano Phineas.

—Lo que yo quería preguntarle —intervino de nuevo el abogado— es si tenía usted idea, aunque fuese vagamente, de cuáles eran los ingresos medios de Phineas y si disponía de

capital, porque él le hubiera hablado alguna vez de todo esto.

—La verdad... —comenzó a decir Joseph Salt meditabundo— no creo que tuviese un gran capital; todo lo más, me parece, tenía las cinco mil libras que cada uno de nosotros heredó de nuestro padre, cuando murió y hubimos de vender su negocio... Aunque también puede ser que se las hubiera gastado, pues desde luego no era hombre que ahorrara mucho, llevaba un tren de vida muy alto... Sí sé que a veces metía la cuchara en algunos negocios que salían bien... Pero ya saben cómo era... El contenido de la cuchara se le acababa en seguida... Para mí que en los últimos

tiempos tenía unas dos o tres mil libras en el banco...

—Exacto —dijo el abogado—. Tenía en el banco dos mil quinientas libras el día de su desaparición. Una suma que desapareció también ese mismo día, pues Phineas acudió a retirar los fondos.

—¿Y no podría haberse ido en busca de un clima mejor, algo así? —preguntó Joseph Salt.

—Es posible —concedió el abogado—. Pudo albergar la intención de viajar a otro país, en efecto, pero alguien se lo impidió... ¡Quién sabe!

—¿Y cómo desapareció el dinero? —preguntó Garth—. De haber viajado

podría seguirse el rastro de esa suma, por los gastos hechos.

—A lo peor —dijo el abogado— el dinero desapareció mientras Phineas, borracho, hablaba tonterías con un no menos borracho y sucio bohemio, que, como hemos podido comprobar, posee unas excelentes dotes de narrador de historietas inverosímiles.

Garth y Gale miraron a un tiempo a Gunter; observaron así, cada cual según su manera de entender las cosas, que la expresión del abogado era excesivamente severa para ser tenida por cínica.

—¡Ah! —exclamó el médico como sin aire—. ¿Insinúa usted algo peor que

un robo?

—No tengo la menor prueba, y por lo tanto no tengo el menor derecho a afirmar siquiera que se haya producido un robo —respondió el abogado sin dulcificar su expresión—. Pero sí tengo derecho a sospechar. A sospechar muchas cosas. En principio parece haber pruebas de la veracidad del relato de Mr. Florence, al menos en su primera parte... Mr. Florence vio a Mr. Hatt. Lo que me hace deducir que también Mr. Hatt vio a Mr. Florence.

En la impasible expresión de Mr. Hatt no aparecía la menor contradicción, cosa que los demás tomaron por asentimiento.

—He obtenido testimonios — prosiguió Gunter— de gente que vio salir a Florence en compañía de Phineas. Nada corrobora, sin embargo, la historia de esa carrera automovilística por los caminos y carreteras de Kent; si quieren que les diga qué opino de todo eso, creo muy probable que tan excéntrico paseo de borrachos concluyera en cualquier antro frecuentado por criminales, de esos que hay en la Old Kent Road... He telefoneado hace un rato para preguntar por el automóvil abandonado en Canterbury, y me dijo la policía que no se ha encontrado rastro alguno del mismo... Recuerden además algo que me

parece de capital importancia: ese tipo, Florence, se olvidó por completo del coche. Y se contradijo al afirmar que volvió en tren a Londres. Sólo eso me hace creer que su historia es totalmente falsa.

—¿Lo cree de veras? —dijo Gale mirándole con aire infantil, sorprendido—. Pues a mí eso es lo que me parece más verídico.

—¿Cómo? —se extrañó Gunter—. ¿Qué quiere decir?

—Quiero decir —respondió Gale— que ese detalle, precisamente ese detalle, es tan verdadero, que me creo todo lo demás. Aunque me hubiese descrito también cómo remontó el vuelo

Phineas agitando los brazos tras lanzarse desde la torre principal, me lo creería. O si me dice que se fue cabalgando sobre un dragón —volvió a sentarse, frunció el ceño como si meditara, parpadeó varias veces en un lapso de tiempo que duró pocos segundos, y añadió en tono seguro—: ¿Es que no ve usted que ésa fue una equivocación lógica, la que sin duda habría de cometer un hombre como él que se viera en una situación semejante? Florence es un hombre sin dinero, que va poco aseado; un hombre que sólo viaja en tren. Considere usted que es arrastrado a una enloquecida aventura en automóvil por un amigo rico; se ve, en cierta

manera, viviendo un sueño bajo los efectos de la absenta; se encuentra además metido en un misterio que adquiere las características de una pesadilla, y cuando despierta comprueba que su amigo ha desaparecido camino del cielo, o por lo menos de las alturas, y que todo el mundo le niega con risas que la cosa haya podido suceder como él dice que sucedió... Un policía lo trata con desprecio... Este pobre hombre no podía sentirse más responsable del automóvil de Phineas Salt que de una carroza fantástica tirada por grifones. Considere usted igualmente que el coche formaba parte de aquella ensoñación. Tenía que volver necesariamente a la

banalidad de su existencia, por lo que regresó a la realidad de Londres en tren, en el asiento más barato. Estoy seguro de que nunca hubiera cometido un error u omisión como el que usted le atribuye, de habérselo inventado todo. Por eso afirmo que nos ha dicho toda la verdad.

Los allí presentes se quedaron mirando al poeta con asombro; entonces, procedente de la sala contigua, sintieron el timbrazo agudo del teléfono. Gunter se levantó aprisa para contestar a la llamada; durante un rato no se oyó más que el rumor de su voz, que unas veces parecía preguntar y otras responder. Poco después entraba de nuevo en el despacho con la estupefacción más

descarnada pintada en el rostro.

—La verdad es que tengo que considerar esto una coincidencia extraordinaria—dijo—. Acaban de confirmarme lo que usted ha dicho —confesó mirando a Gale—. La policía ha encontrado las huellas de unos neumáticos que se corresponden con los del automóvil de Phineas Salt; estuvo detenido largo rato donde Florence dijo, en efecto... Pero hay algo que resulta verdaderamente extraño: el automóvil ha desaparecido. Las huellas de los neumáticos muestran que se dirigió al sudeste. Me temo que lo conducía el propio Phineas Salt, señores; tengo que dar la razón a la policía, en este punto.

—¡Hacia el sudeste! —exclamó Gale volviendo a ponerse de pie—. ¡Lo sabía!

Dio unos pasos de lado a lado del despacho, con las manos a la espalda, ante la expectación de los otros, y al fin, deteniéndose, con palabra segura, prosiguió:

—No debemos precipitarnos. Hay que tener en cuenta varios aspectos del caso. Primero, me parece que hasta el más imbécil de los hombres aceptaría que Phineas no podía hacer otra cosa que seguir hacia el este, por la simple razón de que cuando desapareció ya despuntaba el día, lo que supone, en buena lógica, que pusiera rumbo hacia la

salida del sol. ¿O es que harían ustedes lo contrario? Pero si en verdad su locura tenía que ver con las alturas, los acantilados, todo eso, no podía por menos que darse cuenta de que había dejado a sus espaldas las últimas elevaciones de la región y conducía por zonas cada vez más llanas, por la carretera que lleva directamente al Thanet... ¿Qué tenía que hacer, pues? Dirigirse a los blancos acantilados de la región, desde los que, por lo menos, vería el mar y la arena; pero he supuesto que también querría ver gente, como la hubiera visto de día desde lo alto de las torres de la catedral de Canterbury... Sé bien que la carretera del sudeste...

Hizo una pausa y miró a los demás con aire de solemne suficiencia, como quien se dispone a desvelar el más sagrado de los misterios.

—Márgate—dijo.

—¿Por qué Márgate? —preguntó Garth.

—Para suicidarse, supongo —dijo secamente el abogado—. ¿Qué otra cosa podría hacer en Márgate un hombre como él, salvo suicidarse?

—No hay que adelantar acontecimientos, caballeros, vayamos por pasos —intervino de nuevo Gale—. Se cuentan por millones las personas que acuden allí para divertirse, aunque está por ver que una de ellas fuera

Phineas Salt... Pero puede que sí... Esas masas negras arrastrándose, vistas desde la altura de los blancos acantilados, pueden resultar una especie de visión para un pesimista; quizás esa visión le hiciera evocar la espantosa idea destructiva de cerrar algo así como las compuertas del acantilado y dejar atrapada en el mar a la multitud... Pero puede, igualmente, que albergase la loca idea de dar gloria a Mágina con su creatividad... O con su capacidad de destrucción, quién sabe... Probablemente pensó que con su acto, el que fuese, podría trocar la mediocre sonoridad del nombre, Mágina, otorgándole un carácter o bien trágico o bien heroico...

A un hombre como él se le pueden pasar por la cabeza cosas así, no lo duden...

El hermano tendero de Phineas fue el primero en levantarse de su asiento una vez cerró la boca Gale; acariciando con los pulgares las solapas de su chaqueta de corte provinciano, turbado ante lo que no acababa de comprender, dijo:

—Mucho me temo, señores, que esto me supera, que no entiendo una palabra... Gárgolas, dragones, pesimistas... No sé nada de eso, caballeros... Creo, por el contrario, que deberíamos centrarnos en lo que ha encontrado la policía, una pista que puede conducir a Márgate, de acuerdo... Pero me parece que no deberíamos decir

nada sobre eso, y mucho menos tonterías, al menos hasta que la policía tenga alguna información de peso que ofrecernos.

—Mr. Salt tiene razón —dijo el abogado con el rostro enrojecido—. He aquí un hombre de negocios, un comerciante que nos devuelve a la senda de las consideraciones prácticas, lo que es decir de la realidad... Haré más averiguaciones donde hay que hacerlas, sin filosofías... Confío en poderles traer nuevas cuanto antes.

Si Gabriel Gale se sentía poco menos que desplazado en aquel ámbito severo e imponente que era el despacho

de Mr. Gunter, en el que imperaban el cuero y los legajos comerciales, no hubiera resultado extraño que se hallase aún más incómodo, casi como un pez fuera del agua, donde se celebró la segunda reunión. Fue en el nuevo cuartel general de los Salt, o mejor dicho, del que quedaba de ellos; fue en el pequeño comercio de Croydon, donde el prosaico hermano del poeta desaparecido presidiría la reunión en medio del follón propio en un pequeño negocio, su nuevo negocio, para tratar de todo lo relacionado con los aspectos probablemente más fúnebres del caso.

El comercio pueblerino, o suburbial, más bien, de Mr. Salt, era en verdad un

comercio muy pueblerino, o más bien muy suburbial; se trataba de una tienda pequeña, confitería y otras cosas por el estilo, con un anejo donde en mesitas muy pequeñas se servían refrescos que no eran, en realidad, más que una muy transparente y triste limonada. Las confituras y los pasteles grandes estaban, sin embargo, artísticamente dispuestos en el escaparate para llamar la atención de quienes pasaran por la acera, en especial la atención de los más jóvenes; pero como el escaparate era casi más grande que la tienda, el interior parecía lleno de una luz fría, como descolorido. En la trastienda, abarrotada de caramelos, confituras de todo tipo y

cosas tales como figuritas y recuerdos de distintas localidades, aparte de otros de carácter estrictamente familiar, había además un diploma de la Sociedad de Abastos y un retrato de Jorge V. Como se puede apreciar, resultaría difícil suponer qué cosa de interés intelectual podría encontrar en un sitio así Mr. Gale, un hombre que por lo general no observaba las cosas, los simples objetos, digamos que de manera objetiva, en sí mismos, sino relacionándolos con un determinado orden de ideas muy personal. Por lo que fuere, sin embargo, tan modesto negocio suburbial pareció despertar en él una atracción extraordinaria, un interés

supremo.

Pareció incluso interesarse mucho más por aquel local que por el caso que los había reunido allí. Contemplaba en éxtasis las porcelanas y los almohadones de color rosa de la chimenea; fue difícil, así, apartarlo de la abstraída contemplación de los visillos de colores limón y fresa que adornaban las ventanas; hasta la limonada tan clara que bebían pareció interesarlo como si su vaso contuviera el verde opalino de la absenta que al parecer había jugado tan importante y probablemente trágico papel en el avatar último de Phineas Salt.

Gabriel Gale había pasado las horas

previas de aquella mañana en un estado de euforia difícil de explicar, quizás porque el día era hermoso, de buena temperatura, o acaso por razones de carácter más personal, tanto da. Se dirigió al lugar escogido para la cita siguiendo las modestas avenidas de los suburbios con un paso más ligero que de costumbre. Vio al pastelero hermano del poeta salir de una villa de categoría social ligeramente superior a la suya, y a una mujer joven con una trenza de color castaño arrollada a la cabeza y un rostro severo pero a la vez hermoso, que bajaba con el Mr. Salt comerciante por el sendero del jardín. No tuvo que esforzarse mucho Gale para reconocer

en ella a esa que tan metida andaba por la iglesia. El poeta contempló los cuadriláteros de césped y los árboles bajos con más sentimentalismo que interés, casi como si se trataran de una antigua pintura suya, pero el caso es que su buen no humor no sufrió la menor alteración ni siquiera cuando, unas farolas más allá, se tropezó con la saturnina y nada simpática presencia de Mr. Hiram Hatt. El prometido enamorado de la mujer muy metida en las cosas de la iglesia seguía en la puerta del jardín, como suelen hacerlo sus congéneres enamorados, y Gale y Hatt pasaron de largo y a paso ligero, tras saludarse brevemente, en dirección

a su tienda. Un poco más adelante, Gale, mirando a Hatt, hizo la siguiente observación:

—¿Qué opina usted de ese deseo de convertirse en uno de los amantes de Cleopatra?

Mr. Hatt confesó cáustico que de haber sentido alguna vez un deseo semejante, su aparición en la escena histórica probablemente hubiera carecido de la proverbial exactitud americana.

—¡Oh, quedan muchas Cleopatras por aquí! —observó Gale—. Y muchísimos hombres que tienen la sensación de haberse convertido en el que hace el centón de maridos de una

aventurera egipcia... ¿Qué pudo llevar a un hombre realmente inteligente, como el hermano de este pobre tendero, a dejarlo todo por una mujercita como Hertha Hathaway?

—En eso le doy la razón —dijo Hatt —; no dije nada de esa mujer porque no era asunto mío; pero le aseguro, Mr. Gale, que es una auténtica mujercita, una calamidad de mujer. Y observe usted que el hecho de no mencionarla ha despertado en ese picapleitos un montón de oscuras sospechas... Apuesto a que supone que ella y yo tenemos algo que ver en la desaparición de Phineas Salt.

Gale miró fijamente a los ojos al secretario Hatt, y le dijo:

—¿Le sorprendería encontrarlo en Márgate?

—No; pero tampoco me sorprendería que lo encontrásemos en cualquier otro lugar —respondió Hatt—. En los últimos días parecía inquieto, a disgusto... Supongo que de tanto mezclarse con gente tan vulgar como la que frecuentaba. En los últimos tiempos apenas trabajaba; se pasaba las horas contemplando una hoja en blanco, como si se le hubieran acabado las ideas.

—O como si le cruzaran por la mente demasiadas ideas —apostilló Gale.

Así llegaron a la puerta del negocio de Mr. Joseph Salt, encontrando allí al

doctor Garth, igualmente recién llegado. Pero en cuanto entraron algo les produjo una impresión sombría. El abogado estaba ya sentado en aquel extravagante lugar y mostraba una expresión resuelta además de ruda; tenía puesto el sombrero de copa, como si fuese un juez dispuesto a dictar sentencia. Pero no fue sólo eso; los recién llegados sintieron también que el abogado les apuntaba con un arco tendido y la flecha presta.

—¿Dónde está Mr. Joseph Salt? — preguntó—. Me aseguró que llegaría a las once en punto.

Gale sonrió ligeramente y comenzó a jugar con los adornos de la muy recargada chimenea.

—Está despidiéndose —dijo—. La palabra adiós a veces resulta muy larga, lleva mucho tiempo decirla...

—Pues habremos de empezar sin él —dijo Gunter—, Puede que sea mejor.

—¿Es que va a tener que darle malas noticias? —preguntó el doctor Garth en voz baja—. ¿Ha sabido algo de Phineas?

—Sí; creo que podemos hablar justamente de últimas noticias —respondió secamente el abogado—. Por lo que he podido averiguar... Mr. Gale, le agradecería mucho que dejase de jugar con eso y tomara asiento... Tengo que contarles algo...

—Sí, supongo... ¿No es

precisamente todo lo que va a tener que explicarnos? —respondió Gale.

Tomó algo de la repisa de la chimenea y lo acercó a la mesita a la que estaba sentado Gunter. Era un objeto realmente absurdo, que sin embargo atrajo las miradas de todos como si se tratase de una valiosísima pieza de un siniestro museo del crimen o del suicidio. Era una especie de jarroncillo barato, infantil, pintado de rosa y blanco, en el que estaba escrito en grandes letras de purpurina lo siguiente: «Recuerdo de Márgate».

—En el interior parece que hay una fecha —dijo Gale pegando mucho el ojo a la boca del jarroncito—. Bueno,

caballeros; pues es de este año y recuerden que estamos a comienzos del mismo...

—Sí, seguramente sea una de las cosas que habrá que explicar —dijo el abogado—. Pero hay más recuerdos de Márgate...

Sacó de su bolsillo un montón de papeles y los dejó lentamente sobre la mesa, con aire pensativo. Después tomó de nuevo la palabra.

—Comprenda —dijo— que estamos ante un caso que podemos considerar misterioso; nuestro hombre ha desaparecido, eso es innegable. Pero no crea usted que un hombre puede desaparecer tan fácilmente en medio de

una muchedumbre. La policía ha encontrado las huellas de su automóvil, pero no imagine usted que alguien puede ir por ahí tranquilamente, tirando cadáveres por la portezuela de un coche... Siempre, en cualquier parte, hay algún tipo mano sobre mano que se fija en todo... Hubiera ocurrido lo que fuese, siempre habría una explicación... Y creo que ya la tengo.

Gale dejó el jarroncito en la mesa y se quedó mirando a Gunter con la boca abierta. Luego tosió, tartamudeó, se atropello, y finalmente dijo de forma legible:

—¿Es eso cierto? ¿Ha descubierto usted lo que pasó? ¿Sabe usted lo de la

joya púrpura?

—Oigan ustedes, por favor —dijo Garth con aire de generosidad indignada —; este asunto está comenzando a resultarme melodramático; no me importa tomar parte en el intento de desentrañar un misterio, pero no me venga usted ahora con que estamos detrás del rubí de un rajá... ¿O es que va a decirme también que el desaparecido se ha convertido en algo así como el ojo de Vishnu?

—No —dijo el poeta—. Está en el ojo del espectador.

—¿Y quién es? —preguntó Gunter no menos extrañado—. No acierto a comprender de qué habla, pero sí puedo

afirmar que se trata de un robo... Pero, en cualquier caso, se produjo mucho más que un robo.

Sacó de entre los papeles que había depositado en la mesa una de esas fotografías que hacen los fotógrafos ambulantes los días festivos.

—Nuestras investigaciones en Márgate —iba diciendo Gunter— no han sido del todo infructuosas. Por el contrario, han dado buenos frutos. Tenemos un testigo, un fotógrafo ambulante, un hombre que retrata a la gente en la playa de Márgate. Bien, pues este fotógrafo afirma haber visto a Phineas Salt, un hombre grueso, con el cabello largo y desordenado y la barba

roja, que se pasó un montón de tiempo sentado en un promontorio, contemplando a la muchedumbre.

Después bajó por la escalera trazada en la caliza, y atravesando un buen trecho de playa lleno de gente, se puso a conversar con un tipo con aspecto de funcionario, aunque puede que fuese un simple visitante de fin de semana. Un rato después, ambos se dirigieron a las casetas de baños, con la más que probable intención de cambiarse de ropa y zambullirse en el mar. El fotógrafo cree que se metieron en el agua, aunque no está muy seguro, no los vio... Lo que sí es cierto es que no volvió a ver al hombre de la barba roja, aunque sí al

tipo vulgar y bien afeitado, tanto cuando salió del agua con su traje de baño, como después de vestirse con su traje de funcionario. No sólo le vio; también le tomó una fotografía, aquí la tienen...

Tendió la fotografía a Garth, quien la miró arqueando levemente las cejas. La fotografía representaba a un hombre robusto, con cara de bulldog y ojos inexpresivos; tenía la cabeza erguida y miraba, aparentemente, en dirección al mar; llevaba un traje muy claro, de domingo, pero de corte barato, desprovisto del menor rasgo de distinción; por lo poco que podía observarse bajo la sombra del ala del sombrero de paja, parecía tener el

cabello claro. No hizo falta que el doctor se imaginara la fotografía en color, porque al momento supo de qué color se trataba: un color rojo arenoso y claro; lo había visto muchas veces, no en una foto, sino en la cabeza de quien lo ostentaba. El hombre del sombrero de paja era, sin lugar a dudas, Mr. Joseph Salt, el pastelero, el nuevo comerciante del barrio de Croydon.

—Así que Phineas fue a Márgate a encontrarse con su hermano —dijo Garth—. Es lógico... Márgate es un lugar que ha de gustar forzosamente a un hombre como Joseph Salt...

—Sí, Joseph fue en una de esas excursiones en autocar, con un montón

más de turistas; parece que regresó la misma noche, en el mismo vehículo... Pero de Phineas nadie sabe una palabra.

—Su tono me lleva a suponer —dijo Garth con voz y gesto graves— que a usted le parece que Phineas nunca salió de allí...

—Creo que no lo veremos más, salvo si se ahogó y algún día el mar arroja su cuerpo a la playa... Pero, en ese caso, lo más probable sea que la fuerte corriente se lo lleve mar adentro, no que lo devuelva.

—El misterio se hace cada vez más difícil de desentrañar; todo esto no hace más que enrevesar el caso —observó el médico.

—No, al contrario —dijo el abogado—. En mi opinión todo esto simplifica las cosas.

—¿Cómo? —se extrañó Garth—. ¿Que se simplifican las cosas?

—Sí —dijo el abogado mientras apoyaba las manos en los brazos de su asiento y se ponía de pie de un salto—; creo que la historia es tan simple como la de Caín y Abel. Y debo confesarles, caballeros, que me gusta esta historia.

Se produjo un silencio espeso, roto al fin por Gale, que miraba con fijeza el jarroncito recuerdo de Márgate, al tiempo que lloriqueaba como un niño, o emitía unos sonidos, por mejor decirlo, como los lloriqueos de un niño.

—¡Qué jarroncito tan precioso! —
comenzó a decir con voz de niño lloroso
—. Debió de comprarlo antes de
montarse en el autocar para volver
aquí... ¡Es tan natural, comprar una cosa
tan linda cuando uno acaba de asesinar a
su hermano!

—La verdad es que todo esto me
parece increíble, insisto en que el caso
se enreda cada vez más —dijo Garth
frunciendo con angustia el entrecejo—.
Creo que debemos tratar de explicarnos
cómo lo hizo... No me parece que sea
muy difícil ahogar a un hombre en el
mar, incluso en una playa llena de gente,
pero no alcanzo a comprender el móvil
de este caso concreto. ¿Lo tienen

ustedes?

—El móvil es tan obvio como antiguo, o tradicional, si lo prefiere —respondió Gunter—, He aquí un caso en el que los celos llevan al odio, de manera lenta pero implacable y corrosiva. He aquí dos hermanos, hijos de un mismo padre, un modesto comerciante de las Midlands, que han recibido idéntica educación y que por ello tienen las mismas posibilidades de triunfar en la vida; dos hombres de poca diferencia de edad entre ambos, fuertes, pelirrojos, muy parecidos hasta que Phineas se dejó crecer una barba de bolchevique y dio en llevar los cabellos alborotados. Durante su juventud apenas

hubo diferencias entre ellos, aunque se dieran las habituales querellas entre los hermanos, aunque siempre con un comportamiento equitativo y leal por ambas partes. Pero reparen en el presente. Uno de ellos llena el mundo con su nombre solo, ostenta la corona de laurel de Petrarca, se sienta a la mesa con reyes y emperadores, lo adoran las mujeres como a un héroe del cine. Y el otro... Bien, digamos que basta con señalar que ha de vivir el resto de su vida esclavizado en un cuartucho como éste en el que estamos...

—¿No le gusta a usted este cuartucho? —preguntó Gale con aparente simplicidad—. Pues yo lo

encuentro delicioso; algunos de estos adornos son muy bonitos...

—Todavía no está claro —siguió Gunter como si ignorase a Gale— cómo consiguió el pastelero llevarse al poeta a Márgate, y convencerlo además de que se metiese con él en el agua. Sin embargo, y aun reconociendo que en aquellos momentos el pobre Phineas andaba digamos que divagando, tan inquieto que apenas podía entregarse a su trabajo, no tenemos la menor prueba de que estuviese al corriente o sospechara siquiera un poco del odio que sentía por él su hermano desde hacía años. Es fácil imaginar, así, cómo Phineas comenzó a nadar confiadamente

junto a Joseph, y cómo éste, una vez lejos ambos de la multitud de bañistas, lo hundió hasta ahogarlo para dejarle luego a merced de la corriente. Después volvió tranquilamente a la orilla, se vistió y ocupó su asiento en el autocar.

—Por favor, no se olviden de ese jarroncito tan precioso —dijo Gale con la voz exageradamente suave—. Mr. Joseph Salt se detuvo a comprarlo y luego se subió al autocar para regresar a casa... Bien, ha hecho usted una reconstrucción perfecta del crimen, Mr. Gunter, y le felicito... Pero hasta las cosas más perfectas tienen un fallo; en su reconstrucción del crimen hay uno evidente, bueno, digamos sólo que hay

un pequeño error... Pero me parece que se ha equivocado usted de lado a lado.

—¿Sí? ¿A qué se refiere? —saltó el abogado.

—Permítame que corrija su argumento —dijo Gale—. Dice usted que Joseph envidiaba a Phineas. Pues bien, me parece que era precisamente al revés. Era Phineas quien tenía envidia de Joseph.

—Mi querido Gale —dijo el doctor Garth dando muestras de una gran impaciencia—, me parece que está usted pegando brincos como una cabra loca, y permítame decirle que no me parece que estemos en una situación propicia para sus graciosas paradojas, por divertidas

que puedan resultar a veces... Ya me sé de memoria sus fantasías, sus bromas y todo eso... Pero me parece que nos hallamos en un momento particularmente difícil. Y además estamos en la casa de un probable asesino, que puede llegar en cualquier instante.

—Sí, vivimos un trance infernal — dijo Gunter dando muestras de flaqueza por primera vez.

Levantó el abogado los ojos con gesto de aprensión, como si esperase ver pendiendo del techo polvoriento la cuerda de la horca.

Entonces se abrió bruscamente la puerta y se hizo presente el hombre a quien prácticamente habían juzgado y

condenado por asesinato. Sus ojos brillaban como los de un niño ante un juguete nuevo, su rostro había enrojecido hasta las orejas, sus hombros cuadrados parecían echarse hacia atrás como los de un soldado en posición de firmes, y en el ojal de su chaqueta lucía una hermosa flor roja, una de esas flores que recordó Gale haber visto en los macizos de cierta casa ante la que había pasado poco antes. Gale supo pronto el porqué de tan triunfal entrada del tendero Mr. Joseph Salt.

Pero apenas se hizo presente en su propia tienda observó el hombre exultante de la flor en el ojal la tétrica expresión de casi todos los allí

presentes, y miró con angustiada fijeza al abogado.

—Bien —dijo al fin—. ¿Han avanzado algo en sus investigaciones, caballeros?

Estaba a punto Gunter de abrir sus labios, que parecían sellados, como para dirigir a Joseph Salt aquella pregunta que una vez oyó Caín que le venía del cielo, cuando Gale lo interrumpió echándose atrás en su silla y soltando una risita alegre.

—Por mi parte, he abandonado las investigaciones —dijo Gale—; ya no tengo que interesarme más por este caso.

—Eso quiere decir que sabe que no podrá encontrar nunca a mi hermano,

Phineas Salt —dijo el comerciante con tristeza.

—No, es que lo he encontrado —dijo Gale.

El doctor Garth no pudo impedir ponerse de pie de un salto. Se quedó mirando a Gale con los ojos encendidos.

—Señores, estoy hablando con Phineas Salt —afirmó rotundamente Gale.

Se levantó, dio unos pasos hacia el propietario, se inclinó ligeramente como para observarlo mejor, y acentuando la gravedad de su expresión dijo:

—¿Quiere usted dar por resuelto el caso, Mr. Phineas Salt, o prefiere que lo haga yo, contando lo ocurrido?

Se hizo un pesado silencio.

—Cuéntelo usted todo —dijo el tendero—. Sí, supongo que sabe usted la verdad...

—Lo sé porque yo hubiese hecho lo mismo, a buen seguro —dijo Gale pausadamente—. Es lo que algunos llaman padecer una analogía con los lunáticos, incluyendo entre éstos a los hombres de letras...

—¡Un momento! —clamó el asombrado Gunter—. Antes de que empiece a ponerse usted demasiado literario, ¿debo entender que este caballero, el propietario del establecimiento donde estamos, es en realidad Mr. Phineas Salt, el poeta? Y si

así fuera, ¿dónde está su hermano, Mr. Joseph Salt?

—Dando la vuelta al mundo, supongo —dijo Gale—. Sí, viajando por el extranjero, tomándose unas vacaciones; unas vacaciones que no serán menos agradables a causa de las dos mil quinientas libras que su hermano le regaló para que se las gastara divirtiéndose... Le resultó muy fácil desaparecer; se limitó a nadar un buen trecho, para salir del agua por otra parte de la playa en la que tenía ropa distinta. Mientras, nuestro amigo se metió en la caseta de baños, se rapó la barba y se vistió... Sin barba y con el cabello peinado se parecía a su hermano lo

suficiente como para que ninguno de los viajeros del autocar sospechase que era otro... Y observen el detalle... Abrió un nuevo comercio en otro barrio.

—¿Por qué? —preguntó Garth desesperado, acaso porque no acertaba a comprender lo que oía—. En el nombre de todos los santos y de todos los arcángeles, ¿por qué? ¡Esto no tiene el menor sentido!

—Yo se lo explicaré —dijo Gale—. Aunque puede que al final siga sin encontrarle sentido.

Se quedó mirando un rato el jarroncito y al fin dijo:

—Esto es lo que llamará usted, querido Garth, una historia absurda,

probablemente con razón; aunque también hay quien llama a esto, gente seguramente absurda, poesía... El poeta Phineas Salt era un hombre que, en su frenesí de libertad y omnisciencia, había llegado a poseerlo todo. Había intentado, a la vez, sentirlo todo, experimentarlo todo, incluso lo que no podía ser... Y encontró así, como lo hubiera encontrado cualquier hombre como él, que esa ilimitada libertad es, en sí misma, un límite. Es como un círculo que, al tiempo, es eternidad y prisión. No sólo quería hacerlo todo. Quería ser también todo el mundo. Para el panteísta, Dios es todo el mundo; para el cristiano, es también alguien muy en

concreto. Pero esta especie de panteísta no podía limitarse a una elección. Desearlo todo es no querer nada. Mr. Hatt, aquí presente, dijo que lo vio sentado ante una hoja en blanco; y yo le dije que no era porque no tuviese nada que escribir, sino porque podía escribir acerca de cualquier cosa. Cuando llegó al acantilado y vio la muchedumbre a sus pies, tan vulgar y a la vez tan compleja, sintió primero que podía escribir mil historias, y después, que no podía escribir ni una sola: no tenía mayores motivos para elegir a uno en vez de al otro.

»¿Cuál sería el siguiente paso a dar, llegado a este punto? Creo haberles

dicho ya que no había más que dos pasos entre los que elegir: o saltar o dejar de ser lo que había sido hasta entonces. Ser otro; ser alguien, en vez de escribir acerca de todo el mundo; encarnarse en uno de esos seres humanos que forman la muchedumbre; empezar a vivir como una persona real vive la realidad. Cosa difícil, salvo en el improbable caso de que una persona vuelva a nacer.

»Pero lo intentó, reflexionó, halló lo que deseaba. Recordó las cosas que no había conocido desde los lejanos días de la infancia; los objetos que gustan a la clase media; negociar con caramelos y limonada; enamorarse de una

muchacha, una vecina, y entusiasmarse con ella hasta lo indecible... Ser joven, en definitiva. Ése era el único paraíso sin mácula que quedaba en la imaginación de un hombre que había puesto los cielos boca abajo. Por eso lo intentó. Por eso, en suma, experimentó. Y creo que podemos decir que ha tenido éxito.

—Sí —afirmó el pastelero con evidente satisfacción—. Al fin he tenido éxito.

Mr. Gunter se levantó de su asiento con aire desconsolado.

—En fin, no porque me lo haya explicado usted convenientemente creo entenderlo todo —dijo—. Pero debo

aceptar que las cosas son como usted las ha contado... Permítame una pregunta, por favor... ¿Cómo lo ha descubierto?

—Yo creo que fue el escaparate lleno de dulces de colores lo que me dio la pista a seguir —dijo Gale—. No podía apartar la vista de esos colorines... Era todo tan bonito... Los dulces son mejores que las joyas; los niños tienen razón; los dulces le hacen experimentar a uno la feliz sensación de que come rubíes y esmeraldas... Incluso, al mirarlos, tenía la convicción de que me hablaban. Y llegué a entender lo que me decían. Vistas desde el interior de la tienda, esas grosellas violeta y púrpura poseían vida y lucían como amatistas;

pero, desde fuera, con la luz que caía sobre los dulces, parecían banales y mates... Había muchas más cosas, de tono dorado y hasta opacas, que parecían más alegres contempladas en el escaparate desde el interior... Entonces pensé de repente en el hombre que había querido entrar en la catedral para ver los vitrales desde el interior... Ésa fue la clave. Ahí lo comprendí todo. El hombre que había decorado el escaparate no podía ser el modesto tendero. No era un hombre que pensara en el aspecto de las cosas desde el exterior, sino en cómo debían mostrarse a su mirada de artista. Desde el interior de la tienda veía joyas púrpura. Pero al

recordar el episodio de la catedral me vino a la mente algo más. Recordé lo que había dicho el poeta acerca de la doble vida de santo Tomás de Canterbury; y cómo, una vez obtenida la mayor gloria terrenal, necesitó despojarse de todo. San Phineas de Croydon está viviendo también su doble vida, o su segunda vida.

—Bien —interrumpió Gunter, echándose hacia atrás mientras bostezaba—, con todos mis respetos, sólo puedo decir que si ha hecho todo eso es que se ha vuelto loco.

—No —le corrigió Gale—; muchos de mis amigos se han vuelto locos, y no por ello he dejado de tenerles simpatía...

Pero en este caso debería usted hablar de la Historia del Hombre que se volvió Cuerdo.

VIII

EL MANICOMIO DE LA AVENTURA

Un escaso cortejo fúnebre
atravesaba un recoleto cementerio de la
rocosa costa de Cornualles, llevando un
féretro a su tumba, cavada al pie del
bajo muro contra el que se estrellaba el
viento. El ataúd era sencillo; el cortejo,
compuesto por campesinos y

pescadores, lo miraba sin embargo con ojos oblicuos, con un temor supersticioso, como si fuese cierto ataúd de esa leyenda según la cual contiene un monstruo. En realidad iba dentro el cuerpo de alguien muy próximo a ellos, un vecino que vivió cerca de sus casas pero al que jamás habían visto.

A quien presidía el duelo, no obstante, sí lo habían visto frecuentemente; solía desaparecer durante temporadas enteras, pues se refugiaba en la casa del difunto, pero cuando salía de allí lo hacía sin preocuparse de que lo vieran. Del difunto nadie podía decir cuándo había llegado allí; todos suponían que lo hizo

de noche y que sólo abandonó la casa para ir al cementerio, ya metido en el ataúd.

Quien presidía el cortejo era un hombre alto, vestido de negro, que iba con la cabeza descubierta por lo que el viento racheado del mar silbaba entre sus largos cabellos como entre las crecidas hierbas de la costa. Aún era un hombre joven, pero nadie hubiese podido decir que el traje de luto que vestía le sentaba mal. No obstante, quien lo conociera de antes no habría podido hacer otra cosa que sorprenderse ante su indumentaria, como si el traje negro supusiera que había cambiado radicalmente. Cuando vestía su habitual

y descuidado traje de mezclilla de pintor ambulante que iba por ahí pintando paisajes, parecía distraído, o más que eso, ausente, ajeno a la realidad. El traje negro, empero, le daba un aspecto más severo a su rostro, una perspectiva más angular. Vestido de negro y con el tono amarillento de sus cabellos crecidos, bien podía haber sido el Hamlet más convencional, el de la expresión visionaria en los ojos; aunque el Hamlet más convencional difícilmente hubiera podido tener esa barbilla prominente de nuestro hombre, que reposaba casi sobre el nudo de su también negra corbata.

Al concluir el entierro salió del camposanto y se dirigió a la oficina de

correos, dando zancadas a cada paso más largas, como quien, ajeno al menor respeto debido, a lo que se tiene por decente comportamiento, apenas podía disimular que acababa de quitarse de encima un gran peso.

«Es horrible —dijo para sus adentros—, pero me siento como un viudo feliz».

Bien, llegó a la oficina de correos y dirigió un telegrama a lady Diana Westermaine, en Westermaine Abbey. Decía el telegrama:

«Llegaré mañana, cumpliendo mi promesa. Le contaré la historia de una extraña amistad».

Salió igualmente aprisa de la

modesta oficina de correos, y más aún, sin acortar sus zancadas, salió en dirección al este, hasta dejar tras de sí la última casa del pueblo. Su traje de luto y su sombrero, que ahora llevaba puesto, se destacaban casi escandalosamente en el verde de la campiña otoñal.

Llevaba ya medio día caminando, había comido un poco de pan y queso con cerveza en una pequeña hostería, y reemprendía su marcha igual de veloz que antes, cuando le sucedió el primer acontecimiento extraño de aquel día. Se encaminaba hacia el cauce de un riachuelo que corría por una hondonada entre las colinas, y llegó un punto en que

el sendero se estrechaba para correr al pie de un alto muro de piedra. Era un muro levantado con grandes piedras planas; a lo largo de su parte más alta corría una especie de cornisa que sugería la dentadura de un gigante. Lo normal sería que no se hubiese fijado siquiera en la estructura del muro, y la verdad es que no prestó la menor atención al muro en sí, hasta que percibió algo, hasta que en un punto de aquella cornisa se producía un hueco notable, de golpe, y uno de los dientes del gigante caía a sus pies levantando una nubecilla de polvo parecida al humo de una explosión. El diente del gigante, al desprenderse de lo alto del muro, le

había rozado la cabellera.

Lógicamente impresionado, levantó la vista hasta donde había intuido un instante antes el hueco diciéndose que se había librado de morir por muy poco, y vio en el negro agujero de la cornisa un rostro que lo miraba fijamente y con expresión malévola.

—¡Podría denunciarle y mandarlo a la cárcel! —gritó el del traje negro.

—No, no podría hacerlo —dijo el que estaba en lo alto del muro, desapareciendo al instante con la agilidad de una ardilla.

El hombre vestido de negro, cuyo nombre era Gabriel Gale, levantó la vista y contempló pensativamente el

muro; era alto y difícil de escalar por la disposición de sus piedras planas; además, el otro ya se habría escapado. Gale se preguntó por qué diablos quienquiera que fuese aquel ser había hecho eso. Pero no tardó mucho en reflexionar acerca de lo que el otro le había dicho cuando lo amenazó con la cárcel.

A decir verdad, pese a que aquellas palabras dichas por el desconocido parecían absolutamente banales, hicieron evocar a Gale los hechos que acabaron en aquel pequeño cementerio; así, mientras reanudaba su marcha, ahora a paso aún más ligero, trataba de recopilar en su mente todos y cada uno

de los detalles de aquella historia tan extraña que debía narrar a lady Diana en breve.

Unos catorce años atrás, cuando llegó a su mayoría de edad, Gabriel Gale heredó unas deudas no muy gravosas y el libre dominio de unas tierras que daban escasos réditos. Aunque había crecido en la tradición y los usos de los modestos terratenientes, no era Gale un hombre especialmente dado a opinar sólo como opinan los modestos terratenientes, distinguiéndose de éstos por otras apetencias y por otras miras... La verdad es que, desde su primera juventud, su política era muy

distinta de la política de los pequeños propietarios rurales; sus ideas, para éstos, eran muy revolucionarias, por lo que en la región se le consideraba capaz de alzar la antorcha y pegarle fuego a todo lo que le saliera al paso. Incluso intervino en la defensa de los cazadores furtivos y de los gitanos; escribió cartas a los periódicos de la región, que los directores consideraron excesivamente elocuentes, por no decir otra cosa, como para ser publicadas. Denunció también a la Magistratura del condado por su actitud, para él injusta, en la concesión de cosas que tenían que haber sido adjudicadas justamente y no lo fueron. Y al descubrir que las autoridades en

general estaban contra él y ejercían el control legal de los medios de expresión, inventó un método muy personal que además le resultó muy divertido y contrarió de manera indecible a las autoridades, sobre todo a las de la Magistratura.

Por ejemplo, aprovechando el talento que poseía para dibujar y pintar, así como para adivinar lo que pensaban los demás y captar con una mirada el carácter de cualquiera, se convirtió en un retratista muy especial. No en eso que por lo general se conoce como un pintor elegante. Las tierras de Gale comprendían varias granjas con blancos muros o vallados que lindaban con la

carretera; pero cada vez que un potentado cualquiera, o un magistrado, hacía algo que Gale no consideraba justo, pintaba su retrato en las paredes blancas de las granjas. No eran, propiamente dicho, caricaturas; eran, en realidad, unos retratos en los que el pintor exponía al desnudo, crudamente, el alma del retratado. No hubo nada ofensivo, por ejemplo, en el retrato que hizo de aquel gran príncipe de los negocios que hoy es Par del Reino; ni los ojos que miraban bajo sus cejas espesas, ni el escaso cabello malamente partido por una raya en medio, pecaban de exageración, pero en aquella su sonrisa comercial los labios parecían

decir únicamente una cosa: «¿Y no hay más beneficio?» Incluso se le notaba en la expresión que lo que vendía no era precisamente de buena calidad. En cuanto al retrato formidable que hizo Gale del coronel Ferrars, con sus grandes mostachos y sus pobladas cejas, hay que decir que hacía justicia a la noble distinción de su rostro... pero revelaba a las claras que era el rostro de un lunático, de un chiflado que tenía el temor subconsciente de descubrir que en efecto estaba loco.

Con sus coloridas proclamas, Mr. Gale contribuyó grandemente al embellecimiento de las granjas, de sus tierras, cabe decir de la región, también,

y a hacerse amar por sus iguales, e incluso por quienes eran aún menos que él. Nadie podía adoptar además ninguna medida legal contra él, porque Gale se limitaba a pintar; ni escribía libelos contra nadie ni pintaba leyenda alguna al pie de sus retratos; pintaba en las paredes de sus granjas, encima, sin apropiarse de la fachada de la casa de nadie, y en fin, lo ya dicho: se limitaba a pintar retratos.

Entre los que cada día se reunían a ver el nuevo retrato hecho por Gale se contaba un campesino de rostro colorado y curtido, con largas y espesas patillas, apellidado Banks, capaz de deleitarse con cualquier acontecimiento

que se saliera de lo normal, pero de expresión impenetrable y acaso de corta capacidad de opinión... Nunca consiguió meterse en la cabeza la simbología social que había en los retratos pintados por Gale, aunque los contemplara con gran interés, como si lo que viese fuera todo un acontecimiento capaz de elevar a la mayor gloria su región, como cuando nace una ternera con cinco patas o se corre la voz de que ha sido visto un fantasma paseando por las antiguas horcas del pantano. Lo antes dicho no supone, sin embargo, que Banks fuese imbécil; por el contrario, disponía de todo un gran repertorio de chistes e historias cómicas, trágicas y

tragicómicas, que venían a demostrar lo muy ricas que eran las tradiciones de aquella humanidad encerrada en el corto espacio físico de aquella región. Así ocurrió que el granjero y su revolucionario vecino pintor sostuvieron andando el tiempo largas conversaciones sobre pasteles de carne y cerveza, mientras hacían largas excursiones a tumbas antiguas y emocionantes, o a históricas tabernas, no menos emocionantes. Y así ocurrió, también, que en una de aquellas largas excursiones Banks tropezó con uno de sus antiguos compañeros, quedando constituido un grupo de tres amigos que algún descubrimiento no totalmente

desprovisto de interés harían, sobre todo cuando los excursionistas pasaron de ser tres a ser cuatro.

El primero de aquellos amigos era un hombre lleno de vida, con una barba larga y ojos penetrantes que tenía por habilidosa costumbre hacer girar constantemente mientras sonreía y hablaba. Tanto él como Banks mostraron gran interés por aquellas proclamas políticas de Gale, a la vez que, curiosamente, las consideraban una broma sin mayor trascendencia. Ambos, por lo demás, mostraban mayor interés aún en presentarle a un amigo, Wolfe, al que sin embargo aludían siempre como Sim, según ellos un tipo con mucho

ingenio y alguna experiencia en crítica política, que sin duda podría darle ideas. Gale, sumido en aquella especie de soñolienta curiosidad tan típica en él, se vio, pues, arrastrado a una excursión que tenía como objetivo principal presentarle a Sim. Y le fue presentado Sim, en efecto, en una pequeña hostería llamada *Las Uvas*, media milla río arriba. Para ir hasta allí los tres amigos tomaron una barca, siendo el timonel Starkey, un tipo diminuto. Era una hermosa mañana de otoño, pero el río estaba casi oculto entre sus altas márgenes de espeso bosque, con algún claro soleado, en uno de los cuales se alzaba un hotelucho que parecía

contemplar embobado el río. En la ribera que dominaba las aguas los esperaba un hombre de muy buen aspecto, con un hermoso rostro curtido, como de actor, y los cabellos ensortijados y grises. Les dio la bienvenida con una agradable sonrisa y se encaminó hacia la casa con gesto decidido.

—He encargado algo para ustedes —dijo—. Ya debe de estar preparado.

Mientras Gabriel Gale avanzaba en la retaguardia de la marcha en fila, subiendo por el pavimentado sendero que conducía a la puerta de la hostería, su mirada errabunda se fijó en el resto del jardín; algo vibró entonces en su

espíritu, que era muy dado a vibrar, en cualquier caso, e incluso a rebelarse, hablando en términos generales. Gale no comprendía por qué tenía que subir a través de aquel sendero tan recto y bien trazado, cuando muchas otras cosas del jardín despertaban su ardiente fantasía. Hubiera preferido, desde luego, almorzar en una de aquellas mesitas a la intemperie que había diseminadas por la hierba. Hubiera preferido andar casi a tientas por la semioscuridad de aquella glorieta del fondo del jardín, en la que podía ver la mesa de piedra redonda y el banco semicircular bajo la bóveda a la que ponían gruesas cortinas incontables plantas trepadoras. Incluso

se sentía más atraído por un viejo trapecio que aparecía entre sus montantes de hierro por los matorrales de la margen del río. Aquella atracción fue tan irresistible que no pudo reprimir un grito:

—¡Allá me voy!

Y echó a correr a través del jardín en dirección a la glorieta para subirse al trapecio de un salto. Se columpió un par de veces, y ya se disponía a dejar el asiento con un nuevo salto para caer de pie sobre la hierba, cuando justo en ese momento la cuerda que sujetaba el asiento se rompió, y cayó Gale de espaldas agitando sus piernas en el aire. No obstante, de un nuevo salto se puso

en pie y se encontró de frente a sus amigos, que lo habían seguido y le miraban con expresión de censura, como poco... Salvo el sonriente Starkey, cuyos ojos giratorios eran los de siempre, al igual que su sonrisa.

—¡Vaya trapecio! —protestó Gale—. Aquí todo se cae a pedazos...

Y pegó un tirón de la otra cuerda, que cayó a la hierba. Entonces, dirigiéndose a Gale, dijo Wolfe:

—¿Así que quiere hacer usted un número de circo en la glorieta? Muy bien, entre usted y arranque todas las telarañas que encuentre; cuando acabe entraré yo.

Gale entró sonriente en aquel oscuro

rincón y se sentó en el centro del banco semicircular. Mr. Banks, un hombre más práctico, se había negado en redondo a penetrar en aquella caverna rodeada de hojas y siguió en dirección al hotelucho. Poco después entraban Wolfe y Starkey, que tomaron asiento en cada extremo del banco semicircular, con Gabriel Gale entre ambos.

—Supongo que habrá sido un impulso, ¿no? —dijo sonriente Wolfe a Gale—. Ustedes, los poetas, suelen padecer de impulsos, ¿no es así?

—La verdad es que no podría decirle si ha sido o no un impulso poético —dijo Gale—; de lo que sí estoy seguro es de que se necesitaría de

un poeta para decirlo, e incluso describirlo. No estoy seguro de ser poeta. En cualquier caso, sí estoy seguro de que no podría describir jamás este tipo de impulsos; la única manera de hacerlo, por lo demás, sería escribiendo un poema sobre ese maldito trapecio que no sirve para columpiarse y otro sobre la glorieta, enmarcándolos luego en un gran poema dedicado al jardín en su conjunto. Pero los poemas de esas características no se escriben así como así ni en un corto espacio de tiempo. Debo decirle, además, que un verdadero poeta nunca hablaría en prosa... Yo hablo en prosa... Un verdadero poeta hablaría del tiempo en estrofas

rimbombantes, en estrofas hinchadas como las nubes de las tormentas, o le pediría en la mesa que le alcanzase las patatas en un impromptu lírico tan hermoso como la flor azul de la patata.

—Pues haga usted un poema en prosa —dijo Simeón Wolfe—. Díganos así sus impresiones acerca del jardín y del columpio.

Gabriel Gale estaba de muy buen humor, tenía uno de sus días más locuaces, de mayor sociabilidad. Hablaba mucho de sí mismo precisamente porque no era egoísta. En esta ocasión lo hizo extensamente. Le gustaba ver a aquellos hombres atentos e interesados, y trató de expresar con las

palabras justas los imperceptibles, los intangibles impulsos que provocaban siempre en él ciertas formas o colores, determinadas revueltas del camino, tantas veces sinuoso, de la vida. Trató de expresar su análisis del atractivo que se contenía en aquel trapecio con sus rudimentarios conocimientos de la aviación, para decir que algo así, un trapecio, un columpio, conseguía hacer de un hombre un niño, porque daba al niño, y por lo tanto al hombre, la sensación de ser un pájaro. Dijo que aquella glorieta era fascinante sólo porque era una auténtica ruina, casi un antro. Habló expresamente de la verdad psicológica, para decir que aquellos

ruinosos objetos elevaban a lo más alto el espíritu de un hombre, aunque dudaba que el suyo se hubiese elevado.

También hablaron los otros. Mientras hacían el almuerzo disertaron sobre sus respectivas experiencias personales, y Gale pudo comenzar así a comprender cuáles eran sus personalidades y cuáles sus puntos de vista más arraigados, o más forzosamente arraigados. Wolfe había viajado mucho, especialmente por el este del país; la experiencia de Starkey había sido mucho más local, pero igualmente interesante; ambos, en fin, habían conocido diversos casos y problemas psicológicos sobre los cuales

consultaban sus notas. Ambos estuvieron de acuerdo en el proceso mental de Gale; se comunicaron que, aun no siendo muy común, tampoco era único.

—En realidad —dijo Wolfe—, creo que su mentalidad pertenece a un tipo particular del que he conocido algunos casos. ¿No le ha ocurrido a usted lo mismo, Starkey?

—Estoy totalmente de acuerdo.

Fue en aquel momento cuando Gale dirigió una mirada que parecía ensoñadora a la luz que caía sobre la hierba, y en el momento más plácido, brotó de su interior un destello como un relámpago; una de esas intuiciones que le acompañaban en cualquier momento;

quizás la mayor y mejor intuición de su vida.

Sobre la luz plateada del río, el negro marco del destrozado trapecio de destacaba como una horca. No se veía rastro ni de la cuerda ni del asiento, no ya donde hubieran debido colgar, sino en el suelo, donde habían caído. Dirigió una mirada en derredor suyo y las vio por fin, ocultas a medias detrás del banco, en el sitio donde Starkey se había sentado. Al instante lo comprendió todo. Supo la profesión de los dos hombres que tenía a su lado. Supo por qué le pedían que describiese el proceso de su mente. No tardarían en sacarse del bolsillo un documento para obligarle a

firmarlo. No saldría de aquella glorieta como un hombre libre.

—Así que son ustedes médicos y creen que estoy loco —les dijo sin dar señales de alarma, incluso alegremente.

—Esa expresión no es precisamente científica —dijo Simeón Wolfe en tono conciliador—. Pertenece usted a un tipo que los amigos y admiradores deben tener la consideración de tratar de una forma muy concreta, pero que en ningún caso ha de ser molesta o poco amistosa. En realidad es usted un artista que posee un temperamento que podríamos denominar como de megalomanía modificada; un temperamento que se manifiesta mediante constantes

exageraciones. No puede usted ver una pared desnuda sin experimentar el irresistible impulso de cubrirla con una pintura. No puede usted ver cómo se balancea un inocente trapecio para que se columpien los niños sin pensar en barcos volantes que se balancean en el aire. Me aventuro a decir que no puede ver usted un gato sin pensar en un tigre, ni un lagarto sin pensar en un dragón.

—Eso es rigurosamente cierto — dijo Gale con gran solemnidad—. ¡Jamás haría lo contrario!

Su boca se ladeó un poco entonces en una sonrisa, como si acabara de ocurrírsele algo muy gracioso.

—La psicología es sin duda algo de

mucha importancia y valor —siguió diciendo Gale—; parece que nos enseña a leer los pensamientos de los demás, aquello que más se oculta en su mente. Usted, por ejemplo, tiene una mentalidad muy interesante; ha alcanzado una condición que creo reconocer, pues se encuentra usted en pleno desarrollo de esa actitud especial en la cual un hombre, cuando piensa en algo, no lo hace en el epicentro fundamental de ese algo. No ve usted más que los bordes difuminados de ese algo. Su enfermedad es la opuesta a la mía, a eso que usted llama hacer de un gato un tigre y de un lagarto un dragón; otros lo llaman hacer de una montaña una topera... Usted no se

limita a hacer de un gato un gato, sino que va hacia atrás, probando que es menos que un gato; un gatito defectuoso, o un gato con una clara deficiencia mental. Pero un gato es un gato; tal es la suprema cordura con que de manera tan espesa, tan velada, se expresa su mente. Después de todo, una topera es una colina y una montaña es también una montaña; pero ha caído usted en ese estado mental de la reina loca que decía conocer montañas comparadas con las cuales todas las demás eran un valle. No puede usted captar una cosa llamada simplemente cosa. Nada tiene para usted un epicentro, un eje central cuerdo. En su cosmogonía no hay un centro. Su

problema empieza por ser ateo.

—Yo no he dicho que sea ateo —
dijo Wolfe mirándole fijamente.

—Y yo no he dicho que sea artista
—replicó Gale—, ni he dicho que tenga
apetencias de serlo; ni tengo, por
supuesto, un afán artístico incontrolable,
ni cosa parecida. Pero le diré algo...
Sólo soy capaz de exagerar las cosas
según la forma en que se desarrollan. Y
le aseguro que muy pocas veces me
equivoco. Puede ser usted tan frágil
como un gato, pero yo sabía que se iba
usted convirtiendo poco a poco en un
tigre. Y adiviné que este lagarto que es
su amigo Starkey podía, por medio de
cierta magia negra, la de su ciencia,

convertirse en un dragón.

Mientras seguía hablando no perdía de vista a Starkey, sin dejar tampoco de mirar hacia el exterior a través del oscuro arco de la glorieta, que se le antojaba el de una cárcel con un guardia a cada lado de la puerta.

Más allá se veía la siniestra silueta de la horca, y tras ella el verde plateado del jardín y el río, que brillaban al unísono como un paraíso de la libertad perdida. Pero era característico en Gale, incluso cuando se veía en una situación desesperada, mostrarse lógico e incluso agresivo, hasta resultar triunfante. Le apasionaba dar la vuelta a los argumentos que se esgrimían en su

contra, incluso cuando eran tan abstractos como una tabla de multiplicar.

—¿Por qué, mis doctos amigos — siguió diciendo, ahora con cierto aire de desprecio—, se creen ustedes más indicados para redactar un informe sobre mi estado mental que yo sobre el suyo? No pueden ustedes ver en mí más profundamente de lo que yo puedo ver en ustedes. Ni siquiera la mitad. ¿Acaso desconocen que un pintor de retratos tiene que valorar a quien tiene frente a sí a primera vista, tanto como al parecer hacen los médicos, según presumen? Y les aseguro que yo hago eso mucho mejor que ustedes; digamos que tengo la

fortuna de poseer ese don... Por ello puedo pintar mis grandes retratos en las paredes. Y no duden de que sabría pintar como es debido sus retratos, caballeros... Sé qué tiene metido usted en la cabeza, doctor Simeón Wolfe; y le aseguro que lo que tiene ahí no es más que un caos de excepciones que no se ajustan a la menor regla. Es usted capaz de encontrar anormal cualquier cosa, precisamente porque no es usted normal; es usted capaz de juzgar loco a todo el mundo, pero en cuanto a la razón por la que quiere considerarme loco... bueno, sólo puedo decirle que se trata de otra de las desventajas de ser ateo. Cree usted que no pesará sobre su conciencia

haberse convencido de que debe cometer la traición, la absoluta villanía que debe cometer usted hoy.

—Ahora ya no me queda la menor duda sobre su deterioro mental —dijo el doctor Wolfe en tono de mofa.

—Parece usted un actor, pero muy malo —respondió Gale con mucha calma—. Veo que mis simples conjeturas sobre usted eran todo un diagnóstico. Estos expoliadores y usureros que oprimen al pobre en mi valle natal son incapaces de encontrar una ley, por intrincada que sea, que me impida pintar los colores de su alma en el infierno. De manera que lo han sobornado a usted y a ese otro doctor, a

bajo precio, seguramente, para que me resuelvan el trámite de conseguir plaza en el manicomio... Sé bien qué clase de hombre es usted; sé bien que no es la primera monstruosidad que hace para ayudar a un rico a salir del atolladero. Usted es de esa gente capaz de hacer cualquier cosa por tener contento a quien le paga, aunque le pague poco... Incluso puede que fuese usted capaz de asesinar a una criatura que aún no ha nacido...

El rostro de Wolfe seguía arrugado en su semítica expresión de ironía, pero su tinte oliváceo había adquirido un tono amarillento repulsivo. Con una súbita estridencia, abrupta como el ladrido de

un perro, Starkey gritó:

—¡Hable usted con más respeto!

—¡Vaya! —exclamó Gale como con hartazgo—. Al fin habló también el doctor Starkey... Bien, pues hablemos todo lo médicamente que sea posible acerca del estado mental del doctor Starkey...

Volvía los ojos lánguidamente hacia donde se encontraba Starkey, pero se detuvo ante un cambio que percibió en el exterior de la glorieta. Un tipo extraño se había detenido bajo el marco del trapecio, mirando hacia arriba e inclinando la cabeza a un lado, como los pájaros. Era un hombre joven, pero bajo y rechoncho, que vestía

estrafalariamente; Gale supuso que se trataba de un huésped despistado. Su presencia, en cualquier caso, no le serviría de mucho, pensó, porque la ley estaba de parte de los médicos. Así que siguió hablando.

—El deterioro mental del doctor Starkey —dijo— ha hecho que olvide algo fundamental como lo es el amor a la verdad, ni más ni menos. Usted, Starkey, no es un hombre que se guíe por una filosofía del escepticismo, como su colega; usted, mi querido amigo Starkey, es un hombre práctico; pero lleva tanto tiempo mintiendo, que es incapaz de ver las cosas como son, sólo como usted quiere que sean, según el calibre de sus

mentiras. Junto a cada cosa está el ideal que la sostiene, que es su sombra; pero usted sólo ve la sombra, y además donde le conviene y cuando le conviene. La percibe rápidamente, eso sí, pero se dirige de inmediato a la potencialidad engañosa de todo para dar a cada cosa un uso muy distinto del que por su ideal le corresponde. Es usted uno de esos tipos que se creen originales porque siempre toman las callejas más tortuosas. Muy pronto se dio cuenta de que el trapecio no era más que un algo insustancial, que podía, sin embargo, proporcionarle unas cuerdas para atarme, temeroso de que me pusiera violento. Vio usted, igualmente, que

haciéndome entrar el primero en la glorieta me tendría acorralado. Pero lo de columpiarme en el trapecio y entrar en la glorieta fueron ideas que sólo a mí se me ocurrieron; no es usted un pensador que aplique la ciencia del comportamiento, como el sinvergüenza de su colega; usted se limita a apropiarse de las ideas de los otros con la rapidez de un carterista. En cuanto ve usted una idea que asoma por un bolsillo cualquiera, no puede evitar pegarle un tirón y llevársela. Ahí se demuestra su locura, amigo mío; no puede resistir usted la tentación de ser inteligente, o, mejor dicho, de pedir prestada la inteligencia de los demás. Su

desvergüenza es la propia de los desarrapados, por lo que no me extrañaría que hubiese estado alguna vez en la cárcel.

Starkey se puso de pie de un salto, tomando las cuerdas y arrojándolas sobre la mesa.

—¡Hay que atarlo y amordazarlo, está delirando! —gritó fuera de sí.

—Bien, eso me hace simpatizar en cierto modo con su forma de ser — siguió diciendo Gale tan tranquilo—. Cree usted que debo ser amordazado, porque si estuviese en libertad medio día más, o quizás simplemente media hora más, podría averiguar muchas cosas acerca de usted, haciendo jirones

su reputación de hombre y médico respetable, ¿verdad?

No obstante, mientras hablaba seguía observando Gale con gran interés los movimientos que hacía aquel hombre bajo y grueso en el exterior de la glorieta. Había cruzado el jardín, y tras coger una silla se dirigía a la glorieta. Con gran sorpresa por parte de los médicos, entró, puso la silla en la entrada y tomó asiento estirando las piernas y metiéndose las manos en los bolsillos, mientras miraba con mucha curiosidad a Gabriel Gale. Allí sentado, en la penumbra de la glorieta, con su cabeza grande y cuadrada de cabello corto, con sus anchos hombros, ofrecía

una presencia un tanto inquietante, por no decir misteriosa.

—No me gustaría interrumpirles, caballeros, aunque quizás fuese más honesto por mi parte decir que deseo interrumpirles —dijo—. Porque lo cierto es que quiero interrumpirles. A decir verdad, doctores, cometerían ustedes la mayor imprudencia amordazando a este hombre para llevárselo a la fuerza.

—¿Por qué dice eso? —acertó a preguntar Starkey.

—Porque si lo intentan, los mataré —respondió el extraño.

Gale y los médicos lo miraron sorprendidos; Wolfe, sin abandonar su

habitual tono despectivo, dijo:

—Creo que le resultaría difícil matarnos a los dos a la vez.

El desconocido sacó sus manos de los bolsillos, con un destello metálico; en cada una de ellas tenía un revólver que apuntaba a los médicos como si fueran dos largos dedos de acero.

—Los mataré, aparte de por lo antes dicho, si gritan o tratan de huir —dijo el desconocido luciendo una media sonrisa de burla en los labios.

—¡Se está usted ganando la horca! —le gritó Wolfe abruptamente.

—No, no, qué va... —respondió el otro—. Salvo que dos muertos pudieran levantarse del suelo para colgarme...

Tengo todo el derecho a matarlos, señores. Hay un acta del Parlamento que me permite ir por ahí matando a quien me venga en gana. No puedo ser penado por ello, haga lo que haga y mate a quien mate...

En realidad soy el rey de Inglaterra y dice la Carta Magna que, por mi condición, nada de cuanto haga será malo...

—¿Pero qué dice usted? —se extrañó Wolfe—. ¡Está rematadamente loco!

El desconocido soltó una risita corta y ahogada que estremeció a los médicos, y al propio Gale.

—¡Ha dado usted en el blanco con

su primer tiro, amigo! —gritó—. Ya veo que es usted rápido e intuitivo... Sí, señor... Estoy loco, es verdad; acabo de escaparme del manicomio que hay por aquí cerca, el mismo al que quieren llevar ustedes a este hombre. Me escapé gracias a mi astucia, por las habitaciones privadas del jefe de servicio, un buen médico que tuvo la amabilidad de dejarse abierto el cajón de la mesa donde guarda habitualmente estas bonitas armas... Puede que me atrapen de nuevo, pero jamás me ahorcarían, precisamente porque estoy loco... Sí, es posible que me atrapen de nuevo; pero no consentiré que atrapen a este hombre. Tiene toda la vida por

delante; no quiero que sufra lo que he tenido que sufrir yo... Me gusta su pinta... Me gusta la manera en que ha tirado por tierra toda esa palabrería médica de ustedes. Comprenderán, pues, doctores, que estas armas me otorgan ahora mismo el poder de un sultán absolutamente irresponsable de sus actos... Así que, si les vuelo la tapa de los sesos, no harán más que encerrarme donde ya he estado... Pero les ofrezco un trato: les perdonaré la vida si permiten que mi amigo los deje aquí bien ataditos con esas cuerdas con las que querían atarlo... Es sólo para poder escaparnos sin mayores prisas, ¿comprenden?

A Gale le resultó difícil, en adelante,

recordar aquello tal y como se produjo. Cuando evocaba el suceso le parecía una especie de sueño, o mejor dicho, una especie de pantomima que hubiera soñado... Y eso que los resultados de la acción del loco fueron altamente positivos para él.

Diez minutos después, ambos, Gale y el desconocido, caminaban libres por el bosque que se cerraba más allá de las lindes del jardín, tras dejar en la glorieta a los médicos, atados como dos sacos de patatas.

El bosque supuso entonces para Gale un mundo realmente maravilloso. Cada árbol era un árbol de Navidad cargado de regalos; cada claro era un

escenario al que salía tras descorrer el telón con la alegría de un niño... Hasta muy poco antes todo aquello pudo perderse para él, amenazado como lo estaba por las más terribles tinieblas, peores que la muerte... Pero el cielo le mandó un Ángel de la Guarda en la forma de aquel loco fugado de un manicomio.

Gale por aquel tiempo era muy joven; su juventud, sin embargo, no había encontrado aún ni la vocación ni la oportunidad de enamorarse. Había en él algo de aquellos jóvenes cruzados que hacían votos tan extraños como no cortarse los cabellos hasta haber conquistado la Ciudad Santa. Su libertad

ansiaba algo que la ligase, y en aquel momento sólo se le ocurría un compromiso.

Cuando llevaban recorridas unas doscientas yardas por la margen del río, Gale se detuvo, y dirigiéndose en tono solemne a su amigo, dijo:

—Usted es quien me ha dado todo eso. Ante Dios, y por todo el tiempo que me dure la vida, será usted quien ha creado para mí el cielo y la tierra. Ha plantado usted en mi vida libre y triunfal estos árboles, como candelabros de siete brazos que hacen relucir sus ramas de plata al sol. Ha desparramado usted a mis pies estas hojas rosadas, más bellas que las propias rosas. Ha dado usted a

las nubes la forma que atesoran, para que yo las admire. Ha inventado usted los pájaros... ¿Cree que podría gozar yo de todo esto, si lo supiera encadenado de nuevo en ese infierno detestable del manicomio? No, amigo mío; tendría entonces la impresión de haberle robado todo esto que me ha dado usted... Me sentiría como un ladrón de estrellas... Le juro que no volverá usted al manicomio, en tanto pueda yo evitarlo... Usted me ha salvado y en adelante lo salvaré yo cuantas veces sea preciso... Le debo la vida y a usted se la consagro; sufriré a su lado cuanto haya que sufrir; y que Dios me conceda el don de que sólo la muerte pueda separarnos.

Así dijo Gale, en aquel bosque, las palabras que habrían de determinar en lo sucesivo el curso de su existencia. La huida a través de aquel bosque se convirtió en una peregrinación por todo el país. Eran dos forajidos. Pero fue también como si se hubiese declarado una tregua entre ellos y sus perseguidores, porque cada parte tenía mucho que temer de la otra. Gale no hizo uso de cuanto sabía ya acerca de los doctores, por temor a que insistieran en la persecución de su amigo; y los médicos no persistieron en la persecución por temor a que Gale hiciera público lo que sabía de ellos. Así fueron por ahí los huidos sin que

nadie los molestase, hasta el día en que ocurrieron los hechos descritos en el primero de estos relatos, cuando uno de los forajidos se enamoró y el otro sufrió un acceso paroxístico que a punto estuvo de convertirlo en un criminal.

Sin embargo aquel suceso lo cambió todo. El estallido criminal obligó a que Gale, no sin gran tristeza, se convenciese de que además de su caballeresco voto hecho a su compañero de correrías tenía otras responsabilidades; y llegó así a la conclusión de que éste sólo podía seguir viviendo de manera más segura, en cierto modo apartado del mundo. Lo instaló, pues, en aquella secreta y

confortable casa de Cornualles, pasando la mayor parte de su tiempo haciéndole compañía, y si no, dejándolo al cuidado de una fiel sirvienta. Aquel hombre allí recluido, cuyo nombre era James Hurrell, se había dedicado en tiempos a los negocios, demostrando gran capacidad y audacia; pero un mal día su cerebro no pudo resistir la compleja importancia de sus asuntos comerciales, enloqueciendo. Vivía en Cornualles con relativa tranquilidad, llenando las mesas de la casa de proyectos y las paredes de anuncios de empresas financieras que auguraban un porvenir espléndido. Pero murió un mal día, según todos los indicios sin que lo abandonara en el

último instante de su vida la más completa felicidad. Gale se sintió al fin un hombre completamente libre cuando volvió del entierro.

A la mañana siguiente, tras unas horas de marcha, un cambio en el paisaje de aquella región forestal le dijo que se acercaba al país que tenía por encantado. Recordó la curiosa forma en que se agrupaban los árboles, que parecían sostenerse de puntillas, dándole la espalda para asomarse al valle de la felicidad. Llegó al punto en que la carretera tomaba la dirección a la colina, por donde había andado en tiempos con su compañero, y vio a sus pies los prados cayendo abruptamente

como tejados de bálago, y extendiéndose uno y otro llano hasta alcanzar el ancho río y el vado, y la sombría posada *El Sol Naciente*.

El antiguo dueño de la posada, aquel hombre melancólico, había abandonado ya el lugar, su negocio, considerando mucho menos melancólico y bastante más productivo emplearse en alguno de los establos de los alrededores. Un hombre más vivaz, un tipo con las trazas inequívocas de los mozos de cuadra, se encargaba ahora de la posada y de cantar las excelencias de la región. Gale, para no ser menos, informó a su vez al nuevo posadero de las bondades de aquel cielo bajo el cual se extendían

los paisajes que ponderaba, hablándole además de una puesta de sol que en cierta ocasión había contemplado en aquel valle, algo que sin duda no tenía parangón en ninguna otra parte del mundo; y que incluso la tormenta que siguió a la puesta de sol, añadió Gale, fue algo realmente sublime. Sus divagaciones cambiaron, sin embargo, al poner el posadero una nota en su mano, que alguien de la gran casa del otro lado del río le había dejado allí. La nota, sin encabezamiento, decía así:

«Deseo escuchar su relato, y espero que venga a visitarme mañana, jueves. Temo tener que ausentarme hoy, pues

he de visitar a un tal doctor Wilson, de Wimbledon, por un asunto de trabajo; quiero decir que es muy probable que encuentre trabajo en casa del doctor Wilson. Supongo que sabrá que no corren precisamente buenos tiempos para mi casa

D. W»

El paisaje pareció oscurecerse ante sus ojos mientras leía la carta, pero no perdió la vivacidad de su actitud ni la palabra animada.

—Me parece que he cometido un error —dijo, guardándose la nota en un bolsillo—; tengo que marcharme de inmediato. Debo visitar otro lugar aún

más pintoresco y poético que éste, y mire que es difícil. Tengo que ir, amigo mío, a Wimbledon, que tiene un cielo extraño, único; las puestas de sol de Wimbledon son famosas en el mundo entero; una tormenta en Wimbledon adquiere características apocalípticas... Pero volveré a este lugar tarde o temprano... Buenas tardes.

Todo cuanto hizo Mr. Gale a partir de aquel momento fue muy calculado, no obstante la peculiaridad de sus acciones. Comenzó por tomar asiento en un escalón, frunciendo con dureza el ceño, como si estuviese sumido en arduas reflexiones. Después envió un telegrama a un tal doctor Garth, amigo suyo, y a

dos o tres personas más, de posición acomodada. Después, ya en Londres, se dirigió a las redacciones de los periódicos más sensacionalistas y buscó en sus archivos los detalles de una serie de crímenes de antaño, ya olvidados. Cuando llegó a Wimbledon tuvo una larga conversación con un agente de alquileres y terminó hacia la caída de la tarde ante la alta valla de un jardín con una puerta pintada de verde que se abría en aquella ancha y desierta calzada del suburbio. Se acercó a la puerta y la empujó suavemente con un dedo, como si quisiera comprobar si la pintura estaba seca. Pero la puerta, adornada con decorativas bandas de metal

labrado, pese a su apariencia de estar cerrada, cedió, dejando ver los lechos de flores de colores de un hermoso jardín. Gale no se extrañó de aquella belleza, adentrándose en el jardín y dejando la puerta entreabierta. La familia a la que iba a visitar, y en la que la empobrecida Diana Westermaine ocuparía seguramente el puesto de ama de llaves o de secretaria, era de aquellas que aúnan una moderna sencillez con un cierto confort Victoriano, sin reparar en gastos. Los invernaderos del jardín eran antiguos pabellones y estaban llenos de especies bellas y exóticas; pero aún había cosas más antiguas, como una estatua gris y

aparentemente deforme que ocupaba el centro del jardín. Por aquí y por allá, más pequeños detalles Victorianos, como los aros y las mazas de un *croquet* en el suelo, como si los jugadores hubieran dejado a medias una partida; bajo un árbol, una mesa con el servicio de té dispuesto; la mesa denotaba que la gente que allí vivía daba gran importancia a la hora del té. Todos aquellos objetos de uso común entre los humanos, pero no utilizados en esos momentos por seres humanos, realzaban lo desierto que estaba el jardín. Mejor dicho, realzaban que estaba casi desierto el jardín, pues ya se apreciaba algo que podía llenarlo extrañamente de

vida. A lo lejos, en uno de los senderos que conducían a la colina, vio una figura que avanzaba distraídamente hacia donde se encontraba. Pasó por debajo de un arco coronado de plantas trepadoras y allí, después de tantos años, volvieron a encontrarse. El hecho de que ambos vistieran de negro, como de luto, daba gran simbolismo y solemnidad al encuentro.

Gale había conservado siempre vivo en su memoria el recuerdo de aquellos ojos y la bella distinción de su rostro, asomando por las puntas del cuello azul de la blusa que lucía aquel día. Y en cuanto la vio de nuevo quedó maravillado de que el rostro solo de ella

no aniquilara todos sus recuerdos, al contrario. La joven dama se quedó mirando a Gale con los ojos brillantes y fijos en los suyos, y dijo:

—Vaya, la verdad es que parece usted muy impaciente...

—Sí, quizás —respondió Gale—; pero lo cierto es que llevo esperando cuatro años.

—Vendrán a tomar el té dentro de poco —dijo ella con cierto embarazo— y tendré que presentarlo a usted... Acepté el empleo esta mañana... Iba a enviarle un telegrama contándoselo...

—Pues gracias a Dios que la he seguido —dijo Gale—; su telegrama no hubiera llegado a mis manos...

—¿Qué quiere decir? ¿Por qué me ha seguido? —preguntó ella.

—Digamos que no me gustó esta su dirección en Wimbledon —dijo Gale.

Justo en ese momento varias personas comenzaban a llenar el jardín mientras ellos se dirigían lentamente a la mesa sobre la que estaba el servicio de té dispuesto. El rostro de la muchacha estaba más pálido que de costumbre, pero en sus ojos grises brillaban una luz inextinguible y una curiosidad recelosa. Cuando llegaron a la mesa, dos o tres de aquellas personas que habían llegado al jardín tomaban asiento a la mesa y Gale las saludó cortés e incluso ceremoniosamente.

Aún no habían hecho acto de presencia los dueños de la casa; sólo había tres hombres, probablemente huéspedes, o quizás sólo invitados a la reunión familiar. Uno de ellos era un joven alto y elegante que lucía un bigote rubio, lo que le empequeñecía algo la cara; fue presentado como Mr. Wolmer y tenía una nariz aquilina, que hubiera hecho pensar a Gale en el pico de un búho de no ser por sus ojos saltones y lo muy hundida que tenía la barbilla, lo que le asemejaba más a un loro. El otro era el Mayor Bruce, hombre pequeño y fuerte con la cabeza afechinada y una cabellera de un gris que parecía plomo, un tipo que tenía además una expresión

que sugería que era incapaz de abrir la boca, como así era... El tercero era un hombre ya de edad, tocado con una gorra negra para taparse la calva, con una barba roja y abierta en abanico. Era al parecer una persona importante y se le conocía como Profesor Patterson.

Gale compartió con ellos el té, manteniendo una conversación muy animada, sin dejar de preguntarse quién debería ocupar aquel sitio de la presidencia de la mesa, mientras Diana Westermaine comenzaba a llenar las tazas.

Mr. Wolmer era, además de lo antes dicho, un hombre nervioso; al poco se levantó, y como impelido por la

necesidad de hacer algo, comenzó a golpear las bolas del *croquet*. Gale, que no dejaba de observarlo, siguió su ejemplo, tomó una de las mazas y se dispuso a hacer el prodigio de pasar dos bolas bajo el arco. Era un truco que requería una gran precisión, porque para lograrlo se puso antes cabeza abajo, sosteniéndose sobre las manos, y estudiar así mucho mejor el tiro.

—¿Piensa usted meter la cabeza bajo el aro? —le preguntó Wolmer un tanto ásperamente, movido por una impaciencia que había ido creciendo en él como si experimentase auténtica repulsión hacia el desconocido.

—No, no —dijo Gale alegremente,

mientras hacía correr las bolas—. Admito que se trata de una posición incómoda... Es casi como estar a punto de ser guillotinado.

Wolmer contemplaba con la mirada vaga el aro de hierro y murmuró algo con voz baja y ronca, que pareció un *se lo merecería usted*. Entonces hizo revolotear súbitamente su mazo por encima de su cabeza, como si fuese un hacha de guerra, y descargándolo con fuerza sobre el aro, lo hundió por completo en la hierba. Toda aquella pantomima tenía algo profundamente impresionante y daba la sensación de que bajo el aro había una cabeza humana. Era como si ante sus ojos

acabase de llevarse a cabo una decapitación.

—Será mejor que deje el mazo —dijo el profesor con voz tranquilizadora, poniendo una mano temblorosa sobre el hombro de Mr. Wolmer.

—Sí, sí —dijo, arrojando el mazo por encima de su hombro, como un atleta que lanzara el martillo en un campo de deportes. El mazo cruzó el aire como un relámpago, hasta alcanzar aquella estatua de yeso que parecía deforme, decapitándola. Mr. Wolmer se echó a reír de una manera extraña, bastante escandalosa, y se encaminó hacia la mansión.

La joven Diana lo había observado

todo ceñuda y aún más pálida. Reinó un silencio espeso y desagradable durante unos segundos, que acertó a romper el Mayor Bruce, al cabo, diciendo:

—Es la atmósfera de este lugar —dijo—. No es muy sana...

La atmósfera de aquel jardín de los suburbios era en realidad clara, soleada y agradable. Diana dirigió una mirada circular llena de perplejidad, llenándose de la hermosura de aquellos setos de flores, del césped que relucía bajo la luz clara de la tarde.

—Quizás sea mi mala suerte —siguió diciendo el Mayor Bruce, pensativo—, pero la verdad es que lo que me ocurre es muy serio... Tengo una

enfermedad que hace de este lugar, para mí, un sitio horrible, insoportable.

—¿Qué quiere decir? —preguntó inquieta Diana.

Hubo otro largo silencio, y al fin respondió el Mayor Bruce:

—Es que estoy cuerdo.

Lady Diana miró nuevamente a su alrededor, para deleitarse con el soleado jardín, pero se estremeció como si la sacudiera un escalofrío. Mil cosas ocurridas en las últimas horas acudieron a su mente. Supo por qué había desconfiado instintivamente de aquella residencia en cuyo servicio acababa de entrar. Sabía que sólo hay un lugar en el mundo en el que los hombres dicen que

están cuerdos.

Mientras el hombrecillo de la cabeza afechinada se alejaba con la rigidez de un autómata, lady Diana buscó a Gale con los ojos y comprobó que no se encontraba allí. Sintió un profundo vacío, una vasta sensación de terror. Lo único que le importaba ya era precisamente aquel hombre que había desaparecido. Puso en la balanza de sus pensamientos la posibilidad de que ella misma estuviese loca contra la posibilidad de que los demás estuvieran cuerdos. Y de repente, por una brecha abierta entre los setos, vio algunas siluetas que se movían en el otro extremo del jardín. El anciano profesor

que se tocaba con la gorra negra caminaba rápido, como si anduviese de puntillas, agitando los brazos como sí en vez de tales fueran las aletas de un pez, avanzando su roja barba al viento. Detrás de él se erguía, con la misma suavidad y rapidez, a la distancia de un par de yardas, la alargada figura gris de Gabriel Gale. No sabía Diana qué podía significar todo aquello; no era capaz más que de mirar nuevamente los parterres y los invernaderos llenos de flores que ahora se le antojaban monstruosas, con la vaga sensación de ver en la estatua decapitada un símbolo aclaratorio, como si fuese la estatua la imagen del dios de aquel jardín de la

sinrazón.

Un momento después se hizo presente Gale por el extremo del seto y avanzó hacia ella, sonriéndole bajo el sol. Al verla tan pálida se detuvo.

—¿Sabe usted dónde estamos? —le susurró Diana—. Esto es un manicomio.

—Pero es muy sencillo escapar de aquí —dijo Gale con total tranquilidad—. Tengo que decirle, sin embargo, que esto no es un manicomio.

—¿Que no?

—No, es mucho peor —dijo Gale.

—No se ande con rodeos, se lo ruego —suplicó la joven dama—. Dígame todo lo que sepa acerca de este espantoso lugar.

—Yo lo tengo por un lugar sagrado —respondió Gale—. ¿No fue acaso bajo este arco que se me apareció usted surgiendo del abismo de mi recuerdo? Al fin y al cabo estamos en un jardín hermoso, por lo que siento tener que abandonarlo. La casa también forma parte del romanticismo que envuelve todo esto... La verdad es que hubiéramos podido estar muy bien aquí... si sólo hubiese sido un manicomio —suspiró hondamente, como con pena, y prosiguió—: En un manicomio apacible, tranquilo, agradable, podría decirle todo lo que siento necesidad de decirle; pero en un sitio como éste, no soy capaz... Hay cosas más prácticas que hacer

ahora, sin embargo, y me parece que por ahí vienen los encargados de hacerlas.

Nunca pudo, en adelante, unir debidamente Diana los fragmentos de aquella pesadilla y la forma espantosa en que se precipitaron; con gran asombro por su parte vio una nueva comitiva avanzar por el sendero del jardín; a la cabeza iba un hombre de pelo rojo y chistera, cuyas agudas y humorísticas facciones le eran vagamente conocidas; detrás de él marchaban dos figuras corpulentas, con ropas normales de calle, y entre ellos caminaba el Profesor Patterson, esposado.

—Lo han sorprendido prendiendo

fuego a una casa —dijo el hombre del pelo rojo—. Documentos importantes.

Más tarde, después de aquel asombroso correr de las horas, Gale y la muchacha estaban sentados en un banco del jardín, tratando de explicarse convenientemente lo sucedido.

—Supongo que recordará usted al doctor Garth —comenzó a decir Gale—. Bien, pues gracias a su ayuda inestimable he podido desenredar todo este embrollo. La verdad es que la policía llevaba tiempo sospechando la naturaleza real de esta casa de reposo de Wimbledon. No, Diana, no; esto no es un manicomio; es un antro de criminales, los más viciosos y empedernidos, que se

han refugiado en la ingeniosa idea de ser declarados irresponsables por un médico; de manera que lo peor que le puede ocurrir al director es ser acusado de negligencia por dejarlos escapar. Consulte usted los archivos y los encontrará declarados irresponsables de una larga lista de crímenes. Se me ocurrió seguir este orden de ideas porque por casualidad sabía cuál era su origen. A propósito, supongo que éste debe de ser el caballero que la contrató a usted...

Se refería Gale a un hombre bajo y vivaracho que en aquel momento salía de la casa y cruzaba el jardín adelantando su aguda barbilla con el

gesto de un foxterrier.

—Sí, es el doctor Wilson; me contrató esta mañana —dijo Diana.

El doctor se detuvo ante ellos, moviendo la cabeza a derecha e izquierda como un perro y mirándolos con los párpados entornados.

—Así que éste es el doctor Wilson —dijo Gale—. Buenos, días, doctor Starkey —y al ver que uno de aquellos hombres vestidos con ropas normales de calle se acercaba al doctor Wilson, añadió en tono reflexivo—: Ya sabía yo que nunca desaprovecharía usted una idea ajena.

Dos calles más debajo de donde se alzaba el manicomio había un parque

pequeño, no mayor que un jardín privado, cruzado por ornamentales senderos preñados de arbustos radiantes, un verdadero oasis para las niñeras que paseaban a los chiquillos del suburbio. Estaba también adornado con aquellos bancos de respaldo curvado, uno de los cuales ostentaba, a su vez, el adorno de una pareja enlutada que trataba, no sin bastante esfuerzo, de parecer respetable y hasta rígida. Por desagradables que hubieran sido los acontecimientos vividos aquella tarde, al menos transcurrieron rápidamente y la noche sólo comenzaba a cerrarse. El sol aún iluminaba el cielo y los rincones del jardín, y en él no se oía otro ruido que el

lejano pero muy agudo chillido de algunos niños que jugaban.

Pues en ese lugar fue donde Gabriel Gale contó a Diana todo lo referido a su voto en favor del lunático y cuanto le sucedió a partir del momento en que lo hiciera, desde el episodio en aquel jardín próximo al río hasta el entierro de Hurrel en el cementerio de los acantilados.

—No puedo comprender dos cosas —dijo la joven—; ¿cómo supo usted que me encontraría en este lugar, y cómo sabía lo que era esa casa en realidad?

—Porque —comenzó a decir Gale tímido, mirando la gravilla del sendero — cuando le dije a Starkey en aquella

glorieta que sabía cómo le funcionaba la mente y que eso le llevaría a cometer errores, no fue precisamente por ánimo jactancioso. Starkey jamás desperdicia la ocasión de aprovecharse de algo, de lo que sea. No importa si se trata de una idea errónea o acertada; le basta con que la idea sea de otro... Cuando el pobre Jimmy Hurrel presumió de que no podría ser castigado por la ley, pues estaba loco, tuve la convicción de que en el cerebro de Starkey acababa de caer una semilla que acabaría por germinar. Estaba seguro. Había hecho lo mismo cuando se me ocurrió lo del trapecio y la glorieta. Mientras Jim vivió, el doctor Starkey sabía que yo

tenía motivos para guardar silencio, pero en cuanto murió mi buen amigo puso en práctica la idea. Es de acciones rápidas; su mente es como un relámpago... pero también, como el relámpago, zigzagueante. Envió a uno de sus esbirros a que me partiera la cabeza cuando me dirigía a verla a usted. Interceptó mi telegrama y se la llevó a usted, bajo engaños, antes de que pudiésemos hablar. Dígame qué le parece todo esto.

—Su voto fue ciertamente duro —dijo—. Durante todo este tiempo no habrá podido usted pintar ni hacer muchas otras cosas; no me parece justo que un genio tenga que estar ligado a un

loco por culpa de unas palabras.

Gale se mostró alterado.

—¡Por Dios, no diga eso! ¡No diga que uno no puede ligarse fielmente a un lunático con unas simples palabras! No me diga que cometí ese error, se lo ruego... Diga usted lo que quiera, pero eso no... ¡Es una idea horrible, una locura!

—¿Por qué? ¿A qué se refiere?

—Porque quiero pedirle que haga usted un voto aún más duro, aún más difícil de cumplir... Quiero que se ligue usted a un loco, con unas simples palabras.

Se hizo un silencio, al final del cual la joven dama sonrió y se colgó del

brazo de Gale.

—No —dijo—; sólo un tonto... Bueno, usted me gusta; me gustó incluso cuando lo tomé por un loco... aquel día que se puso cabeza abajo... Ahora no me parece que el voto que me pide resulte muy difícil de cumplir... Pero... ¿Qué demonios hace? ¡Oh, no, Dios mío!

—¿Y qué otra cosa quiere que haga después de lo que acaba de decirme? —respondió Gale con calma—. Permita que me ponga cabeza abajo...

Los niños que jugaban en el jardín contemplaron con asombro cómo un hombre vestido de negro hacía cosas que, como poco, podrían calificarse como extrañas.

Notas

¹ El califa iraquí al que se alude de continuo en *Las Mil y una noches*. (*N. del T.*)<<

² Estigia, el río o laguna de los poemas homéricos que daba siete vueltas alrededor del infierno. (*N. del T.*)<<

³ *Goldfish*, en el original. (*N. del T.*)

<<

⁴ Alfred Tennyson, lord Tennyson (1809-1892), el gran poeta de la época victoriana, autor de *The Devil and the Lady* (publicado póstumamente en 1930) e *In Memoriam* (1852), entre otros poemas capitales de la lírica inglesa. (N. del T.)<<

⁵ *Clothed and in his right mind*, en el original; suele usarse en conversación para aludir a la respetabilidad de alguien. (*N. del T.*)≤≤

⁶ Seguidores de Mesmer (1734-1815), médico alemán que creyó haber descubierto en las propiedades del imán un remedio para las enfermedades, acabando por afirmar la existencia de una fuerza semejante a la del mineral, de que están dotados los seres animados. Tal fue la teoría que denominó *magnetismo animal*. (N. del T.)<<

⁷ Primer manicomio de Londres, fundado en 1247 por el sheriff de la ciudad Simón Fitz-Mary. En lenguaje popular un *Bedlam* es un loco. (N. del T.)<<

⁸ Emile Gaboriau (1835-1873), novelista realmente plúmbeo, cuyas obras de intriga más conocidas son *El dinero de los otros*, *M. Lecoq* y *La cuerda al cuello*. (N. del T.)<<

9 Si antes aludía Bertrand a Giordano Bruno, ahora se refiere a Esteban Dolet (1509-1546), erudito e impresor francés. Tomó parte contra Erasmo en la controversia sobre el valor de las obras de Cicerón, y gracias a un estudio humanista dedicado a Francisco I, obtuvo de éste el privilegio de imprimir durante diez años toda clase de obras en latín, griego, italiano y francés. Después de ser encarcelado tres veces, bajo la acusación de ateísmo, fue torturado y quemado vivo en París. (*N. del T.*)<<

¹⁰ Chesterton se refiere, no sin cierta crueldad, a John William Polidori (al que Byron basureaba llamándolo *doctorcito Polli-Polli*), mayordomo, secretario y médico de Byron, además de autor de *The Vampyre*. (N. del T.)[<<](#)

¹¹ Thomas Becket (1117-1164), o santo Tomás Becket, arzobispo de Canterbury y gran canciller de Inglaterra con el rey Enrique II, asesinado al pie del altar por negarse a aceptar las Constituciones de Clarendon (1164), por las cuales se quitaban a la Iglesia católica algunas de sus más antiguas prerrogativas. (*N. del T.*)<<